

# El Poder del FUEGO



Ada Cruz

*Cazadores de brujas III*

## Cazadores de brujas 3

El poder del fuego

Ada Cruz

Los cazadores de brujas no sabían por qué eran inmortales, tan solo que su encuentro con la reina del Aquelarre Oscuro fue una mala experiencia traumática. Usó sobre ellos un conjuro que llamaban “la garra de la bruja”, por el cuál, la reina podía extraer energía de ellos consiguiendo de esa forma inmortalidad, al menos mientras los tuviera ligados a ella. Desde entonces, los cazadores se han dedicado a matar y destruir brujos, junto a su infraestructura y todo cuanto pudiera oler a brujería. A Ezequiel se le dio una misión, destruir los planes del Aquelarre Oscuro en un pueblo de España llamado Bruja Blanca. El pueblo estaba lleno de rarezas y Ezequiel tuvo que prestar mucha atención a los detalles, porque a los vecinos de Bruja Blanca había pocas cosas que le resultaran extrañas. Ezequiel llegó a pensar que todo el pueblo había sucumbido al mal, pero en sus pesquisas averiguó que no tenían nada que ver con el Aquelarre Oscuro. Los brujos, tras la fachada de una empresa de modelos, pretendían atraer a una nueva bruja que no era oscura, con intención de destruirla. Cuando Violeta, una chica del pueblo con muchos problemas, motivo por el que abandonó Bruja Blanca, volvió, se encontró con que su hermana Carolina y sus amigas la habían apuntado al casting, y ahora quizás debía padecer una humillación extra, porque su ex novio, motivo por el que huyó, estaba en el pueblo con una nueva novia muy hermosa. El encuentro entre Ezequiel y Violeta fue chispeante, al menos hasta que el cazador averiguó que era la bruja que buscaban, entonces pasó de ser un fotógrafo enamorado a un inquisidor que pensaba destruir a Violeta sin piedad si la encontraba culpable. Violeta fue interrogada e investigada por Ezequiel, y averiguó que una posible bruja le dio a Violeta una poción para que despertara sus poderes. Tras varios sucesos, Ezequiel llegó a aceptar la naturaleza de Violeta, y su incapacidad para hacerle daño. Juntos ya, Violeta en un arranque de pasión y sin saber cómo, anuló la garra de la bruja del pecho de Ezequiel liberándole de una maldición que había arrastrado durante siglos.

A pesar de todo, no querían perdonar a la bruja que supuestamente metió a Violeta en este lío de brujería, y se le dio el encargo de matarla a otro cazador, Aren.

Aren era un salvaje sangriento guerrero que perdía el control en el combate convirtiéndose en una máquina de matar, aun así, no entendía por qué una sola bruja debía atraer tanta atención, cuando él solía encargarse de asuntos más graves. Encontrar a la bruja no fue difícil, estaba en Milán.

Angélica era una erudita, una de las sectas dentro del Aquelarre Oscuro, y su vocación era el conocimiento, como todos sus compañeros. En uno de los sueños que tuvo, las ancianas, un grupo de mujeres elegidas por la Diosa Negra, le ordenaron que bajara al subterráneo donde habitaban y le sirviera exclusivamente. Las ancianas parecían tener planes que no encajaban con los de la reina del Aquelarre, y ordenaron a Angélica que despertara los poderes de una nueva bruja en un pueblo de España, Violeta, para que pudiera defenderse de los posibles peligros, pero en ese proceso le siguieron la pista hasta Milán, sin que ella supiera que iba a ser cazada.

En Milán tuvo un encuentro con el diácono de la ciudad, el cargo que ostentaba el de mayor rango en una zona, llamado Benedicto. Benedicto le contó un plan descabellado, por el que pensaba abrir un portal a un lugar remoto, la famosa sala de la Verdad de Maat. Un sitio donde pesarían su corazón y si era puro obtendría la inmortalidad. Para ello no pretendía usar su corrupto corazón sino el de un inocente bebé que pretendían sacrificar. Angélica no pensaba permitir que mataran a un bebé inocente, y cuando supo que uno de los cazadores, Aren, iba tras ella, decidió llegar a un acuerdo con él para salvar al bebé y luego, si era su deseo que la matara. Angélica infiltró al cazador como su novio en el círculo de brujos, a pesar de todo, no pudieron evitar que el portal se abriera, pero sí salvar al bebé. Aren se arrojó por el portal para impedir que ninguna criatura lo atravesara causando caos en el mundo y Angélica huyó para poner a salvo al bebé. Angélica fue atacada por varios brujos y estuvo a punto de morir hasta que finalmente, otro de los cazadores, Arnau, llegó a tiempo para ponerlas a salvo a ella y a la bebé. El grupo de los eruditos, y los cazadores se unieron en una alianza momentánea para cerrar el portal, pero cuando llegaron adentro y encontraron a Aren, descubrieron que habían liberado algo muy peligroso que tarde o temprano querría entrar en el mundo, así que debían unirse para frenar la nueva amenaza. Los eruditos abandonaron el Aquelarre Oscuro uniéndose a los cazadores. Aren y Angélica se enamoraron y adoptaron al bebé, que llamaron Eva.

La unión de los eruditos y los cazadores fue muy provechosa, averiguando en el proceso que los cazadores son los compañeros espirituales

de un grupo de brujas que nacían siempre que la magia de desequilibraba con el propósito de devolver el equilibrio, y aunque esto solo era en un principio una especulación, Angélica estaba convencida de la veracidad de la teoría, entre otros motivos porque ella también logró quitar a Aren la garra que le ataba a la reina.

## Capítulo 1.

La noche era tan fría como cabía esperar en esta época del año. Respiró profundamente y contempló las estrellas. No habría querido parar en el camino, pero la misión que le había llevado más allá de las murallas de la urbe había hecho que se demorara y ahora los cruzados católicos que rodeaban su ciudad iban a entrar, aun así, sus tropas debían reposar, al menos lo justo como para no desfallecer en el camino. No es que Arnau fuera un creyente en lo que el Papa de Roma había calificado como una herejía, él sabía que había algo más en toda esta cruzada; una pestilencia a brujería que ya le era familiar. Se levantó como un león enjaulado, no podía esperar más, debía llegar y poner a salvo a su esposa.

Se dirigió hacia su lugarteniente, un hombre ya entrado en edad y de unas creencias acérrimas que estaba sentado delante del fuego. Dejaba caer un trozo de madera a la hoguera mientras parecía meditar sobre sus asuntos. Arnau se sentó casi sin esperar una aprobación del hombre.

—Tengo que marcharme y entrar antes de que los cruzados tomen la ciudad —dijo Arnau con nerviosismo—. Isabel se encuentra sola y debe estar cerca el momento del parto. No pienso dejar a mi esposa allí, desamparada, cuando las tropas enemigas acaben con el asedio.

—Tu responsabilidad es con la fe, no con tu esposa —dijo el hombre ásperamente—. Somos los refuerzos y tú eres el líder. Sin tí no lograremos salvar la ciudad.

—No digas tonterías, Bernal. Esto ya ha acabado. Probablemente cuando lleguemos la ciudad ya no será ni del vizconde.

—Si te vas, serás considerado un desertor —dijo Bernal amenazadoramente.

Arnau lo tomó del cuello muy enfadado y casi saca el cuchillo de la funda. Durante unos instante pensó en matarlo, luego se relajó.

—Os he salvado la vida varias veces. He dado mi fortuna y cuanto tengo a esta causa que ni siquiera sabía si era mía, pero mi esposa tiene sus creencias y yo las respeto. Estoy aquí por Isabel y me voy por ella. Piensa lo

que quieras, pero esto ya ha acabado.

Arnau se puso de pie e hizo por marcharse, mientras el viejo guerrero se levantaba lleno de odio y acritud.

—¡Vete! ¡Eres un cobarde, ni siquiera eres humano! —escupió Bernal furioso.

—¿Qué has dicho? —dijo Arnau dándose ligeramente la vuelta para mirarle.

—¿Crees que no hemos oído las historias? ¿Qué tu madre era una bruja y que tú ni siquiera eres humano? Pero pensábamos que te redimirías. Tan solo eres una escoria traidora. No sé qué va a salir del vientre de la pobre Isabel, probablemente un monstruo como su padre.

Arnau respiró hondo, y por un segundo, acudió de nuevo a su cuchillo dispuesto a sacarlo. Luego contempló al viejo desgraciado con las ropas ya destrozadas y raídas por las penurias del camino, y se controló.

—No vuelvas a nombrar a Isabel, ni a meterte en mi camino o te mataré —le amenazó Arnau dedicándole una mirada fiera y llena de promesas.

Arnau se dirigió hacia su caballo que ya estaba muy cansado, y a pesar del riesgo se montó en él, le hizo correr hasta alejarse del campamento, luego se calmó un poco, no quería matar al caballo. Esperaba llegar a tiempo o su esposa estaría sola en medio del peligro. Las palabras de Bernal sobre su madre resonaban en su mente. Todo el mundo decía que era una bruja, pero para él lo era en otro sentido, lo vendió cuando era un niño a una mujer a la que odiaba. Nunca entendió las motivaciones de su madre. No es que vivieran en la opulencia, pero jamás le faltaba comida, el dinero no era un factor para que hiciera esa atrocidad con su hijo. La mujer que le compró, sin embargo, era extraordinariamente rica y le puso instructores de todo tipo, pero era cruel y le azotaba continuamente cuando le disgustaba lo más mínimo. Arnau se escapó cuando pasó dos años de cautividad con su “nueva madre”, luego tuvo que mendigar y robar para subsistir hasta que se encontró con Ramón, uno de los caballeros del vizconde. Al caballero le agradó que una rata de la calle supiera leer y tuviera cierta cultura con la que le embaucó para robarle de manera magistral. Hubiera salido airoso del asunto, sino fuera porque un guardia le estaba ya buscando por un desaire que le hizo hacía tiempo, y cuando le registraron, se dieron cuenta de que había robado al caballero. Ramón no permitió que le maltrataran y se lo quedó como escudero. Continuó con su educación y le formó con las armas. Con el tiempo, Arnau se convirtió él mismo en caballero y se desposó con la hija de Ramón, Isabel, a la que



amaba desde el primer momento en que la vio siendo aún una niña.

Trató de ignorar los recuerdos y se concentró en llegar a la ciudad. Cuando estuvo cerca de las murallas desmontó del caballo y le dejó marchar. El asedio parecía concluido, y la sangre regaba la hierba dándole un matiz siniestro al camino. Arnau tomó su espada, aunque no esperaba resistencia pretendía ser prudente. Se quedó oculto observando durante un rato. Con tantos soldados entrando y saliendo de la ciudad no debería ser difícil entrar. Acechó cerca del campamento de los franceses, la mayoría ya estaban estableciéndose en la recién tomada plaza. No le llevó mucho tiempo matar a uno de los soldados y tomar sus ropajes para entrar sin llamar la atención. Una vez dentro, se dirigió hacia su casa, y, durante unos instantes, se sintió aterrado al verla destrozada y saqueada, luego se calmó. Arnau sabía que la ciudad podía ser tomada y era consciente del castigo que sufriría la población en ese caso, así que construyó una especie de sótano en los establos, camuflado en el suelo para que Isabel tuviera un sitio donde refugiarse si las cosas iban mal. Salió de la casa casi corriendo y llegó al establo. No esperaba encontrar ningún animal allí. Antes de la cruzada, Arnau disponía de tierras, animales, y poseía una buena posición, pero de eso ya hacía tiempo, ahora estaba en el bando de los perdedores y se conformaba con que él y su esposa salvaran la vida. Apartó las hojas, la paja y todo cuanto puso para disfrazar la entrada y agradeció que se hubieran centrado en las casas adineradas en vez de en los establos, porque parecía que el lugar estaba seguro. Levantó la trampilla y entró nervioso descendiendo por la escalera. El lugar estaba oscuro, y cuando llegó abajó sintió el filo de un arma cerca suya. Giró ágilmente y desarmó a la persona que tenía a su espalda antes siquiera de que tuviera tiempo de hablar. La mujer asustada dio un grito de sorpresa. Arnau sonrió, la voz era de Isabel. La tomó con delicadeza y la abrazó tiernamente.

—Tranquila, soy yo —dijo Arnau besándola con ansia.

—Arnau —susurró Isabel devolviéndole los besos y tratando de hablar en el proceso—. Tenía miedo por tí. Nadie sabía dónde estabas.

—No podía ocurrirme nada, debía estar aquí contigo.

—No sabes cuánto te he echado de menos —dijo Isabel mientras él le desabrochaba el corpiño.

—Y yo a tí mi amor —respondió Arnau mientras dejó al descubierto sus redondos y mullidos pechos y los besaba.

Ella le tomó de la mano interrumpiendo su frenesí de deseo y le arrastró a un lugar donde echarse con él. Luego Arnau le acarició delicadamente

mientras iba besando cada parte de Isabel que iba dejando al descubierto mientras la desvestía. Ella gimió con suavidad, pero se controló mientras le dejaba hacer. Él tan solo parecía saborearla mientras ignoraba el infierno que había fuera de ese sótano casi improvisado. Había pasado demasiado tiempo sin ella, al menos seis meses, y la deseaba casi hasta la locura, pero aún así, se controló para tomarse su tiempo en prestarle todo tipo de atenciones antes de desabrochar la cuerda que sujetaba sus calzones. Ya no eran los muchachos torpes que comenzaron haciéndose carantoñas en cualquier lado que fuera prudente, ahora tenían muchos años de experiencia conociendo el cuerpo de su amante, y no necesitaba mucho para rozar con sus dedos cualquier parte del cuerpo de ella para robarle un gemido. Él sonrió cuando rozó una zona que conocía muy bien, y que sabía que moriría de cosquillas si se excedía, y aunque llevaban ya tiempo casados, y más siendo amantes, no podía estar cerca de ella sin que toda su piel se erizara o sintiera el deseo propio de un hombre que estaba a punto de perder el juicio si no se llevaba a Isabel a algún lugar donde poder dar cuenta de su desenfreno. Cuando se casaron esa situación se dio mucho, y no era raro que los dos se cruzaran una traviesa sonrisa para que desaparecieran, aunque fuera en medio de un convite. Ella era perfecta en todos los sentidos, y lo complementaba; la deseaba, la amaba, y cuando estaba lejos, creía que moriría si no la volvía a ver. Ella se acercó a su oído mientras hacían el amor, y le comenzó a susurrar lo mucho que le amaba. A él sus palabras le sonaban como un agradable cosquilleo de placer en su oído, y sentir los sentimientos de ella casi rozando su piel con sus susurros, hizo que se tuviera que contener para no concluir antes de escuchar sus preciados gemidos de placer que acompañaban a las sacudidas que recibía cuando ella llegaba a su clímax. Tuvo que acelerar sus artimañas amorosas para no concluir antes que ella, pero Isabel no se lo permitió tomando el lugar de él y subiéndose sobre su cintura para llevar el control y cabalgarle tan desenfrenadamente que él no pudo controlarse. Por un instante tuvo miedo de haberse precipitado, pero justo cuando el casi gritaba ella estaba estremeciéndose sobre él acompañándole en su final. Isabel acarició el pecho de Arnau y este se volvió a estremecer, casi como si fuera una continuidad del placer anterior. Él acercó delicadamente la cabeza de Isabel y le besó los labios de manera tierna, agradeciéndole por el rato que le había regalado.

—Te amo, Isabel —casi susurró Arnau—. No sé cómo serán los otros maridos, pero yo sin tí no podría seguir viviendo.

—Eso nunca va a pasar, mi amor. Yo siempre estaré contigo, incluso si

muerdo. Solo tendrías que cerrar los ojos para imaginar a un ángel que te cuida.

—No digas eso ni en broma —dijo Arnau molesto tras darle un beso—. Jamás. Viviremos muchos años y veremos crecer a nuestros nietos. Lo prometo.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Isabel preocupada.

—Salir de la ciudad —dijo Arnau pensativo—. Pero lo haremos de noche. Será más fácil escapar. Descansaremos aquí mientras, es un lugar seguro. Si no han venido ya, nadie nos va a buscar específicamente a nosotros, y parece que están muy ocupados enjuiciando a gente más importante.

—Pareces muy cansado —dijo Isabel mientras apoyaba la cabeza en el hombro de Arnau acomodándose.

—Lo estoy. He pasado días casi sin descansar, ni yo ni la tropa que venía conmigo, luego los dejé para venir a por tí.

—¿Los abandonaste? —preguntó Isabel inquieta.

—Claro que sí. Prometí a tu padre, que me crió como a un hijo que te cuidaría y protegería siempre. Nunca voy a romper esa promesa. Tú y mi hijo sois mi religión —dijo Arnau acariciando la barriga de Isabel.

—Arnau, no seas blasfemo —le regañó Isabel.

Arnau la abrazó suavemente, estaba casi exhausto del viaje y de los días en los que tan solo había dormido una hora, a lo sumo dos. Ella se fue quedando dormida en sus brazos, notaba cuando la respiración se hacía más profunda, y él trató de resistir. Aunque sabía que el lugar era seguro porque además, nadie los buscaba a ellos, no se quitaba la sensación de peligro, quizás por encontrarse en una ciudad recién tomado por sus enemigos. Poco a poco fue quedándose dormido, no podía apenas mantener los ojos abiertos un segundo más, y finalmente, se durmió abrazando a Isabel.

Un golpe brusco despertó a Arnau. Generalmente solía tener el sueño muy ligero, lo cuál, era necesario si pretendías sobrevivir cuando reposabas en los caminos llenos de lobos y forajidos, pero esta vez le había sorprendido, y cuando logró apartar a Isabel y colocar la mano en la empuñadura, una cuadrilla de hombres armados les rodeaba y uno de ellos apuntaba a Isabel con una ballesta. Se puso de pie maldiciendo su debilidad, no debió quedarse dormido, ni haberse confiado, ahora si echaba mano a la espada matarían a Isabel. Los observó atentamente, con un aire de fiereza.

—Dejadla en paz. Ella no ha hecho nada, es una mujer embarazada y es inocente. Yo iré con vosotros cuando sepa que ella está a salvo —les ordenó Arnau mientras trataba de colocarse delante de la ballesta.

—Quédate donde estás o le disparamos —dijo el hombre de la ballesta mostrando ademán de cumplir la amenaza.

—Tranquilo, me quedaré quieto —dijo Arnau alejándose de ella, pero tan solo lo justo como para que el hombre se relajara.

—Vaya, qué gran sorpresa encontrar a mi hijo adoptivo en este agujero —se oyó una voz desde la entrada al sótano.

Arnau elevó la mirada hasta detenerla en la mujer que estaba allí plantada, contemplándole.

—Tú —dijo Arnau secamente, más decepcionado que sorprendido.

—Mi hijo adoptivo que me robaron cuando aún era un niño. Era una madre para tí, te di todo tipo de educación.

—Si de verdad dices que eres una madre para mí, déjala a ella libre y haré cuanto me pidas.

—Claro que harás cuanto te pida, pero también mereces un castigo. Coged a la mujer y atadla en una de las hogueras. Ella es peor que una hereje, es una bruja.

—¡No! —gritó Arnau.

Isabel fue arrastrada por varios de los hombres mientras gritaba y llamaba a Arnau. Arnau comenzó a golpear a los que se interponía entre él y los que se llevaban a Isabel. Cuando Isabel estaba casi en manos de la mujer que había llegado, esta la tomó del brazo.

—Cuando te hayas hartado de jugar con esos hombres, sube y negociaremos la vida de esta joven —dijo la mujer en un tono casi amable.

Arnau tardó un poco en calmarse, no antes de haber dejado muertos o inconsciente a dos de los hombres que se interponían entre él y su esposa, luego hizo un gesto a los otros de que iba a subir sin más golpes. Los hombres se apartaron cuando Arnau subió por las escaleras. Cuando llegó arriba anduvo un pequeño trecho hasta llegar a una plaza donde había varias hogueras, y ya tenían atados a algunos nobles de la ciudad a los maderos. Los hombres mantenían un porte digno y se negaban a suplicar. Apartó la mirada de ellos y la dirigió hacia Isabel. Estaba muy asustada mientras la ataban en medio de los maderos que había libre. Arnau se dio cuenta de que Isabel trataba de no llorar, pero apenas sí podía evitar temblar de miedo, lo cuál le produjo a Arnau un dolor agudo en el pecho. Se acercó hasta su bella madre adoptiva que no había envejecido ni un solo día, era normal, porque sospechaba que era una bruja. Se mantuvo a una prudencial distancia y luego la miró.

—¿Qué quieres que haga? Haré cuanto me pidas —le suplicó Arnau acercándose más.

—No te muevas haga lo que haga —dijo la mujer.

Arnau se quedó quieto mientras ella acercaba la mano hacia él. Le rasgó la camisa hasta dejarle el pecho descubierto, luego tendió la mano y le acarició levemente. Los dedos se convirtieron en unas garras de oscuridad muy profundas y las clavó en el pecho de Arnau. Este dio un grito cuando el dolor se hizo insoportable y comenzó a sudar copiosamente. Evitó los deseos de vomitar y trató de reponerse.

—Quemadla —dijo la mujer en un tono suave.

—¡No! ¡Me dijiste que la dejarías si hacía lo que querías! —gritó Arnau casi hasta hacerse daño en la garganta.

Arnau salió corriendo mientras la hoguera prendía. Estaba lo suficientemente lejos como para no poder apagarlo inmediatamente, y en medio del camino la mancha negra que tenía en el pecho le atenazó haciendo que cayera al suelo preso de dolor. Se levantó casi cayendo de nuevo. El tiempo apremiaba y solo escuchaba los gritos de Isabel mientras se quemaba. No sabía cuanto tiempo estuvo indispuesto porque estaba sumamente aturdido. Cuando llegó a la hoguera ya no podía apagarla, y se arrojó al fuego junto a Isabel. Ya no era consciente del dolor, ni de su situación. No necesitó cortar las cuerdas con las que ataron a Isabel, ya habían sido consumidas, así que tomó a Isabel que ardía en sus brazos y trató de sacarla de la hoguera mientras casi lloraba de desesperación. A Isabel se le escapaba la vida y no podía evitarlo, sin ella no podría seguir viviendo.

—Te quiero Isabel, no puedes morir —imploró Arnau en un lamentable susurro.

—Yo también a tí, mi amor. Recuerda que siempre seré tu ángel, y te protegeré desde donde esté.

—No, eso no puede ser —dijo Arnau en un llanto desesperado.

Cuando el cuerpo de Isabel quedó lánguido en brazos de Arnau, este dejó de llorar. La furia le invadía. La llevaba en brazos cuando salió de la hoguera y se dio cuenta, en ese instante, que no morirían juntos porque el fuego no le había tocado a él, solo a ella. El cabello de Arnau de color cobrizo con un tono rojizo se encendió como si ardiera, y el fuego que fue la pira de Isabel, comenzó a danzar alrededor del hombre. Conforme se acercaba a su madrastra el fuego ya bailaba a su alrededor girando en el proceso. Su madre adoptiva trató de marcharse, pero el fuego hizo un círculo alrededor de ella dejándola

en un espacio cada vez más reducido. Arnau colocó el cuerpo chamuscado y sin vida de Isabel en el suelo, y tras darle un suave beso traspasó el círculo para acercarse a la mujer de manera casi parsimoniosa.

—Hoy vas a morir —le prometió Arnau.

—No hagas algo de lo que puedas arrepentirte. Ahora yo tengo el alma de Isabel, y si me disgustas la destruiré para siempre —dijo la mujer mostrando el mechón de pelo de su esposa.

—No te creo —dijo Arnau que no se detenía a pesar de la amenaza—. Yo ya no creo en ningún dios, ni en nada semejante, y mucho menos tienes el alma de Isabel, solo tratas de atormentarme de nuevo.

Arnau tomó del cuello a la mujer que gritaba asustada. Por unos instantes saboreó ese placer, y luego, rozó con un dedo la cara de ella marcándola con el fuego que prendía en sus dedos.

—Antes de morir te voy a destrozar. Vas a sufrir y vas a morir de una manera cien veces más dolorosa que la muerte que ha tenido Isabel, y yo voy a disfrutar de cada uno de tus gritos de dolor.

Arnau descendió con el dedo por el cuello de la mujer quemando la ropa en el proceso y dejando la marca de carne quemada en su madre adoptiva. Esta gritaba aterrorizada mientras él continuaba casi hasta pasar el esternón y hundir el dedo que funcionaba como si fuera un hierro ardiente, dejando una huella que jamás borraría.

—¡Para! —gritó una voz a su espalda.

Arnau se giró soltando el agarre de la otra mujer al sorprenderse. Esta se alejó todo lo que pudo, incluso ignorando el círculo de fuego que los rodeaba.

—No debería sorprenderme —dijo Arnau despreciativamente—. Mi verdadera madre que me vendió a esta otra, tan joven como cuando me cantaba nanas.

Arnau contempló a su verdadera madre, bella y joven, casi olvidándose de la otra.

—Eres uno de los nuestros —dijo la madre en tono de invitación—. Siempre lo fuiste, por eso te envié con ella, para que te enseñara y mostrara el camino.

—Pues ya ves lo que me ha mostrado. ¿Tú también haces conjuros para mantenerte joven?

—No, es tu padre quién me ha concedido este honor a cambio de engendrarte. Ahora ven con nosotros —dijo tendiendo la mano hacia Arnau.

Arnau se dio cuenta de que estaba rodeado y que pasaría su vida con los

enemigos que habían quemado a Isabel si se quedaba, así que comenzó a quemar todo y a alejarse del lugar mientras observaba una última vez a la que fue su amada esposa.

Arnau se levantó de la mesa mientras la señora Fevre recogía los platos. La contempló unos breves instantes, aún recordaba cuando era una niña, es más, aún la veía como si lo fuera. Su niña se había hecho demasiado mayor, y algún día tendría que enfrentarse al hecho de que la perdería. Arnau no había hecho como los otros cazadores, aislarse emocionalmente de cuántos les rodeaban para evitar el sufrimiento de perder lo que quieres, él siempre se había implicado porque creía que era lo que le hacía humano. Ahora Ezequiel y Aren habían encontrado una compañera, parecía una epidemia, y si era verdad lo que decían, era una compañera inmortal, dado que compartían el mismo vínculo que les otorgaba esa prerrogativa, y cuya energía robada le daba a la reina oscura tantos años de vida. Él no quería una compañera, ya había tenido la suya, amado más que a su alma y perdido, y cuando eso ocurrió, dejó de estar completo. No deseaba que nadie la sustituyera, ni una compañera inmortal, ni nadie, y si se iba a prometer esa misma noche en matrimonio era por una promesa, por su honor. Aún mantenía sus votos y condición de caballero, era algo que el tiempo no se llevaba, tu propia esencia, aunque a veces creías que la retorció hasta que dejabas de conocerte a ti mismo, pero cuando menos te lo esperabas, ahí estaba, tu antigua conciencia, tus viejos hábitos, todos los valores que pensabas que habías perdido. Sonrió a la señora Fevre y se dirigió hacia su habitación privada que mantenía bajo llave, y a la que tan solo la señora Fevre podía acceder para mantenerla limpia. Entró en el altar a su esposa. Con posterioridad contrató a pintores para que recrearan el recuerdo marchito que tenía de ella, y con sus indicaciones lo hicieran con el mayor realismo posible. Cada época, un pintor famoso en aquel momento hasta que la habitación parecía una galería de arte de pinturas inéditas, cuyos autores hoy en día se podrían ver en un museo, como Rafael, Velázquez, más actualmente Picasso. Era lo que le mantenía unido a ella, y su forma de conservarla viva. La amaba más allá del tiempo, el espacio o la muerte. Miró varios cuadros, en algunos recreaba una vida feliz, su amada aparecía en cada época rodeada de circunstancias alegres: divirtiéndose en fiestas, riendo en un campo lleno de flores, disfrutando de una vida que le fue arrebatada cuando

aún era demasiado joven, dejando a Arnáu en una eterna desdicha de la que no podía escapar. Sacó el mechón de cabello y uno de sus pañuelos de la vitrina en la que guardaba muchas de sus cosas, y se los llevó a la mejilla para disfrutar de su suavidad e imaginarse que ella estaba cerca. Debía disculparse con ella por lo que iba a hacer, tomar una esposa que no deseaba, pero no tenía otra opción. Estuvo un buen rato observando cada objeto de su amada hasta perderse en sus recuerdos, que atesoraba como si fueran diamantes en su memoria. Recogió todo cuidadosamente, y salió de la habitación casi tropezándose con la señora Fevre.

—Necesito que me recomiendes el mejor pintor que me pueda recrear a Isabel. La quiero vestida con un traje de noche disfrutando de una fiesta. Quiero imaginármela en esta época, lo que sería si estuviera aquí, ahora, con nosotros.

—Está bien, Arnau. Tú al principio eras como un padre para mí, y ahora eres como un hijo, paradójicamente. Te quiero como a un padre y a un hijo a la vez, por eso te pido que pienses bien lo que vas a hacer —dijo la señora Fevre a Arnau que estaba vestido con un traje y arreglado para salir.

—No voy a retractarme.

—Si los otros chicos tienen razón y existe una compañera mística, ¿qué harás cuando aparezca y tú estés casado y con un hijo de camino? —le increpó la señora Fevre a Arnau.

—Aunque eso sea cierto, yo no deseo a ninguna compañera mística, inmortal, o la diosa del amor y la belleza en persona, yo tan solo quiero a mi Isabel.

—Lo entiendo, pero eso es otro motivo para que no te cases, ninguna de las dos merece eso.

—Isabel está muerta, y aunque yo la quiera traer a la vida eso no es posible de ninguna forma, y Carla sabe todo y lo ha aceptado.

—Carla haría cualquier cosa por estar contigo, y supongo que se hace ilusiones con que un día te enamores de ella, y con Isabel, sabes tú mejor que nadie que la muerte no es el final.

—¿Qué estás insinuando? —preguntó Arnau en un tono serio.

—Que no lo hagas.

—Encárgate de todos los preparativos —dijo Arnau cambiando de tema y simulando que no le había puesto ninguna queja al respecto—. La boda continúa. La quiero sencilla, tan solo los cazadores, y los más allegados, después de todo, como bien apuntas, no lo hago por amor.



Salió de la casa y fue al restaurante donde había quedado con Carla. No era una mujer especialmente hermosa, como lo fue Isabel, pero tenía ese encanto de mujer cándida que cautivaba a cuantos la miraban y sentías deseos de protegerla. El no se sentía bien, aun así le sonrió, coqueteó con ella, incluso le contó alguna broma. Arnau poseía esa mezcla de caballero cortés con golfo desenfadado que hacía las delicias de una dama en muchos sentidos. La cena fue agradable, después del postre le pidió matrimonio y le puso el anillo, luego le ayudó a salir del restaurante y tuvo que abandonar el plan de llevarla a un lugar bonito a escuchar música porque se encontraba mal. No había nada de lo que preocuparse que no fuera normal en los meses de embarazo. La dejó en su casa y volvió más temprano de lo que pensaba. Cuando atravesó la puerta de su casa escuchó el sonido de un móvil. Mientras se sentaba en un sillón y se quitaba la pajarita del smoking, volvió a sonar varias veces. Miró la hora, cerca de las once de la noche. Molesto se levantó y se dirigió al cuarto donde se quedaba Bram cuando venía a entrenar. Bram estaba tendido en la cama adormilado y su teléfono sonaba sin cesar.

—Apaga el teléfono, esa maldita zorra me tiene harto. Lleva todo el día llamándome, y ahora me jode a esta hora.

Arnau se acercó al móvil y contempló la foto que aparecía asociado al número que llamaba a Bram, quedándose petrificado. Sin pensarlo mucho cogió el teléfono aceptando la llamada.

—Maldita sea Bram, tenemos que hablar, es muy importante. No puedes dejarme tirada de esta forma —la voz de la mujer denotaba que se encontraba al borde de las lágrimas, y Arnau cayó hundido al suelo en cuanto la escuchó hablar.

—¡Te he dicho que no me interesan tus líos de arpía! —le gritó Bram desde la cama al escuchar la voz de la mujer —Y si insistes seré yo el que te mate, pero antes te torturaré.

Arnau se guardó el móvil de Bram en la chaqueta y luego se puso de pie cuando escuchó a Bram amenazar a la mujer, sin mediar palabra lo arrancó de la cama pillándolo desprevenido, y lo arrojó contra una pared haciendo un buen destrozo. Dio un grito de rabia y comenzó a quemar la habitación ante la mirada sorprendida de Bram que nunca había visto a su maestro en ese estado. Bram se levantó del suelo donde fue arrojado, y se apartó mientras contemplaba confuso cómo todo comenzaba a arder.

Bram se dirigió a la puerta cuando la señora Fevre se acercó, en un tono protector o sencillamente porque no entendía lo que pasaba.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la señora Fevre cuando Bram llegó junto a ella.

—No tengo ni idea, pero va a quemar toda la casa —dijo Bram.

—Por eso no te preocupes, hay un buen sistema anti incendios —contestó la señora Fevre, y casi como si hubiera hecho una profecía comenzó a llover agua por todos lados.

—Estupendo —suspiró Bram—. Ahora no sé si es peor que mis cosas acaben mal por el fuego o por el agua, casi suena a una maldita paradoja.

—¿Cómo ha acabado así? Es la primera vez que le veo fuera de control.

—No tengo ni idea, tan solo recibí una llamada por teléfono y perdió el control. Debe ser el estrés de la boda.

La señora Fevre se adentró en la habitación de Bram donde aún estaba Arnau furioso, tras esquivar a Bram que trataba de detenerla. Cuando Arnau la observó respiró hondo, luego lanzó una mirada asesina a Bram y salió de la habitación silencioso, tan solo se detuvo justo antes de salir.

—Necesito una misión —dijo Arnau sin girar la cabeza para mirarlos—. Iré a ver a Jacques —Luego se alejó sin decir nada más.

—Y yo que creía que era el más sensato y normal de nosotros —comentó Bram observando cómo se marchaba sin hacer ningún comentario por la fogata que había montado tan solo unos instantes antes.

—Suele serlo —respondió la señora Fevre que le miraba alejarse con curiosidad—. ¿Qué le ha detonado?

—Pues —dijo Bram dubitativo mientras buscaba su móvil—. Creo que se ha llevado mi móvil. En resumen, me llamaron al móvil y lo ha cogido él. Era mi hermana, pero no me ha dicho nada en especial para que se enfadara tanto, tan solo perdió el control, y se ha llevado mi móvil. Siendo mi hermana, a lo mejor la conoce y le ha cabreado en alguna misión, pero vamos, la antipatía es mutua.

—¿Mutua? ¿Ella le conoce a él?

—No, que va, está aterrorizada por cosas como estas —dijo Bram señalando las evidencias del incendio—. Tan solo pensar en estar cerca de Arnau le da tanto miedo que le causa un verdadero problema, por eso siempre trata de alejarse de cualquier lugar donde exista el rumor de que el cazador del fuego podría estar.

—Suele ser común entre los brujos que teman a los cazadores.

—Es un poco más complicado que eso —dijo Bram mientras trataba de salvar sus cosas del agua—. No sé si se ha llevado mi móvil porque no se ha

dado cuenta o a propósito. Menos mal que no sabe mi pin, porque no me gustaría que cazara a mi hermana.

—Arnau es el cazador más organizado después de Jacques. Planifica mucho, y es el que más ha congeniado con la tecnología y ha tenido un siglo para saber cómo funciona todo eso. No creo que necesite tu pin para sacar lo que quiera de ahí.

—Genial entonces. Ahora tendré que hacer de niñera de mi hermana.

—¿No tendrás una foto de tu hermana? —preguntó la señora Fevre con una sonrisa misteriosa —Me gustaría verla.

—Me temo que no —dijo Bram pensativo —O sí, tengo otro móvil, pero no sé si tendré fotos tuyas.

Bram se puso a registrar entre sus cosas hasta encontrar su otro móvil, y comenzó a mirar hasta hallar lo que buscaba y tenderle el móvil a la señora Fevre.

—Aquí la tiene.

La señora Fevre soltó una carcajada y le devolvió el móvil a Bram.

—Interesante giro de los acontecimientos —dijo la señora Fevre con una sonrisa.

—Imagino que no tiene intenciones de contar sus sospechas

—Eres un joven muy perspicaz, y al único cazador que puedo mangonear porque no me ha cambiado los pañales alguna vez..

## *Capítulo 2.*

El sudor comenzó a empaparla y la respiración se tornaba cada vez más agitada. Estaba atada de nuevo. Podía ver los maderos a su alrededor mientras un olor a carne quemada le inundaba los sentidos y trató de no vomitar. No podía morir, no de esa forma. El miedo la volvió a atenazar casi hasta sentir que se mareaba. Miró el rostro de los que la rodeaban, desconocidos que parecía disfrutar de lo que hacían. Uno de ellos acercó la antorcha y se asustó aún más. No podía pasar por esto de nuevo, y aun así sabía que iba a arrojar la antorcha sobre los maderos. Cuando la luz del fuego comenzó a brotar y el dolor se hizo tan insoportable que rezaba por morir y dejar de sentir, los gritos desgarraron su garganta llena de angustia y desesperación.

—¡No! ¡Otra vez no! No puedo más, dejadme morir —dijo Mina despertando de la pesadilla, llorando, gritando hasta que su voz se convirtió en un susurro —Quiero morir de una vez.

Lloró desconsoladamente y miró su móvil para comprobar si su hermano le había respondido. “No, claro que no”, se dijo a sí misma. “Estoy sola”. Tomó la foto que le había dado su madre junto a su misión. Arnau, uno de los cazadores, el que quemaba brujas. Era su manera de deshacerse de ella, la mandaba a una misión imposible. Observó de nuevo ese rostro hermoso con un cabello de un tono muy raro, que no sabía si identificar como rojo granate o marrón tierra. Mina siempre se había equivocado en todo, incluso en los novios, que siempre había elegido a los más cabrones o maltratadores. Quizás era culpa de su madre por lo que buscaba continuamente que la castigaran, o quizás era el conocimiento de que no tenía futuro y que su madre no la había destruido ya por algún motivo. Tal vez era mejor así, si nadie la amaba nadie lloraría por su insignificante vida. No quería autocondpadecerse, pero era algo que le ocurría siempre después de una de sus pesadillas. Pero esta vez no podía cumplir las órdenes de su madre, a la que le tenía un miedo atroz, casi

igual que su miedo al fuego. No podía acercarse a ese cazador porque él quemaba a las brujas, y ella no podía ni respirar pensando en que pudiera sucederle eso mismo algún día. Lloró de nuevo sobre la foto del cazador. No podía hacer lo que su madre le había pedido; seducirlo y atraerlo a una trampa. ¿Por qué pensaba que ella podría seducirlo? Ningún cazador había caído jamás en esas argucias para hombres lerdos, y ella no era una gran seductora, a menos que se lo pidiera su madre, entonces sería buena en lo que le ordenara. No iba a caer en esa trampa, descubriría que era una bruja y la quemaría viva, muriendo en su más terrible pesadilla. Morir a veces le resultaba una experiencia tentadora, pero no de la forma en que solía finiquitar Arnau a los brujos. Bram no le hacía caso, tan solo le quedaba acudir a su otro hermano, y debía estar desesperada para ello. Sabía donde estaba Malcolm, pero era peor que su madre en muchos aspectos, no toleraba la debilidad y ella tenía mucho de eso. Miró de nuevo la foto del cazador, lo encontraba demasiado atractivo como para imaginárselo quemándola viva, y aún así, lo haría si averiguaba que era una bruja. Iría a ver a Malcolm. Hizo un poco de equipaje tras vestirse, y sin decir nada a nadie se dirigió al aeropuerto a coger un avión en modo turista. Podía haber ido en un avión privado o en primera clase, pero Mina disfrutaba de los pequeños placeres que le otorgaba la gente normal que no tenía que ser perfectos, o sencillamente, no debía estar por encima de todos. A veces escuchaba a la persona que se sentaba a su lado hablar de su vida, sin demonios, ni brujos, ni madres exigentes, una vida normal, con hijos, un marido, un trabajo, y sin tener que conducir al cazador que más miedo le daba a una trampa. Su madre odiaba a ese cazador en concreto, a Arnau. Fue el único que estuvo a punto de acabar con ella cuando aún no era tan poderosa, y le dejó una marca de fuego desde su mejilla descendiendo por su cuerpo. No deseaba escuchar a nadie en esta ocasión, así que se centró en mirar por la ventanilla pensando en cómo iba a tratar el tema con su hermano pequeño. Cuando descendió del avión se dirigió hacia el lugar donde su madre tenía encerrada a la bruja blanca. Tan solo había estado una vez allí, y no llegó a verla, ahora se adentraba hacia el interior donde ella estaba encarcelada. Cuando escuchó ruidos se detuvo, quería saber qué pasaba antes de entrar y que su hermano la viera.

—Esto, mi señora, es una tablet. Es como un libro mágico. Te mostraré —oyó decir a Malcolm con amabilidad.

—Eso, mi señor, es tecnología —contestó la bruja a la que nunca habían oído hablar, arrancando una carcajada a su hermano—. No estoy tan aislada

como podría pensarse.

Su hermano dejó la tablet en el suelo lo más cercano posible a la burbuja que los separaba, junto a una fuente con frutas y comida. Estaba siendo muy amable con la bruja blanca. Mina se acercó un poco para poder verla. Era realmente hermosa, pero no en el sentido humano, sino que poseía un aura de luz que te afectaba. Mina mientras la contemplaba dejó de sentir miedo, o dolor, había esperanza en esa luz y entendió cuál era la fuerza que había hecho que esa bruja sola sostuviera una guerra por siglos contra un aquelarre entero, y deseó ponerse de su parte, liberarla. Cerró los ojos levemente y trató de ignorar el deseo y el vínculo que notaba con esa bruja. Nunca se había sentido tan bien como en este momento en el que el miedo se había transformado en esperanza y valor. La mujer hizo que tanto la tablet como la fuente de frutas se deslizaran hasta dentro de su burbuja, quiso advertirle de que su hermano no era bueno, sea lo que sea que disfrazara por bondad, era un intento de obtener sus propósitos.

—Te he instalado muchos libros, algunos clásicos. Espero que te gusten.

—¿Eso quiere decir que mi señor ya no me leerá más libros? —preguntó la bruja con una sonrisa amable.

—No, mi señora. Eso quiere decir que podrás entretenerte cuando no esté.

Mina, por un segundo pensó si era posible que la bruja le hubiera encandilado a él como había hecho con ella, pero su hermano Malcolm era inmune a todo. Se parecía a su madre como dos gotas de agua. Cualquier amabilidad que prestara tenía un precio.

—Señor, está prohibido darle nada a la bruja —dijo uno de los guardianes de la bruja. Mina sabía que su madre había elegido a los más despreciables de los guardianes para cuidarla. Temía que si poseían una pizca de debilidad sucumbieran al deseo de liberarla que ella desprendía. El que hablaba a su hermano en ese instante era un deleznable violador. Conseguía mujeres que encerraba y violaba hasta matarlas. Sin duda, ese hombre no iba a sentir ninguna simpatía por la bruja blanca, como le estaba ocurriendo a ella.

—¿Me estás hablando? —preguntó Malcolm con un tono de incredulidad —¿Es que no sabes quién soy yo?

—Sí, señor. Es el hijo de la reina —dijo el hombre que comenzaba a arrepentirse de haber hablado.

—Soy un siervo de la Diosa Oscura. No me dedico a llamar demonios, ni a maltratar mujeres que no lo merezcan. Me dedico a castigar el karma.

Destruir a aquellos que no son digno, quemar la mala hierba sin ningún tipo de misericordia —respondió Malcolm que se había puesto de pie y se dirigía hacia el hombre que le había hablado.

—Señor, lo siento. No deseaba cuestionar su comportamiento, solo informarle de las órdenes de su madre —dijo el hombre que debía haber oído hablar de la fama de su hermano.

—Llévanselo de aquí y arrancarle la piel para que me haga la funda de un libro con ella. No sé cómo, pero cuando acabéis quiero que siga vivo, muy vivo —ordenó Malcolm con voz dura—. Te diría que pensaras en todo lo que has hecho en tu vida, pero no merece la pena, porque no aprenderás nada.

Mina envidió a su hermano durante unos segundos. Ni ella ni Bram eran capaces de una atrocidad así, y Malcolm no había ni parpadeado. Ahora estaba ella también arrepentida de haber venido a contarle a su hermano que el cazador le aterraba, cuando él era inmune a las debilidades.

—El mundo necesita hombres como yo para que mi hermana pueda seguir siendo una princesita —dijo Malcolm en un tono divertido—. ¿No vas a saludar a tu hermano o solo vienes a espiarme?

—Hola, Malcolm —dijo Mina acercándose a él con cautela parándose a una distancia prudencial.

—¿Ni un beso, o un abrazo fraternal? —preguntó Malcolm en un tono casi amable.

Mina se acercó precavida. No en vano su madre les había alejado de él, temía que quisiera quitarse a la competencia de hermanos de en medio y los matara. Cuando estuvo cerca le abrazó y le dio un beso casi como si tuviera una serpiente en sus brazos. Malcolm, sin embargo, le dio un cálido beso en la frente y le cogió de la mano.

—Mi señora, esta es Mina. Mi única hermana, por consiguiente mi preferida —dijo Malcolm dirigiéndose hacia la bruja blanca.

—¿Tan oscura era esa alma para que le obsequiarais con ese castigo? —preguntó la bruja tras dedicarle una mirada amable a Mina.

—No osaría herir la sensibilidad de mi señora con ese castigo ni no fuera tal el caso. Soy un siervo de la Madre Oscura, por consiguiente, debo servirla.

—Supongo que tienes razón —dijo la bruja con un tono triste—. Tan solo me gustaría que no fuera necesario.

—Esta dama es María, la bruja blanca —le presentó Malcolm a su hermana—. Mi misión es convencerla de que quite esa burbuja de una vez.

Mina soltó una carcajada por la desfachatez de su hermano, que no tenía

reparos en contar sus planes delante de la misma bruja.

—¿Y qué le hace pensar a mi hermano que va a conseguirlo cuando durante siglos todos han fracasado? —preguntó Mina que se había acostumbrado a que Malcolm tuviera su mano sujeta.

—Porque en breve va a ser necesario que lo haga —dijo su hermano cripticamente—. Y ella lo sabe. Tan solo pretendo facilitar el proceso.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Mina con curiosidad.

—Tú deberías saberlo —le contestó la bruja blanca—. Todo lo que está ocurriendo en tu vida es una prueba, y aún te queda lo más difícil. No eres débil, eres muy fuerte, mucho más que la bruja de corazón oscuro. La bondad no nos hace débiles sino fuertes. Solo las personas con nobles sentimientos hacen cosas grandes y dignas, los débiles son aquellos que solo se tienen a sí mismos para sostenerse, algún día acaban cayendo para siempre.

—No sé de qué hablas —respondió Mina enfadada—. Yo no tengo ni una pizca de bondad.

—¿Y qué te ha traído hasta aquí? —preguntó Malcolm cambiando de tema —No creo que hayas venido porque me echaras de menos.

Mina le miró durante un instante, ya estaba arrepentida de venir a contarle sus debilidades, ahora lo iba a hacer delante de la bruja blanca, que parecía leerle el alma como si no hubiera secretos para ella. Suspiró levemente porque no le quedaba más remedio.

—Mamá me ha encargado que seduzca a Arnau, el cazador, y lo conduzca hacia una trampa —dijo Mina sin más.

—¿Y a qué esperas? No pretenderás que le seduzca yo por tí. Porque creo que no le van los hombres, por guapos que sean.

—Tampoco le voy a seducir yo, es un cazador, nunca han caído en esos ardidés tan burdos —dijo Mina indignada.

—¿Por qué no dices lo que realmente te ocurre? Estás aterrada porque es el cazador que quema brujas y te aterra el fuego —dijo Malcolm saboreando las palabras. Mina no esperaba que su hermano supiera sobre esa debilidad, eso le otorgaba mucho poder sobre ella.

—¿Miedo al fuego? —dijo la bruja blanca con asombro —Qué paradójico siendo una bruja elemental de fuego.

—¿Bruja elemental de fuego? —repitió Mina incrédula. Nunca había sido apta para ningún tipo de magia, pero los magos que nacían con una afinidad eran los mejores, y los más poderosos: los elementalistas. Ella era una bruja muy mediocre que nunca había destacado ni en lo más mínimo. Era uno de los



motivos por el que su madre la despreciaba, ni siquiera entendía por qué seguía viva cuando a hijos muchos más aptos que ella los había matado.

—De un poder increíble, si te atrevieras a ello —dijo la bruja blanca.

—Te burlas de mí —dijo Mina que comenzaba a sentirse molesta.

—En absoluto. No es una técnica de los brujos blancos mentir y yo soy una bruja del quinto elemento, percibo eso mismo. Arnau no te hará daño. Ve, cumple con la misión que te han dado, enfréntate a tu miedo, y conviértete en la bruja poderosa que siempre debiste ser. Recuerda que no estás sola, por desesperada que te veas —dijo la bruja blanca, y luego se sentó a explorar la tablet que le había dado Malcolm, ignorando a ambos.

—Ya la has oído —dijo Malcolm a su hermana—. Pretendes que convenza a mamá para que te quite esa misión, pero es imposible contrariar a esta dama. Ponte el vestido color cereza para presentarte a Arnau, te queda muy bien, y creo que los colores rojizos son sus preferidos. Ya me contarás cómo te ha ido.

Malcolm le dio un beso en la frente que Mina sintió como el beso de Judas. Su segundo hermano también le había abandonado, pero no debía extrañarse, siempre había estado sola. Tan solo le quedaba una esperanza; tras fallar en esta misión a lo mejor su madre no la torturaba, sino que la mataba y su infierno concluía ahí. Dedicó una última mirada a su hermano, pero este ya la estaba ignorando y se dedicaba a hablar con la bruja blanca gastándole alguna broma a la que Mina ya no estaba prestando atención.

## *Capítulo 3.*

Arnau llegó a la sede de los cazadores en Roma. Desde esa llamada en el móvil de Bram no había descansado. No podía creer que hubiera perdido el control de esa forma, y debería pensar en todos los detalles. Tras casi quemar toda la casa se dirigió hacia el hangar que tenían en París y desde allí voló hasta Roma. No había analizado lo ocurrido, tan solo había visualizado una y otra vez cuanto pasó aquel día desde que entró a pedir perdón a su amada Isabel porque iba a pedir la mano de Carla. Y resultó que su esposa muerta tuvo una forma muy peculiar de recordarle su promesa, la que le hiciera a ella y a su padre. Se sentía tan confuso que ya no sabía ni donde estaba, tan solo necesitaba olvidar. Entró en la sede de los cazadores, un edificio grande y casi como un zombi, sin fijarse más que en el camino que seguía, un hola a alguien con quién se encontrara casi sin apenas discernir quién era, o algún gesto cortés, subió en el ascensor hasta la última planta, tan solo se frenó cuando un chaparrón de agua le cayó encima empapándole. Arnau se giró molesto y se fijó en un rincón de la enorme habitación que precedía al despacho de Jacques. Violeta estaba junto a la amiga de Angélica, Nidia, practicando magia, y la misma Angélica estaba en una mesa rodeada de libros estudiando algún texto. Arnau aún no entendía cómo esa mujer tan culta podía congeniar con el menos interesado en los libros de los cazadores. La vida era cada vez más extraña. Ambas estaban ligadas a dos de los cazadores. Violeta con Ezequiel, también apodado el Inquisidor Negro, por su capacidad para sacar información y porque fue adiestrado por la Santa Inquisición para ello. Y Angélica con Aren, siendo este último el más violento y salvaje de los cazadores.

—Lo siento mucho. Lo siento mucho —repitió Violeta acercándose a Arnau preocupada mientras Angélica reprimía una risa y Nidia parecía horrorizada—. Te secaré, tan solo dame un instante. Estoy segura de que puedo

hacerlo

—Déjalo, Violeta, una ducha de agua helada era precisamente lo que necesitaba —dijo Arnau mientras se acercaba a la mesa de Angélica—. ¿Hay reunión familiar y no me avisáis?

—Ezequiel está en una misión, y a Aren le van a encargar otra. Jacques quiere que nos quedemos con él mientras ellos están fuera, para protegernos —explicó Angélica con una sonrisa divertida al fijarse en las ropas mojadas de Arnau.

—Jacques hacía tiempo que necesitaba un toque femenino. Le vais a volver loco seguro —dijo Arnau mientras cogía al bebé en brazos y la abrazaba—. Eva está más gordita, se nota que el padre le ha contagiado el apetito.

—Tú si que estás gordito. Dame a Eva mientras te secas, ya que no quieres mi ayuda. La vas a mojar —le respondió Violeta quitándole al bebé de las manos.

—Las mujeres siempre os quejáis de que no existen hombres sensibles que le gusten los bebés, y cuando tenéis uno delante le regañáis por eso —dijo Arnau.

—Te aseguro que cuando encuentre uno lo meteré en mi enciclopedia mítica, junto a los unicornios y la esfinge —dijo Angélica mientras pasaba una página del libro que leía.

—¿Por qué lees libros tan antiguos? Ese idioma es casi prehelénico —dijo Arnau mirando los libros que tenía Angélica sobre la mesa.

—Tenemos que ayudar a Brigit en un asunto en el que se ha metido. Digamos que un problema de proporciones épicas, o míticas, como se quiera ver. No nos queda mucho tiempo para solucionarlo.

—¿Necesitas que incinere a alguien? —preguntó Arnau ofreciéndose cortésmente.

—Si fuera tan sencillo habría mandado a Aren a que destrozara, destruyera y sesgara vidas, pero ni siquiera Ezequiel ha podido ser en exceso útil, al menos de momento, necesita más tiempo también.

—¿Y qué tal es la misión que Jacques le encarga a Aren? Supongo que llena de violencia y destrucción —dijo Arnau que había usado una leve pizca de su poder para secarse.

—No me deja acompañarle —dijo Angélica molesta—. Podría serle útil.

—Sin duda, tú el cerebro y él los músculos. No veo por qué no quiere llevarse a su chica a una misión llena de peligros donde va a perder el control

y matar hasta al botones del hotel.

—Ya pillo el cinismo, Arnau. Veo que eres tan machista como él, o mejor dicho, ellos. Pensaba que eras el más avanzado mentalmente.

—Y lo soy. Angélica, ¿no te gustaría pasar más tiempo con Aren? ¿Un viaje a Noruega conociendo fiordos o la costa? Podías, que se yo, enseñar a leer a Aren, para que te ayude en lo de Brigvampi.

—¿Qué quieres Arnau? —preguntó Angélica lanzándole una mirada helada cuando bromeó con lo de enseñar a Aren a leer.

—Su misión, sea la que sea —dijo Arnau sin más.

—A cambio me servirás de canguro cuando te lo pida —dijo Angélica mirándole fijamente—, y me contarás de qué huyes.

—¿Huir? Mi vida es perfecta. No sé de qué hablas.

—Ya claro. Bram llamó y contó que casi quemas tu casa en un arrebato de ira tras prometerte —dijo Violeta mientras formaba otra nube con el vapor que se acumulaba en la habitación.

—¿Sabes porque se te descontrola la magia, Violeta? Porque no prestas atención a lo que debes hacer —respondió Arnau y luego se centró en Angélica —Canguro y te deberé un favor.

—¿Por qué no lo tratas con Aren? —preguntó Violeta.

—Porque no va a querer, y ella le convencerá mejor que yo. ¿Ahora tengo que negociar contigo también? —dijo Arnau bromeando con Violeta.

—De acuerdo —claudicó Angélica—. Porque me salvaste la vida en Milán, pero me debes lo hacer de canguro.

—Genial. Ya estás entre mis cien féminas preferidas —dijo Arnau con una sonrisa casi forzada.

—Y otra cosa. Deberías pensar en romper ese compromiso. Sabes que estoy casi cien por cien segura de que sois los protectores de las brujas, que cada uno de vosotros tiene una. La tuya aparecerá y tendrás que explicarle que estás casado y esperas un hijo.

—Estoy harto de esa historia —dijo Arnau pasando del buen humor al enfado—. Que Violeta y tú hayáis acabado con un cazador no quiere decir que nos vaya a pasar a todos, y de ser así, no quiere decir que tengas que ser protector y amante a la vez. No quiero oír hablar más de eso, Angélica —“y no quiero que nadie sustituya a Isabel”. Omitió decir.

—Está bien Arnau. No te lo volveré a decir.

Arnau suspiró levemente y entró en el despacho de Jacques sin llamar. Jacques estaba sentado en frente de Aren mientras parecía darle instrucciones

sobre la misión. Miró un instante los papeles y los planos que había sobre la mesa. Un par de meses atrás, a Aren le encargaron la misión de matar a Angélica, pero él en vez de matarla pactó con ella para salvar al bebé que ahora habían adoptado, Eva. En el proceso se enamoraron y se enfrentaron al diácono de Milán, un tipo que estaba francamente loco y que había abierto un portal a un lugar poco recomendable, en el que liberó algo que Jacques calificaba de peligro nivel exterminio total. De momento habían arreglado el problema, Aren había limpiado la entrada de criaturas regando con sangre todo en el proceso y cerraron más o menos el portal. Ahora había una cuenta atrás antes de que, lo que sea que hubiera sido soltado, quisiera entrar en el plano material, y el mejor plan era ir allí a enfrentarlo, pero para eso necesitaban un ejército. Cuando Angélica se puso en contra de su propio Aquelarre Oscuro, un conjunto de magos que se dedicaban a la magia de la Diosa Oscura, una magia dedicada a la muerte y la renovación del ciclo pero corrompida por muchos en sus tratos con demonios, todo su clan de eruditos la siguió, desligándose de su Aquelarre y uniéndose a los cazadores. Ahora Jacques trabajaba sin descanso para buscar aliados, o cualquier resquicio de información que pudiera obtener sobre cómo sabían de ese ser que liberaron los del Aquelarre Oscuro, por eso estaban en Roma, principalmente.

Arnau miró los planos y a los dos hombres que ni le habían dedicado un saludo, estaban muy ocupados con los detalles de la misión.

—Aren —dijo Arnau dirigiéndose al rubio cazador vikingo—. Tu mujer te busca urgentemente.

Aren en vez de levantarse se acomodó en el sillón tomando una bebida que había en una mesita. Si estuviera de mejor talante le habría gastado un chiste sobre lo mal entrenado que le tenía Angélica, pero su humor había descendido muchísimo después de conversar con ella.

—¿Y qué? —dijo Aren sencillamente —Que espere.

Arnau se aproximó al sillón de Aren, colocó cada mano en uno de los brazos del sillón, y se acercó a él ardiendo casi entero en el proceso sin marcar el sillón ni descontrolar el fuego.

—Ve con ella o te incinero —dijo Arnau que casi no había planeado una amenaza tan drástica, tan solo pretendía hacerle una sugerencia en un primer instante. Amenazar al vikingo no era buen asunto, cuando entraba en el estado de berseker perdía el control y era prácticamente indestructible, y eso le solía ocurrir cuando se enfadaba.

—¿Esto es estrés por tu futura boda? —dijo Aren en una sonora

carcajada sin darle importancia al suceso. Después de todo, Angélica sí le había civilizado un poco, al menos—. Creo que necesitas terapia con Jacques mientras voy a ver a Angélica.

Arnau suspiró y se dejó caer en el sillón mientras Aren salía de la habitación. Tomó la bebida que dejó Aren, y agradeció que no fuera un zumo, y se la bebió de un trago.

—Quiero esa misión —dijo Arnau mirando a Jacques fijamente—. Sea la que sea, y sé que es sangrienta o no lo enviarías a él.

—¿Y a tí qué te pasa? —preguntó Jacques tras observar cómo Aren salía.

—Esto —dijo Arnau dejando el móvil de Bram sobre la mesa y contemplando fijamente a Jacques tras mostrarle la foto.

—Joder —dijo Jacques que no solía decir palabra inapropiadas cuando vio el móvil.

—Es el móvil de Bram —explicó Arnau.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Jacques

—Quemar y destruir brujos, y luego ya veré. Necesito calmarme o quemaré una ciudad entera como me estrese más de lo que ya estoy.

—Sí, ya me he enterado de tu pequeña fiesta ardiente.

—¿Cómo va la ayuda que los brujos te están prestando con tu problema? —se interesó Arnau mientras se levantaba para servirse otra copa que apuró de un tirón de nuevo.

—No les gusta que les llamen brujos, quieren que les llamemos eruditos.

—Sí, hace un mes que Brigit me dijo que brujo era un mediocre practicante de las artes que ellos llamaban arcanas, que podían ser servidos crujientes para la cena, y que un erudito era un maestro digno que no podía quemar.

—Sí, más o menos. Mi problema ha mejorado mucho, ya puedo salir, hacer algunas cosas sin que me extraigan el alma a dosis aceleradas, pero sigo sin recuperar mi poder para enfrentar lo que nos viene encima, para ello necesito quitarme la garra.

—Dada mi situación no seré yo quien te diga que Angélica podría llevar razón, pero sí que hay una forma de acabar con la garra, porque ya no la tienen ni Aren ni Ezequiel.

—Si la hay la encontraremos, pero temo que tenga razón, porque si es así, yo he cometido una injusticia enorme con María —dijo Jacques tratando de no mostrar emotividad al respecto—. Me ha costado bastante entender a los humanos, y tú al menos solo eres medio humano.

—Lo que le ha pasado a la bruja blanca no es tu culpa. Tú no la encerraste, ni la atormentaste durante siglos, y con la garra de la bruja no podías ni salir a la calle.

—Fui un estúpido que cayó en una trampa muy burda, y gracias a eso dejé de cumplir con el trabajo que tengo encomendado, y por ello van a ocurrir todos los desastres que nos vienen encima. Ella trató de avisarme, decirme que teníamos que prepararnos, pero yo desprecié a los humanos como si fueran alimañas a las que no me molestaba ni en pisar, y esa arrogancia mía nos ha traído a este momento en el que me encuentro siendo humano y sin capacidad para acceder a mi poder real. Una divertida paradoja.

—Pero ahora puedes moverte libremente, y aunque no tengas todo tu poder, sí parte de él y los conocimientos —dijo Arnau mirándole fijamente—. Quizás deberías confiar en los “eruditos no brujos chamuscables” para que te ayuden.

—No hay ayuda hasta que deshaga de la garra de la bruja. Eres el único que conoces mi secreto, junto a la bruja blanca, y preferiría que siguiera siendo así —concluyó Jacques.

—Como deseas, pero dame esa maldita misión que me calme y recapacite un poco —dijo Arnau cogiendo los datos que había en la mesa—. Supongo que esto es el dossier que a Aren no le gusta leer.

—Sí, me paso horas explicándole lo que va a hacer y luego hace lo que le da la gana e improvisa, y no llama si surge contratiempos, como pasó en Milán. El dossier para él tan solo es un libro de sugerencias que no va a seguir. La reina del Aquelarre oscuro tiene un plan, primero me quita a mí de en medio y luego le libera a él. Necesito cualquier información que se pueda conseguir, por ello debes limpiar todo mientras Ezequiel me consigue la información e interroga a los brujos que capturéis. Espero que tengáis ambos buena caza.

—Te lo puedo jurar —prometió Arnau mientras se llevaba todo lo que había en la mesa.

Arnau salió del despacho de Jacques para ver cómo Angélica y Aren se besaban. Si había esperanza para ese vikingo que antes de conocer a Angélica tenía una cita por noche de la que nunca recordaba su nombre, y ahora tenía una mujer y una hija, la debía haber para todos.

—¿Interrumpo? —dijo Arnau sin importarle la situación incómoda.

—Creo que sí —dijo Aren girándose.

—Excelente, entonces —respondió Arnau con una amplia sonrisa—. Ya

no tienes que ir de misión, ya me encargo yo, y necesito algo de Angélica.

—Ya me ha contado Angélica. ¿El viaje a Noruega nos lo pagas tú y a la canguro? —dijo Aren acomodado en la mesa de Angélica.

—Mas que canguro vas a necesitar un oso polar que cuide de Eva, porque menudo frío hace en esta época del año, y mira el lado bueno, está acostumbrada al padre, el oso le será familiar.

—Entiendo lo que te pasa —dijo Aren—. A mí me ocurría lo mismo antes de conocer a Angélica, cuando me pasaba una semana sin echar un polvo.

—Estoy seguro de que las osas polares están desconsoladas desde que ya no las visitas —dijo Arnau mientras Aren le sonreía esperando—, pero necesito un favor de Angélica, y no ese.

—¿Qué? —preguntó Angélica colocando la mano en el hombro de Aren que le había lanzado una fría mirada a Arnau.

—Toma mi móvil —dijo Arnau colocándolo sobre la mesa—. Le he quitado el pin, si llama Carla le dices que estoy en una misión o lo que se te ocurra. Si necesitáis algo de mí me llamáis al móvil de Bram que nos tiene a todos con nombres pintorescos.

—¿No será extraño que conteste tu móvil una mujer? —dijo Angélica intrigada por la situación.

—Es posible, pero confío en tu sentido común, si no se lo daría a Aren. Dile que eres mi nueva secretaria, la mujer de Aren que se encontró el móvil tirado, lo que te de la gana pero que no se preocupe y me deje tranquilo.

—Como quieras, después de todo, el viaje nos lo pagas tú —dijo Angélica con una sonrisa divertida.

—Nos vemos a la vuelta —dijo Arnau saliendo de la sala



## *Capítulo 4.*

Mina contempló el rostro del cazador de nuevo. Trataba de localizarlo, pero no era tan fácil. Esquivaban todo tipo de cámaras, redes sociales, incluso, aunque no poseía el poder de que te olvides de ellos nada más verlos como los tenía el Inquisidor, sí disponían cierta capacidad mística para pasar desapercibidos, la mayoría de las veces para saber que estaban en algún lado debías encontrarlos de frente, y en el caso de Ezequiel, ni lo sabrías. Había puesto a trabajar a todos los expertos en localizar, tanto mágicos como mundanos, y no había forma de encontrar a Arnau. Se frotó bien los ojos, ya llevaba diez horas en ese empeño y no sabía si sentirse furiosa o aliviada. Se puso de pie y se dirigió al despacho de su madre, necesitaba tantear de qué humor se encontraba para saber cuánta prisa debía darse en cumplir su misión. Tomó el ascensor que subía a la última planta tras pasar su tarjeta. A esa planta tan solo tenían acceso sus hijos y brujos de absoluta confianza. Mina sabía que la última planta era para ver a las ancianas, y aunque para eso todos tenían acceso nadie bajaba. Mina salió del ascensor y paró cuando escuchó voces, su madre no le gustaba que le molestaran cuando tenía alguna visita, intentó coger de nuevo el ascensor pero ya era tarde, alguien lo había llamado. Respiró profundamente tras llamar al ascensor que tardaría un rato, así que se movió lentamente para averiguar quién estaba con su madre sin ser vista, y se quedó quieta silenciosa cuando los escuchó hablar de nuevo. Tan pronto como estuvo cerca se arrepintió, si había algo que su madre odiaba más que la interrumpieran era una fisgona, pero si ahora se movía la descubrirían, así que se calmó esperando el ascensor que podía ver desde la esquina donde se había agazapado.

—Necesito que encuentres al último cazador, sin él, todo será inútil— oyó decir a su madre a la persona que estaba con ella.

—No sabemos nada de ninguno —dijo la voz de un hombre que Mina

reconoció como Derek, su secretario—. No ha aparecido ningún nuevo cazador. Nadie que no sea uno de los cuatro que ya están ligados a mi señora ha dado señales, ninguna caza a manos de un extraño.

—Sois unos inútiles —dijo su madre—. Antes lo encontrábamos con facilidad y ahora, con toda la tecnología a nuestro alcance y no sois capaces de nada.

—Señora, antes una adivina indicaba un lugar y nada más llegar, los mismos pueblerinos te contaban cosas extraordinarias que había realizado uno de los hombres del lugar, hoy indica que el cazador está en Nueva York y no es posible saber quién es —se excusó el hombre con humildad.

—Eso son bobadas. Si ese conjuro de la adivina no es preciso buscad otro, que lo inventen.

—Señora, el grupo de los eruditos nunca han sido en exceso colaboradores, investigaban lo que querían, y ahora ya ni siquiera están entre nosotros.

—Si se han ido reclutad unos nuevos eruditos, y matad a los traidores.

—Señora —dijo Derek dubitativo—, se han unido a los cazadores. Angélica es...

—Dilo, la pareja de Aren —dijo su madre concluyendo la frase extrañamente calmada para los días de mal humor que había sufrido.

—Sí, señora.

—Quizás sea el momento de tomar nosotros la ofensiva por una vez y destruir algún sitio de los cazadores —dijo su madre indignada.

—Tan cerca de conseguir nuestro propósito, ¿es prudente remover ese avispero?

—No hay ningún propósito si no encontramos al último cazador —dijo su madre molesta.

—También está la promesa que él le ha hecho a mi señora. Si él cumple su promesa y le da el poder suficiente no será necesario el último cazador, mi señora será tan poderosa que no requerirá de nada más —dijo el hombre haciendo fruncir el ceño a Mina. Un “él” va a hacer a su madre más poderosa de lo que ya es.

— Aún no sabemos nada de eso, así que nos atenemos al plan original: encontrar al último cazador y convertirlos a todos en mis siervos, además, si por alguna extraña casualidad es verdad que son los compañeros y compañeras de la bruja blanca, y logran su propósito, podrían destruirme — dijo su madre causando compasión en Mina. Nunca antes se había mostrado

vulnerable con ella, y escucharla hablar así le entristecía. En el fondo siempre mantuvo la esperanza de encontrar un resquicio de amabilidad en ella—. Mientras, debemos ganar tiempo, por eso necesito apoyos y la boda de Bram, al menos que esa escoria de hijo sirva para algo.

Mina se sorprendió cuando escuchó los pasos de ambos dirigiéndose hacia la puerta, durante un instante casi dejó de respirar, si su madre le pillaba estaba acabada. ¿Cómo iba a explicarle que estaba espiando? Se quedó callada, silenciosa, ya no podía huir. Tanto el secretario como su madre pasaron casi sin mirar más que al frente, cuando estaban cerca pensó que se desmayaría, pero sencillamente pasaron de largo sin fijarse, estaban demasiado concentrados en su charla como para percibir que había una intrusa, una que además, el sistema de seguridad no captaba como una amenaza. Cuando ambos habían pasado, ella entró en el despacho de su madre para evitar ser vista si se daban la vuelta, y rezó para que no se hubieran olvidado nada. Se dejó caer en el suelo y cerró los ojos angustiada. Se quedó un rato más de lo necesario, luego se puso de pie y pensó en salir de una vez de ahí, entonces una luz se encendió y la iluminó casi matándola de un susto.

—No, todavía no te vas —dijo una voz sorprendiéndola aún más.

Mina giró a un lado y a otro buscando la fuente desde donde le hablaban.

—A través del altavoz del ordenador —aclaró la voz difícil de identificar porque estaba siendo camuflada por algún distorsionador.

—¿Quién eres? —preguntó Mina asustada.

—Me conocen por Goblin y necesito que hagas algo. No te preocupes, sé cuándo se acerca alguien, nadie te va a pescar aquí si yo no quiero —le aclaró Goblin.

—¿Cómo puedes colarte? Han hecho una renovación de todo el sistema después de que los eruditos se fueran. Solo podrías si...

—Desde dentro, exacto. Es que yo no me he ido, ni lo haré. Necesito que vayas a la mesa de tu madre y me muestres los papeles que hay, no puedo verlos desde ninguna cámara.

—¿Estás loco? —preguntó Mina tratando de no alzar la voz —No pienso hacer nada.

—¿No? ¿Eso crees, Mina? Porque si no lo haces puedo enviarle a tu madre ahora mismo la grabación de tu estancia aquí, también puedo dejar la grabación que la vea ella misma cuando venga, o puedo borrarlo.

—Está bien —dijo Mina claudicando.

Mina se acercó con cuidado y temor a la mesa de su madre, tan solo por

haberse adentrado tanto debía haber sonado alguna alarma aún siendo su hija, pero no ocurrió, ese Goblin debía haberlas desactivado. Miró, en la mesa, los papeles.

—Muestralos a la cámara de la habitación.

—¿Me juras que no saldré en ninguna cámara y nadie sabrá que he estado aquí?

—¿Qué más te da si ya saliste desde que estabas detrás de la puerta? Sí, han puesto cámaras nuevas, pero no te preocupes, nadie se va a enterar, te lo juro, siempre que hagas cuanto te pida.

Mina asintió y se acercó a la cámara mostrando cada uno de los papeles que no se atrevió ni a mirar. No quería saber más de lo que estaba ocurriendo, porque probablemente estaba ayudando a los enemigos de su Aquelarre.

—¿Ya puedo irme y borrarás todo? —Mina sabía que la pregunta era hasta ingenua, él no tenía por qué borrar nada, incluso podía estar engañándola, pero no tenía alternativa.

—No, no es todo, pero cuando acabes te cubriré, no quiero que te descubran ahora que trabajas para mí —dijo Goblin con una seguridad en sí mismo que Mina envidió.

—¿Cómo que trabajo para tí?

—Dije que iba a borrar tu imagen de las cámaras, no que yo no tuviera una copia. Ahora trabajas para mí.

—Pero...

—Así que esta es la futura esposa de tu hermanito Bram —dijo Goblin ignorando las objeciones de Mina, parecía mirar los documentos mientras hablaba—. Una de las brujas de la familia Steele que hicieron su imperio en América. Muy lista, una familia sin ninguna nobleza dentro del Aquelarre, pero con mucho poder y deseosos de llevarse un trozo de pastel. Emparentados con la reina, tu madre recibirá un apoyo incondicional de una familia que vive un poco ajena a lo que ocurre en la “corte”, y ellos la realeza necesaria para que se los considere.

—Una forma muy extensa de decir que le casan con una don nadie —opinó Mina.

—Una don nadie, no. Cuando esté casada con Bram será la esposa del hijo mayor de la reina, y tu madre mantendrá el poder que hasta hace poco ha logrado mediante la fuerza. Eso te coloca a tí en una mala posición, porque siendo la única hija, actualmente, eres un estorbo para ellos, y tienen mucho dinero para contratar a un ejército de kasisines para asesinarte.

—Ya, pero para eso deben tener un plan para quitar a mi madre de en medio, y eso es imposible —explicó Mina que sabía que en el Aquelarre Oscuro, y en los otros también, existía una clara preferencia porque gobernara una mujer, lo cuál no quería decir que no pudiera ser un hombre, pero debía ser uno muy hábil para ello.

—Tu madre no es invulnerable, al menos no aún, ella trata de ganar tiempo hasta serlo, mientras, es una pieza que cualquiera, con sangre noble, puede quitar de en medio en un desafío a muerte.

—No seré yo, te lo aseguro —dijo Mina casi riéndose—. Acabemos, dime qué más quieres a parte de darme una clase de política.

—Pues deberías prestar más atención. Tú eres ahora mismo la pieza central en toda esa política, aunque no quieras la corona.

—Como has dicho, no la quiero, y ya me cuido de los asesinos, no es una novedad. Dime qué más quieres y acabemos.

—Ve a la caja fuerte, no me hagas decirte donde está porque lo sabes —dijo Goblin en tono autoritario

—¿Qué? ¿Has perdido el juicio? No voy a dejar que robes a mi madre —dijo Mina indignada.

—No voy a robar yo, en todo caso lo harás tú, y técnicamente la ladrona es tu madre, tú tan solo vas a reclamar lo que te pertenece.

—Ni hablar —se negó Mina rotundamente.

—¿Entonces mando a tu madre la grabación ya? —le amenazó Goblin.

—Está bien —dijo Mina de mala gana—, pero desconozco la contraseña, no tiene tanta confianza en mí.

—No te preocupes, yo sé cuál es. Ve.

—¿En serio? ¿Sabes lo que te hará mi madre si te descubre? —preguntó Mina mientras se acercaba a la caja.

—Probablemente menos de lo que te hará a tí si sabe que has estado en su despacho husmeando —dijo Goblin—. Ahora te voy diciendo los números y tú abres esa caja.

—Está bien.

Mina comenzó a introducir la combinación que Goblin le iba marcando hasta que escuchó el sonido de la caja cuando se abría. En la caja fuerte tan solo había un montón de huesos con un collar. Debería pensar que era un poco macabro, pero siendo su madre podría incluso ser los huesos de un enemigo de la infancia, convertido en eso tras siglos de rencor. Mina ni siquiera sabía la edad de su madre.

—¿Qué quieres que haga con los huesos? —preguntó Mina dubitativamente.

—Con los huesos nada, están ahí porque nadie ha podido arrancar el collar del cuello de su antigua portadora. Quiero que cojas el collar.

—¿Me tomas por tonta? Acabas de decir que nadie ha logrado cogerlo y que por eso están ahí los huesos. Sé lo que pasa cuando se toca un objeto mágico, cualquier cosa, incluso la muerte.

—Sí, eso le ha pasado a más de una que ha tratado de tocarlo, pero a tí no te va a pasar porque es tuyo. Cógelo de una vez —dijo Goblin insistentemente.

—No, ni hablar. No pienso morir así —dijo Mina alejándose un poco.

—¿Prefieres morir a manos de tu madre? —le volvió a amenazar Goblin —Haremos lo siguiente, acercarás la mano y si notas una chispa o algo lo dejamos, no te quiero muerta, ya te lo he dicho. Sabes que los objetos mágicos muestran una señal cuando repelen a alguien, y tú puedes notarlo. De cualquier forma, si no lo haces cumpliré mi amenaza.

—Está bien, pero si noto algo, se acabó —dijo Mina que era consciente de que no le quedaba otro remedio.

Volvió a acercarse y contempló el collar. Tenía un brillo especial de esos que te indicaba que había algo distinto en él. Acercó un poco la mano esperando algo malo, respiró profundamente, acercó la mano hasta coger el collar y alejarlo de los huesos.

—Vale, lo tengo —dijo Mina tratando de calmarse—. ¿Qué quieres que haga con él? No creo que pueda enviártelo a menos que me digas quién eres, y no lo voy a dejar en algún buzón de correos.

—No lo quiero, es tuyo. Debes esconderlo y llevarlo siempre contigo, y ahora lárgate de una vez. Yo me encargo de todo.

Mina dudó durante unos segundos, deseaba dejar el collar donde lo había encontrado, pero de alguna forma sentía que le había dicho la verdad y el collar estaba sintonizado con ella. Salió del despacho confiando en que cumpliera su promesa, igualmente, si no lo hacía, poco podía hacer para evitarlo. Miró el ascensor y entró, antes de pensar más alguien lo llamó, y Mina temía que finalmente la pescaran cuando saliera del ascensor porque señalaba que bajaba de la última planta, así que le dio a parada y nerviosa bajó a la única planta donde sabía que no se encontraría a nadie; el sótano. A este paso no sería necesario que su madre la matara, moriría de un infarto. Salió del ascensor cuando llegó al sótano, donde nunca antes había estado

para permitir que quien había llamado al ascensor lo usara y después ya lo volvería a llamar. Lo único que tenía que hacer es quedarse quieta sin llamar la atención. Escuchó subir el ascensor, y en cuanto la luz que este aportaba desapareció la oscuridad fue absoluta. Mina había temido a muchas cosas desde niña, pero nunca fue a la oscuridad, y sin embargo, esta producía una sensación de encontrarte en un lugar sumamente peligroso donde en cualquier momento algo surgiría de ahí y te destruiría. Se calmó de nuevo y se dijo a sí misma que era mejor que encontrarse con su madre, ni estas podían darle más miedo que su progenitora, además, solo estaba en el lugar donde el ascensor descendía, tan solo debía llamarlo e irse.

—Vaya, una ratita nos ha llegado sin que la hayamos llamado —se oyó una voz en la oscuridad que dejó a Mina helada.

—Pensaba que esa insolencia de venir cuando no se la llamaba solo era de la madre —continuó otra voz

Durante unos segundos pensó en coger el ascensor y largarse, pero sabía que eso tan solo empeoraría la situación, así que se movió un poco para hablar a las ancianas.

—Lo siento, yo no pretendía bajar a molestarlas —dijo Mina con humildad.

—¿Y a qué has bajado entonces? —dijo la primera voz.

—No sabía a qué planta ir —dijo Mina produciendo un montón de risas que venían desde la oscuridad.

—Disculpa, muchacha —dijo otra voz tras calmarse—. Es la primera vez que alguien viene aquí por error.

—Pensaba que si me quedaba al lado del ascensor no las molestaría, sino no habría bajado —dijo Mina tratando de ser sincera. No era momento de disfrazar su decisión con alguna bravata que solía soltar cuando alguien le hacía una pregunta que denotaba un error que cometió—. Pensaba irme ya. Lo siento mucho de nuevo por la molestia que les he acarreado.

—Es más educada que la madre —dijo una de las voces.

—Y mucho más guapa. Acércate que te veamos bien.

Mina no lo pensó y se acercó un poco hacía la oscuridad comprobando que era realmente asfixiante, y en ese instante, el collar que llevaba escondido en el bolso comenzó a brillar incluso estando oculto. Mina se sobresaltó y colocó la mano donde estaba el collar, casi como un acto reflejo para que no brillara, y al ver que no era posible, dio un par de pasos atrás esperando que nadie se percatara en una esperanza vana.

—¿No os dije que era ella? —oyó decir una voz en la oscuridad de nuevo.

—Mina —dijo otra voz más joven—, acércate y muéstranos el collar, por favor.

Mina iba a decir qué collar, se arrepintió y se acercó sacándolo del bolso, ya la habían pescado, tan solo podía aguardar acontecimientos.

—Has conseguido tu collar —dijo la voz más joven—. ¿Sabes si había otros como ese donde lo encontraste?

—No, estaba solo. Era lo único que había en la caja fuerte y lo siento mucho, lo devolveré —se disculpó Mina

—No, ni de broma. No debes devolverlo, guardarlo de momento y sin que nadie sepa que lo tienes —añadió la voz más joven.

—Debes marcharte ya —dijo una de las voces impidiendo que la más joven continuara con las instrucciones—. Si quieren saber dónde has estado, di que te hemos mandado llamar para hacerte algunas preguntas. Si averiguan que el objeto falta y te preguntan dónde has estado dirás que aquí, y nosotras confirmaremos tu coartada, ahora vete.

Mina asintió sin ser consciente de si la veían o no, y se dirigió hacia el ascensor suspirando de nuevo, esperando ponerse a salvo. Antes de salir, observó un punto de luz en la oscuridad, enfocó la vista para fijarse mejor y parecía que reaccionaba a la luz de su collar siendo parecido en color e intensidad. Entró en el ascensor y se fue de allí.



## *Capítulo 5.*

Angélica despertó de golpe. Había vuelto de nuevo al lugar donde se reunían las ancianas. Desconocía cuántas eran o dónde estaba cada una, a la única de la que tenía constancia era de la señora Fevre. Mina tenía el collar, luego era una de ellas, de las cinco, la bruja que le faltaba por saber quién era. La señora Fevre ya sospechaba de ella después de la explosión casi literal que tuvo Arnau en su casa. Contó el por qué de sus intuiciones y sonaban muy convincentes, salvo que era Mina, la hija fiel de la reina. La que cumplía cada una de sus órdenes al pie de la letra, pero ahí estaba en la oscuridad, tras haberle robado el collar, asustada y confundida. Quería haberle dicho que se largara del Aquelarre, que buscara a su hermano, o a algún cazador y le enseñara el collar, que la protegerían de su madre, pero la señora Fevre la interrumpió echando a Mina de la oscuridad. Se sentía frustrada tan cerca de la quinta sin poder hacer nada por ayudarla. Angélica también se sintió así, presa de su Aquelarre, sabiendo que actuaban mal pero con la sensación de deber, de serles fiel a pesar de todo. Esta, además, era la probable sucesora de su madre, si alguien que no fuera de su familia desafiaba y mataba a la reina tendría que desafiar luego a la hija para hacerse con el Aquelarre. Afortunadamente, nadie estaba tan loco, de momento, como para cometer un acto como ese, y si lo hacía, la reina acabaría con él. Aunque el poder de la reina se había debilitado tras quitarse la garra de la bruja de Ezequiel y de Aren, aún tenía a Arnau y a Jacques, aunque ya menos, gracias al servicio de los eruditos, que mantenían a raya los robos que la reina hacía. Con cada garra que quitaba su poder disminuía, era cuestión de tiempo que sus enemigos saltaran a su yugular para conseguir matarla, y su compañera negra, en la hermandad de la Luna de Sangre, como se llamaba el grupo de brujas que habían nacido para equilibrar la magia, estaba en medio del tablero. Se levantó de la cama dejando a Aren durmiendo. Estaban en las costas

escandinavas, habían venido a dejar los huesos de la bruja que encontrara Aren hacía siglos con el collar que ahora ella tenía en el cuello y que no se podía quitar ya, dónde los encontró por primera vez. Darle un merecido reposo. Entre los eruditos circulaba una teoría al respecto, que las brujas y los guardianes de estas eran siempre los mismos que se reencarnaban cuando la magia estaba en desequilibrio, de ser así, esos huesos eran suyos, de su anterior reencarnación. Sonaba un poco siniestro, llevar tus propios huesos encima. Eva se había quedado con Violeta y Nidia en una de las sede de los cazadores, quisieron traerla, pero hacia demasiado frío y Jacques opinaba que era muy peligroso si el Aquelarre aún la buscaba.

—¿No duermes? —preguntó Aren que se había acercado casi sin hacer ruido. El rubio cazador se apoyó en el cristal de la habitación del hotel donde estaban a contemplar cómo caía la nieve. Iba apenas con unos ligeros calzoncillos cuando ella llevaba un pijama, una bata y se habría echado un edredón para sentarse cerca de la ventana si no hubiera sido porque no quería despertarle.

—He estado en la oscuridad con las ancianas, y sé cuál es la quinta bruja.

—¿La que según tú será la novia de Bram o Arnau?

—De Arnau. Es el motivo por el que ese testarudo casi incendia su casa, sabe que yo tengo razón. Y no digas que es solo mi teoría, tú fuiste el primero que pensaste en esta posibilidad, de que fuerais los custodios de las brujas de la Luna de Sangre.

—Angélica, ni yo me tomo a mí mismo muy en serio muchas veces —dijo Aren abrazándola para hacerla entrar en calor al notar que tenía frío —¿Quién crees que es?

—Mina, la hermana melliza de Bram. Y no es que crea, es que lo sé —dijo Angélica acurrucándose en los brazos de Aren.

Aren soltó una carcajada mientras acariciaba el cabello de Angélica.

—¿Por qué estás tan segura? —preguntó Aren.

—Lo estoy porque ha conseguido un collar como el mío, como el que tú has guardado durante siglos sin saber que era para mí, y estoy segura de que Arnau podría tocar sin problemas ese collar.

—¿Cómo sabes que es el mismo collar, uno de los que pertenecen a las cinco brujas, y por consiguiente la hermana de Bram es una de ellas?

—Porque se sintoniza con el mío.

—Pues eso sí me preocupa, y haces bien en contármelo, que la princesita pueda sintonizar contigo y encontrarte.

—Aren, nadie me va a encontrar —dijo Angélica calmándole—, y si lo hiciera se encontrarían contigo, que es como encontrarse un ejército de bestias cabreadas, o con Jacques, dado que nos tenéis demasiado custodiados a los brujos que ya no estamos en el Aquelarre, especialmente a Violeta y a mí.

—Así que, bestia cabreada —dijo Aren cogiéndola en brazos para llevarla a la cama—. Te aconsejo que no te metas en los asuntos de Arnau. Si ha quemado su casa porque sabe de qué va todo esto, él se encargará. No quiero que decore la nuestra dejando ambientador con olor a chamuscado.

—Esta bien, pero déjame en la cama, pon el edredón, sube la calefacción y vuelve que discutamos algunos detalles.

—¿La calefacción? ¿Ya no necesito que Arnau me ase? ¿Lo harás tú?

—Si con el frío que hace quieres que me desnude, sí —dijo Angélica con una sonrisa divertida viendo como Aren le devolvía la sonrisa y obedecía.

Arnau había entrado en otra sala de las sedes de los brujos que habían encontrado. No se preocupó mucho por no llamar la atención mientras incineraba parte de las instalaciones, después de todo, a los cazadores, que el mundo conociera de la existencia de los brujos no les perjudicaba sino todo lo contrario, ellos mismos se encargaban de disfrazar o explicar al mundo las operaciones de los cazadores, solo esperaba que no lo disfrazaran de un acto terrorista, odiaba ese tipo de delito. Tuvo que esquivar algún que otro cadáver y podían darse por satisfechos que había venido él, si llega a encargarse el Vikingo no queda vivo nadie. Ezequiel iba tras él con su típico abrigo negro en silencio, y sin coger la espada que llevaba a la espalda, dejaba que él se encargara de todo, tan solo ponía a dormir a los que se rendían con uno sus extraños poderes. El absoluto silencio de Ezequiel le ponía nervioso, ningún comentario a lo que pasó en su casa con Bram, ningún reproche o alguna recomendación como que se relajara. Sabía que estaba usando más munición de la cuenta destruyendo objetos, y el Inquisidor tan solo andaba como si fuera a un paseo por alguna avenida de una zona residencial, tan solo hizo un leve gesto cuando de vez en cuando Arnau miraba el móvil de Bram, aún esperaba una llamada que no sucedía.

—Dios, Ezequiel. ¿Cómo soporta Violeta tu silencio o peor, esa mirada penetrante con la que sabes que desnudas almas? —dijo Arnau parándose para enfrentarle.

—¿Quieres que hablemos sobre por qué miras tanto el móvil de Bram?  
—dijo Ezequiel con indiferencia.

—No —dijo Arnau.

—Entonces sigamos con nuestro trabajo en silencio.

—¿Es que no tienes otro tema del que hablar? —dijo Arnau molesto.

—Claro, ¿hablamos de mi boda o de la tuya?

—Mejor sigamos con la misión —dijo Arnau destrozando otra pared y haciendo que las cortinas ardieran.

—Eso mismo pensaba yo —dijo Ezequiel que continuaba andando tras Arnau, tan solo comprobando quién estaba vivo o muerto, o dando indicaciones sobre quién debía dejar vivo, a veces algo tarde.

Mientras Arnau continuaba se giró sobresaltado cuando Ezequiel encendió una de las televisiones que había en la sala, y estaban hablando de la noticia de lo que estaba ocurriendo en Milán, en la otra casa que tenía el diácono de esta ciudad. Por lo visto, decían que se había producido un incendio en la zona y los bomberos intentaban sofocarlo, pero Arnau sabía que no había aparecido ni un solo bombero. Mañana culparían a alguna anciana que dejó el gas abierto, una mala instalación, o a saber.

—Cada vez son más predecibles en sus excusas —dijo Arnau.

—Sé donde está el despacho y debemos coger vivo al secretario principal del ...líder de los brujos en Milán —dijo Ezequiel evitando usar la palabra diácono que se le atragantaba al considerarlo una falta de respeto a su religión—. Tengo que interrogarlo.

Arnau asintió levemente, sabía a qué se refería Ezequiel cuando hablaba de interrogar, solía referirse a que extraía cuanto había en su mente destruyéndole en el proceso si lo consideraba adecuado como castigo, o si no quería que hablara del tema a nadie.

—Bueno, si pretendías un factor sorpresa lo acabas de arruinar con la televisión, y con el explosivo, las llamas, las balas... —dijo Arnau.

—Para nada —dijo Ezequiel—. El miedo le inspirará para ser más colaborador.

—Indícame el camino y sigue mi estela de destrucción, ya que no te vas a molestar en sacar tu espada, o ayudar en esto.

—No te veo en muchos problemas, no es que seas Aren, pero tampoco se te da mal, y en tu favor diré que al menos tú dejas vivo a quién interrogar, o no tratas de matarme a mí si te quedas sin enemigos.

Arnau continuó por donde iba indicándole Ezequiel. La casa era muy

grande casi del tamaño de un palacio, y habían cubierto todas las puertas antes de entrar para evitar la posibilidad de que alguien escapara. El mármol blanco dificultaba la tarea de Arnau en su labor de quemarlo todo, pero ya comenzaba a estar más relajado, aun así, necesitaba datos, y ella no había vuelto a llamar al móvil de Bram. Siempre se había considerado un hombre duro, a pesar de que tras la muerte de Isabel trató de suicidarse infructuosamente un par de veces, constatando que era inmortal de esa forma, luego tan solo se centró en la tarea de vengarse de cuántos le hicieron daño, y aunque Aren pensaba que era el que más motivos tenía para odiar a la reina era porque desconocía que había quemado viva a su esposa, de la que no hablaba con nadie, salvo con la señora Fevre. Desde entonces pensó que ya nada podía destruirle o dejarle caer de nuevo, salvo cuando escuchó esa llamada, entonces supo que estaba al borde del peor de los abismo, y sabía que su naturaleza, heredada por su padre, trataba de salir y manifestarse.

—Lo superarás —dijo Ezequiel interrumpiendo sus oscuros pensamientos.

—¿A qué te refieres?

—A lo que te está pasando. Conozco muy bien los infiernos personales, hago vivir a mis victimas los suyos, y yo he pasado por el mío para entenderlo. Al final no es tan tremendo como uno cree, solo las mentes más débiles sucumben, y creo que la tuya no lo es, ya te habrías vuelto loco hace siglos.

—No sé si eres peor silencioso que evidenciando lo que pienso —dijo Arnau mientras jugaba con una puerta de seguridad tratando de desactivarla.

—Es que estabas tardando más de lo normal en abrirla.

—No te creas, esta es complicada —se excusó Arnau—. Además, ya has dejado claro que pretendes un ambiente intimidante, la espera crea ese tipo de sensación. Estoy seguro de que cree que nadie puede abrir una puerta como esta, que está seguro en su habitación del pánico mientras vienen refuerzos, pero yo llevo haciendo esto desde que se inventó el candado.

—No presumas, no eres tan viejo —le corrigió Ezequiel.

Arnau sonrió mientras abría la puerta dejando a la vista un hombre asustado, rodeado de personal de seguridad armado.

—No sois brujos, podéis largaros o morir achicharrados aquí, ahora —dijo Arnau mostrando una llama en su mano que amenazaba con crecer hasta convertirse en un fuego intenso.

Los hombres se miraron extrañados, posiblemente no tenían muy claro

qué era un brujo y si lo tenían, debían impresionarles dos tipos que aterraban a uno que invocaba demonios, sin contar el efecto de la llama. Tras calibrar sus posibilidades, los hombres arrojaron las armas mostrando que se rendían.

—Buena elección —dijo Arnau señalando la salida a los de seguridad—. Os recomiendo que cambiéis de empresa, esta no os conviene paguen lo que paguen, sus mascotas cornudas huelen fatal y suelen tener gustos culinarios que podría coincidir con vuestro perfil.

Arnau se acercó al brujo e hizo una señal negativa con la cabeza cuando hizo ademán de lanzar algún conjuro o alguna invocación.

—Yo no lo haría —dijo cogiéndole de la solapa y entregándoselo a Ezequiel—. Todo tuyo, ¿quieres intimidad?

—Será mejor que te des un paseo y te asegures de, si aún has dejado algún mueble sin romper remediarlo.

—Está bien, Eze, te espero fuera —dijo Arnau dejándole a solas con el hombre.

Arnau se quedó fuera esperando. Tomó el móvil de Bram de nuevo y no había ningún mensaje, ni nada nuevo, salvo de alguna amiguita de las que solía coleccionar para irse de fiesta. Era muy joven y no tenía conciencia aún de lo que era la inmortalidad, en un siglo las amiguitas acabarían aburriéndole terriblemente, y prácticamente todo. Al menos, Ezequiel y Aren parecían haber revivido con sus chicas. Ezequiel se había vuelto algo más elocuente y esa insufrible aura de frialdad se había transformado en algo más vitalista, claro que juraría que el Inquisidor era virgen hasta que Violeta lo debió remediar. No quería imaginarse una inmortalidad sin sexo, hasta él que adoraba el recuerdo de su esposa muerta, de vez en cuando tenía su aventura, no del estilo Aren, te veo, te follo y te digo adiós, después de todo, Arnau fue un caballero, y quería pensar que en cierta forma seguía siéndolo, así que sus aventuras eran más de dejar un buen recuerdo a alguna mujer que no quisiera una relación estable. Lo que no esperaba es haberse encontrado con una prometida embarazada. Su situación comenzaba a ser muy complicada y debía simplificarla antes de casarse. Al menos esta misión le había despejado la cabeza, y ya tenía una idea clara de lo que haría.

Elevó la cabeza cuando vio a Ezequiel salir de la habitación, pero el brujo seguía razonando. Generalmente, Ezequiel solía tener su retorcido sentido del castigo, y dejarlos en un infierno personal sufriendo por sus pecados.

—¿Sigue cuerdo? —preguntó Arnau.

—Sí, creo que Aren lo querrá matar personalmente. Hay un motivo por el que iban a sacrificar a Eva. Cuando dijeron que querían un alma pura nacida de una virgen es porque buscaban que naciera una bruja blanca. Por eso todos los niños que nacieron sin esa cualidad no les valían. Siguen buscando a Eva para matarla, porque es una bruja blanca, y hay otra que están cazando —le dijo Ezequiel mostrándole los mapas y documentos que había en la mesa. Los brujos del Aquelarre Oscuro, habían estado en guerra contra el blanco casi desde el principio de los tiempos llegando a aniquilar casi por completo al segundo. Cuando una bruja blanca nacía era perseguida y destruida por el Aquelarre Oscuro, salvo una que mantenían prisionera.

—Sí, a Aren le va a cabrear que la cabeza de su bebé tenga precio —expresó Arnau—. De hecho, a mi también me cabrea. Jacques me dijo que cuando trataron de matar aquellos brujos a Angélica y la curó, le fue muy fácil, como si tuviera una conexión allí o un amplificador. Es posible que fuera Eva, siendo una bruja blanca tiene conexión con la sanación.

—Hasta ahora hemos ignorado los abusos que han hecho los brujos oscuros con los blancos, porque para nosotros un brujo era un brujo, pero las cosas han cambiado. Creo que debemos salvar a esta otra bruja blanca que persiguen.

—Estoy conforme. Yo debí haberlo hecho hace siglos tan solo para joder a su reina, ahora toda ayuda nos va a hacer falta. ¿Te encargas tú de los informes y de hablar con Jacques? Yo tengo un importante asunto al que prestarle atención.

—De acuerdo —aceptó Ezequiel.

Arnau se fue sin preguntar qué más información había sacado al brujo. Posiblemente tenía datos sobre muchas cosas que debían ser analizadas y quizás decidir si se realizaba alguna misión. Pero Arnau tenía un asunto pendiente que arreglar. Cogió un avión hacia París tras hablar con la señora Fevre y asegurarse de que Bram continuaba en su casa. Cuando llegó a su casa se dirigió hacia el gimnasio donde Bram estaba entrenando. Aún estaba desarrollando sus habilidades como cazador, pero desde el principio había sido un hábil combatiente, tenía una idea muy clara de como matar a alguien de la mejor manera posible, lo cuál a veces le inquietaba. Se quedó un rato en la puerta del gimnasio observando hasta que Bram se quitó los guantes de boxeo y le miró.

—¿Se te ha pasado ya el cabreo? —le preguntó Bram que cogió una toalla para secarse el sudor.

—No estaba enfadado. ¿Quién es Arpía infernal? —preguntó Arnau mostrando el móvil de Bram.

—Mi hermana —dijo Bram cogiendo el móvil.

—¿Y le llamas Arpía infernal a tu hermana? —preguntó Arnau con cinismo.

—Cosas de familia, ella me llama a mí Bastardo mocoso, pero espero que tu molestia ígnea no haya sido por el mote que le pongo a mi hermana.

—Llámala —dijo Arnau—. Quiero oír su voz.

—¿Por qué? —dijo Bram que no salía de su asombro.

—Hazlo —dijo Arnau en modo muy autoritario—. Y pon manos libres que la escuche.

—Está bien —aceptó Bram marcando el número en el móvil—

—Ya era hora de que me hicieras caso —se escuchó una voz femenina.

—Estoy muy ocupado para prestarte toda la atención que requieres —contestó Bram a su hermana.

—Tienes que ayudarme. Estoy en un lio muy gordo y no sé cómo salir. Te necesito.

—No es mi problema, Mina. Deberías solucionar tus asuntos solita como hago yo.

—Bram, ahora te necesito de verdad. Necesito que quedemos —dijo Mina en modo de súplica.

—Sé como son tus peticiones, siempre acaban contigo airosa y yo en un lio gordo.

—A ti mamá jamás te va a matar porque las ancianas lo han prohibido, pero a mí solo me queda una oportunidad. Si fallo puede matarme o algo peor, porque sinceramente, ya me da igual que lo haga —suplicó Mina.

—¿Estás llorando? —preguntó Bram sorprendido.

—Claro que no —dijo Mina con un tono de voz abatido—, estoy un poco alérgica. Por favor Bram, no me hagas suplicarte.

—Está bien. Vete a darte un baño de agua caliente y en un rato te llamo y pensamos en una solución —dijo Bram que parecía sentirse un poco culpable por haberla ignorado todos esos días.

Bram colgó y observó a Arnau con una llama en la mano pensativo.

—¿No irás a usarla, verdad?

—No —negó Arnau haciendo desaparecer la llama con la que jugaba casi sin darse cuenta—. ¿Qué ha querido decir con que puede matarla?

—Eso mismo. Mi madre mata a los hijos que le fallan y Mina le ha



fallado demasiadas veces —dijo Bram mirando a Arnau.

—¿Es tu hermana y no le ayudas?

—No es como si fuera posible. Desde niños me ha estado haciendo la zancadilla y llevándome castigos tremendos por su culpa. Nuestra relación no es exactamente fraternal. Pero, ¿a tí qué te importa mi relación familiar?

—Llámalala y queda con ella. Quiero verla —dijo Arnau decidido.

—No, ni lo sueñes. Qué no nos llevemos bien no quiere decir que te vaya a permitir cazar a mi hermana —dijo Bram rotundamente.

—No quiero cazar a tu hermana. Solo quiero verla.

—A menos que me des una buena razón, ni de broma —insistió Bram.

—Está bien. Sígueme.

Arnau dirigió a Bram hacia la sala donde guardaba todos los objetos y pinturas de su esposa. Abrió la puerta que la mantenía cerrada con llave y le permitió entrar. La habitación era muy amplia y bien iluminada, llena de cuadros de su esposa en distintas épocas y situaciones. Estaba decorada exquisitamente con todo tipo de rarezas y antigüedades: cajitas de música bellamente talladas en madera y decoradas con flores, jarrones de distintas dinastías chinas, perfumes de diversas épocas se mantenían sellados desde el día que se compraron como si formaran parte del museo.

—Esto es muy siniestro Arnau, y no lo esperaba de tí. ¿Encargas cuadros de las brujas que pretendes matar?

— No seas ignorante, Bram. Ese es de Velázquez y que yo sepa está muerto hace unos siglos. Es mi esposa Isabel. Yo estuve casado y tenía una esposa. Cuando el asedio de Carcasona, la reina del Aquelarre oscuro quemó viva a mi esposa embarazada delante mía sin que yo pudiera hacer nada por evitarlo. Nunca lo he superado y encargo pinturas de ella continuamente para sentir que está conmigo. Es mi manera de seguir vivo, porque no te imaginas lo que es vivir sin la persona que amas.

—Se parecen como dos gotas de agua —dijo Bram acercándose a explorar detalladamente las pinturas—. Espero que no pretendas que Mina sea ella, porque te vas a llevar un chasco enorme. Mi hermana es una arpía. A parte, estas casualidades se dan. Que nazcan dos personas separadas en el espacio o el tiempo que sean dobles. Esto es una simple casualidad.

—Eso lo juzgaré yo e insisto en que la llames y quedes con ella. Quiero verla, cómo se mueve, cómo habla, cuales son sus gestos. Si no hay nada de Isabel en ella lo notaré, créeme.

—Es que ese es el problema que tiene. Tú le aterras —dijo Bram

encogiéndose de hombros.

—¿Cómo puedo aterrarle si no me conoce? Si hubiera perseguido a alguna bruja con la cara de Isabel te aseguro que lo recordaría.

—No la conoces y ella no necesita haberte visto para que sienta mucho miedo. Desde niña tiene pesadillas con que muere achicharrada, tan solo oír hablar de un cazador que quema brujas vivas hace que se paralice por completo.

—¿Sueña que muere quemada como Isabel? —preguntó Arnau.

—No digas tonterías, Arnau. Es una casualidad y cuando te des cuenta, esto te va a causar mucho daño a tí y a ella, si es que ella sale viva de ese evento.

—Te juro que no voy a matar ni a quemar a tu hermana pase lo que pase. Aunque solo se parecieran como dos gotas de agua, y fuera la bruja más traidora que existe, no sería capaz de dañar a alguien con ese rostro.

—Esta bien, te contaré en el lío en el que está metida porque además, curiosamente te afecta. Mi madre te odia especialmente por alguna causa y te quiere atrapar, así que ha ordenado a mi hermana que te conduzca a una trampa. Al principio pensé que era una excusa para castigar a Mina, pero si dices que mi madre mató a tu esposa es consciente del parecido entre Mina y ella, tendría sentido que con todos los errores que ha cometido hasta ahora la mantenga viva, con la idea de que es tu punto débil.

—Ella no me quiere atrapar porque me odie, que lo hace. Lo que quiere es mi sangre por un motivo —dijo Arnau misteriosamente—. Quiero que me encuentre y me lleve a esa trampa. Le dirás cómo encontrarme.

—¿Has perdido el juicio? ¿La parte de que mi hermana es traicionera y hará lo que sea por sobrevivir no te quedó clara?

—Me da igual lo que tú opines, quiero conocerla y hablar con ella. Le dirás que Arnau va a ir a una feria de tecnología e irá con un alias, Luis Aubriot. Se supone que soy un ingeniero que trabajo para una empresa de tecnología. Dile que si me quiere llevar a una trampa solo tiene que venir y “cazarme”.

—¿Vas a jugar con mi hermana haciéndole creer que no sabes quién es ella y que tan solo...? Madre mía, te advierto que a lo mejor no se presenta del miedo que puede tener.

—Tranquilízale, dile que con un alias no voy a incendiar un lugar público lleno de civiles inocentes. Hazle creer que me lleva a una trampa cuando es al contrario, y ya sabes que no voy a dañarla, ni siquiera es una misión o algo

referente a los cazadores, es un asunto personal.

—Tú sabrás lo que haces, Arnau. Vas a acabar muy hundido. Viendo la cantidad de cuadros y de cosas que guardas de tu esposa, no sé si te va a gustar que ese bello recuerdo lo empañe mi hermana con sus acciones.

—Yo sé lo que hago, y aunque fuera así, prefiero descubrirlo que ignorarlo.

## Capítulo 6.

Una película más y se iría a casa, eso pensó mientras comía algunas palomitas. Afortunadamente nadie sabía que estaba ahí viendo un maratón de películas clásicas en blanco y negro en un cine alternativo, sino creerían que estaba loca, porque ella podía ver las mismas películas en una pantalla más grande que la del cine y sin nadie a su alrededor, pero era uno de esos momentos en los que pretender ser una humana normal le hacían sentir mejor. Tampoco es que hubiera muchas personas en el cine, un par de parejas y alguna que otra persona solitaria como ella con el mismo pasatiempo, y solitaria era la palabra. Nunca había tenido amigos, ni nada semejante con los que compartir aficiones, contar sus problemas, o sencillamente divertirse. Colocó de nuevo la mano en el bolso y rozó el collar, sentía una atracción extraña por él, como si le hiciera sentir segura. Metió de nuevo la mano en las palomitas y comió, tratando tan solo de disfrutar de la película. No podía negar que la pareja más cercana a ella le causaba envidia, parecían tan enamorados, una emoción que solo había visto en extraños, en su círculo más cercano, que también era el de su madre, la gente se enamoraba si querían utilizarte. Pero esos dos estaban ahí, sin ningún provecho que sacar el uno del otro, tan solo disfrutando de la vida. Se acomodó esperando que comenzara cuando llamaron por teléfono. Maldijo la interrupción, pero vio que quién le llamaba era Bram. Cogió el bolso, soltó las palomitas y salió del cine disculpándose con la gente por molestar. Hacía una hora que le había llamado, justo en medio de la anterior película, y le había prometido que pensaría algo para arreglar sus problemas.

—Vuela a París y avísame cuando llegues. Tenemos que hablar. ¿Estás en Europa supongo? —preguntó Bram.

—Sí, recuerda que mamá me hizo un encargo, y además, parece que hay muchos problemas en Milán. Puedo estar en un par de horas.

—Perfecto. Te espero para cenar, te mando la dirección del sitio a tu móvil.

Mina se arrepintió de haberle dicho que llegaría en un par de horas, ahora no estaba tan segura. Dudó unos segundos y decidió volar en el avión personal de su madre. No le gustaba usarlo, prefería viajar por su cuenta con la esperanza de que ella no supiera donde estaba, pero generalmente solía ser en vano, su madre parecía saber siempre todo acerca de ella. No se entretuvo mucho salvo en coger algo de ropa, diversas utilidades y lo demás ya lo compraría si le hacía falta. Finalmente llegó antes de tiempo a París. Otra bruja habría llevado un séquito con ella, todo tipo de asesores, especialistas, secretarios, guardaespaldas. Mina tuvo varios guardaespaldas cuando era más joven, pero el asunto concluyó cuando se lió con uno de ellos que resultó ser un espía de su madre. El tipo arrogante pretendía hacerle todo tipo de chantajes si no le daba dinero y diversos beneficios. Acabó muerto cuando su madre se enteró del asunto, después de todo era su espía, y estaba escamoteándole información y vendiendo su silencio, así que desde entonces decidió vivir sola y trabajar de igual forma. Paró un breve instante en el hotel que había reservado antes de salir, se dio una ducha rápida y se dirigió al restaurante en el que había acordado cenar con su hermano. Durante un instante dudó, no era el típico restaurante de moda o de lujo que solía frecuentar su hermano con alguna amiguita de turno, claro que ella era su hermana y este era un restaurante de comida casera, con unos precios razonables. Ahora estaba un poco arrepentida del vestido que había elegido para la cena, sin contar las joyas, debió haberse informado bien previamente. Entró en el lugar y observó a su hermano en una mesa apartada, debió haber hablado con el dueño del sitio para pedirle un grado de intimidad mayor del que el lugar permitía, luego observó atentamente y tan solo había cenando una pareja en el otro rincón del restaurante. Llegó hasta su hermano y tomó asiento tras dejar el bolso y el abrigo en la silla.

—Hola, Bram —dijo Mina acompañando el saludo con una leve inclinación de cabeza mientras se sentaba.

—Hola Mina, ¿muy pesado el viaje? —dijo Bram que parecía especialmente extraño.

—No mucho. He estado leyendo informes en el camino —dijo Mina centrando la mirada en él, esperando que tomara la iniciativa.

—Sé donde va a estar Arnau —le informó Bram sin dar más rodeos.

—Bram, yo no quiero acercarme a Arnau, quiero convencer a mamá para

que olvidé esa loca misión. No tengo ninguna posibilidad, y aunque la tuviera me pondría muy nerviosa, me acabará descubriendo y me quemará viva —dijo Mina temblando levemente.

—Si no tuvieras posibilidad no te habría enviado a esa misión. He estudiado al cazador y te aseguro que eres su tipo, y si tienes miedo te prometo que estaré cerca para sacarte de ahí si es necesario, pero si no lo haces mamá te matará.

—Eso ya no me importa, hasta he hecho una lista de cosas que me gustaría hacer. He dejado la maldita dieta y comido carbohidratos por primera vez en mi vida, de hecho pienso pedir algo con mucha nata de la carta.

—Para, Mina. No vas a hacer idioteces, vas a encontrarte con Arnau, vas a hablar con él en un sitio público, donde estarás muy segura, y yo estaré cerca por si tienes problemas.

—Sabes que eso me aterra, ¿verdad? —confesó Mina agachando la cabeza, mostrándose vulnerable.

—Lo sé pero tienes que hacerlo. Es un lugar público, no va a incinerarte ahí delante de todos, sería hasta amable aunque supiera que eres una bruja.

—Sí, y luego me perseguiría y me mataría, casi prefiero que me mate mamá.

—Mina, no quieres que te mate mamá. Yo he visto cómo acaban sus hijos, no mueren inmediatamente, algunos tardan años. Ella me llevó una vez a verlo para procurar que yo no me volvía en su contra. Uno de nuestros hermanos estaba en una vasija de aceite descomponiéndose lentamente, y estaba vivo, supongo que usaría magia para eso, y no sé cuantos años debía llevar ahí —dijo Bram centrando su mirada en Mina.

—¿Y tú sabes de alguno que haya muerto de viejo?

—No, pero créeme que es mejor morir en una misión, incluso incinerado.

—Está bien. Dime los pormenores

—Se hará pasar por Luis Aubriot en una feria de tecnología, un ingeniero. Estará en una conferencia sobre nuevas tecnologías, ni me preguntes los detalles, los llevas en los apuntes que te he hecho. He reservado un sitio a su lado donde te vas a sentar.

—Bram, no tengo ni idea de eso, ¿qué le digo? —dijo Mina alarmada.

—Tú serás una empresaria dispuesta a invertir en una nueva tecnología, pero tu experto ha enfermado a última hora y te suena todo a chino, así que agradecerás las recomendaciones que él te haga, de hecho, habrá un sitio libre a tu lado. Quieres modernizar tu empresa.

—¿Estás seguro de esto? Suena un poco extraño, ¿no se dará cuenta? — dudó Mina mientras miraba las anotaciones que le había hecho su hermano.

—Créeme, irá como la seda —dijo Bram muy seguro de sí mismo.

—¿No será un truco para deshacerte de mí, verdad?

—No, Mina, ya lo habría hecho hace años, o en aquel pueblo de la Bruja blanca, cuando metiste la pata con ese imbécil de novio que te buscaste y que secuestró a dos chicas del pueblo. Por cierto, respecto a eso, ¿no le creíste cuando dijo una y otra vez que su exnovia era una bruja? —preguntó Bram con curiosidad.

—Me daba igual. Violeta me caía bien, me sentí un poco identificada con ella. El fotógrafo resultó ser el Inquisidor Negro, el cazador, ¿sabes que le besé? —dijo Mina casi riéndose—. Tenía que entrar en ese estúpido concurso como finalista y mamá me dijo que lo hiciera de la forma que fuera, que me tirase a todos los jueces si era necesario, así que le conté un cuento, le llevé a parte y le besé. Él me mandó a paseo. Ahora no recuerdo ni cómo era ni cómo se llamaba el cazador.

—Si no te importa, Mina, no vamos a hablar de todos tus ligues —le cortó Bram la conversación abruptamente mirando un segundo hacia la barra.

—Haré lo que me dices. No tengo muchas más alternativas.

—Yo también pienso lo mismo y cuando tengas dudas, vuelve a preguntarte cuantos hermanos mayores te quedan. Y por cierto, ponte guapa, pero no como una putona. No creo que a Arnau le vayan esos rollos.

—No tienes que decirme cómo arreglarme —dijo Mina tras cerrar la carta.

No tenían mucho más de que hablar así que pidieron la cena en silencio. A Mina le habría gustado poder confiar en Bram, que en vez de enemigos hubieran sido aliados, pero eso habría sido imposible, ni siquiera sabía si podía confiar en él en esto. Era la oportunidad que Bram tenía para deshacerse de ella. En algunas cosas tenía razón, ella a veces había usado a su hermana para que cargara con las culpas y no ser ella de nuevo la que fracasaba, pero si no lo hubiera hecho no habría pasado de la niñez. Sabía que su madre no podía matar a Bram, aun así no se sentía bien con la situación, ningún niño debería elegir entre su vida o un castigo ejemplar para su hermano mellizo. No importaba las excusas que tuviera era imposible que ellos dos fueran alguna vez hermanos en el sentido humano de la palabra. Le habría preguntado por su futura novia, o cómo se sentía con la situación, podría haberle contado lo que le ocurrió en el despacho de su madre o lo del collar que llevaba siempre en

el bolso, pero aunque creyera que no le iba a suponer un perjuicio darle información a Bram, no sentía deseos de hablar, o de explicarle cuánto se le ocurriera. Mina le observó cuando acabaron de cenar, tan silencioso como ella.

—Creo que debería irme a dormir. Estoy muy cansada —se excusó Mina que deseaba acabar con la reunión familiar y no mirar ningún papel hasta el día siguiente. Sentía el nerviosismo en todo su cuerpo cuando pensaba en la situación que debía soportar cuando fuera a ver a Arnau.

—Sí, deberías irte a descansar —dijo Bram levantándose—. Te acompaño hasta el taxi.

Arnau salió de la cocina donde había estado espiándola. Era exacta a Isabel hasta el último detalle: sus gestos, su forma de moverse, de hablar. Tan solo había sonreído una vez y se habían formado los dos hoyuelos que solía tener Isabel, en esa media sonrisa que trataba de ocultar con un poco de timidez. Pensó en matar a Ezequiel cuando Mina confesó que le había besado, ese beato tenía que darle un par de explicaciones. Bram debió de darse cuenta de que esos detalles iban a cabrearle, porque le pidió que dejara el tema. Era preciosa, como la recordaba, incluso más. Esos rizos rubios marcando su rostro. Unos ojos llenos de inocencia con unas largas pestañas que brillaban con facilidad cuando estaba triste o alegre. Apenas podía pensar con coherencia.

—Necesito una copa —dijo Bram que había vuelto colocándose en frente de él en la barra.

Arnau le sirvió una copa, el sitio era un restaurante que usaban los cazadores como negocio. Ellos mismos propiciaban o invertían en los hijos de los soldados que habían luchado con ellos a lo largo del tiempo, a veces cuidaban familias durante varias generaciones.

—¿No has pensado que a lo mejor necesitáis terapia para superar vuestra relación familia? O una intervención, algo así —dijo Arnau a Bram mientras este bebía la copa casi de un tirón.

—Ya has visto cómo es mi hermana. ¿No te has arrepentido aún?

—Al contrario, es perfecta —dijo Arnau que sirvió otra copa a Bram y se puso él otra.

—¿Y no te es más fácil secuestrarla que hacerla pasar por un suplicio de tartamudeo cuando trate de hablarte pretendiendo ser una empresaria? Por cierto, te dije que estaba muy cogido por los pelos todo ese plan, ha dudado mucho porque no es tonta.



—¿Secuestrarla? ¿Me has tomado por Aren o algún ser salvaje sin modales? No quiero matarla de miedo, quiero gustarle —dijo Arnau con una sonrisa cautivadora.

—No, el que secuestró a Violeta fue Ezequiel, Aren tan solo mantuvo a Angélica como rehén amenazada de muerte.

—Sí, parece que la técnica de regalar flores y bombones pasó de moda, ahora se estila secuestrar a la chica para que no le quede más remedio que enamorarse de tí. ¿Pero, qué esperas? Ezequiel se crió entre curas y estoy seguro que Violeta ha sido la única mujer que ha visto desnuda o sin enaguas, y en la aldea de Aren debía estilarse buscar mujer de una forma similar a como lo hizo. Yo fui un caballero cultivado en el amor cortés.

—¿El amor cortés? ¿Eso qué quiere decir?

—Que te pasabas tu vida enviándole cartas y poemas infructuosamente a una mujer casada, sin más pretensión que esa. Creo que también pasaré del estilo de mi época, entre otros motivos porque tendría que buscarle a tu hermana un marido primero, luego escribirle poemas, y en un ataque de celos la dejaría viuda.

Bram soltó una carcajada mientras bebía.

—¿Qué vas a hacer con Carla? —preguntó Bram aprovechando el buen humor de Arnau.

—Dejarla. No puedo cumplir dos promesas a la vez, y a parte de que Isabel es lo primero para mí, fue una promesa que hice antes. Pero primero quiero encontrarme con Mina.

—Arnau, estás hablando como si fuera Isabel, y no lo es, es Mina. Olvida a Isabel y explora si te atrae realmente mi hermana —dijo Bram tratando de hacer entrar en razón a Arnau.

—Lo sé. ¿Has pensado que a lo mejor me da igual ese detalle? ¿Que cuando llevas siglos tratando de superar una muerte y no lo logras te agarras a un clavo ardiente?

—¿Y cuando te des cuenta de que ha sido un error no será peor?

—Mi instinto me dice otra cosa. Aunque no tuviera la cara de Isabel me habría ocurrido lo mismo. Una corriente eléctrica que me recorre todo el cuerpo cuando la miro.

—Arnau, es mi hermana. Omitamos detalles —dijo Bram mientras bebía.

—Eres tú el que pones pegas.

—Porque es mi hermana, una bruja hija de la reina, y tú un cazador. Perdona que encuentre algunas pegas al asunto.

—Sí, creo que tu madre no nos daría sus bendiciones, aunque por otro lado la ha enviado ella a seducirme. No podrá quejarse de que le haya salido tan bien el plan —explicó Arnau.

—Insisto que con mi hermana es mejor el plan Ezequiel de secuestro express. Ni me imagino lo que vas a tener que hacer para contentarla. Y yo te doy todas mis bendiciones si tras el secuestro no la devuelves.

—Un rubio guapo dándome sus bendiciones, no sé por qué no lo compro. Es más, no sé por qué no pongo en marcha el plan del secuestro, total, a dos incivilizados y arcaicos cazadores les ha ido bien en lo que ellas definen como “predestinados”, que es como decir, no entiendo que he visto en él y como estoy confusa lo llamo destino. No me jodas.

—Destino o no ellos son felices, hasta siento envidia cuando los veo —dijo Bram encogiéndose de hombros.

—A lo mejor yo también soy feliz con ella, pero no me veo secuestrando a una mujer para que se fije en mí. Me gustaría pensar que tengo algún que otro recurso extra.

—¿Cómo elaborar un absurdo plan para que Mina trate de llevarte a una trampa y en el proceso en el que te traiciona se enamore de tí? Te puedo conceder que es más sofisticado que lo que hicieron Eze y Aren, pero a favor de ellos diré que ninguno de los dos tenía planeado enamorarse, iban a cazar a una bruja, tú sabes lo qué es ella.

—Y ella lo que soy yo, hasta me gusta la idea —dijo Arnau con una divertida sonrisa.

—Arnau, te consideraba el más sensato, pero estás locos. ¿Y si gana ella y te lleva a la trampa? ¿Qué harás?

—Lo de siempre, quemar todo, mandar a los brujos al infierno, y llevarme a la chica. Nunca me han gustado las situaciones fáciles. Luego se la llevaré a Angélica para que le explique eso del destino.

—Ni siquiera sé si te quiero de cuñado después de haberte escuchado hablar —dijo Bram apurando la bebida.

—Hablando de ese tema. Tengo toda tu agenda en mi poder, si no quieres que todas tus novias, líos, lo que sean vean fotos comprometidas tuyas, más te vale quitar eso de Arpía infernal.

—Ya eras un grano en el culo antes de que te gustara mi hermana, ahora eres un infierno —concluyó Bram haciendo ademán de irse—. Me voy a dormir, que me hace falta después de esto.

—Yo voy a espiar un rato más a tu hermana, después de todo soy un

caballero, no puedo dejar que ande sola por París.

—Lo peor de tí es que no sé cuando bromeas.

—Generalmente nunca.

## *Capítulo 7.*

Mina se observó en el espejo de nuevo antes de salir del hotel. El plan de Bram no le convencía, pero cualquier plan que tuviera de objetivo un cazador era pésimo. Habría llamado a alguien para que le prestara apoyo, pero Bram le prometió que estaría cerca para intervenir si se torcía mucho todo. Dudó unos segundos más y luego se decidió a salir suspirando. Tenía miedo, mucho miedo, pero no le quedaban opciones, y no podía arrastrarse ante su madre. De niña se decía a sí misma que cuando creciera el miedo se iría, porque ya tendría poder para manejar sus problemas, pero nunca ocurrió, tan solo se intensificó hasta que las pesadillas y las crisis eran casi diarias. Quizás lo hubiera llevado mejor de tener una amiga, algún familiar con quién poder sincerarse, pero dentro del Aquelarre era como suicidarse dándole artillería al enemigo. Iba a hacerlo bien, se dijo a sí misma, tampoco es que su misión le resultara ética, pero ninguna se lo parecía, y prefería cazar un cazador que buscar una pobre chica que había despertado sus capacidades mágicas para matarla, por el único motivo de que su magia era distinta a la suya, y no pertenecía al Aquelarre negro.

Se paró un breve instante al llegar a la conferencia. Localizó su asiento, los dos que Bram había reservado, uno para ella y el otro para un supuesto asesor que enfermó a última hora, luego miró en el asiento continuo y vio un hombre alto. Se dio la vuelta para irse porque no podía continuar, luego se frenó y respiró hondo, la ansiedad le atenazaba, toda la noche con pesadillas de hogueras había intensificado su inseguridad y su temor hasta un extremo casi insoportable. Se dijo a sí misma que lo debía ver como a un hombre normal, pero ni siquiera parecía un hombre común, ahí sentado, alto, con una buena musculatura que se notaba a pesar de que llevaba una camisa más o menos ancha, unas gafas que le hacían parecer más interesante. El cabello cobre rojizo caía enmarcando el rostro de manera desordenada e intensificaba

el verde intenso de los ojos. Estaba mirando algunos papeles con esos ojos de halcón que transmitían una viva inteligencia. No era como los hombres con los que ella solía tratar, unos ricos engreídos a los que su hermano Bram solía describir como majaderos integrales. Este podía jugar con ella a su antojo y cuando se cansara arrojarla a una pira y esparcir sus cenizas por un vertedero. Llevaba siglos puliendo su habilidad de matar brujos, y se notaba que los años no habían pasado en vano, posiblemente supiera hacer casi de todo, y conociera al ser humano mejor que a sí mismo. Mina no podía seguir, había sido una estupidez desde el principio, iba a marcharse. No tuvo mucho tiempo para ejecutar su decisión, el cazador levantó los ojos de sus papeles y dirigió esa mirada intensa sobre ella. Miró un poco a su alrededor dándose cuenta que solo quedaban los dos sitios libres al lado suya y apartó los papeles que había en el que estaba más cercano a él, invitándola de esa forma a que se sentara. Mina se quedó congelada, debería huir corriendo, pero si lo hacía quizás sí llamara su atención. Se apartó un mechón de cabello de la cara y se decidió por acercarse y sentarse con elegancia al lado del hombre. Mina podía sentir el leve calor tan familiar que desprendía el hombre y el miedo comenzó a escabullirse para sentirse más segura.

—Mi nombre es Luis Aubriot —dijo el cazador tendiendo la mano hacia Mina.

Mina le tendió la mano a Arnau y olvidó cómo se suponía que se llamaba. La calidez de la mano del hombre la sumergía en un mar de sensaciones familiares. Algo en todo eso le hacía sentir como en casa, como si ahuyentara todas sus penas o miedos. Arnau no soltó la mano, la mantuvo. Mina fijó los ojos en los labios sugerentes de Arnau, luego subió la mirada hasta contemplarle fijamente y él hizo lo mismo sin soltar su mano. No sabía cuánto tiempo transcurrió mientras se miraban. Durante unos instantes pensó en recordar su coartada, presentarse y ver la conferencia, pero él no parecía tener prisa en soltar la mano o dejar de mirarla. Debería parecerle anormal toda la situación, y sin embargo, se sentía más viva que nunca. Entonces hizo lo impensable, apartó la mano que sujetaba Arnau y tomó con ambas las mejillas del hombre y le besó de forma apasionada, casi desenfrenada, como si tratara de apagar un hambre de siglos. Arnau hizo lo mismo, le correspondió casi más fuera de sí que ella. Mina ya no razonaba, no le importaba lo que fuera el hombre al que estaba devorando a besos, casi sentía su corazón y el de él desbocados a la par. Arnau la frenó un instante, y luego le dio otro beso intenso antes de levantarse y cogerle de la mano para salir de ahí dejando

todos los papeles en el proceso. Mina no se negó, parecía casi estar en un sueño del que no deseaba despertar, tan solo le siguió hacia el pasillo que llevaba a la salida como una loca enferma de lo que él le transmitía. Arnau le conducía hacia la puerta, hasta que se frenó y negó con la cabeza cambiando de dirección, llegó a los servicios, echó casi a empujones a dos hombres que querían entrar y cerró la llave con ella dentro. Mina apenas podía respirar de la intensidad de sus emociones, que crecían mientras veía cómo el hombre se quitaba la camisa mostrando un cuerpo musculoso con algo de vello del mismo color que el cabello, luego se bajó los pantalones y no lo pensó dos veces, subió la falda del vestido de ella quitándole la ropa interior y lo hizo. Mina apenas podía creer lo que le estaba pasando, y Arnau parecía instintivamente conocer su cuerpo mejor que ella misma y se tuvo que morder varias veces la lengua para no gritar y formar un escándalo impresionante. No quería acabar, deseaba que durara para siempre, pero apenas podía controlar nada cuando sí dio un grito que hizo que él concluyera casi al unísono que ella. Estaban sumamente sincronizados.

—Nunca pensé que haría algún día esto en un sitio así —dijo Arnau jadeando alternando el inglés y el francés en la misma frase.

—Mi nombre es Alice Palmer, por cierto —se presentó Mina ofreciendo su nombre falso que por fin le había venido a la cabeza.

—Encantado —dijo Arnau que volvía a besarla mientras se presentaba.

Mina notó con sorpresa que el hombre se encontraba de nuevo con la lívido subido, y este no se detuvo a pedir permiso, comenzó de nuevo, esta vez a un ritmo más relajado pero igual de intenso. Ella no podía negarse, era como si se hubiera activado un mecanismo desconocido, cualquier gesto que él hiciera le hacía arder en deseos, como nunca antes le había ocurrido, de hecho, era la primera vez que tenía sexo con un absoluto desconocido y estando en un hotel, no había podido ni pedir una habitación, acabaron en el cuarto de baño de hombres, y ni siquiera podía contar la cantidad de gemidos que le había robado, ni las veces que habían concluido y comenzado de nuevo antes de poder razonar y analizar que era una absoluta locura. Él la estaba observando casi embobado, con esa mirada astuta de halcón, mientras ella se planteaba en qué lío se había metido ahora, especialmente porque al no tener ninguna relación sería no estaba usando ningún método anticonceptivo, y desconocía en qué parte de su ciclo estaba. Era un poco tarde para pedirle que compraran preservativos, o comentarle el detalle de que no usaba nada. Él le dio su ropa interior y comenzó a vestirse, se puso la camisa y se subió los

pantalones mientras ella se ponía la ropa interior.

—Vayámonos —dijo Arnau cogiéndola de la mano de nuevo y permitiendo que los hombres que había dejado fuera y que se quejaban pudieran entrar en el baño.

Ella le siguió sin pensar mucho. Él aún le sostenía la mano y esperó a que le trajeran su coche, le abrió la puerta caballerosamente y ella se sentó. Luego condujo hacia una especie de salón bar con música de jazz. No hablaron en todo el camino y él le volvió a abrir la puerta ofreciéndole su brazo. Ella puso la mano sobre él y comenzó a pensar qué hacía. Estaba teniendo con un extraño la mejor relación emocional y sexual de toda su vida, salvo que ese extraño era el cazador que quemaba brujas. Si algún día le hubieran contado que esto le podía ocurrir a dos absolutos extraños se habría reído, y ahora estaba ahí, colgada del brazo de Arnau, en una mezcla explosiva de emociones que iban desde la pasión más absoluta, al miedo de ir con un cazador, al deseo de adentrarse en lo desconocido. Arnau despertaba en ella todo tipo de emociones y no sabía absolutamente nada acerca de él. Arnau eligió un lugar apartado, relativamente cerca de la orquesta, esperó a que ella se acomodara en el sofá y le dio otro beso antes de susurrarle.

—¿Tienes hambre?

—Mucho — contestó Mina—, pero no sé qué pedir.

—¿Confías en mí? —preguntó Arnau dedicándole una cálida sonrisa.

—Sí —respondió Mina sin apenas pensar.

Cuando Arnau se dirigió a la barra Mina pensó que era el momento de huir, pero por algún motivo no parecía capaz de levantarse del cómodo sofá que eligió Arnau. Habría soñado con una cita como esa, con un hombre atento, con buen gusto, que le hiciera vibrar con una intensidad desbocada. Arnau era todo eso y más, pero también era el cazador que debía llevar a una trampa, un hombre que había quemado más brujas que toda la Inquisición junta, y podía jurar que eso le daba un plus de excitante a todo. Mina sonrió cuando le vio llegar de nuevo y se acomodó a su lado abrazándola mientras la música sonaba.

—Ahora nos lo traen —le susurró en el oído, esta vez dándole un suave mordisco en la oreja, casi como un gesto travieso, antes de distanciarse un poco.

Mina debería hacerle millones de preguntas, porque no tenía ni idea de cómo habían llegado a esa situación, y mantenía la esperanza de que Arnau tuviera alguna teoría, pero era incapaz de romper esa paz que sentía en brazos

de él en el sofá. Les trajeron unas bebidas y tapas para comer, todo elaborado con exquisito buen gusto. Arnau parecía poseer un sexto sentido para saber lo que a ella le gustaba, y eso le agradó mucho, apenas podía dejar de sonreír como una boba. Al poco de terminar de comer se quedó dormida en sus brazos mientras escuchaba música. Se sentía feliz, y con él no había pesadillas que atormentaran sus sueños. Cuando abrió los ojos seguía en brazos de Arnau y miró el reloj, habían transcurrido un par de horas y la orquesta había cambiado por una que tocaba blues.

—¿Quieres que te lleve al hotel? —preguntó Arnau abrazándola más.

—No, no quiero —Mina tuvo que reprimir decirle “a menos que tú vengas conmigo”, pero llevarle a su hotel era sumamente peligroso, no debía olvidar quién era él—. Me gusta la música y me gusta todo.

—¿Yo también? —preguntó Arnau con una sonrisa cautivadora.

—Tú especialmente —le respondió Mina tras besarle de nuevo.

—Me gustaría tener más citas contigo. Muchas más —le dijo Arnau casi en un susurro mientras le devolvía el beso—. ¿Me dejas el móvil?

Mina le dio instintivamente el móvil, luego se arrepintió, porque poseía datos que la delataban como una bruja. Sintió un arrebato de miedo intenso, ya no solo porque la pudiera descubrir, sino porque no podría soportar su mirada de odio y desprecio si averiguaba qué era ella. Él hombre le dedicó una sonrisa amable cuando le devolvió el móvil.

—Ya tienes mi teléfono personal y yo el tuyo. Quiero otra cita y pronto, pero tengo un trabajo un poco inestable, a veces tengo que desaparecer por viaje o algún otro motivo durante un tiempo, pero te dejaré un mensaje si ocurre, no deseo que creas que te ignoro.

Mina le rozó recorriendo su cuerpo con el dedo, casi como si le explorara y luego le acarició la mano, y percibió que llevaba una cadena atada en dos vueltas a la muñeca con una pequeña cruz de oro.

—¿Eres religioso? —preguntó Mina con curiosidad.

—No, yo no, es un recuerdo familiar. Es muy importante para mí.

Arnau se quitó la cadena de la muñeca y rodeó el cuello de Mina para colgársela. Mina le miró ligeramente angustiada, no debía aceptar regalos tan personales, pero a pesar de ello, él le puso la cadena.

—Quiero que la tengas tú, por favor —casi le suplicó Arnau.

Se acomodó en el hombro de Arnau sin saber qué decirle o qué contarle sobre sí misma sin que fuera una mentira. Sabía que tenía que concluir como había comenzado, él no podía saber quién era ella, y ya no podía conducirle



hacia su madre. Le acarició con melancolía, así era toda su vida, un sin fin de sueños que nunca iban a realizarse, y tan solo seguía por la esperanza de que algún día todo cambiara, pero en lo más interno de sí misma sabía que eso nunca iba a ocurrir. Una lágrima recorrió su mejilla, y antes de que se la secara para no mostrar debilidad, él ya había colocado un dedo para ello.

—¿Estás llorando? —preguntó Arnau preocupado.

—No, es un poco de cansancio y las luces. Me han resecado los ojos — se excusó Mina sonriendo dulcemente.

—Si te encuentras mal podemos ir a algún otro sitio —propuso Arnau tras besar el lugar donde había caído la lágrima.

—Debería irme a descansar —dijo Mina colocando las manos tras el colgante para quitárselo—. No debería aceptar esto. No me conoces de nada, lo único que sabes de mí es mi nombre. Ha sido intenso y...

—No digas nada —dijo Arnau apartando las manos de Mina del colgante—. Quiero que te lo quedes. Y voy a volver a verte. Te llevaré a tu hotel.

—¿Cómo sabes que me quedo en un hotel? —preguntó Mina levemente angustiada.

—Por las toallitas con el nombre del hotel que llevas en el bolso. Si fueras de aquí no las llevarías y no tienes acento francés. Luego está el detalle de tu nombre.

Mina asintió levemente y se levantó dirigiéndose hacia la salida mientras Arnau la seguía de cerca. Pidió las llaves del coche y de nuevo le abrió la puerta antes de entrar él.

—¿Haces esto a menudo? —se atrevió Mina finalmente a preguntar.

—¿Ir a ferias tecnológicas o conocer a una mujer y llevarla al servicio de hombres sin saber ni su nombre? —preguntó Arnau mientras conducía.

—Lo segundo —confirmó Mina con timidez.

—No, Dios, eso es la primera vez que lo hago. Es lamentable pero no habría podido llegar hasta una habitación. Supongo que debo ser tu peor cita.

—En absoluto —confesó Mina con una sonrisa radiante.

—Si esto no es tu peor cita, tú debes verte con tipos muy raros.

—Ni te imaginas, pero no, esto ha sido...muy pasional —dijo Mina que aún se sentía feliz—. Yo no sé cómo explicarlo.

—Mientras no lo lames destino todo irá bien —dijo Arnau que había llegado al hotel y abrió la puerta del coche a Mina.

Cuando Mina salió del coche, Arnau sujetó su rostro con las manos y la besó con mucha pasión.

—Si no te dejas ir ahora dejaré de ser un caballero y te suplicaré que me dejes pasar la noche contigo.

—Es muy tentador —respondió Mina acariciándole la mejilla.

—Nos veremos muy pronto, te lo prometo —dijo Arnau permitiendo que se alejara.

Mina le contempló una última vez, le dedicó una sonrisa y entró en el hotel. Iba a morir, sin duda, descubriría que era una bruja tarde o temprano y la odiaría, pero estaba harta de sentir miedo o soledad. Esa es la muerte que deseaba y era mucho mejor que toda su vida. Estaba aún sonriendo como una boba cuando salió de la ducha. Se había enamorado perdidamente y tan solo había necesitado mirarle unos segundos para ello, ni siquiera quería pensar en lo que significaba ella para él, por supuesto, nada, acababa de conocerla. Cerró los ojos de nuevo para recordar todo y volvió a percatarse del detalle de que no había tomado ninguna medida, podría estar embarazada, pero casi no era algo que importara, porque no iba a vivir lo suficiente. Vive rápido y muere. Aun así, Mina sentía una gran curiosidad, así que tomó de su maleta algunas hierbas y ungüentos que usaban las brujas para adivinar ese tipo de eventos. Cuando acabó la prueba se echó feliz en la cama, estaba embarazada, y debería encontrarse histérica, porque, ¿qué iba a hacer con el hijo de un cazador? Su madre no estaría feliz de ser abuela. Los problemas crecían sin límites, pero a ella no le importaba, jamás se había sentido tan bien y pensaba disfrutar de ello mientras durara, luego ya vería.

## Capítulo 8.

—Ya van varios días que no sé de él —dijo Carla molesta—. No coge el móvil, me ha contestado una tal Angélica, y me ha dicho que estaba bien. No sé qué se ha creído, yo soy la prometida de Arnau.

—No debes preocuparte por ello —respondió Christ, uno de los hombres que Arnau había puesto como guardaespaldas de Carla—. Sé que está bien, te lo puedo asegurar.

—Sabes algo que yo no sé —dijo la mujer mirándole—. Merezco saberlo, ¿no crees?

—Sí, pero cualquier cosa debe decírtela él, no yo —insistió el hombre que se sentía en una trampa.

—No puedes mantenerme en la ignorancia —dijo Carla llorando—. Por favor, solo quiero quedarme tranquila.

—Esta en una misión, aquí, en París. Te llevaré a que lo veas y te quedas tranquila, pero no puedes salir del coche.

—¿Sabes dónde está?

—Sí, hace rato que dijo a dónde se dirigía y pidió que no le molestáramos —dijo Christ que tan solo quería deshacerse del problema y sabía que si le veía se quedaría tranquila, y él podría vivir de nuevo sin lloros.

—Te prometo que si me llevas a que le vea, no tenemos ni porque salir del coche, tan solo comprobar que se encuentra bien, no volveré a molestarte con este tema —dijo Carla usando una pizca de encanto—. Estoy embarazada y muy preocupada, aún no he superado lo otro, ya sabes, no tengo ni ganas de hablar de ello porque me derrumbaré de nuevo. Llévame.

—Sígueme —dijo Christ abriendo la puerta de la casa y acompañándola al garaje.

Carla se acomodó en el asiento derecho del coche colocándose el

cinturón como podía, dado que su redondez ya era más que evidente. Christ condujo con mucho cuidado, era consciente de que si le pasaba algo a la prometida de Arnau, este le mataría sin problemas. Llegó al lugar donde iba a estar Arnau, tan solo sería unos breves minutos, que ella le viera e irse, sin molestar o interrumpir la misión, pero Arnau aún no había llegado y Carla parecía impacientarse.

—¿Y Arnau? —preguntó Carla con impaciencia.

—Debe de haberse retrasado por algún motivo —dijo Christ que suspiró aliviado cuando vio el coche de Arnau llegar—. Recuerda, lo vemos y nos vamos.

—Claro —dijo Carla.

El coche de Arnau se paró delante de un salón bar y Arnau bajó del coche para hablar unos instantes con un aparcacoches tras darle las llaves, luego se dirigió hacia el otro lado del coche y abrió la puerta permitiendo salir a una mujer de allí. Carla observó a la mujer detenidamente, llevaba el cabello rubio recogido dejando caer unos rizos alrededor de la cara. El vestido que llevaba pretendía ser formal, pero marcaba cada curva de la alta mujer casi como si fuera un guante. A Carla se le encogió el corazón cuando Arnau le tomó de la mano y le dio un cálido beso en los labios antes de dirigirse hacia dentro del establecimiento.

—¿Quién es esa? —preguntó Carla casi temblando.

—No saques conclusiones precipitadas —dijo Christ que ya se había arrepentido de traerla—. Posiblemente es la misión.

—¿Y trata así a las misiones?

—No, generalmente, no —confesó Christ un poco nervioso—. No es propio de él, por eso debe tener una explicación. Mejor nos vamos.

—No, si te mueves de aquí y me pasa algo del disgusto tú serás el responsable —le amenazó Carla que parecía en extremo nerviosa.

—Carla, por favor. Vayámonos, estás sufriendo seguramente para nada —dijo Christ en un tono de súplica percatándose de que había metido la pata.

—No, no pienso moverme de aquí hasta saber más.

—No se te ocurra salir del coche —dijo Christ preocupado —Puede ser sumamente peligroso o poner la misión en peligro.

—Sí, no soy tonta —dijo Carla acomodándose en el asiento.

Pasaron aún un par de horas más, casi tres allí en el coche, Christ puso la calefacción más alta, no deseaba que Carla enfermase. Tenía la esperanza de que se cansara y quisiera volver a casa, pero parecía un pájaro nocturno

prestando atención por la ventanilla del coche. Christ sintió un gran alivio cuando vio de nuevo a Arnau salir del lugar, esta vez iba si acaso más acaramelado con la mujer que cuando entró, hecho que le hizo de nuevo arrepentirse de no haber puesto el coche en marcha cuando lo vio la primera vez, pero ya era tarde para eso, Carla estaba viéndolo todo y la culpa era suya. Cuando finalmente Arnau se paró en frente de un hotel fue para ayudar a la rubia a salir y besarla con una pasión desbordante. Christ se giró para ver a Carla llorar copiosamente, luego se secó las lágrimas.

—¿Nos vamos? —preguntó Christ suavemente casi con cariño.

Ella sencillamente afirmó con la cabeza y se recostó en el sillón.

Arnau contempló a Mina entrar en el hotel, y se mantuvo allí durante un buen rato decidiendo si subía y pasaba la noche con ella, o se iba. No entendía cómo había podido acabar en ese desastre. Había decidido hasta el último detalle para una cita sumamente romántica, enamorarla de forma delicada, no presionarla hasta que se acostumbrara a él, y acabó en el servicio de hombres, dos segundos después de saludarse sin darle opción a presentarse siquiera, teniendo sexo salvaje con ella. Pensó hacerlo todo en su debido tiempo y cualquier idea que tuviera se fue porque decidió con lo que tenía entre las piernas. Sabía dónde podía ir a calmarse para no volver a parecer un idiota adolescente y subir a tener más sexo con ella. Coup de chance, un lugar en el submundo parisino, donde a veces iba a recoger información, era el darknet físico de las calles, y lamentablemente, conocía a todo tipo de escoria allí, y a veces la gente más extraña andaba por esos lugares donde él obtenía información y diversas cosas. La gente rara como él existía, y generalmente era rechazada por el resto de los humanos, no eran tan raros como para salir en un comic de los x men, pero un tipo de casi dos metros con una fuerza descomunal, que antaño saldría en un circo de frikies, ahora acudía al Coup de chance, o Golpe de suerte, cuyo nombre provenía de que inicialmente había peleas ilegales, y aún las hacían. Todo ello era en las catacumbas de París, en una zona que no había sido explorada. Era un buen sitio para recoger información sobre rarezas, y él además debía averiguar algo sobre la bruja blanca que buscaban. Llegó al pub por donde se entraba en el Coup de chance a través del sótano. El lugar estaba en una calle marginal, en un callejón sin salida llena de borrachos y yonkis, ese detalle ya disuadía a cualquiera para

que entrara. Arnau no entendía cómo habían podido mantener ese sitio en secreto durante prácticamente toda la historia, quizás hubiera un componente místico en todo ello, porque hacía más de dos siglos que él andaba por el lugar y siempre había estado regentado por el mismo tipo, quizás un inmortal como él, jamás le preguntó cómo y el tipo tampoco le preguntó a él. A veces era mejor separar las rarezas, y dejar a cada cual con sus secretos. Cagliostro, como se hacía llamar, era un hombre con muchas caras, a veces amable, otra tremendamente cruel, era capaz de traficar con todo tipo de cosas sin escrúpulos y luego salvar a una chica indefensa de algún salvaje. Al contrario que los otros cazadores, Arnau se sentía cómodo con los grises, porque él mismo poseía mucha dualidad debido a su naturaleza paterna. No necesitó dar muchos detalles en la entrada, ya le conocían bien y le permitieron entrar sin problemas. El lugar aparentaba ser un pub sucio y desaseado, pero cuando pasaba al sótano, igual de ruinoso que todo lo anterior, te adentrabas a las catacumbas, que eran pasillos interminables llenos de huesos y una buena iluminación. En los pasillos se ofertaban todo tipo de demandas, desde sexo con mujeres exóticas, y al decir exóticas esa era exactamente la definición, a Arnau una vez le ofrecieron acostarse con una sirena. No tenía ni idea de la veracidad de todo ello, ni cómo te podías follar a un pez, ni deseaba saberlo. En un mundo donde cualquiera podía estar experimentando con la ingeniería genética, o donde existían rarezas como él, cualquier cosa era posible a espaldas del resto de los humanos, o casi humanos. Cuando llegó a uno de los pasillos donde Cagliostro frecuentaba, el lugar donde solían hacer todo tipo de peleas, más sangrientas, mortales, o sencillamente contiendas de colegas, cualquier cosa que pudiera suponer una apuesta era válido. Una vez vio una pelea entre chicas en una piscina de chocolate líquido, y acabó con la subasta de las dos. A Cagliostro no le caía bien ninguna de ellas, así que permitió que los ganadores se llevaran el trofeo sin importarles los gritos de las chicas. Arnau sabía que si Ezequiel paseaba por ahí acabaría sacando la espada, o Aren perdiendo el control y convirtiendo todo en un charco de sangre, y no es que a él no le importara que subastaran mujeres, hombres o lo que sea, cuando podía intervenir, pero era consciente de que no se podía cambiar todo, el lado oscuro del ser humano siempre iba a estar ahí, y principalmente se centraba en su tarea de erradicar la brujería corrupta. Hoy, al menos, no se veía un desmadre de ese tipo y contempló con una sonrisa agradable al tipo que estaba en un cuadrilátero mientras otros hablaban en una especie de gradas. El hombre era grande, más de lo normal, y le conocía, le llamaban Goliat, un

nombre muy poco original para un tipo de su tamaño. Era un hombre difícil de tumbar, ya no solo por su altura, también porque poseía talentos inusuales. Arnau no se lo pensó, subió al cuadrilátero y cogió unos guantes de boxeo y comenzó a ponérselos. En cuanto lo hizo se animó mucho el lugar y comenzaron a correr apuestas. Debió haber apostado antes de subir, aunque no era precisamente la pelea del siglo, pero era un rival para Goliat.

—¿Qué tal la noche Goli? —le saludó Arnau mientras se ponía los guantes.

Goliat no se hizo esperar, antes de que Arnau estuviera listo le dio un golpe tan fuerte que tumbó al cazador haciéndole sangrar.

—Eso no ha sido muy deportivo —comentó Arnau dejando los guantes—. Y tengo un par de citas en mente, no quiero que me jodas mi linda cara ahora.

—Hablas mucho Arnau, por eso vas a morir —respondió Goliat tirándose sobre él.

—Tienes suerte de que yo sí que no te quiera muerto —dijo Arnau apartándose con agilidad.

—Te van a recoger con escobilla —le amenazó Goliat.

Arnau giró con rapidez, hizo tambalearse a Goliat dejándole caer al suelo y luego lo inmovilizó concluyendo la pelea. El público se frustró y se escucharon varias quejas. Arnau se levantó del suelo.

—Lo siento, ando demasiado nervioso para ofrecer un buen espectáculo —se excusó Arnau.

Goliat se puso en pie cuando Arnau le ofreció la mano y le dio un abrazo afectuoso.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Goliat que le miraba con curiosidad.

—Oh, vamos, los hombres no hablamos de nuestras cosas. Si quisiera comadrear me habría quedado con un pupilo que tengo, o con la señora Fevre, no habría venido a que me pegaras.

—¿De veras no me lo vas a contar?

—Está bien. Me he enamorado, pasional y perdidamente, y no soy capaz de decidir qué paso voy a dar ahora. Intento calmarme para no asustar a la chica, porque resulta que le da mucho miedo el fuego, es bruja y yo quemo brujas. Su madre es la que me destrozó la vida hace siglos, a mí y a los demás que son como yo, no la veo en mi boda de madrina. La han enviado para que me lleve a una trampa porque la madre me quiere enjaular y robarme toda la sangre. Yo debo convencerla de que deje a su familia disfuncional, a su club de psicópatas que yo suelo quemar, se enamore de mí, y se dedique a vivir

como la princesita que yo voy a cuidar con mimo. De paso debo abandonar a mi actual prometida embarazada, sin ofender a nadie y persuadirle de que es lo mejor para todos.

—Joder Arnau, creo que necesitas una copa. ¿Y yo creía que mi vida era complicada porque me había enamorado de la sirena?

—¿Eso existe? —preguntó Arnau sorprendido.

—Ya te digo.

—¿Y cómo...? —dijo Arnau sin saber cómo preguntar que cómo pensaba tener sexo con ella.

—¿Cómo qué?

—Nada, olvídalo —dijo Arnau cuando se dio cuenta de que prefería no saberlo.

—¿Y no va a quedar muy feo que abandones a una chica embarazada? —preguntó Goliat.

—Es que el asunto no es tan simple, yo no la dejé embarazada, de hecho nunca me he acostado con ella, ni siquiera me gusta.

—¿En serio, Arnau? —dijo Goliat que le arrojó los guantes para que entrenaran un poco.

—Eso es otra larga historia, y aunque no lo creas, tiene su explicación.

—¿Y a qué has bajado exactamente a las catacumbas? —preguntó Goliat —A parte de pretender que te apalicen.

—A comprarle un regalo especial a mi chica, y a por información. Noticias que os haya podido llegar sobre una mujer, niña, adulta que tenga poderes del estilo sanación, milagros raros...

—Si aquí se supiera de eso, la secuestrarían y la venderían, o la dejarían en las catacumbas para sanar a todos los lisiados de Coup de chance

—O sea, no habéis oído nada. ¿Si alguna vez sabes de algo así me avisarías para que pujara por ella?

—Te estás volviendo un perverso —opinó Goliat mientras entrenaban un poco.

—Qué va, antes la habría quemado, ahora le ofrezco que se una al club de los que queman a las que son como ella, pero en malotas.

—Sí, te avisaré, incluso si tengo información. Siempre pagas bien. Dime, ¿por qué no hemos visto a otro como tú? Te hemos oído hablar de ellos pero nunca hemos visto uno.

—Soy el único sociable en un grupo de intratables, y ellos no entenderían este lugar. Mejor que nunca te tropieces con uno, puedes tener suerte y



encontrarte con el que te funde la mente convirtiéndote en un medio retrasado, pero vamos, muchos de los de aquí no notarían la diferencia, y tenemos otro que pierde la cabeza y pica carne, y ellos son los más amables.

—¿Has pensado en subastar a tu futura suegra para librarte del problema? No creas que no lo ha hecho más de uno por aquí. La esposa llorando porque no se supo nada más de su madre, cuando era el marido, el mismo que la consolaba, el que la vendió.

—Eso es broma —dijo Arnau.

—No te creas.

—Pensaré el tema —dijo Arnau dubitativamente.

—Ahora creo que me iré a buscar un regalo para mi chica. Mañana tengo mucho que hacer, comenzando por romper una boda.

—Te dije que esa cara tan bonita tuya solo te traería problemas. Deberías hacerme caso y provocarte unas cuantas cicatrices bien estudiadas para afearte.

—Creo que me quedo con los problemas —dijo Arnau dejando los guantes y saliendo del cuadrilátero.

## *Capítulo 9.*

Sonrió de nuevo, contempló la bola de jabón en la mano, sopló y se destruyó. Se sentía tan feliz que no podía dormir. Había dado vueltas y vueltas, intentó cerrar los ojos no sabía ya cuantas veces, y finalmente se fue a dar un baño. Intentó entrar en razón y decirse a sí misma que era una locura y que tenía que salir de ahí ya, de París, pero lo único que logró fue coger el móvil compulsivamente y comprobar si no le había escrito, claro que no, estaría durmiendo. Él había tenido un polvo con una desconocida absoluta, sin saber que era una bruja muy apetecible, porque era la hija de la reina que les hizo la garra de la bruja y les arruinó la vida. Si hubiera sabido quién era le habrían interrogado, torturado hasta sacarle cuanta información pudiera darles, finalmente habría acabado incinerada. Nunca había deseado tanto como ahora ser una mujer normal, enamorada de un hombre como Arnau, sin temer que descubriera quién era exactamente o teniendo que elegir entre el amor o vivir un poco más. Pero ya había elegido, quería seguir hasta que todo se hundiera. Si él no la llamaba lo haría ella, no ahora, que estaría durmiendo, cuando fuera posible. No sabía cuántas veces le había escrito un mensaje y lo había borrado, menos mal que dormía y no veía el símbolo de que ella escribía continuamente sin dejar una sola palabra escrita. Salió de la bañera y se pintó cuidadosamente, no sabía por qué mantenía la esperanza de que por la mañana le invitaría a desayunar. Tampoco podía excederse, se suponía que había dormido sin maquillaje, así que se quitó una gran mayoría y ya agotada se acostó.

Alguien llamaba a la puerta cuando le costó abrir los ojos, apenas podía levantarse de la excitación del día anterior, y tan solo le vino una idea a la cabeza, Arnau. Se levantó como un resorte y se puso la bata de seda que colgaba en una de las sillas, y procuró no parecer tan ilusionada, abrió la puerta y se encontró con una mujer desconocida. La mujer era más baja que

ella, pero claro, Mina era un poco alta respecto a la media. Llevaba un aspecto terrible, como si no hubiera dormido en toda la noche y estaba embazada. Tuvo un instante de desilusión y pensó que se había equivocado de habitación o algo semejante.

—Así que tú eres la fresca —dijo la mujer sin más.

—¿Perdone? —dijo Mina indignada.

—Sí, supongo que no sabrás quién soy. Mírame bien, estoy embarazada y prometida, y anoche tú estuviste con mi prometido.

—Esto debe ser un error —dijo Mina casi con una risa que uno suelta cuando se produce una confusión—. Yo no estuve con su prometido.

—¿No estuviste con Arnau? —preguntó la mujer mucho más enfadada.

—¿Arnau? —preguntó Mina helada. No solo parecía ser la prometida de verdad de Arnau, sino que además de embarazada le había dicho el nombre verdadero del cazador cuando ella se suponía que había estado con un tal Luis. Mina la miró con miedo.

—No sabes su nombre —dijo la mujer que empezaba a entender que había metido la pata.

—Yo no estuve con ningún Arnau —insistió Mina en su coartada tratando de no perder los nervios.

La mujer que estaba allí delante se asustó durante un instante. Mina se dio cuenta de que había percibido algo, algunas personas eran sensibles a la magia y detectaban a los brujos casi como una percepción extraña. Dio varios pasos atrás y Mina la siguió saliendo de la habitación.

—Tú eres... —dijo la mujer comprendiendo lo que ahora también entendía Mina, que estaba siendo la presa del cazador y había jugado con ella para matarla o algo peor. La mujer dio otros pasos atrás cuando se dio cuenta de que había destrozado la misión de Arnau.

—No, yo... No te asustes, no voy a hacerte daño, por favor —dijo Mina que trataba de no derrumbarse y llorar allí mismo.

—Aléjate —dijo la mujer.

—Te repito que no voy a hacerte daño —insistió Mina que iba tras ella temiendo que el susto le produjera algún problema en su salud.

Mina podía haberse vengado en ese mismo instante, tenía delante a la supuesta prometida de Arnau, cogerla y llevársela a su madre. Su misión habría acabado satisfactoriamente, y se habría vengado de que Arnau jugara con ella, además, se habría asegurado salir con vida con ella de rehén, pero miró a la mujer embarazada, derrumbada como ella por culpa del cabrón que

había jugado con los sentimientos de ambas, y no iba a hacer un acto tan malvado, tan solo la calmaría y trataría de explicarle aún no sabía qué.

La mujer asustada trató de salir corriendo pero la falta de movilidad por su estado le hizo resbalar y caer por la escalera. Mina dio un grito ahogado y movió una mano casi instintivamente para que la mujer flotara y no se golpeará con nada, dejándola cómodamente en el suelo.

—¡Maldita bruja! Lo has hecho a posta, intentas matarme —dijo la mujer dando gritos.

—No, yo tan solo he tratado de ayudarte, que no te hicieras daño —dijo Mina procurando no resultar lastimosa.

—Aléjate de ella, bruja —dijo un hombre armado que apareció por las escaleras—. No estoy solo, y vendrán muchos más.

Mina salió corriendo y cerró la puerta de la habitación, estaba sin apoyo, sin nadie. Tenía tanto miedo que apenas podía moverse, luego trató de pensar, debía salir de allí, pero cómo, cualquier hechizo que hiciera para eso era demasiado elaborado y los cazadores estaban en la puerta. Miró la ventana y no lo pensó, la abrió y salió por ahí con sumo cuidado llevando tan solo el bolso y el móvil, se movió con cautela, tomó el móvil y llamó a Bram, que le había prometido apoyo, pero parecía que también la quisiera muerta, casi debería no llamar y dar por sentado que era un plan de su hermano para deshacerse de ella, aun así, deseaba oír su voz de rata traidora. Tuvo que llamar varias veces antes de que contestara.

—¿Qué diablos te pasa? ¿Has visto la hora que es? —dijo Bram.

—¡Maldita sea! Me has llevado a una trampa, estoy en la cornisa de la ventana rodeada de cazadores —dijo Mina mientras se oía un disparo que casi le hace caer del susto.

—Pero ¿qué dices? Era simple, tan solo hablar con él —Bram se interrumpió cuando escuchó un segundo disparo—. ¡Madre mía! Hablas en serio, dime dónde estás.

—Date prisa, estoy aterrada —dijo Mina mientras se movía más por la cornisa.

Mina se movió lentamente aferrándose a la pared como podía. Los cazadores disparaban, y se sentía aterrada pensando que en cualquier momento Arnau llegaría y curiosamente ya no temía que la incinerara, sino enfrentarse a él después de que la usara de esa forma. Desgraciadamente Mina siempre pensaba en la otra persona, y vio la posibilidad de que él se sintiera estafado por ella, dado que tampoco dio su nombre verdadero, y sinceramente, en un

principio iba a cazarlo a él y conducirlo a una trampa. No quería sentirse más culpable mientras trataba de salvar la vida, después de todo, ella no tenía una prometida embarazada.

—Será mejor que vuelva, va a caer —le gritó el mismo hombre que le amenazó en la escalera—. No la queremos muerta, al menos de momento, es su mejor opción.

—Ni de broma —dijo Mina muy asustada—. Prefiero caerme, ¿dónde está Arnau?

—No le importa. Vamos, vuelva —le volvió a gritar.

Mina escuchó el móvil del hombre que le gritaba, el cual dejó de hablarle cuando sonó, frenando también los disparos. Se quedó quieta sin saber qué hacer durante un tiempo que le resultó una eternidad, luego vio a Bram asomarse por la ventana.

—¿Estás bien? —preguntó Bram extrañamente preocupado.

—No, no lo estoy —dijo Mina agobiada.

—No te muevas de ahí, yo voy a por tí.

Bram salió por la cornisa con una agilidad casi felina que hizo que Mina se sintiera la hermana patosa que podía haber muerto ahí, y aún podía ocurrir. Tardó muy poco en llegar hasta ella y ofrecerle la mano.

—Dame la mano y sígueme. Si fallas yo te tengo agarrada. No sientas miedo —dijo Bram calmándola.

—Vale —dijo Mina agarrando la mano de Bram con fuerza.

Mina se movió lentamente hasta que Bram la agarró ayudándola a salir de la ventana. Por un instante pensó en actuar como siempre, evitando mostrar debilidad, pero ya no podía más, el miedo, la decepción, la angustia habían acabado con su temple, así que se rindió, se abrazó a Bram y comenzó a llorar. Bram la abrazó con fuerza de forma protectora.

—¿Y los cazadores? —preguntó Mina tratando de secarse las lágrimas.

—No estaban cuando llegué —dijo Bram en un tono que le resultó sospechoso—. Quizás tuvieran otros planes, pero esto no va a quedar así, te lo puedo prometer.

—¿Y Arnau? —preguntó Mina en un tono de voz casi tembloroso.

—Eso quisiera saber yo. Mira, te he metido en este lío con ese plan descabellado, y yo te voy a sacar. Te llevaré al aeropuerto y negociaré con mamá que olvidé esta misión, no tendrás que volver a ver a Arnau en tu vida —dijo Bram en tono muy enfadado.

—¿Cómo vas a hacer eso? —preguntó Mina confundida.

—Quiere casarme y yo me niego, pues con eso.

—No puedes hacerlo —dijo Mina que no había podido dejar de llorar.

—Sí que puedo, porque si no lo hago ella te matará por mi culpa, pero créeme que esto no va a quedar así —dijo Bram abrazándola. —Recoge todo y nos vamos.

Mina asintió y se secó un poco las lágrimas, no deseaba pensar en nada. Se había enamorado por primera vez en su vida de un hombre que, cómo no, había jugado con sus sentimientos. Recogió sus cosas como una autómatas y dejó que Bram se ocupara de todo, de pagar la cuenta, de llevarla hasta su coche y conducirla hasta el avión privado de la familia con instrucciones de cuidarla. Luego se quedó dormida mientras miles de pesadillas le asaltaban.

## Capítulo 10.

Bram volvió a golpear al hombre, mientras los demás se mantenían silenciosos a su alrededor.

—Intentó matar a la prometida de Arnau —se defendió Chirst—. Yo solo procuraba protegerla de una bruja.

—¿Tiroteando a su “misión” y obligándola a casi matarse en una cornisa? —preguntó Bram muy enfadado—. ¿Y por qué no tengo el video de seguridad de lo que ocurrió? ¿Cómo desapareció la imagen que muestra cómo trató de matarla?

—Posiblemente porque los brujos se lo llevarían —dijo Christ temblando un poco y con muchas dudas.

—¿Me tomas el pelo? Allí solo estuvisteis vosotros y yo, ella estaba sin escolta porque Arnau prometió que no le ocurriría nada, y casi la matáis —dijo Bram golpeando de nuevo a Christ—. ¿Y Arnau? ¿Dónde está?

—No sabemos nada de Arnau desde que despidió a la bruja... su “misión” —dijo corrigiéndose antes de que le volviera a golpear—. ¿No podría haber ocurrido que ella le hiciera algo? Parecía claramente hechizado anoche.

—¿Sí? ¿Cómo qué? ¿Ella sola, que no pudo casi ni escapar de vosotros redujo a un cazador como él y lo metió en la maleta?

—No lo sé, señor, algún conjuro o algún método sobrenatural.

—Si tiene que venir Ezequiel a buscar a Arnau encontrará toda la verdad, ¿entiendes las consecuencias? —preguntó Bram.

—De verdad que no tenemos ni idea. El móvil está fuera de cobertura, no ha avisado a nadie de que se fuera, hay que barajar la posibilidad de que le haya pasado algo, por extraño que parezca siendo lo que es.

—Más le vale que esté atado y amordazado, sino lo mataré yo mismo por muy inmortal que sea —dijo Bram molesto.

Bram se acercó a la habitación donde habían llevado a Carla, en un lugar

seguro de los cazadores. La chica había exagerado la situación hasta el extremo, y ahora andaba todo el personal de Arnau atendiendo hasta el más mínimo deseo, después de todo la habían pifiado. Permitieron que viera a Arnau con su hermana y luego, se escabulló de su guardaespaldas para ir a encararla, y podían haber muerto las dos en todo ese cúmulo de errores, y lo que era también grave, habían perdido la pista de Arnau que no tenía motivos para irse a un balneario abandonando todo este jaleo, al menos no era propio del responsable cazador.

—¿Cómo te encuentras, Carla? —preguntó Bram fríamente, sin ánimo de ser amable.

—Bien, dice el médico.

—¿Me cuentas qué ha pasado?

—Claro. Esa bruja ha hechizado a mi prometido y le ha ocurrido algo grave por su culpa. Fui a decirle que no tenía vergüenza, eso antes de averiguar que era una bruja, sino no me habría acercado a ella, y utilizó un conjuro para que me cayera por las escaleras —dijo Carla que parecía haber contado la misma historia una y otra vez.

—Si ella te quisiera muerta estarías muerta —le recriminó Bram molesto—. ¿Qué tal si me cuentas de nuevo lo que ha pasado, pero esta vez con sinceridad?

Carla comenzó a llorar de manera desconsolada, sin causar el más mínimo arrepentimiento en Bram, tan solo tenía los ojos fijos en ella.

—¿Por qué dices que miento? Podría haber perdido a mi hijo, estuve a punto de morir yo misma, ¿es qué no tienes sensibilidad alguna? —sollozó Carla de manera lastimera.

—Deja a la pobre chica en paz, ya tuvo bastante anoche viendo lo que vio, la culpa de todo la tiene Arnau y lo sabes. Sígueme —dijo la señora Fevre que asomó la cabeza.

Bram la siguió molesto hacia una habitación cercana al dormitorio donde se encontraba Carla. La casa perteneciente a los cazadores, o quizás a Arnau, era muy amplia, con muchas habitaciones en el piso de arriba preparada para que se pudieran quedar a descansar un buen número de hombres. La habitación estaba acondicionada al gusto de la señora Fevre, con unos buenos sofás cómodos, un calefactor y una mesa donde ella podía hacer todo tipo de labores, desde escribir, tejer, incluso pintar, parecía tener muchas aficiones.

—Mi hermana no la quería matar —dijo Bram que aún estaba molesto.

—Ya lo sé, pero ahondar en eso no va a traer nada bueno, Arnau no debió



dar ningún movimiento sin antes haberse retractado de su compromiso con ella, ahora tiene un bonito lío y no sabemos dónde está.

—¿No tiene ninguna idea? —preguntó Bram.

—Tendría que pensar detenidamente. ¿Cómo está Mina? —preguntó la señora Fevre con interés.

—Hundida, nunca la había visto llorar hasta ahora.

—Quizás devolverla con el Aquelarre no ha sido buena idea —opinó la señora Fevre.

—¿Y dónde quería que la enviara? Con medio ejército de cazadores tras ella.

—Ya se han unido muchos brujos a los cazadores, ella estaría mejor aquí.

—¿Con la loca esa acusándola de querer matarla? Y luego mi madre la pagará conmigo, y eso teniendo en cuenta que ella quisiera quedarse.

—Quizás sea mejor así. Cuando venga Arnau tendrá que tomar muchas decisiones —dijo la señora Fevre.

Intentó moverse cuidadosamente, pero se sentía muy pesado. Trató de calmar el dolor y pensar con claridad, aunque apenas recordaba lo que le había ocurrido o cómo había llegado hasta ahí, ni siquiera sabía cuánto tiempo había estado sin sentido. Tenía hambre, pero no era un indicativo, ni siquiera la sed, porque no podía morir. Paradójicamente podría pasar meses, incluso años encerrado sin que nada le ocurriese. Exploró su entorno, era estrecho, rozó las paredes y se dio cuenta de que estaba dentro de un ataúd. Suspiró levemente, ni siquiera sabía cómo habían podido reducirlo, porque era casi inmune a cualquier sustancia. Trató de destruir la madera del ataúd, pero sintió una debilidad tan grande que casi le costaba moverse. Maldijo casi en voz alta, eso sí que no se lo esperaba, alguien le había jodido a base de bien. Intentó ordenar sus recuerdos, lo último que recordaba era estar contemplando una bonita cajita de música para Mina, luego... ya no recordaba nada más. Habría intentado alcanzar su móvil, si no se lo habían quitado, pero apenas podía moverse. Después de despertar no sabía bien cuánto tiempo más pasó, ni siquiera si estaba en movimiento, y de ser así hacía dónde se dirigía. Recordó a Mina, le habían jodido todos los planes, pero bueno, tampoco le indicó cuándo le llamaría, tenía su teléfono, y a su hermano, ya buscaría una excusa o le contaría la verdad. Indispuesto por acontecimientos ajenos a su

voluntad, podía ser una excusa muy pobre para algunas mujeres. Estaba deseando salir de ese ataúd para ajustar cuentas con quién le hubiera encerrado. Por unos instantes sintió miedo de que la misma Mina le hubiera traicionado y fuera quién le hubiera encerrado en el ataúd rumbo hacia su madre, de ser así, no le importaba, soportaría estoicamente y le acabaría convenciendo de que no tenía que servir a su madre, que podía tener otra vida. Ya no le importaba si era Isabel o no, había superado todos los recuerdos y ahora deseaba cambiar los cuadros de una versión idealizada de Isabel por millones de fotos de Mina. El plan seguía siendo el mismo, salir del encierro, esquivar la trampa a la que le llevaban, quemar a todos los brujos y salir con su chica al hombro, quisiera ella o no. Calculaba que habrían pasado un par de días o tres desde su encierro, a veces dormía, otras veces pensaba, siempre sobre el mismo tema. Sabía que debía centrarse en quién le había hecho eso, o cómo habían conseguido meterle en el ataúd inconsciente, pero tan solo era capaz de centrarse en que después de siglos de sufrimientos la había recuperado. Aún pasaron unos días más antes de que escuchara ruido de alguien acercándose, al menos no iban a dejarlo toda la eternidad ahí dentro. Cuando la luz incidió directamente en los ojos casi le provocó dolor, debía acostumbrarse después de la oscuridad a la que había sido sometido, también le rugían las tripas y tenía una sed inmensa, no podía morir pero necesitaba la comida y el agua para mantener su cuerpo, que ahora debía pesar bastante menos. Hizo un gesto con la mano para protegerse de la luz con una debilidad casi patente, y tras un rato, suspiró casi molesto.

—Tú, cómo no —dijo Arnau que aún no se había acostumbrado del todo a la luz.

—¿Te ayudo a salir de ahí? —dijo una voz femenina ofreciéndole la mano con delicadeza.

—Claro, ¿por qué no? No tengo fuerzas para estrangularte, y no sé si serviría para que te mantuvieras muerta. Dime, ¿cómo has logrado meterme aquí? —dijo Arnau ofreciéndole la mano.

—Como cazador tienes muchas inmunidades, pero por ser hijo de tu padre tienes dones tremendos que rehusas usar, pero debilidades que yo no tengo problemas en explotar —dijo la mujer con una voz amable.

—Sí, supongo que hasta me conoces mejor que yo mismo —dijo Arnau saliendo del ataúd con ayuda de ella.

—No te molestes en tratar de hacer algo inconveniente, vas a ser mi invitado por un tiempo, luego, te llevaré a algún lado donde soltarte.

—No puedo quedarme aquí, tengo muchos asuntos entre manos. ¿Por qué no haces como todas las madres y me llamas al móvil o me invitas a una cena en navidad? ¿Te resulta divertido secuestrar a tu propio hijo para retomar una entrañable relación familiar? —dijo Arnau pensando que Mina no era la única que tenía una arpía de madre.

—No me coges el teléfono, no me escribes, no me mandas regalos para mi cumpleaños, me has dejado pocas opciones —dijo su madre observándolo.

—Y será culpa mía —dijo Arnau que ya se había acostumbrado a la luz y contemplaba a su madre. Estaba tan joven como cuando era niño, pero apostaría a que su belleza había aumentado. La mujer poseía un pelo cobrizo parecido al suyo, solo que el de Arnau tenía mechones de color granate. Llevaba la larga melena recogida en un elaborado peinado, y un vestido antiguo, de otra época—. Por cierto, me gusta tu estilo vintage, o lo que sea que pretendas vistiéndote como la madrastra de Blancanieves.

—Veo que varios días encerrado no te han arrebatado un ápice de cinismo.

—¿Varios días? ¿Cuántos? —preguntó Arnau sobresaltado.

—Qué más da, si eres inmortal. Deberías agradecer que trajera algo de entretenimiento a tu vida.

—Sí, como el circo de la alegría o el melodrama que siempre deseé encontrarme para no aburrirme, de paso una tortura, para amenizar las largas noches de inmortalidad.

—¿Insinúas que soy una tortura? —dijo la madre con un ápice de indignación que dejó denotar en el gesto de sus labios.

—Yo no insinúo nada. Qué Dios me libre de crear un malentendido haciéndote creer que a lo mejor no me desagradas. Y ahora, dime como salir de aquí —dijo Arnau observando el lugar que parecía una mansión antigua.

—¿Es que crees que tienes opción?

—Si algo me ha enseñado la inmortalidad es que siempre hay opciones, y acabaré averiguando cómo me has debilitado, y cuando lo haga te meteré en un ataúd, solo que no saldrás de ahí, o te cortaré la cabeza, y veremos cómo de inmortal eres —le amenazó Arnau mirándola fríamente.

—Te interesa escuchar lo que voy a decirte, luego decides qué vas a hacer —dijo la madre dirigiéndose hacia la puerta.

Arnau la siguió sin estar muy satisfecho. Afortunadamente no tuvo que bajar escaleras en la casa rococó de su madre, llena de obras de arte y decoración muy pasada de moda. Arnau miró la lámpara de cristales enorme

sobre la estancia que parecía un gran salón, y pensó que le había faltado pintar unos cuantos angelitos en el techo para culminar el mal gusto. Luego detuvo la vista en una mesa llena de viandas. No se lo pensó dos veces y no le importaba la imagen que podía causarle a su madre, se abalanzó a por la comida casi como si fuera un animal hambriento.

—Y dime, ¿cuál es tu plan? —dijo Arnau mientras masticaba un trozo de carne y sin dejar de comer porque tuviera que hablar.

—Yo no te enseñé esos modales tan rústicos —dijo la madre mientras observaba cómo casi se le caía la carne del tenedor en su ansía por comer.

—No, y afortunadamente no heredé tu mal gusto, viendo la decoración. ¿Has pensado que a lo mejor necesitas un asesor de imagen? Pero si no querías verme comer como un cerdo no deberías haberme tenido sin comer ni beber, ¿cuánto tiempo? Una semana, dos, ¿cuánto?

—Necesitaba que estuvieras receptivo cuando habláramos, y echo una furia y quemándome mis caras cortinas no ibas a escuchar lo que tenía que decirte.

—Pues dí lo que tengas que decir que me vaya —dijo Arnau.

—Esta bien, voy a ser abuela —dijo la madre sin más haciendo que Arnau casi escupiera la comida de la impresión—. Y quiero criar ese niño.

—Has perdido el juicio, tanto tiempo viva te ha secado todas las neuronas, o peor, no te ha evitado la demencia senil. Ese hijo no es mío, yo tan solo hice una promesa al marido mientras moría en una misión, le juré que me casaría con ella para tenerla protegida.

—Ese no, tu hijo de verdad. El hijo de Isabel.

—¿Cómo sabes eso? —dijo Arnau muy sorprendido —Es más, qué sabes sobre el asunto.

—Que la que se hace llamar Betila se quedó con el alma, los huesos y todo de Isabel. ¿Por qué te crees que ha renacido como hija suya?

—Eso no puede ser —dijo Arnau dejando de comer y se dejó caer casi a plomo en una silla.

—Te lo advertió cuando ibas a matarla, cuando grabaste tu dedo a fuego en su piel, y esa es su venganza y su rehén.

—¿Por qué no me lo has dicho hasta ahora? —dijo Arnau abatido.

—Porque no era mi asunto, y eres hijo mío, debiste hacer sabido lo que ella pensaba hacer, y más cuando te lo soltó a la cara.

—Pensaba que era una amenaza vacía —dijo Arnau colocando la mano en la frente agotado—. ¿Y ahora? ¿Por qué me lo cuentas?

—Porque está embarazada y quiero ese niño. ¿Qué crees que hará la madre cuando se entere de que su princesita rehén a la que ha maltratado siempre que se ha sentido furiosa contigo ha vuelto embarazada y sin el cazador que debía entregarle? Yo puedo sacarla de ahí, a cambio quiero el niño. Tendréis más, no debes preocuparte por eso, pero si yo no la saco... no querrás saber lo que hará con ella.

—Por eso me has tenido todo ese tiempo en el ataúd, para que no pueda hacer nada para evitarlo y poder hacerme ese chantaje —dijo Arnau que comenzaba a sentirse mal —¿Y para qué necesitas mi consentimiento si puedes ir a por ella mientras me tienes aquí? Es más, ¿qué te hace pensar que cumpliré con mi palabra?

La madre miró al suelo tratando de no responder las preguntas. Había algo que le estaba ocultando, el cómo sabía que Mina podía estar embarazada después de aquel encuentro tan desenfrenado era evidente, entre los dones que le habían dado los demonios estaba la adivinación, posiblemente tuviera todo planeado incluso antes de que Arnau decidiera su movimiento. Se había relajado demasiado y su madre se le había anticipado, pero claro, nunca creyó que Isabel pudiera volver a la vida de ninguna forma, y ese había sido su peor error, subestimar al enemigo. No podía hacer ese trato con ella, porque, aunque no lo pensara cumplir, no sabía qué más le ocultaba, incluso sobre sí mismo, porque conocía una debilidad de la que él no sabía nada.

—No voy a entregarte ni a mi mujer ni a mi hijo —dijo Arnau tratando de prestar atención a todos los detalles para jugar con su madre esta partida de engaños y subterfugios—. Dime cuál es el siguiente paso, déjame pensar, o uso los poderes que heredé de mi padre aceptando la herencia que nunca quise o me pudro aquí dentro, pero si quieres hacer que pacte la vida de Mina por mi hijo es que por algún motivo no puedes tocarlo si no doy ese consentimiento. ¿Me equivoco?

—El tiempo no te ha vuelto tan estúpido como pensaba, pero no importa, o tengo yo el niño, o perderás a los dos a manos de Betila. Sí yo actúo los dos vivirán, y ella felizmente contigo, solo que el pequeño vivirá con su abuela paterna y te puedo jurar que como un principito, sino, los dos morirán en un tormento infernal.

—No —dijo Arnau rotundamente.

—Deberías pensar en ellos, creía que la amabas más que nada.

—No sé a qué juegas o qué pretendes, pero sé qué no debo hacer. Saldré de aquí, sacaré a Mina de donde esté y volveré a por ti, de hecho me centraré

en encontrarte —le amenazó Arnau.

—Deberías descansar un poco —dijo la madre—. Vas a ser mi invitado por un tiempo.

—Y yo te puedo asegurar que te arrepentirás de esto, así que piénsalo detenidamente.

## *Capítulo 11.*

Se ajustó de nuevo una de las cintas del vestido, trató de mantenerse calmada, no debía mostrarle miedo. Antes de ir al despacho de su madre había realizado todo tipo de mantras que le calmaran el ánimo, y ahora, estaba dispuesta a afrontar su destino. Mary iba impecablemente vestida, era muy hermosa, la magia la mejoró, o quizás otras cosas, Mina no deseaba pensar que realmente todo ello era dones concedidos por criaturas demoníacas. Muchos de los brujos decían que siempre le faltó estilo y elegancia, que parecía una chica sacada del arrollo que le vino la magia y sus dones infernales caídos del cielo, bueno, del otro lado más bien. Mina, aun así, la admiraba, se hizo a sí misma y tuvo que poner de rodillas a un Aquelarre entero para hacerse con el poder, y ahora todos la envidiaban, pero no lo podían decir en voz alta o desafiarla porque el poder que acumuló fue inmenso, especialmente con la energía extraída de los cazadores. Era una mujer dura, pero cuánto hacía lo hacía por su bien, deseaba que sobreviviera en el mundo hostil de la magia, quizás existía una pequeña incoherencia en que ahora, posiblemente la matara por su fracaso.

—Mina —dijo su madre levantándose de la silla—. No tengo más que palabras de elogio para tí. Ven que te abrace, hija.

Mina se levantó casi asustada por el tratamiento positivo que le estaba brindando su madre. No podía creer que la abrazara y no tenía ni idea del motivo.

—Bram ya me lo contó. Le convenciste para que se casara. Ya era hora que tomaras la actitud de heredera de tu madre, y comenzaras a manejar al indomable de tu hermano en favor de la familia —dijo Mary mientras Mina trataba de disimular un gesto de terror—. Sé que ese fue el motivo por el que no has cumplido mis órdenes, ni siquiera fuiste a por el cazador porque pensabas que el beneficio de la boda de Bram a la familia era superior.

Debería estar enfadada porque incumplieras mis órdenes, pero has tomado iniciativas propias, por fin, y eso me agrada. Es posible que al final te convierta en la heredera y aliada que siempre quise tener, además de que ser la primera hija que tengo que me ha sido siempre absolutamente fiel.

—Gracias, madre —logró decir Mina tratando de parecer decidida.

—Desde hoy vas a tomar más responsabilidades, vas a ser mi mano derecha —dijo Mary feliz—. Quiero que todos vean que somos una familia fuerte, y que la heredera está a la altura de las circunstancias. No descarto que te enamores de alguien que nos beneficie, pero eres la heredera y eliges a quién quieras, tus hermanos son otra cosa. Aunque adoro a Malcolm, él no entenderá nunca la magia como lo hace una mujer, pero son buenos recursos. Hoy me siento muy orgullosa de mis hijos, mi heredera que por fin entiende que lo primero es la familia y su posición, mi hijo Bram, que finalmente asienta la cabeza.

—Espero no decepcionar a mi madre —dijo Mina que evitó mostrar su terror ante la situación nueva en la que iba a tener que manejarse.

—Pero vístete, vienes a una fiesta conmigo. He encargado vestidos nuevos. Vendrán unas cuantas modelos con ellos puestos para que elijas los que más te gustan.

—Claro, madre —dijo Mina que no estaba segura de si tenía que marcharse o no.

—Venga, ve a elegir los que te gusten —dijo Mary en un tono excesivamente amable, como el que le dice a un hijo pequeño, ve a escoger golosinas.

Mina salió de la habitación abrumada. Había pasado de afrontar una misión fallida y que había concluido espantosamente mal, a apuntarse un falso tanto en el aspecto político. Bram le había salvado la vida sacrificándose él mismo, y ahora estaba en deuda con él. Siempre creyó que era un engreído sin escrúpulos que buscaba su beneficio personal, y esperaba cualquier fallo que cometiera para medrar él mismo, pero quizás estaba equivocada con él. Bajó hacia el salón azul, como le llamaban. Era un lugar acogedor donde a veces recibían a personajes importantes, el salón cambiaba de mobiliario según el evento que se realizara en él, en este momento estaba lleno de sillones confortables, y ella tomó uno para poder elegir entre vestidos, y cuanto le presentaran las modelos que iban a posar para ella. Se acomodó en el sillón mientras las modelos pasaban. Evitó un par de lágrimas, aún recordaba a Arnau, el cazador que quema brujas y con el que había tenido una aventura



fugaz y apasionante. Aún recordaba el cabello de color cobrizo, su voz suave que le susurraba al oído, se había enamorado perdidamente del apasionado cazador, y habría huido con él a donde le pidiera abandonando todo: familia, amigos, riquezas, pero todo era mentira, una trampa para cazarla. Arnau estaba prometido con una mujer que esperaba un hijo suyo, y había simulado todo. Debería odiarle, pero no lo hacía, le echaba de menos con una intensidad tan fuerte que creía ahogarse cada vez que lo pensaba, y entonces se sumía en una profunda depresión. Luego estaba el pequeño detalle de que esperaba un hijo suyo que nunca conocería a su padre y se criaría entre brujos. Irónico para un cazador, tener un hijo brujo. Claro que él habría matado a Mina anulando esa posibilidad si hubiera podido, si no la hubiera sacado Bram de allí. Evitó de nuevo las lágrimas y procuró mantenerse calmada. Se sobresaltó al ver entrar a Philips Wolf. El brujo pertenecía a una de las familias más importantes del Aquelarre, dado que los dones de brujo se heredaban, existían familias enteras asentadas desde hacia siglos en el Aquelarre. Philips pertenecía a una de las más poderosas, que además, eran rivales de su madre. Mina sabía perfectamente lo que quería, si lograba pescarla a ella, la heredera de la reina, conseguía escalar hacia lo más alto de su mundo. Mina tenía que reconocer que el hombre era atractivo, con una larga melena oscura, tenía el cabello recogido hacia la nuca. Un rostro con ese tipo de asimetría que le confería carácter propio y un inusual atractivo. Mina sabía que volvía locas a las mujeres, aun así, no se le conocía ninguna relación oficial ni extraoficial, cualquier mujer o aventura que tuviera lo debía llevar con suma discreción, motivo por el que Mina creía que podía ser todo un pervertido que hasta en el Aquelarre, que casi se permitía todo tipo de desenfreno, ocultaba sus escauceos amorosos.

—Qué sorpresa, la princesa Mina eligiendo vestidos. ¿Puedo ayudar? — preguntó Philips tomando asiento a su lado.

—Buenos días señor Wolf.

—Philips, por favor. Llámame así.

—De acuerdo —dijo con una cálida sonrisa.

El hombre estuvo un buen rato hablando sobre temas diversos procurando llamar la atención de Mina, pero esta se mantenía silenciosa, tan solo le daba vueltas a su problema y se sentía desdichada. Sabía que debía superar y olvidar a Arnau, la próxima vez que la viera la quemaría viva, especialmente cuando la prometida le contara que intentó matarla. Se iba a convertir en el ranking número uno de brujas más buscadas. Debía superar esto. Mina se giró

a observar al hombre que estaba a su lado. Hace unas semanas se habría sentido intimidada por él, tan poderoso y guapo, con escasas posibilidades para ella. Ahora sabía que era capaz de superar muchas barreras. Quería olvidar a Arnau, que otro le hiciera sentir lo mismo. Se fijó de nuevo en él y le acalló besándolo. El hombre, aunque estaba sorprendido no la rechazó, sino que correspondió a su beso de forma apasionada. Mina supo que a él le gustaba, más allá de simular para cortejar a la hija de la reina, que su respiración agitada le delataba. Mina se levantó y le cogió de la mano arrastrándole hacia el servicio. El hombre la siguió dócilmente y ella se desnudo con rapidez esperando que él la imitara. Philips se quitó la camisa mostrando un cuerpo bien formado, no era como el de Arnau, que parecía la musculatura de un guerrero que se mantenía en forma, tampoco había pasión, no como la que tuvo con el cazador que hubiera ido a la Luna por él, y se dio cuenta de que no quería algo inferior a lo que ya había vivido. Mina le miró y le dio un beso impidiendo que se bajara los pantalones.

—No puedo. Perdona —se disculpó Mina.

—¿Puedo preguntar qué ha sido esto? —dijo Philips algo descolocado mentalmente.

—Necesitaba... —comenzó a decir Mina interrumpiendo finalmente decir que necesitaba que fuera Arnau —No puedo ir tan rápido y ni siquiera sé si te gusto.

—A mí sí, eso es evidente, pero, ¿y yo a tí?

—Podría ser —dijo Mina en un tono de esperanza—. Lo siento.

—¿Qué tal si vamos más lentos? —sugirió el hombre —Comencemos por conocernos, si quieres y veamos qué pasa.

—Me parece bien —dijo Mina sonriendo.

Philips la tomó de la mano y la volvió a llevar hasta el lugar donde las modelos desfilaban solas, sin saber qué hacer exactamente. Se sentaron los dos en los asientos que habían abandonado tan solo hacía unos instantes.

—¿Algún desengaño sentimental? —preguntó Philips una vez sentados.

—¿Por qué crees eso? —preguntó Mina relajándose en el asiento.

—Parecía que esperases que fuera otra persona. ¿Te apetece hablar del tema?

—No lo tengo claro. Fue alguien con el que tuve una aventura y me traicionó —dijo Mina claramente dolida.

—En este mundo nuestro es muy común. Las traiciones y las puñaladas saltan de un lado a otro.

—¿Por eso tú no has buscado pareja, ni nada así dentro del Aquelarre?  
—dijo Mina fijando la mirada en él.

—No me gusta que utilicen mi vida íntima en mi contra, si lo dices porque nadie sabe nada de mí en ese aspecto.

—Sí, no sé nada de tí.

—Pues te contaré algunas cosas. Me gustan los hombres y las mujeres por igual, quizás sea lo que pasa cuando te crías en un ambiente donde cierto tipo de ceremonias desenfrenadas se dan. Nunca he tenido relaciones dentro del Aquelarre, precisamente porque no quiero que mi debilidad esté tan a la vista. He salido con varias personas de distintos sexos, según la época de mi vida en la que me encuentre, pero nunca relaciones largas. Y tú siempre me has encantado, bella, elegante, misteriosa y sumamente sensible. Posees esa mirada de vulnerabilidad, mezcla de necesitar protección y al mismo tiempo decidida a valerte por tí misma que me vuelve loco.

—¿Así es como me ven en el Aquelarre? ¿Débil y sensible?

—No débil, especialmente fuerte. Mezcla de sensibilidad con una pasión desbordante que te lleva a conseguir cuanto te propongas, pero con escrúpulos. Así es como te veo yo, no los demás. Y sí, que tengas escrúpulos me gusta, porque quiero que mi pareja no me traicione.

—No soy tu pareja —dijo Mina observándole de soslayo.

—Aún —dijo Philips seguro de sí mismo.

—Tienes mucha confianza en tí mismo. ¿No será quién soy por lo que te gusto? ¿O de quién soy hija?

—Ojalá, eso simplificaría las cosas. Yo no necesito simular atracción si fuera tu posición lo que busco. Dado quién soy, tan solo tendría que decirlo abiertamente, y tú te lo pensarías, porque tener a mi familia de tu lado te daría muchas ventajas, incluso protección frente a tu madre si algún día fuera necesario. No necesitaríamos enamorarnos, tú tendrías tus amantes, yo los míos y una cantidad de hijos guapos, pero no es lo que quiero. Te quiero a tí seas quién seas.

—Vaya, qué abrumador —dijo Mina observándole—. Si tuvieras que protegerme de mi madre no te sería útil como mejora política, solo funcionaría teniendo a mi madre de aliada.

—Aun así lo haría.

—¿Piensas que mi madre se va a poner en mi contra y por eso insinuás lo de la protección? —dijo Mina sorprendida.

—Es cuestión de tiempo. Eres todo lo que ella no es y te querrá eliminar

como ha hecho con otros hijos anteriores, según mi abuela.

—Creo que no quiero oír hablar de eso —dijo Mina molesta.

—Está bien, cambiaré de tema. Podemos hablar de como han destruido los cazadores la sede en Milán. Han quemado hasta el último rincón de escondrijos del difunto diácono.

—¿En serio? —preguntó Mina que prestó atención a cuando dijo quemar, que indicaba la presencia de Arnau —Sabía lo del diácono, pero no que hubieran pulverizado al Aquelarre en todo Milán. ¿Y dices que quemaron todo? Entonces no fue Aren, él suele dejar muertos, no gente tostada.

—Arnau —dijo Philips—. Ha arrasado con todo y los que han capturado siguen hablando. Ha sido un golpe contundente, especialmente cuando los eruditos se han marchado del Aquelarre. Mi abuela culpa a tu madre de esa marcha, porque cree que no les ha dado el valor que merecían.

—Mi madre no tiene culpa de que sean unos traidores —dijo Mina molesta—. Nadie les ha tratado mal. Si tu abuela quiere un culpable que se pregunte qué no hizo ella.

—No quería molestarte. Lo siento —se disculpó Philips.

—¿Cuánto sabes de los cazadores? —preguntó Mina con curiosidad.

—Bastante, a mi familia le gusta estar preparada contra los enemigos y ha estado recopilando debilidades, y estrategia en contra de ellos, por si algún día tuviéramos necesidad.

—¿De Arnau en particular? —preguntó Mina muy interesada.

—A parte de su gusto por la pirotecnia, sabemos que no es del todo humano, pero no tenemos ni idea de cuál es su extraña herencia.

—¿No humano? Cómo te mezclas con algo no humano —preguntó Mina preocupada al recordar su estado.

—No tengo ni idea. Eso quisiéramos saber, porque abriría una nueva perspectiva para combatirlo.

—¿Cuándo caza brujas las seduce primero? —preguntó Mina que le estaba atormentado la cuestión.

—No, todos ellos detestan la brujería y a las brujas. Arnau los quema simplemente, o si necesita información los captura.

—¿Y Aren y Angélica? Se rumorea que el motivo por el que se fueron del Aquelarre es porque Angélica se enamoró de Aren, y este parece que cayó en sus redes. Yo conocía a Angélica. Inteligente y estudiosa, y se enamoró perdidamente de un cazador, de hecho, el más violento.

—Sí, eso sí nos ha conmocionado. Nadie se esperaba algo así, y

posiblemente ella fue la que le llevó hasta la sede de Milán, pero claro, tan solo es un rumor lo de esa relación. Respecto al más violento, no sabría decirte. Arnau ha sembrado Milán de terror.

—Mi madre no me ha querido responder a esta pregunta, quizás tú sí. ¿Es verdad que el motivo por el que llevó Angélica a Aren hasta la sede de Milán fue porque sacrificaban niños?

—No, los niños no fueron sacrificados, los mataban y ya está, solo había una digna del sacrificio porque la bebé era una bruja blanca. Tu madre la quiere eliminada, como a toda bruja que no sea de nuestro aquelarre.

—¿Y a tí te parece eso bien? —dijo Mina fijando la mirada en él.

—Eras tú la que defendías a tu madre. A los eruditos, por lo visto, no les pareció bien, ni los asesinatos de niños, ni los sacrificios y se fueron. A Angélica tampoco, por ello llevó al cazador hasta allí, para salvar al bebé. Ahora están centrados en Italia.

—Comprendo —dijo Mina mientras elegía un par de vestidos con una simple seña. Estaba algo perturbada por los sacrificios de niños. Sabía lo que hacían, no era estúpida, nunca le gustó, pero ahora, sensible por su estado le resultaba abominable cuánto hacían—. ¿Tú crees que si Aren se enamoró de una bruja a otro pueda ocurrirle?

—Yo no te aconsejo seducir a un cazador para huir de él, eso solo hace que se enfaden mucho más. A parte, lo de Aren y Angélica tan solo es un rumor.

—No lo haría, si mi madre no me lo ordena, claro. Ante eso no puedo hacer mucho.

—No sería una buena madre si te obliga a enfrentarte a un cazador —opinó Philips—. Si algún día lo hace me lo dices y te ayudaré.

—¿En qué forma?

—Ya te lo he dicho. Mi familia ha buscado un plan de contingencia por si se da el caso. De momento nos hemos limitado a esquivarlos y estudiarlos, y la primera opción siempre es huir y no buscar complicaciones con ellos.

—Dime Philips, ¿te gustaría venir a la fiesta de esta noche conmigo? —preguntó Mina con una ligera sonrisa.

—Estaré encantado, pero a tu hermano Malcolm no le va a hacer ni pizca de gracia. Mantiene desde siempre cierta rivalidad conmigo, y hemos tenido momento mejores y peores.

—¿Tú y mi hermano...? —preguntó Mina abriendo de par en par los ojos.

—No, que va —contestó Philips soltando una carcajada—. Ni a mi me

interesan tus hermanos, y a ninguno de ellos le interesan los hombres. Hemos estudiado algunas artes arcanas juntos, y él siempre tiene que ser el mejor.

—Muy típico de él y de cualquier hijo de mi madre. Y dime, cambiando de tema —dijo Mina sin ánimo de hablar de su familia—. Tu abuela, la señora Wolf, ¿tiene intenciones de ceder el matriarcado de tu familia a su hija?

—Mi abuela morirá en su trono, para desdicha de mi madre —dijo Philips con una sonrisa—. Y dime tú, ¿tu hermano Bram se va a casar finalmente con una de las americanas?

—Sí, de una de las familias que se establecieron allí. No me preguntes cuál —contestó Mina que no deseaba darle información sobre su hermano.

Mina concluyó de elegir vestidos, y se puso de pie ofreciéndole la mano a Philips.

—Ha sido un placer. Te espero para la fiesta —dijo Mina con una agradable sonrisa despidiéndose del hombre.

Miró durante unos breves segundos hacia atrás y se dirigió hacia sus habitaciones privadas. Nunca había poseído realmente nada, siendo supuestamente tan rica. No tenía casa propia, cualquier tipo de vehículo lo tomaba del Aquelarre, incluso la ropa que debía elegir se la preparaba su madre entre un conjunto previamente seleccionado por ella. En vez de aceptar elegir un vestido de los que llevaban las modelos habría ido por primera vez a una tienda a comprarse lo que le diera la gana. Dejaría de vestir estrictamente elegante y usaría ropa cómoda, como unos vaqueros, una camisa y unas zapatillas deportivas. Se paró un instante mareada cerca de sus habitaciones privadas, su dependencia con su madre era tan grande que casi sentía que iba a volverse loca, pero era incapaz de escapar, como si lo que hubiera fuera le produjera un miedo atroz. Quizás era el motivo por lo que hizo aquello con Arnau, la necesidad de algo peligroso, a lo que nunca se habría acercado. Buscar una respuesta era imposible, posiblemente tan solo le gustaba y perdió la razón. A veces pensó en casarse para librarse del control de su madre, pero aquello era cambiar una dependencia por otra, y por otro lado, jamás se libraría de ella. Se introduciría en su vida y manejaría a su marido, finalmente sus pobres hijos también estarían bajo su poder. Nunca tuvo ninguna salida a su problema, y ahora que podía estar embarazada se planteaba todo tipo de problemas relacionados con su madre, pero qué iba a hacer, ¿enviar a su bebé en una cesta al cazador y decirle cuídalo, es tu hijo? El padre sería el único que podía mantenerlo lejos de su madre, y podría criarse junto a su hermano y la esposa de Arnau. No era mal plan, tan solo que no sabía cómo iba a

disimular un embarazo y dónde localizar al cazador. De momento su madre le había dado su aceptación, pero Mina sabía que tan solo era la calma que precede a la tempestad.

## *Capítulo 12.*

La observaba desde lejos, bella y discretamente tapada con unas sábanas ligeras. Deseaba acercarse y tocarla, ella le sonreía invitándole a ello con un gesto que podía ser travieso e insinuante. Siempre había logrado volverle loco de todas las maneras posible, porque contenía todo tipo de contradicciones; dulce y agresiva, cálida y fría, sencilla y sofisticada. A él siempre le había encantado la complejidad, y ella lo era, tan peculiar y única como una obra de arte que te muestra millones de facetas, pero una sola que te estremece. No se lo pensó mucho más y arrojó la camisa al suelo y se acercó para tocarla, y entonces abrió los ojos. “Oh Dios, me voy a volver loco”, pensó saliendo del sueño en el que se sumergía, una y otra vez, como un deseo y una pesadilla a la vez. Habría vuelto tantas veces al pasado a salvarle la vida, moriría todas las veces necesarias porque ella sonriera una vez más, y ahora estaba ahí, como un muñeco de trapo a merced de su madre. Se acarició el pelo y se dio cuenta de que le había crecido bastante, lo que le indujo a soltar una maldición. Iba a ser padre y su mujer, porque siempre la había considerado así, estaba en manos de su peor enemiga. Ese niño iba a tener un par de abuelas muy complicadas y un abuelo que ni él sabía quién o qué era. En cierta forma se sentía sumamente feliz porque había vuelto de la muerte de alguna forma, habría sido magnífico pasarse días casi anestesiado de placer viendo nubes rosas si no fuera por su encierro. Se levantó de nuevo de la cama con doseles donde descansaba, se desnudó, se quitó absolutamente todo, y seguía sintiéndose igual de débil. Su madre debía haber escondido lo que le debilitaba en algún lado, pero ya se había quitado la ropa una y otra vez sin éxito, y tenía que llevarlo encima o se habría recuperado. Podía quemarlo todo, el fuego aún ardía de vez en cuando, pero sería una pataleta inútil si no recuperaba la fuerza como para poder salir de ahí. La doncella entró sin llamar, contemplándole desnudo tirado en la cama, se sonrojó un poco cuando



él levantó la cabeza para observarla. Era muy joven y bonita, como le gustaban a su madre que la sirvieran.

—Veo que el servicio de habitaciones no llama antes de entrar —se quejó Arnau sin mostrar interés porque le viera desnudo.

—Su madre me dijo que entrara sin llamar, porque no iba a contestar si lo hacía —dijo la chica azorada.

—Y estaba en lo cierto —dijo Arnau sin moverse de donde estaba—. Y supongo que tú no sabes nada, porque si supieras algo no te mandarían aquí.

—Quizás debería complacerla, eso me suele funcionar a mí.

—No se puede complacer a una arpía, siempre querrá más —dijo Arnau vistiéndose de nuevo, ignorando la mirada que le lanzaba la chica —¿Qué desea ahora mi infame madre?

—Desea que se reúna con ella a tomar el té —dijo la joven que no dejaba de mirarle.

—¿Y a tí qué te pasa? ¿Nunca has visto a un hombre desnudo? —dijo Arnau en un pésimo humor—. Dile que no sabía que ahora tomábamos el té, que bajaré a que me cabree un rato.

La chica salió corriendo de la habitación cuando Arnau hizo un gesto de arrojarle algo. Sabía que era infantil tomarla con la pobre chica que ya tenía un destino nefasto si era pupila o lo que fuera de su madre, y habría rehusado bajar a verla, pero ya se le habían agotado las ideas y necesitaba pistas para saber cómo le mantenía en esa debilidad. Se terminó de vestir con la ropa pasada de moda que su madre le había puesto, posiblemente mientras dormía antes de meterlo en el ataúd. Se dirigió a la sala donde su madre le esperaba, apartó las cortinas de raso con terciopelo y observó durante unos breves segundos a su madre sentada en una mesa con un juego de té. Iba vestida casi de la época victoriana, con un vestido largo y un recogido muy elaborado. Arnau suponía que era una de las prerrogativas de no morir, poder quedarse anclado en cualquier época que te causara melancolía.

—Es una costumbre que adquirí, tomar el té —dijo su madre haciendo un gesto para que se sentara. Realmente Arnau desconocía cómo se llamaba, no entonces, sino ahora, cuando uno se cambia el nombre tantas veces pierde la sensación de quién es, por eso él siempre mantuvo su nombre, al igual que los demás cazadores.

—Prefiero café —dijo Arnau rompiendo el aspecto romántico que su madre trataba de conferir a ese momento.

—Nunca me agradó ese caldo amargo que trajeron del Nuevo Mundo.

Arnau se encogió de hombros y se sentó en una de las sillas ignorando la taza de porcelana que había a su lado, luego se tomó un tiempo antes de hablar, explorando cada objeto que había a su alrededor que pudiera serle útil.

—Es curioso cómo te mantienes tan joven, y sin embargo, muestras el carácter y la forma de ser de una vieja. Aquí sentada, en un ambiente rancio de modas pasadas, sin adaptarte a los nuevos tiempos. Quizás añoses haberte muertos hace siglos, cuando debiste, o haber vivido una vida plena.

—No sabes nada de mí —dijo la mujer molesta—. Lo que tu llamas antigualla yo lo llamo clase, después de todo, soy una dama.

—Pretendes ser una dama, si lo fueras, no tendrías que esforzarte tanto. Y dime, ¿de qué conocías a la reina oscura? —preguntó Arnau evitando la réplica de su madre a su opinión.

—Es una larga historia —dijo la madre en un tono melancólico.

—Parece que tenemos tiempo, ¿no? Y dices que no sé nada de tí, pues es tu oportunidad.

—Esta bien, es justo, dado que eres mi hijo y te decepcioné. Mary y yo éramos amigas, no me preguntes cuando, después de todo una dama no muestra detalles sobre su edad. Éramos pobres y pasábamos muchas penurias. Nos encontró una bruja blanca, en aquel entonces aún existían y vivían libres, nos dio alimentos, nos cuidó un tiempo desinteresadamente y nos explicó qué era la magia porque Mary presentaba poderes. Durante un tiempo le estuvo enseñando, y yo sentía que me perdía algo, porque carecía de esos dones, y aunque Mary usaba una magia diferente a la de nuestra benefactora, a ella no le importaba, deseaba ayudarnos. Un día tuvieron una discusión terrible porque la blanca le dijo a Mary que su poder era limitado, que serviría para ayudarla en la vida pero que no escalaría a lo más alto de su aquelarre, entre otros motivos porque en el oscuro primaba la ley del más fuerte. La blanca trató de que se conformara y no se metiera en líos, pero Mary estaba muy enfadada y tomó la olla de agua hirviendo donde hacía la sopa y se la arrojó a la cara, luego cogió el cuchillo y la atravesó. Yo estaba asustada contemplando todo, y ella me dijo que no tuviera miedo, que era una bruja envidiosa que no deseaba que creyéramos como merecíamos. Ahí es donde supimos lo que era un cazador, en uno de sus libros. El Aquelarre Blanco aguardaba el nacimiento de alguien muy especial que vendría con un grupo de brujas y sus guardianes. En esos textos había datos suficientes como para seguirles la pista, incluso para hacer la garra de la bruja, que provenía de uno de los conjuros blancos, uno para que un brujo blanco drenara el dolor de un

enfermo. Es curioso como lo bueno puede ser utilizado para el mal con tanta facilidad. No nos quedó más remedio que huir, y en nuestros devenires encontramos cómo tratar con demonios. De ahí obtuvimos poder, y luego fue una escalada hasta que ambas logramos alargar nuestras vidas, porque no somos exactamente inmortales. Mary se mantiene joven gracias a la energía que os roba y yo mientras sirva a quien me da juventud.

—Dime una cosa, ¿te costó mucho venderme? —preguntó Arnau molesto.

—Fue la única opción que tuve porque tú padre me reclamaba que te entregara a él y yo no podía protegerte. Mary lo haría a cambio de un precio.

—¿Y es mi padre peor que vosotras? —preguntó Arnau en un tono de desprecio.

—Posiblemente no, pero no era algo humano.

—¿Y no me vas a decir qué o quién es? —reclamó Arnau deteniendo la mirada en ella.

—No, porque no quiero que jamás te encuentres con él. Tú fuiste el precio de algunos de mis poderes, pero entendí que era mejor no jugar con algunas cosas.

—A lo mejor es porque no quieres que sepa cuál es mi debilidad, la que estás usando en mi contra —dijo Arnau esperando que ella diera alguna pista.

—No tiene por qué ser en tu contra, soy tu madre. Tan solo dame lo que te pido, yo jamás seré mala con mi nieto.

—No, yo no vendo a mi hijo como tú.

—Comprendo tu enfado, y a lo mejor lo merezco, pero ahora soy yo la que puedo proteger a tu hijo —dijo la madre tomando un sorbo de té.

—¿Porque utilizas una debilidad que debiste haberme contado en mi contra? Yo puedo proteger a mi hijo. Te estoy dando la oportunidad de hacer lo correcto antes de escapar de tu prisión de encajes y locuras y hacerte pagar por todo —dijo Arnau a modo de amenaza.

—Te irás cuando yo decida.

—¿Sabes? Lo malo de no haberme criado tú es que ahora no sabes a quién estás tocando los cojones, ni cómo me las voy a gastar contigo cuando encuentre cómo escapar, que lo haré.

Arnau se levantó y tiró las tazas de porcelana al suelo sabiendo que rompía un tesoro de al menos dos siglos, sino más. Sabía que era una rabieta, pero le daba igual, pensaba matar a esa arpía en cuanto pudiera, y había logrado guardarse una cucharita de plata en uno de los bolsillos. No iba a darle ninguna pista, así que no quería escucharla hablar, ni saber más de su

miserable vida. Estaba preocupado por Mina, y no estaba seguro de que Bram fuera a protegerla si ocurría algo malo. La inquietud le estaba corroyendo y no iba a regalar a su hijo por nada del mundo. Deseaba matar a su madre casi más que escapar, pero primero debía averiguar qué le debilitaba, y era algo que no estaba en su cuerpo, o había ingerido, o ya lo habría eliminado, dado que se negó a comer y beber después de la primera vez, tampoco en su ropa, así que debía pensar más. Cuando llegó a su habitación encontró a la sirvienta allí.

—¿Qué quieres? —preguntó Arnau ásperamente.

—Tu madre desea que te entretenga —dijo la sirvienta quitándose la ropa.

—No necesito una puta. Vístete y lárgate —dijo Arnau señalando la puerta.

—Esta bien —dijo la mujer tímidamente.

—Espera. No te vayas aún.

La sirvienta se detuvo cuando le habló y le miró esperanzada. Arnau comenzó a desnudarse hasta quitarse toda la ropa, la camisa rompiéndola, porque había perdido la paciencia de cerrar y abrir botones. Luego la miró, mientras ella admiraba su cuerpo de arriba a abajo.

—Quiero que me toques donde te diga —dijo Arnau observándola.

—Haré cuanto me pidas —dijo la sirvienta en tono sumiso esperando un rato de sexo.

Arnau se tendió sobre la cama y se relajó, luego le hizo una seña para que se acercara. La mujer se pegó a la cama y se sentó en el filo esperando que él le propusiera alguna perversión.

—Acariciame la espalda suavemente pero palpando bien —dijo Arnau que se mantenía bocabajo.

—Lo que tú me ordenes —dijo la sirvienta mientras acariciaba la espalda musculosa del cazador.

Arnau se dejó tocar un rato hasta que ella improvisó y acercó los labios para besarle tras el cuello. El cazador se movió como un resorte, estaba debilitado, pero no había perdido los reflejos y agarró del cuello a la mujer violentamente. La sirvienta en un principio pensó que era un juego pervertido y gimió casi escandalosamente, esperando causarle una impresión a Arnau.

—No lo has entendido. No quiero sexo contigo, quiero que busques en mi espalda si hay algo raro. Si vuelves a intentar algo como eso te estrangulo de verdad —dijo Arnau duramente.

—No, eso no puedo hacerlo —dijo la muchacha muy asustada.

—Mira, voy a salir de aquí de cualquier forma y voy a matar a todos los que están en esta casa, sin importarme quienes sean, que sirvan a mi madre ya les hace merecedores de su destino. Tú puedes vivir si me ayudas o morir, y cuando digo morir me refiero a ahora mismo. Si no me ayudas te mato.

La mujer asustada comenzó a palpar de nuevo la espalda de Arnau, esta vez en serio, sin ninguna connotación sexual. Tras un rato tocando se paró en las zona de la columna.

—Aquí —dijo la sirvienta rozando levemente una zona paralela a las vértebras.

—Bien. Desnúdate y métete en la cama —le ordenó Arnau.

La mujer obedeció con rapidez entrando en la cama, luego Arnau se dirigió a la puerta y la abrió completamente desnudo. Al poco llegó otra sirvienta solícita a obedecer.

—Quiero un espejo grande —dijo Arnau a la mujer.

—¿Un espejo? —preguntó la otra sirvienta dudosa.

—Sí, quiero ver cómo me follo a esa y luego irás tú —dijo Arnau en un tono cautivador cerca de su oído, dejando que viera a la primera sirvienta acostada desnuda y guiñándole un ojo.

Entró en la habitación y se limitó a esperar sin mirar a la cama, antes de que llegara tomó a la sirvienta que estaba desnuda y la besó apasionadamente mientras la otra entraba en la habitación dejando el espejo. Arnau levantó la cabeza para indicar donde lo quería despidiéndola con la promesa de que sería la segunda. Cuando cerró la puerta rompió el espejo y lo pulió hasta hacer uno del tamaño de una daga y sumamente afilado. Sabía que no le traerían un cuchillo y debía improvisar, su madre había cuidado bien que no le dejaran a mano nada que pudiera parecer un arma, tan solo una cucharilla del té que había logrado robarle mientras hablaban.

—Toma el espejo y clávalo donde has notado que hay algo. Ayúdate con la cuchara para sacar lo que sea, no me importa lo hondo que esté, sácalo —ordenó Arnau tomando a la mujer de la pechera violentamente durante un instante—. Recuerda que si no sigues mis instrucciones o haces algo que no me gusta, mueres.

La mujer tembló por un instante y luego tomó lo que le dio Arnau y comenzó a cortar con el espejo. Le costó un rato y hubo que afilar un par de fragmentos de espejos más, pero finalmente Arnau tuvo el objeto en la mano, y un montón de sangre entre las sábanas. Lo contempló bien, era un trozo de metal. Debía llevárselo porque necesitaba saber qué era, pero no podía

transportarlo directamente encima.

—¿Eso es un joyero? —preguntó Arnau señalando una caja metálica que había sobre la mesita.

—Sí.

Arnau se vistió tan solo con los pantalones y los zapatos y se acercó a la mesita abriendo la caja y metiendo el fragmento dentro. Esperaba que eso funcionara para que no le afectara, porque era prioritario que se lo llevara, luego se sentó a esperar y averiguar si realmente recuperaba las fuerzas o no mientras recapacitaba. No necesitaba un plan para salir de ahí cuando estuviera listo, pero la taimada de su madre había provechado su curación natural para esconder ese metal en un lugar donde no podía palparse, y no existía un mejor momento para cometer parricidio que ahora. Esperaba que su hijo solo heredara el color de ojos de alguna de sus abuelas.

## *Capítulo 13.*

Casi todo estaba hecho cenizas, literalmente. Dio varios pasos por el lugar contemplando lo poco que quedaba en pie. Había que reconocer que Arnau era concienzudo y temperamental. Cuerpos calcinados, telas oscurecidas, no sabía ni por donde comenzar a evaluar daños, casi era mejor decir que todo era un desastre y acabar antes. Faltaban algunos brujos, pero no era difícil imaginar que los tomaron prisionero y estaban siendo interrogados. Mina casi se compadeció de ellos, si no fuera por su temor al fuego pensaría que morir era mejor destino. Suspiró levemente y fijó la mirada en uno de los cuerpos oscurecidos por el fuego, eso es lo que él le hará a ella si se vuelven a encontrar, sin ningún tipo de piedad. Tan solo de pensar que él la hiciera arder le producía un dolor lacerante, más allá del miedo que le producía antes de conocerle, ahora ella, contra cualquier pronóstico, estaba enamorada de Arnau. Irónico pero verdad. Se dijo a sí misma miles de veces que no le convenía, y algunas noches lloraba en su cama acurrucada. Solo habían estado una vez juntos, pero fue tan intenso que no deseaba que hubiera acabado nunca. Estaba aterrada cuando le conoció, pero su cercanía le hizo olvidar cualquier emoción que no fuera la pasión, y acabaron juntos toda la noche en una mezcla de pasión desenfrenado y romanticismo. Le costaba creer que Arnau hubiera simulado todo para cazarla, pero era aún peor pensar que no sabía que era una bruja cuando se encontraron, y ahora, que debía haberlo averiguado, la odiaba y la quería muerta. Le dio una patada a uno de los muebles que aún quedaba medio intacto y se llenó la cara con la ceniza que provocó. No iba a entristecerse de nuevo, se dijo una y otra vez, debía olvidarle, porque la próxima vez que se encontraran tendría que luchar a muerte, y solo debía mirar el lugar para entender cuán dura debía ser para sobrevivir. Entró en uno de los despachos que estaban guardados por una puerta de seguridad, era obvio que no le sirvió de nada cómo fuera la puerta, y trasteó por todos lados dándose

cuenta de que se habían llevado todos los papeles. Esto ocurrió un poco antes de conocer a Arnau, no perdía el tiempo el cazador. Ahora tenía un problema más grave, no podía dejar que su madre sospechara de quién era el hijo que esperaba, así que debía buscar un padre convincente o los mataría a los dos. Pensó en Philips Wolf, pero ella no podía mentirle al respecto, tenía razón en que era una débil con escrúpulos, después de todo, tendría que contarle la verdad y pedirle un favor enorme, si quería que el niño viviera. No había mucho más que hacer en esa casa, los cazadores la habían vaciado entera, tan solo tomar medidas de emergencia abandonando lugares que pudieran detallarle el secretario del antiguo diácono, o poner a salvo a cualquiera que pudiera ser delatado por los prisioneros.

—No hay mucho más que hacer aquí —opinó Mina en un tono suave—. Tirar la casa y vender el solar al precio que sea. Esto ha sido un desastre.

—Sí señora —dijo uno de sus hombres que también servía de guardaespaldas. Como todos los que elegía su madre era guapo, pero ya se le pasó la época adolescente en la que se acostaba con sus guardaespaldas. Además, ella tan solo tenía ya cabeza para Arnau, y si no fuera por la desgracia que era ver a gente muerta, aunque fueran unos cabrones invocadores de demonios, casi sonreiría al ver la estela de destrucción del hombre del que estaba enamorada.

—Estoy un poco mareada por el olor a humo que aún persiste. Llévame al avión y de ahí a la casa central.

El hombre asintió con un leve gesto y abrió la puerta del coche. Durante unos breves instantes sintió miedo, Arnau podía estar vigilando desde lejos, y no sabía si deseaba que fuera así o le atemorizaba. Viendo cómo dejaba los sitios en sus operaciones habría imaginado que Arnau era un hombre intratable, un torbellino de destrucción del que era mejor huir, para nada pensó que fuera un hombre tan educado y galante. No podía dejar de pensar en él y debía centrarse en buscar un padre para su hijo, resultaba casi paradójico. A veces pensaba en Angélica, hipotéticamente enamorada de un cazador y felizmente correspondida, y sentía más deseos de derrumbarse porque eso no le pasó a ella. Habría huido con él, traicionado a todo su aquelarre, y muerto si la hubiera odiado, si no fuera una locura se habría entregado a los cazadores tan solo para verle, pero ya vio cómo la trataron en el hotel, el miedo que sintió y tan solo su hermano Bram le sacó de ahí, sino la habría matado o capturado. Subió casi como una autómatas al avión, después de su encuentro con los cazadores era más reacia a irse sola, o usar transporte público.



Apenas apreció el paso del tiempo mientras llegaba a su destino, su mente se encontraba distante, casi anímicamente destruida. Descendió hasta el coche que le llevó a la casa central donde su madre aguardaba a los invitados para una cena. Se recordó a sí misma que era dueña de su destino, que podría sobreponerse a cuanto le pasara, luego cerró los ojos y supo que se engañaba a sí misma y no era dueña ni de su ropa. Viajó como una autómatas, se vistió de igual forma, permitió que una sirvienta le arreglara el cabello, y se observó en el espejo contemplando a alguien que quizás nunca había conocido, a sí misma. Esperó a que saliera todo el mundo de sus aposentos antes de arrojar el joyero contra el cristal con furia, luego se calmó. Cuando descendió por las escaleras que conducían hacia el gran salón, le llegó el sonido de música, los invitados deambulaban de un lado a otro mientras camareros y personal diverso paseaban bandejas repletas de copas o comida. Observó discretamente a Philips Wolf en un rincón distante hablando con un par de hombres, posiblemente sobre la política del Aquelarre. Se detuvo un instante para decidir si acercarse a él o no antes de bajar los últimos escalones. Cuando iba a bajar el último escalón una mano se le posó suavemente sobre la suya. Mina giró la cabeza para observar a quien se estaba tomando tanta familiaridad con ella. Su hermano Malcolm iba con un traje negro, impecablemente arreglado. Había que reconocer por qué era el preferido de su madre, rebosaba autoridad.

—Yo no haría eso —dijo Malcolm casi como leyéndole el pensamiento.

—¿Qué? —preguntó Mina con una mirada de desdén.

—Correr a los brazos de Philips Wolf.

—¿Y a tí qué te importa? —dijo Mina aún con más frialdad.

—Todo cuanto tú hagas me repercute a mi, y mi posición política dentro del Aquelarre, y Wolf tan solo te quiere utilizar.

—¡Ja! ¡Qué sorpresa! —dijo Mina con una pequeña carcajada —Como todos, ¿o tú no lo pretendes también?

—Yo soy tu hermano y trabajamos en el mismo equipo, aunque no lo creas —le informó Malcolm arrastrándola a bailar —¿Qué tal te fue con el cazador?

—¿Qué cazador? No fui al final y mamá ya no necesita que lo haga —dijo Mina tratando de ser convincente.

—Ya, claro —dijo Malcolm acompañándose con una suave risa—. ¿Qué nombre le vas a poner a mi futuro sobrino?

—No sé de qué me estás hablando —dijo Mina en un tono serio y

disgustada.

—No tienes sentido común, debiste haberte quedado con Arnau. Ese niño va a pagar con creces por los pecados de su padre.

—Aunque fuera así, que no lo es...

—¿No pasaría nada si yo te guardo el secreto y nadie lo sabe? Debo ser el único que piensa en esta familia, sin duda. Cuando mamá extraiga energía de Arnau afectará a tu crío, y el cazador es inmortal, el niño no.

Durante unos instantes Mina se quedó aterrada en los brazos de Malcolm mientras bailaban. No había pensado en eso, y no sabía cómo arreglarlo. Suplicar a su madre que no le quitara energía a Arnau era echarse ella misma a los lobos. Apretó fuertemente la manga del traje de Malcolm y puso la cara en el hombro de su hermano para disimular su consternación. Si Malcolm tenía alguna duda sobre si era verdad o no lo que decía, ahora lo había confirmado con su mero silencio.

—Me estás complicando mucho las cosas, Mina —continuó Malcolm—, y te las estás complicando a tí misma. Me vas a obligar a hacer movimientos que no me convienen aún.

—¿Todo esto es porque opinas que jugamos en el mismo equipo? ¿El equipo de mamá? —atinó a decirle Mina.

—No, nosotros jamás hemos jugado en el equipo de mamá, es lo que nunca has entendido cuando has querido comportarte como una hija sumisa. Bram lo entendió desde los seis años, que era él o ella. Ninguno de sus hijos llegó a la vejez en ninguna época. Nos ha envenenado uno contra otro para evitar que nos unamos, pero ni tu hijo ni tú vais a estar a salvo mientras ella viva, y a lo mejor a tí no te importa que te maltrate, ¿opinarás igual cuando sea el niño quién lo sufra?

—No tengo a nadie, solo a mamá. Así ha sido siempre, estoy sola como tú, sin amigos ni nadie.

—Te equivocas en todo. Yo tengo muchos amigos, otra cosa es que los muestre para que vean mis debilidades, yo siempre protejo a los míos. Debes largarte con los cazadores y no quedarte aquí. Eres la heredera de la reina, si algún día muriese tú debes tomar responsabilidades.

—¿Hablas en serio? —dijo Mina alterada —Debería delatarte, hablando así de mamá.

—No seas estúpida, lo último que deseas es que yo le diga que estuviste con Arnau y te dejó embarazada, por consiguiente hiciste algo a un nivel mayor que fallar en una misión.

—Por eso me hablas con sinceridad, porque sabes que me tienes pillada —dijo Mina con tristeza.

—Sí, voy a destruir a nuestra madre, y me haré con el Aquelarre, y tú legitimaras mi posición como heredera y hermana mía.

—Has perdido el juicio, Malcolm. Aunque todo eso fuera así, ¿por qué iba a apoyarte?

—Porque estamos en el mismo equipo, y porque soy el único que tiene el poder y la voluntad de poner orden aquí, y destruir a los corruptos, y te aseguro que no estoy solo en esto —dijo Malcolm haciendo una señal a los músicos para que continuaran con la música de baile —Ahora tú también lo estás.

—Pensabas hacerme chantaje con lo del niño...

—No te creas, ya te tenía pillada hace bastante tiempo por muchas cosas que has intentado ocultar, como la última, robarle un collar que llevas siempre en el bolso. ¿Quién te crees que te dijo que lo hicieras?

—Goblin —susurró Mina en un tono suave casi de admiración —¿Desde cuándo planeas todo esto?

—Probablemente casi desde que nació.

—¿Saben los eruditos que uno de sus líderes es el hijo pequeño de la reina que han calificado de traidora?

—Algunos lo saben, y no les importa. Puedo ayudarte y ponerte a salvo, pero necesito tiempo. No debes hacer nada sospechoso ni enfadar a nuestra madre reina —dijo Malcolm mientras continuaba bailando—. Eso incluye no confraternizar mucho con sus enemigos, como los Wolf.

—¿Por qué iba a confiar en tí? —preguntó Mina con muchas dudas.

—Porque si te quisiera mal ya estarías hundida.

—¿Qué es el collar? ¿Por qué dijiste que era mío?

—Lo presentí, sobre el collar me habló Angélica. Era uno de los objetos que estaba buscando. Hacía tiempo que sospechaba que estaba en la caja fuerte de su oficina, y tú llegaste casi como si el destino te arrastrara a por él. Si algún día, en un caso extremo te ves en peligro, pónelo y huye cuanto puedas, porque una vez que lo hagas no habrá marcha atrás.

—¿Hablas a menudo con Angélica?

—Ya te he dicho que tengo muchos amigos, aunque creas lo contrario, solo que me rodeo de personas fiables.

—¿Y a Arnau? ¿Le conoces? —preguntó Mina con mucho interés.

—Cuando Angélica estuvo en peligro, él la salvó, a ella y a la niña que

pretendían sacrificar. Un poco. De hecho, por un instante pensé que había sintonía entre él y Brigit, pero parece que no era así. Brigit sigue teniendo un gusto pésimo por los hombres.

—¿Crees que tiene razón en cuanto dijeron los eruditos?

—Si me preguntas si son unos traidores, opino que no. Pero no soy yo el que debo darte lecciones de moral y decirte que sacrificar niños es corrupto. Yo sigo a la madre oscura, y ella no mata inocentes, solo a corruptos y culpables. Además, las ancianas apoyaron la salida de los eruditos del Aquelarre, lo cual le da legitimidad a ojos de muchos.

—Malcolm, estás destruyendo y rompiendo el Aquelarre. Quieres ocupar el sitio de mamá, pero para eso debes desafiarla y acabar con ella.

—Sí, eso pretendo hacer, matarla —respondió Malcolm fríamente.

—Nos estás utilizando a todos para tomar el poder, y eres del último que mamá esperaría una puñalada.

—Si quieres verlo así... Mi objetivo siempre ha sido acabar con la corrupción y sé que sirvo para el puesto. Recuerda cuánto te he dicho, ten paciencia, te sacaré de aquí —dijo Malcolm cuando vio que su madre se acercaba a ellos.

Mary Betila se acercó a sus hijos con un vestido impresionante con un escote que mostraba toda la espalda, largo hasta casi los pies. Sonrió a ambos hijos y besó a Malcolm.

—Nunca he estado más orgullosa de ninguno de mis hijos como lo estoy ahora —dijo Mary que estaba muy satisfecha con el apoyo de la familia de la novia de Bram.

—Sabes que te adoramos —dijo Malcolm besando a su madre en la frente. Mina observo sorprendida cómo podía disimular afecto. Siempre había creído que la amaba de verdad, que estaba enamorado de su madre, si existía un complejo de Edipo, su hermano hacía gala de él en toda su magnitud, pero resulta que era ficción, que siempre había planeado matarla y ocupar su puesto. Mary lo había subestimado creyendo que era como ella, un psicópata que pensaba con simpleza, y que mataría a sus hermanos para que no le disputaran el aprecio de su madre. Y en realidad, a quién deseaba muerta era a ella y consideraba a sus hermanos unos aliados obligados.

—Estáis muy guapos los dos —continuó Betila en su derroche de piropos.

—Tú eres la más bella y creo que voy a bailar toda la noche contigo, ¿o tengo que matar a algún pretendiente que desee lo mismo que yo? —le elogió

Malcolm tomándola de la cintura posesivamente, luego le guiñó un ojo a Mina y se fue a bailar con su madre.

—No, tengo tiempo para tí —dijo su madre abrazándose a él casi con coquetería.

Mina observó a Wolf y se mantuvo distante, después de todo ya no sabía si era peor contrariar a su madre o a Malcolm. Habían subestimado la ambición de su hermano, el niño que asesinaba cruelmente a sus mascotas, y sabía secretos de ella como para enterrarla viva en cal. Se preguntó si Angélica sabía realmente quién era su aliado Goblin, y de ser así, si le importaba. Mina ya no podía estar más enfangada de lo que ya estaba. Tenía razón, debió quedarse con Arnau de haberle pedido él que lo hiciera, pero no lo hizo y envió a sus hombres a matarla, porque su novia se sentía insegura. Se sentó a mirar cómo su madre y su hermano bailaban casi como una pareja de enamorados, más que madre e hijo, claro que cualquiera que los viera no sabría que había una diferencia de edad de varios siglos entre ellos, parecían tener los mismos años, y a Mary le encantaba lucir a su guapo hijo. Si había algo que le había inquietado más que cualquier cosa a Mina, fue lo que dijo Malcolm acerca de la garra de la bruja, que si su madre la utilizaba con Arnau afectaría al bebé. Comenzaba a sentirse desesperada y no sabía si la promesa de ayuda de su hermano era positivo o una trampa mortal.

Estuvo un rato bebiendo champán aislada de todos mientras observaba a los demás bailar, cuando uno de los hombres de seguridad se le acercó.

—Señora, tenemos un problema —dijo el hombre indicándole que le acompañara.

Mina salió del salón siguiendo al hombre. Generalmente se ocupaba de los asuntos de su madre si esta estaba ocupada, como era el caso, con muchos invitados a los que atender. Siguió al hombre hasta una furgoneta donde este le mostró unos cuantos cadáveres.

—Han aparecido muertos en esta misma ciudad —dijo otro de los hombres que aguardaban en la furgoneta

Mina levantó los plásticos que cubrían los cadáveres para inspeccionarlos. No había huella de que hubieran sido los cazadores, parecía más efecto de la magia, luego cortó la manga de una de las mujeres muertas cuando vislumbro una señal negra.

—Los purificadores —dijo Philips Wolf a su espalda. Debió seguirla cuando se dirigió hacia el exterior—. Suelen usar esa marca cuando actúan.

—Pensaba que ya no existían —contestó Mina mientras investigaba la

marca de la guadaña que simbolizaba dentro del Aquelarre la muerte y el castigo que solían usar ellos—. Durante siglos no han actuado, quizás sean unos imitadores.

—No lo creo. Esa marca que dejan es mística, solo uno de ellos puede hacerla. Si las ancianas son la voz de la Diosa, los purificadores son sus manos, o ejecutores.

Mina dejó caer los plásticos y miró a los hombres. No podía dejar que el pánico se extendiera, ya era bastante con las actuaciones de los cazadores, que estaban muy activos en este tiempo.

—Quemad los cadáveres y no habléis con nadie. Si preguntan por ellos nadie sabe nada, es mejor que crean que fueron los cazadores —ordenó Mina en un tono determinado.

—¿Por qué ahora? —preguntó Mina pensativa mientras los hombres se llevaban la furgoneta con los cadáveres.

—Porque tu madre está perdiendo el favor de la Diosa. Cada vez tiene más enemigos. Primero se van los eruditos y ahora aparece la secta de los purificadores, que eran los que se encargaban de limpiar el karma y la corrupción. Estoy seguro de que estos brujos muertos hacían ceremonias en las que invocaban demonio, o hacían cosas impropias de las creencias en la Diosa. Deberías pensar bien lo que te he dicho, es posible que pronto necesites mi protección.

—Preferiría que no hablaras de esto con nadie —le aconsejó Mina mirándole fijamente a los ojos.

—Lo que tú quieras, pero aparecerán más cadáveres. Una vez han comenzado la limpieza no van a parar.

—Ya nos ocuparemos de eso cuando suceda —dijo Mina alejándose del hombre para entrar en la casa de nuevo y dirigirse hacia el salón.

Era curioso que Wolf le siguiera y supiera tanto sobre los purificadores. Tenía razón en que eran la mano ejecutora de la Diosa Oscura, y habían estado en silencio durante siglos mientras su Aquelarre se corrompía con demonios, asesinatos de inocentes y todo tipo de atrocidades que Mina pudiera imaginar y de las que ella misma había sido testigo desde niña. Ellos no habían dado ni un solo signo de existencia, casi creían que era un mito. Cualquiera podría pertenecer a esa orden y actuar cuando se requería que así fuera, incluso Wolf. Sentía esa sensación de que el Aquelarre se desintegraba y estaban grabadas en ella las palabras de Wolf, que su madre estaba siendo cercada cada vez más por sus enemigos, o por los que como Malcolm querían su puesto. Era

demasiado simple esa conclusión, su madre había tomado el poder y se hizo reina siendo una don nadie, de la que se contaba que poseía un poder mediocre, o quizás los que contaban esas historias eran unos envidiosos, pero había mantenido el puesto con mano de hierro durante siglos, ¿y ahora se relajaba hasta dejarse destruir? No tenía ningún sentido, ella tenía un plan, y tan solo estaba ejecutándolo. El problema de los planes de su madre es que podían ser muy sangrientos. En la Casa central de Milán debía haber datos, ella mandó una misión a Benedicto, el diácono de Milán. Algo malo podía estar ocurriendo que nadie estaba viendo y los datos estaban delante de sus narices, su madre no se dejaría acorralar tan fácilmente, cada paso que había dado era una maniobra. Mina buscó con la mirada a su hermano Malcolm, y estaba hablando con varios hombres animadamente, sabía ser elocuente cuando le convenía. Se acercó a él y sin interrumpir la conversación le tomó de la mano tirando de él.

—Necesito un guardaespaldas —dijo Mina cuando todos la miraron—. Si bebo mucho alguien debería cuidar de quitarme la siguiente copa.

Mina les dedicó a todos ellos una encantadora sonrisa. Sabía como comportarse en cada situación, cómo lograr que una orden sonara como una sugerencia que sería obedecida en el acto. Los hombres que mantenían una conversación con su hermano le devolvieron la sonrisa encontrando su actuación graciosa. Mina arrastró a Malcolm hasta el jardín.

—Menos mal que eres mi hermana, sino pensaría muy mal de tí. Espero que no hagas esto con otros hombres —dijo Malcolm acomodándose en la barandilla del jardín.

—Los papeles y la información que sacaron los cazadores de Milán, ¿lo has visto? —preguntó Mina ignorando lo que su hermano le decía.

—Algo —aseguró Malcolm fijando su mirada en ella.

—Quiero que me los consigas todos —dijo Mina casi como si fuera una orden.

—¿Y por qué crees que haré eso, o que lo pueda conseguir?

—Puedes hacerlo y lo harás porque yo te lo ordeno, y quieres que te apoye —dijo Mina colocando la pajarita del traje de Malcolm—. Lo quiero para ya, no te hagas el remolón.

—¿La leona por fin muestra su garra? —dijo Malcolm casi en un tono divertido—. Lo haré, pero me gustaría saber por qué y no podrá ser inmediato. Una amiga mía está en un grave peligro y debo ayudarla. Su seguridad es prioritario para mí.

—Vaya, ¿es que tienes novia? Jamás te imaginaría con una mujer, de hecho te imagino aún virgen.

—Muy graciosa. No soy virgen, y no es mi novia, es una buena amiga, y el día que tenga novia lo sabrás, porque lo haré público con un mensaje claro de que quién le ponga un dedo encima para hacerle daño lo destriparé sin compasión. Así que, llévate bien con tu futura cuñada, hermanita.

—¿Ese destripar también va por mamá? Porque si te buscas una novia que le robe a su niño preferido la atormentará.

—No espero que viva tanto —dijo Malcolm cruzándose de brazos y mirando a Mina.

—Tan listo y no ves lo que tienes delante.

—¿A qué te refieres? —preguntó Malcolm con absoluto interés.

—Traeme lo que te he pedido y lo sabremos. Estoy segura de que los cazadores no saben lo que tienen delante porque les falta los datos que yo sí tengo.

—¿Pretendes colaborar con ellos?

—No, claro que no. Intentaron matarme, son mis enemigos —dijo Mina recordando el día después de pasar la noche con Arnau.

—¿Intentaron matarte? —preguntó Malcolm extrañado —¿Arnau?

—Veo que no te hablas con Bram. Él me salvó, al menos él si trabaja en mi equipo.

—Lo que me cuentas me resulta muy extraño, y no he oído nada de que te hayan tratado de asesinar, y menos Arnau. ¿Por qué iba a hacer algo así después de acostarse contigo?

—No lo sé, y posiblemente nunca lo sepamos porque no lo volveré a ver, y si sucede, será muy violento, no metafóricamente, que también.



## *Capítulo 14.*

El sudor perlaba su frente mientras trataba de refrescar sus ideas. No era posible que su hermana le hubiera engañado hasta el punto de hacerse la indefensa y haber secuestrado a Arnau. Golpeó de nuevo el saco. Tenía que solucionar ese asunto y volver a las faldas de su madre para que le preparara esa maldita boda con una desconocida. Si había prometido casarse para proteger a Mina y está le estuviera engañando iba a tomárselo muy mal. Golpeó más fuertemente el saco casi tirándolo, los poderes de cazador comenzaban a manifestarse, sin duda. La había defendido todo el tiempo contra viento y marea, porque esa cría que tenía Arnau de prometida estaba calentando los ánimos de todos los hombres que habían trabajado habitualmente con él. No querían avisar a ningún otro cazador. Temían la cólera de Jacques si le molestaban para una trivialidad, pero a él se le estaban agotando las ideas.

—Cada vez eres más fuerte y diestro —dijo la señora Fevre llevándole un refresco. A Bram le caía muy bien la señora Fevre, conectaba con todos de una forma especial.

—Salí de nuevo siguiendo la pista de Arnau y me encontré en un callejón sin salida. Ya no sé qué más hacer —explicó Bram golpeando el saco casi sin mirar a la señora Fevre.

—Cuéntame todo detalladamente.

—Fui al lugar donde le dije a mi hermana que podía encontrarle, siguiendo su absurdo plan. Se encontró con ella y tardó dos minutos en acabar follándose a mi hermana en un servicio de hombres —dijo Bram golpeando con furia—. Luego la llevó a un lugar donde escuchar jazz. Vi todas las cámaras, entre otros motivos porque era conveniente que desapareciera el rastro de mi hermana. Allí hicieron manitas, y todo tipo de arreglos, y luego él le acompañó al hotel donde mi hermana durmió toda la noche. Después fue

difícil seguirle la pista, se mueve como un fantasma, y necesité varios días para entender dónde pudo ir, y acabé en un callejón sin salida.

—Descríbeme ese callejón sin salida —le pidió la señora Fevre.

—Literalmente un callejón sin salida —dijo Bram dejando de golpear para mirarla—. Un lugar lleno de drogadictos y gente con malas pintas, y casi tuve que romperle a uno el brazo para convencerle que a mí no se me roba la cartera.

—Quiero que me lleves a ese sitio —dijo la señora Fevre tomando un abrigo que había dejado en una silla.

—Ni de broma. Si le pasa algo Arnau me arranca la cabeza y con razón.

—¿Qué le puede pasar a una dama adorable como yo agarrada al brazo de un cazador? No dejarás que me hagan daño y debemos saber qué le pasó a Arnau. Quizás yo pueda dar alguna pista sobre el asunto.

—Está bien —cedió Bram tomando la toalla—. Lo peor que puede pasar es que tenga que matar a todo el barrio si la miran mal. Voy a ducharme. No se ponga muy guapa, el lugar no merece mucho esmero.

Bram se duchó con rapidez vistiéndose con unos pantalones vaqueros y una camiseta blanca. Cogió un arma que se guardó en la espalda metiéndola entre los pantalones, y se acercó hacia el lugar donde le aguardaba la señora Fevre. El resto de los cazadores que habían visto a la señora Fevre siendo una niña la trataban como a una jovencita, pero él no podía dejar de verla como a una abuelita con muchos conocimientos y experiencia, quizás con el tiempo a él le llegara a pasar con las personas que había a su alrededor. Le abrió la puerta del coche y subió a la parte del conductor.

—Dime Bram —dijo la señora Fevre cuando ya estaba acomodada en el vehículo—, tú te encontraste con la bruja roja que creían que era una cazadora, ¿verdad?

—Sí, intentó matarme sin mucho éxito —dijo Bram mirándola levemente—. Realmente huí porque no quería hacerle daño, y prefería mantener un perfil bajo, que creyera que solo soy un rico mimado. Que me subestimen siempre es una ventaja.

—¿Era tan buena como dice Angélica? —preguntó la señora Fevre con curiosidad. En todo el tiempo que llevaba Arnau desaparecido la señora no había mostrado signos de preocupación. Bram no sabía si es que tenía mucho temple o una fé inquebrantable en las capacidades de Arnau.

—Es buena. Combina su magia con el combate de una forma extraña. No me habría gustado matarla.

—¿Por qué no? —trató de indagar la señora Fevre.

—He asesinado a todo tipo de personas, me gustaría saber que todas ellas lo merecían, pero probablemente no es así. Al principio me era indistinto, existía un código de honor que te justificaba, pero luego, decidí ser selectivo. La hubiera matado de casi dos movimientos, pero nadie me pagó para eso, y me divertía.

—Supongo que ya sabes lo que dice Angélica sobre la roja, que es la bruja de uno de los cazadores y solo quedas tú.

—Si lo que me está preguntando es si sentía algo especial no sabría decirlo. Esquivaba sus golpes, me provocaba, y me gustaba jugar con ella, a lo mejor por eso la dejé viva, y luego está esto —dijo Bram arrojándole a la señora Fevre una bolsita que llevaba en el bolsillo de la chaqueta.

La señora Fevre abrió para ver lo que había dentro de la bolsa y era un collar de ámbar y una cuerda roja. Puso cuidado en no tocarlo y devolvérselo a Bram.

—¿Cómo lo conseguiste? —preguntó la señora Fevre.

—Se lo robé. Trato de matarme, yo jugué con ella, se lo quité sin que se diera cuenta. Lo llevaba guardado en uno de los bolsillos del pantalón. Percibí que tocaba algo de vez en cuando, como un talismán. Me pareció que era importante para ella y me lo quedé. Ahora tendrá que venir a recuperarlo.

—¿Estás jugando al gato y al ratón con ella? —preguntó la señora Fevre sorprendida.

—Un poco quizás.

—Sabes lo importante que es el collar. Espero que lo custodies bien. ¿Puedes tocarlo?

—Siempre lo llevo conmigo. Nadie le va a poner una mano encima —dijo Bram que sacó el collar de la bolsa y se iluminó.

—¿Desde cuándo sabes esto?

—Desde antes de saber que era un cazador. Esperaba que viniera a por su collar, en vez de eso desafió a una de las brujas con la que tuve una lio, la mató y me mandó una oreja y el video en el que la mataba. A favor de ella diré que la bruja esa era una arpía sin escrúpulos.

—¿Y tú qué hiciste?

—Salí con una conocida suya, solo a tomar unas copas y le di un mensaje para ella. Le dije que no le sentaban bien los celos, y que conmigo iba a vivir un infierno.

—¿Y la cosa acabó ahí? —preguntó la señora Fevre con curiosidad.

—Ni por asomo. Se llevó a uno de mis amigos que no era brujo a la cama, y tras darse el lote con él y calentarlo lo dejó atado a la cama con un móvil para que me llamara. Fui y me dejó una nota que decía : “Imbécil, no estoy celosa, quiero mi collar.” Tomé el móvil donde solo había dos números, el suyo y el mío y la llamé —dijo Bram mientras sacaba el móvil de su bolsillo y se lo mostraba a la señora Fevre—. Le dije que si quería el collar que viniera a por él, y luego me busqué una amiguita nueva. Eso es lo último que he sabido de ella porque me tuve que ir al pueblo de la Bruja Blanca, luego averigüé que era cazador y estuve entrenando mis poderes con Arnau.

—¿Y no la has llamado desde entonces?

—No que va, que lo haga ella.

—Solo vosotros dos podéis tocar ese collar, ¿lo sabes? Y esto confirma que es la quinta bruja de la que habla Angélica.

—Esos son datos de los que me estoy enterando recientemente, entonces no lo sabía, tan solo era un collar que ella quería.

—¿Por qué lo hiciste? Jugar con ella.

—Porque me divertía. Desde que nací he sabido que moriría, especialmente cuando comencé a desafiar a mi madre. He pasado mi vida trabajando para ella, me habría recluido en el alcohol, en las drogas, y no crea que no estuve a punto, pero lo dejé todo a tiempo porque me amargaba más la vida. Luego salí con muchas mujeres y traté de que el sexo me hiciera olvidar y dar un sentido antes de que me matara. Al final, aparece ella y me hace sentir vivo, y empieza a joderme, y me puse por primera vez celoso cuando se llevó a mi amigo a la cama. Entonces pensé que me acostaría con ella de cualquier forma y luego la mataría.

—Y ahora que sabes todo tienes otra perspectiva, supongo.

—No que va, aún quiero acostarme con ella y luego matarla, pero primero quiero jugar.

—No puedes matarla, y no creo que quisieras. No serías capaz.

—Supongo, pero en mi cabeza suena muy bien después de que se liara con mi amigo, al menos no se lo llegó a tirar sino lo mato, a él. No voy a hablar más del tema, y preferiría que no se lo contara a nadie. No sé cómo se las arregla para convertirse en nuestra confidente —dijo Bram que ya estaba arrepentido de hablar más de la cuenta.

—Ya te lo he dicho, soy una dama adorable —dijo la señora Fevre sacando una foto del bolso y tendiéndosela a Bram que la miró de refilón antes de devolverla.

—Vaya, sí que era guapa —dijo Bram tras ver la foto.

—Y sigo siéndolo, la apariencia tan solo es un engaño más. En ese tiempo tenía muchos admiradores, hasta que me enamoré de mi marido, uno de los médicos que trabajaban para los cazadores.

—Yo también habría intentado algo —dijo Bram cortésmente—. Hemos llegado.

Bram aparcó el coche en otra manzana lejos de donde iban, dado que el lugar no era un buen sitio y concluía en un callejón sin salida, luego abrió la puerta a la señora Fevre permitiendo que saliera, educadamente. La señora Fevre observó el sitio con detenimiento, parecía que en ese callejón siempre había algún borracho o yonki tirado, y si no, estaban sus cosas. Bram se arrepintió de haberla traído, ya no solo por el peligro, del que él pensaba protegerla, sino por el ambiente tan sórdido y poco adecuado para ella. Comenzaba a coger cariño a la mujer. Era cierto que era encantadora, perspicaz, ingeniosa, y tras ver la foto de cuando era joven, pensó que debió volver loco a su marido. Actualmente tampoco era una pasa envejecida, aún poseía unos ojos azules hermosos. Llevaba el cabello blanco cortado a la moda, y por la forma que se movía y actuaba si no te fijabas en las arrugas parecía una mujer joven. Bram estaba seguro de que debía tener muchos pretendientes de entre sesenta años en adelante, y que si alguno le rompía el corazón moriría a manos de algún cazador.

—Bram, ¿has observado bien? —dijo la señora Fevre mirando de un lado a otro.

—Varias veces.

—No con esos ojos que te sirven para pestañear y ligar con una chica sino con los de cazador —le aconsejó la señora Fevre—. Tu elemento es el aire, el aire que lleva los olores, los secretos, concéntrate en Arnau, como huele...

—Cuando entrenamos huele a rayos, pero supongo que se duchó y usó colonia para ver a mi hermana, pero entiendo lo que dice.

Bram cerró los ojos y pensó en Arnau, se mantuvo un rato evocando todo tipo de detalles hasta que le llegó su fragancia casi como si se moviera a su alrededor, dejando un leve destello azulado.

—Veo su olor de color azulado flotando por el aire, como un suave humo —explicó Bram siguiendo el rastro—. Entró en ese lugar y no veo que haya salido.

Bram señaló el bar desaliñado que había en frente de ellos y se encogió

de hombros y luego se acercó a la puerta del bar procurando que la señora Fevre se quedara un poco atrás. Llegó hasta la puerta del bar y comprobó que estaba cerrado. Durante unos segundos pensó en echar la puerta abajo o abrirla de alguna forma, poseía fuerza suficiente gracias a los dones de cazador como para hacer un buen destrozo, pero la señora Fevre se le adelantó casi leyéndole el pensamiento para llamar simplemente.

Tardó un rato antes de que alguien abriera y salió un hombre grande y fuerte a la puerta. Bram le calibró detenidamente sin decir palabra antes de que él dijera algo.

—El sitio está cerrado —dijo el hombre dándose la vuelta para irse.

—Pues queremos entrar —dijo Bram colocando la mano en el hombro del hombre para evitar que se fuera.

—¿Quieres perder esa mano? —respondió el hombre girándose un poco para clavar los ojos sobre el cazador.

Bram le devolvió una mirada adusta que indicaba que pensaba responder con agresividad, y de nuevo la señora Fevre se adelantó para hablar.

—Joven, disculpe a mi nieto. Es en exceso impulsivo —dijo la señora Fevre con una voz delicada—. Estamos buscando a otro de mis nietos, un joven atolondrando, como lo es toda la juventud actualmente. Me gustaría decir que poseo algún nieto con sentido común, pero sería mentirle. Tan solo queremos preguntar si ha estado aquí. Estamos muy preocupados.

—Dígame quién es su nieto —dijo el hombre que parecía reaccionar positivamente a la cortesía de la señora Fevre.

—Se llama Arnau, y es alto, más o menos como este nieto mío que tiene aquí delante. Su cabello es de color granate, un poco peculiar, no se le puede pasar desapercibido ese color...

—Vale. Espere aquí —dijo el hombre cerrando la puerta y alejándose.

Al rato, cuando Bram comenzaba a impacientarse, el hombre apareció de nuevo tras abrir la puerta.

—Sigame, por favor.

Acompañaron al hombre que les abrió la puerta hacia un garito de mal aspecto; las cortinas parecían que no se habían lavado en años y tenían agujeros hechos por cigarros encendidos, las mesas estaban tan sucias que era difícil no pasar por al lado de una sin notar que te pegabas a ella, por los extremos podías ver la madera apolillada dando la sensación de que podía romperse en cualquier momento, en todo rincón se echaba de menos la falta de luz, incluso siendo de día. Llegaron a una sala tras el almacén de las bebidas,

a pesar de estar ya lejos del bar, el olor a alcohol barato con vómitos perduraba por todo el establecimiento, como si ya fuera el aroma propio del sitio. Bram lamentaba haber traído a la señora Fevre a este lugar, pero ella continuaba con ese aire de elegancia que siempre exhibía. Cuando entraron percibieron algo más de luz que en el resto del lugar, y en frente había un hombre acomodado en un sillón que parecía sacado de un vertedero por la cantidad de roturas que tenía el cuero marrón de su tapicería. El hombre no parecía muy alto, aunque era un detalle difícil de apreciar estando sentado, tenía un vaso en una mano y posó los ojos en ellos cuando llegaron.

—Quiero que se vayan y no vuelvan —dijo el hombre que tenía una cabellera castaña con un corte de pelo pasado de moda, y a primera vista parecía un tipo vulgar y corriente.

—No sin mi chico —dijo la señora Fevre adelantándose a Bram que decidió tomar el papel de guardaespaldas dado que no quería restarle autoridad a la mujer, ya que, parecía haber comenzado ella sola las negociaciones.

—No sé de quién me hablan —insistió el hombre mostrándose casi amable.

—Pues yo creo que sí lo sabe.

—No me obligue a ponerme violento con una señora como usted —dijo el hombre más serio mientras Bram se ponía en guardia y miraba a su alrededor buscando salidas o más hombres que pudieran ayudar al “anfitrión”

—Yo también me puedo poner violenta —le amenazó la señora Fevre, y ante la mirada atónita de Bram sacó un arma y apuntó a la cabeza del hombre —. Donde está mi chico, tampoco me gusta repetirme.

El hombre soltó una carcajada mientras Bram rozaba su arma y se concentraba en averiguar a cuántos peligros se tendría que enfrentar.

—¿Piensa que me haría algo un arma? No sabe a qué se enfrenta, señora. Estoy siendo educado dada su edad.

—Con esta arma sí, señor alquimista —dijo la señora Fevre exhibiendo conocimientos que no debería poseer.

El hombre cambió su gesto de afable a enfadado, como si no le agradara lo que la señora Fevre sabía sobre él. Echó mano de un botellín que llevaba en uno de los bolsillos y antes de que lo sacara, Bram se movió a una velocidad vertiginosa hasta agarrar al hombre y arrancarle la botella de las manos.

—Yo no pensaría en tocarla —dijo Bram de manera agresiva —¿Qué tal si le contesta a lo que pregunta? Dónde está Arnau.

—Así que es usted como él —dijo el hombre sin mostrar intención de hacerle daño —¿Qué tal si se calma? Este sitio está lleno de hombres y protecciones. La señora no necesita ese arma aquí.

Bram le miró fijamente, y al poco le soltó volviendo al lado de la señora Fevre dispuesto a defenderla de cualquiera.

—No tenemos mucho tiempo ni paciencia —dijo Bram con calma.

—Mi nombre es Cagliostro y soy el que guarda este lugar —dijo el hombre que volvió a su habitual postura relajada—. Arnau estuvo aquí hace unas noches, yo no estaba, pero me lo contaron después. Nos conocemos hace mucho tiempo, no tengo motivos para desearle ningún mal.

—¿Podemos hablar con quién le viera por última vez? —preguntó Bram.

Cagliostro afirmó con la cabeza haciendo que trajeran a una mujer ante su presencia. Mientras la mujer llegaba ninguno de los tres dijo una sola palabra, tan solo aguardaron en un silencio incómodo. La mujer era de piel anormalmente oscura, con unos rasgos finos que parecían cincelados cuidadosamente por un artista, el cabello blanco caía más allá de los hombros de la mujer en una serie de trenzas sujetas a aros dorados. La mujer llevaba un vestido color crema que destacaba casi como si fuera blanco en contraste con el tono de su piel.

—Hola, mi nombre es Berlina —dijo la mujer presentándose amablemente, deteniendo los ojos con interés en Bram—. Me han dicho que buscan a Arnau.

—Efectivamente, ¿hay algo que nos pueda decir? —preguntó Bram ignorando las miradas interesadas de Berlina.

—Estuvo en mi tienda tratando de comprar un objeto para una mujer. La describió como la mujer más encantadora del mundo y quería algo muy especial. Yo le sugerí una cajita de música muy antigua, y algunas joyas con pedrería poco habitual —dijo la mujer sin dar datos sobre con qué tipo de objetos anormales comerciaba—. De pronto pareció ver a alguien conocido y me pidió que le esperase, se alejó de mi tienda hacía un lugar apartado, como tardó me acerqué a indagar y vi a una mujer arrastrándole con ayuda de un hombre.

—¿Tiene una descripción de la mujer o del hombre?

—No mucho, no había tanta luz, pero diría que Arnau conocía a la mujer, porque la reconoció cuando estaba en la tienda, era hermosa y alta. Cuando llamé a uno de los guardáis del lugar ya se había marchado.

—Sin embargo, yo no percibo que se haya ido del lugar —dijo Bram



pensativo.

—Pues lo ha hecho —intervino Cagliostro—. Aquí no está, si estuviera ya lo habríamos encontrado.

—Inspeccionaremos los alrededores —dijo Bram finalmente ofreciendo el brazo a la señora Fevre educadamente para escoltarla a la puerta—. Si necesito algo más volveré.

—Espero que lo encuentre —dijo Cagliostro indicando a uno de los hombres que le acompañara a la puerta.

Bram se mantuvo en silencio hasta llegar afuera con la señora Fevre. Le habría gustado inspeccionar el lugar, especialmente donde decía que había una tienda, aunque no se podía imaginar en qué parte del bar, pero no quería poner más en peligro a la señora Fevre.

—¿Una tienda? —dijo Bram pensativo.

—Si, es una leyenda urbana entre la gente de nuestro círculo. Existe un lugar en las catacumbas de París, una zona inexplorada donde suelen frecuentar personas peculiares, algunas con rarezas, y hay todo un submundo ahí. Si te concentras en tu poder puedes saber si el edificio es lo que parece o tiene un acceso a otro lugar.

Bram cerró los ojos y se concentró, al rato los abrió.

—Si, pero tienen razón. Arnau no está en esta zona a pesar de que no he sentido que haya salido.

—Espero que no pienses que es tu hermana —dijo la señora Fevre casi con reproche.

—La descripción encaja con ella. Espero por su bien que no sea, porque no va a quedar así si me ha engañado.

—No ha sido ella, porque están enamorados. Él le estaba comprando un regalo y ella no le traicionaría.

—Podría ser un regalo para Carla, si supo que le espiaba a lo mejor quería llevarle algo, y mi hermana... quiero pensar que no me la ha jugado de esa forma.

—Vayámonos, creo que deberíamos informar a Jacques —dijo la señora Fevre dirigiéndose hacia el coche.

—La próxima vez, señora Fevre, no amenace a nadie ni saque un arma. Yo soy su arma —dijo Bram en tono muy serio entrando también en el vehículo—. Aunque crea que soy el más joven de los cazadores ni se imagina para lo que me entrenaron.

## *Capítulo 15.*

Aún estaba sentado en una de las sillas de terciopelo de su habitación. Tras sacarse el metal que su madre le había injertado bajo la piel iba recuperando sus fuerzas, a pesar de eso, pretendía esperar a estar en el pleno de su poder para ajustar las cuentas con su madre. Se levantó y se movió para comprobar su agilidad, luego tomó un trozo de madera de una de las sillas y lo rompió sin problemas. Miró a la chica que le había extraído el metal y le dirigió una mirada severa.

—Te aconsejo que corras como un cervatillo y salgas de la casa —dijo Arnau a la chica.

La chica se limitó a asentir y salió corriendo sin mirar atrás. Estaba asustada y Arnau creía que no debía saber qué era mejor, si haberle ayudado a él o haberse puesto de parte de su madre, para Arnau la respuesta era simple, la mejor opción era estar de su parte, porque iba a arrasarlo con todo. Tan solo llevaba los pantalones y los zapatos, la herida aún le sangraba y no deseaba colocarse esas camisas pasadas de moda que parecían agradar tanto a su madre. Observó las cortinas del exterior y sonrió, sabía que el buen gusto se lo agradecería. Invocó el fuego en una mano y lo proyectó hacia las telas que comenzaron a prender con ímpetu, luego lo extendió por todas las cortinas de las ventanas, imposibilitando las posibles salidas de la casa. Se asomó por la barandilla del tercer piso en el que estaba y explotó una masa de fuego en la puerta de salida, luego comenzó a bajar con parsimonia la escalera esperando que salieran los hombres de su madre. No tardaron en hacerse esperar, uno de ellos salió armado en la planta de abajo. Arnau dio un salto con agilidad apareciendo tras el hombre, y robándole el arma le golpeó, apuntó a otro y lo tiroteó. Se agachó a coger la munición y comenzó a matar a todos cuanto salían de las habitaciones, por el camino se iba armando con el armamento de los hombres muertos. Bajó una planta más mientras el calor comenzaba a elevarse.

A Arnau le daba igual, era absolutamente inmune al fuego, y estaba muy enfadado, tan solo tenía que chasquear los dedos para que cada visillo, cortina o tela inútil que su madre tenía en la casa ardiera como el infierno. Bajó la última planta y se dirigió hacia la habitación de su madre mientras escuchaba los gritos del personal. Durante un instante pensó en dejar morir a todos incinerados, pero tenía conciencia y aunque no lo merecían, posiblemente los que trabajaban para su madre no tenían por qué morir. Arnau apartó el fuego de la puerta de salida y la empujó dejándola abierta para que salieran. Luego se dirigió hacia el salón donde se encontraba su madre. Dio una patada a la puerta abriéndola tras arrancarla con los goznes y cayendo lejos de él. Arnau fijó la mirada en su madre que había cogido algunas cosas y se dirigía quizás hacia alguna puerta trasera. Uno no vivía tanto sin tener siempre unas pocas vías de escape. Arnau hizo una señal negativa que acompañó con una sonrisa de autosuficiencia y comenzó a prender fuego a toda la habitación. Luego disparó a los dos hombres que estaban con ella armados que cayeron al suelo.

—Dime, ¿si te quemó seguirás viva? —dijo Arnau moviéndose hacia uno de los hombres quitándole la chaqueta y poniéndosela él —Sabía que era de mi talla, por eso le disparé a la cabeza, no quería mancharla de sangre.

—Arnau, soy tu madre, yo jamás te habría hecho daño.

—Esa carta de soy tu madre ya la has jugado demasiadas veces. Y si no hubieras querido hacerme daño, no me habrías vendido, no habrías permitido que quemaran a Isabel, luego no querías jugar con la vida de mi hijo, ni arrebatármelo. Has agotado mi paciencia —dijo Arnau acercándose a ella haciendo que se asustara y se echara un poco hacia atrás.

—No puedes quemarme, ni hacerme nada. Si no nunca sabrás todo lo que yo sé. Te soy más valiosa viva.

Arnau había acumulado el fuego a su alrededor con intenciones hostiles. No aparentaba que le importara mandarla al infierno, es más, parecía que lo deseaba.

—Tienes razón —dijo Arnau frenándose en seco tras recapacitar—, pero no vas a volver a ver la luz del sol.

Arnau miró fijamente a su madre, dudaba de que pudiera dejarla inconsciente, desconocía todo acerca de ella y el supuesto benefactor que le daba dones.

—¿Tienes coche y dinero? —preguntó Arnau y se impacientó cuando la vio dudar —Si no me vales te quemaré, si sobrevives porque eres como una cucaracha, lo harás con cicatrices y dolores que nunca apagarás.

—Está bien —dijo la mujer que le tendió las llaves y el dinero que llevaba en el bolso.

—Bien, ahora vamos a salir, si haces algo que me disguste te haré arder. Nada de gritos, ni llamar la atención de nadie, no me cuesta nada dar un chasquido y regalarte una experiencia envolvente con fuego real.

—Vale, no haré nada de lo que pueda arrepentirme.

—¿Estamos muy lejos de París? —preguntó Arnau que no tenía ni idea de dónde se encontraban.

—No, a las afueras.

—¿Y me tuviste todo ese tiempo en un ataúd? —dijo Arnau indignado.

—Te quería desorientado.

Arnau se dirigió con su madre hacia el garaje tras controlar que el fuego no se propagara y se fuera apagando conforme quemaba la casa, en breve llegarían los bomberos. Se acercó a uno de los coches, abrió el capot y le hizo una seña a su madre para que entrara.

—No eso no —se quejó la mujer.

—Te recuerdo que me tuviste días en un ataúd, estoy siendo generoso, además, no quiero verte la cara, si lo hago a lo mejor me cabreo y cambio de opinión.

La madre asintió levemente y entró en el maletero. Arnau cerró la puerta de atrás y puso el coche en marcha a toda velocidad que le permitía el código de circulación. No deseaba que le parara un policía con su madre en el maletero. Esperaba que las cosas estuvieran bien. Llamaría a Mina y le pediría una cita, le diría que había estado de viaje de negocios y que se le rompió el móvil, pondría tantas excusas como pudiera y le envolvería en flores para que le perdonara. Tendría la mejor cita que pudiera desear una mujer, y luego... bueno, ella sabía que era un cazador, y él lo que era ella, quizás debía contarle que sencillamente se había enamorado y no le importaba lo que fuera, aunque saliera del mismo infierno. Podría resultar, con insistencia y paciencia, pero antes tenía que acabar con su relación con Carla. Casi se olvidaba de eso, tan solo podía pensar en Mina. Nunca debió hacer esa promesa tan absurda. Arnau puso música en la radio y se relajó mientras conducía, aún quedaba un rato hasta llegar y podía planear todo.

Bram llevaba un buen rato sentado pensativo. Aún no había llamado a Jacques y pretendía creer que la descripción de la mujer guapa y alta no era la de su hermana, pero, ¿qué otra mujer que Arnau conociera tenía capacidad para llevarse a un cazador como lo hicieron? Quizás su madre la reina, pero

ella no se arriesgaría a ver a Arnau, el que le dejó un bonito regalo en forma de cicatriz, y Arnau no se acercaría a ella de esa forma, lo habría hecho con una fogata a su alrededor. No quería escuchar más quejas de los hombres de Arnau, y menos de la prometida, pero ahí estaban pidiendo una acción en contra de su hermana. Querían pasar la foto de Mina por todos los círculos de los cazadores para que fuera uno de los objetivos más buscados. Él podía ir y traer a su hermana a rastras, no necesitaba una circular para eso, pero algo le decía que le faltaban detalles. Si cogía ese teléfono y llamaba a Jacques no habría marcha atrás, al líder no le importaba matar a una bruja simplemente por la presunción de culpabilidad, pensaba que tarde o temprano todas debían morir y cambiar su mentalidad no era tan fácil, al menos Violeta y Angélica estaban ablandándole poco a poco.

—Esa mujer lanzó un conjuro en contra de Arnau, luego trató de matarme —dijo Carla en tono fiero—. Exijo que se mande esa circular, podía haber perdido a mi hijo.

—Mina puede ser muchas cosas, pero si te quisiera muerta estarías muerta —dijo Bram lanzándole una mirada helada—, y mucho menos nadie ha hechizado a Arnau.

—Entonces, ¿qué otra explicación hay? Se lo llevaron a la fuerza —insistió Carla—. La quiero muerta.

—Tú no eres nadie para decidir ese tipo de cosas, es más, ni deberías estar aquí —objetó Bram.

—Ella tiene todo el derecho, el que no lo tienes eres tú, que ni siquiera eres uno de los nuestros —le acusó Christ muy enfadado—. No sabemos si has ayudado a esa bruja a la que defiendes tan vehementemente.

—Christ, pon la circular. Quiero muerta a esa bruja —dijo Carla en un tono de acritud—. Sabes que trató de matarme.

—Si lo hacéis os convertiréis en mis enemigos —amenazó Bram que tomó una actitud agresiva—. Tendréis que explicar vosotros a Jacques por qué me largué de aquí y en qué condiciones.

—Tranquilizaros —dijo uno de los más antiguos hombres de Arnau. Victor, ya rondaba los sesenta años y era un hombre paciente que apenas había dicho nada hasta ahora—. Él es un cazador, como Arnau. Cuida lo que dices, muchacho.

—No, no es un cazador, es un extraño que defiende a una bruja y está aquí para espiarnos —dijo Carla enfurecida.

—Él tiene razón. Tú no deberías estar aquí —dijo Victor suavemente—.

Después de que Arnau decidió desposarte para mantenerte segura has pasado de una chica tímida y educada a alguien que se cree con derecho a dar órdenes.

—¿Cómo puedes decirme eso después de todo lo que he sufrido por causa de esa bruja? Estuve apunto de perder el bebé, que será hijo de Arnau —replicó Carla llorando.

—He vivido siempre en un ambiente rodeado de personas manipuladoras y desalmadas, y sé reconocer cuando alguien envenena un sitio. Si ella está, yo me largo —dijo Bram que hizo ademán de ponerse de pie.

—Espera —dijo Victor interviniendo—. Que se vaya ella, no tú.

—Está bien. Si no me queréis me iré. No voy a quedarme mientras me insulta y lo demás no hacéis nada por defenderme —dijo Carla indignada.

—No, al contrario, quédate —dijo una voz desde la puerta.

Todos se giraron sorprendidos a escuchar a Arnau desde la puerta. Tenía un aspecto desastroso, vestía con unos pantalones ahumados, unos zapatos demasiados caros para el resto del conjunto, y tan solo una chaqueta cubría la parte de arriba de su torso desentonando con el resto. Se le veía más delgado y desaliñado, con el cabello más largo de lo normal y una incipiente barba cobriza. Se apoyaba en un brazo contra el marco de la puerta y observaba a todos con una mezcla de disgusto con enfado.

—¡Arnau! —gritó Carla con intenciones de correr hacia él —Te he echado tanto de menos...

Arnau hizo una señal para que se parara en seco y no se acercara más.

—Ni se te ocurra ahora —dijo Arnau enfadado—. ¿Qué habéis hecho?

—Pues yo... —comenzó Carla.

—No, que me lo cuente él y luego te escucharé a ti —dijo Arnau señalando a Christ.

Arnau se movió de donde estaba y se adentró en la habitación buscando un sillón cómodo donde se sentó tras intercambiar una mirada con Bram.

—Carla te vio con la bruja, la noche que quedaste con ella, y lo pasó muy mal. Estuvo llorando toda la noche y a la mañana siguiente fue al hotel donde se hospedaba la mujer, la cual intentó matarla arrojándola por unas escaleras —dijo Christ mientras Bram hizo un gesto de disgusto, pero se quedó callado al ver el gesto de Arnau.

—¿Y por qué me vio si se suponía que estaba en la cama durmiendo plácidamente?

—Porque dijo que no dormiría hasta verte. Se encuentra embarazada y

con muchos antojos y yo sabía dónde ibas a estar. Pensé que sería verte y luego irnos a dormir, ya tranquila.

—Y ¿cómo sabía dónde se alojaba Mina? —preguntó Arnau.

—Por qué os seguimos —dijo Christ bajando la cabeza.

—Me desobedecisteis y me espiasteis —dijo Arnau fijando la mirada en el hombre—. Y supongo que luego fuiste a por Carla cuando estuvo en su hotel y te la llevaste sin levantar mi tapadera, ¿no?

—No, nosotros defendimos a Carla, tiroteamos a la bruja y decidimos cazarla.

Arnau se levantó como un resorte y se acercó a la mesa para mirar el papel que querían hacer para la circular, en el que se manifestaba que Mina era una bruja peligrosa y debía ser cazada inmediatamente, luego tomó el papel agarrando a Christ por el cuello y se lo metió en la boca tras hacerlo una bola. Con el puño atravesó la pared sin llegar a darle al Christ absolutamente enfurecido.

—No ha sido su culpa —dijo Carla que jamás había visto a Arnau tan enfadado y le costaba sintonizar la imagen que tenía afable del cazador con la que estaba viendo en ese momento.

—¡Callate! Ya has dicho y hecho bastante —dijo Arnau lanzándole una mirada furiosa—. No solo me has desobedecido, espiado, y parece que ahora cuestionas a uno de los cazadores. Llévalo a una de las celdas y ya pensaré qué hacer con él cuando me calme. A ella mandadla con su madre, no la quiero volver a ver en mi vida.

—Pero Arnau...— dijo Carla llorando.

—¡Fuera, ahora! —le gritó Arnau —Y los demás a vuestras tareas solo quiero aquí a Bram.

Los hombre salieron. Arnau tomó asiento tratando de calmarse mientras el grupo se iba.

—¿Cómo está Mina? —preguntó Arnau muy preocupado cuando estuvo a solas con Bram.

—Muy jodida, Arnau. No intentó matarla, todo lo contrario. La tirotearon y se tuvo que refugiarse en la cornisa del hotel. Me llamó desde ahí. Está viva de milagro.

—¡Madre mía! —exclamó Arnau llevándose la mano a la cabeza mientras la agachaba preocupado—. Todavía mato a ese idiota. Quiero verla. Tengo que explicarme y...

—Ella no va a querer verte ni en broma. Cree que la quieres cazar y no

voy a exponer que soy un cazador para explicarle que fui yo el que la llevó a esa encerrona que no era para cazarla, sino para que un cazador enamorado tuviera una cita. Además, yo también estoy enfadado, para que mi madre no la matara tuve que prometerme con la pretendiente que había buscado, y aún no tengo ninguna explicación de por qué desapareciste.

—Me secuestraron —dijo Arnau subiendo la cabeza para ver el rostro de incredulidad de Bram. Entonces sacó un cofrecito y lo puso en la mesa abriéndolo para mostrar el trozo de metal—. No sé qué es pero me lo injertó y me debilitó hasta no poder casi andar.

—¿Quién?

—Mi madre —dijo Arnau en voz baja.

—¿Tu madre no debería estar muerta? —preguntó Bram que cada vez parecía más extrañado.

—Ojalá —suspiró Arnau —, pero resulta que era amiga de la infancia de tu madre y cada una tuvo sus logros en lo que sea, una con la brujería y la otra con pactos extraños con entidades aún más raras.

—¿Y por qué te secuestró?

—Porque quiere que le de a mi hijo. Dijo que si no lo hacía, Mina sufriría las consecuencias y acabarían los dos muertos —dijo Arnau preocupado.

—Frena, ¿cómo que tu hijo? ¿No es un poco pronto? Apenas has visto a mi hermana lo suficiente como para que ahora te odie.

—Ella asegura que está embarazada.

—¿Y la creíste? —preguntó Bram escéptico.

—Da igual lo que yo crea, no pensaba darle a un hijo mío ni ahora, ni en un futuro, ni nunca. No iba a hacer ese pacto, y más sin saber para qué lo quería. Ahora dime, cómo me comunico con Mina —insistió Arnau impaciente.

—¿En qué realidad vives? Tú eres un cazador, ella la hija de la reina que quieres muerta. ¿Esperas que abandone su vida de seguridad y poder para correr a los brazos de un enemigo al que teme?

—Yo le daré lo que desee y la haré feliz. ¿Es que está mejor con la psicópata de vuestra madre?

—Cuando yo la rescaté del intento de matarla de tus hombres no parecía muy abierta a repetir contigo —opinó Bram.

—Entonces quiero explicárselo.

—No hay nada que explicar. Esto fue una locura desde primera hora,



además, ya tiene un medio novio que pertenece a su mundo y la comprende.

—¿Qué? —dijo Arnau molesto y claramente celoso.

—¿Qué esperabas? ¿Una muchacha casta y pura reservándose para el matrimonio con su alma gemela? Mi hermana ha tenido muchos novios, y tendrá muchos más, dudo que algún día sea fiel a nadie. Ya ha pasado página, en el momento en que se sintió traicionada por tí —expuso Bram con suma dureza.

—Tú no conoces a tu hermana y tampoco me conoces a mí— dijo Arnau que se levantó y se apoyó con las dos manos en la mesa para dirigirle a Bram una mirada muy seria—. No voy a parar hasta conseguir lo que quiero, y si hay algún pretendiente, más le vale huir de ella como de la peste, porque no pienso ser compasivo.

—¿Piensas incinerar a todos sus pretendientes?

—Por Dios, no. Solo a los brujos, pero eso ya lo hago por trabajo. No me subestimes, la violencia no es el único recurso que tengo, y aunque no lo creas, soy extremadamente posesivo.

—Sí, ya comienzo a notarlo, pero, ¿sabes qué te digo? Que buena suerte, pero no me pidas ayuda. No voy a apoyarte en que hagas sufrir más a mi hermana.

—El problema Bram, es que yo jamás le he hecho sufrir, ya venía dañada de una familia que la ha despreciado y maltratado, y tú no estás libre de eso. ¿Arpía infernal le tienes puesto en tu móvil? Pues recuérdalo cuando quieras juzgarme porque las cosas no hayan salido como pretendía por causas absolutamente ajenas a mi voluntad. Y ahora, si me disculpas, tengo que sacar a mi madre del maletero, y no dudes de que conseguiré lo que quiero. Tu hermana será mi mujer —dijo Arnau alejándose de la mesa.

—Y yo que pensaba que mi familia no podía ir a peor, cuando aún puedes ser mi cuñado —suspiró Bram.

## *Capítulo 16.*

Cerró de golpe la maleta tratando de no llorar. Tuvo a su alcance todo lo que deseaba en la vida, posición, dinero y a Arnau de marido. Se encaprichó con el cazador la primera vez que le vio dirigiendo a los hombres, quiso creer que era su destino, pero finalmente, él no le prestaba atención. Salió con Paul, uno de sus hombres de confianza, para poder estar cerca de Arnau. Intentó por todos los medios que se fijara en ella, llevando ropa llamativa, tratando de coquetear, hasta que usó la carta de los celos y se prometió con Paul sin lograr que Arnau luchara por ella. La indiferencia del cazador les llevó hasta el matrimonio sin que este moviera un dedo para impedirlo, y hubieran vivido así si no fuera porque Paul fue herido de gravedad en una de las misiones. Y sabiendo que ella siempre estuvo enamorada de Arnau quiso dejarla en buena posición haciéndole prometer a Arnau que la desposaría y cuidaría de su hijo. Con esa promesa todos sus sueños se cumplían, sería la esposa de uno de los cazadores, y aunque le molestaba que a él no pareciera gustarle ni interesarse por ella, se consolaba pensando que con el tiempo cambiaría de opinión y se enamoraría. Ahora, Carla estaba desesperada, tenía que hablar con Arnau y explicarse, siempre podría culpar a Christ porque no la cuidó bien. Echó una mirada hacia la señora Fevre, odiaba a esa vieja marimandona. Sabía que si quería gestionar la casa de Arnau tendría que deshacerse de ella de alguna forma, quizás haciendo que el cazador se diera cuenta de que sobraba. La señora Fevre había recibido instrucciones y la vigilaba mientras hacía la maleta, pero ella no deseaba marcharse.

—Muchacha, date prisa no tenemos todo el día —le apremió la señora Fevre.

—No quiero irme. Esto no es justo, yo no he hecho nada para que me mande a casa de mi madre. Voy a ser su esposa, debería quedarme —dijo Carla haciendo un puchero.

—Conmigo no valen esas tonterías. ¿Es que no le oíste decir que no quería volverte a ver en su vida? ¿Qué creías que significaba eso? ¿Que te mandaba de vacaciones antes de la boda? —dijo la señora Fevre hastiada — Ha dado instrucciones para que no te falte nada, ni a tí ni al bebé, pero no quiere verte nunca más.

—¿Todo esto por una bruja? Encima trató de matarme —se excusó Carla.

—No me interesa tu percepción de cómo fueron las cosas, lo que quiero es llevarte hasta el coche para que te lleven a casa de tu madre. Ya sabe que vas, la he llamado. Ni siquiera has preguntado por Christ, después de que le metiste en todo tipo de líos,

—¿Por qué iba a hacer eso? Si no me hubiera llevado a ver a Arnau aquella noche, ahora estaría preparando mi boda. Estaba deprimida, pero es normal estando embarazada. Yo soy la víctima.

—Arnau no iba a casarse contigo ni aunque hubieras estado en una iglesia rezando toda la noche —opinó la señora Fevre que comenzaba a impacientarse.

—Eso no me lo creo, lo dice porque me odia, y quiere hacerme sufrir. Siempre me ha visto como un obstáculo. Estoy segura de que usted le ha convencido para que me repudié, porque está celosa. Tan solo es una vieja amargada.

—¿Te sientes mejor diciendo estupideces? Porque a mí no me interesa escucharte. Cuando acabes de recoger tus cosas vendré para acompañarte al coche —dijo la señora Fevre saliendo de la habitación.

Carla se sentó frustrada unos segundos desesperada y sin saber qué hacer. Habría dado cualquier cosa por cambiar la situación, y aún no la daba por perdida, no podía rendirse. Sacó un papel de su bolsillo y lo contempló, era una de las copias de la circular donde estaba el rostro de la bruja, la descripción y toda la información que habían recopilado para cazarla. Antes debía quitarse a la competencia de en medio si quería tener a Arnau, y esta circular firmada por varios hombres del cazador le iba a ser útil. Carla sonrió y cogió la maleta, ahora sabía que volvería.

Unos segundos antes del amanecer, cuándo la luz tornaba de oscuro a magenta, el instante justo en el que los pájaros despertaban y comenzaba el ruido de la naturaleza, podía sentir una pequeña paz en medio de un caos de

confusión que era la vida. Llevaba tiempo sin tener pesadillas, y le gustaba sentarse en la ventana para contemplar la salida del Sol, a veces soñar despierta con una vida que jamás iba a tener. Ya no lloraba como los primeros días tras la persecución de los cazadores. Enfocó el problema desde muchos aspectos distintos hasta que ya no sabía si tenía un problema o tan solo una verdad que era incapaz de aceptar, un trago amargo que no podía tragar. Los sueños tan solo servían para anestesiarla un rato, y luego, cuando volvía a la realidad, el dolor aumentaba como si la herida hubiera crecido. A veces creía que enloquecería, y se preguntaba por qué tenía tan mala suerte, o si merecía vivir en esa situación. Por qué apreciábamos una vida que nos traía tanto sufrimiento que era mejor estar muerto, pero ella era así, aunque pareciera débil, delicada, o sensible, era una luchadora, y los luchadores desgraciadamente, jamás se rendían. Miró la flor que tenía en la mano y sonrió, una bonita petunia, luego se concentró en un conjuro tras mantener en la mano la cruz que le diera Arnau. Cuando la petunia desapareció de su mano sonrió y se puso de pie, tenía mucho trabajo, como siempre. Iba a guardar la cruz y luego cambió de opinión, la acarició y se la colgó, deseaba tenerle cerca aunque supiera que él no sentía lo mismo. Por extraño que pareciera, su madre le había animado a pasar más tiempo con Philips Wolf. El hombre no carecía de encantos, pero no le hacía sentir enamorada como le ocurría con Arnau, y una vez habías bebido de ese agua ya toda la demás te resulta insípida o amarga, era como un cuadro sin color que tan solo servía para desviar tu atención del dolor que te producía la ausencia de la persona que te hacía sentir viva. Tenía que olvidarlo, tan solo fue una sola noche, no le encontraba ni sentido a la pasión desbordante que tuvo en el primer instante en que se encontraron, como si ya se conocieran y hubiera pasado una eternidad lejos de él. Le necesitaba y le había echado en falta desde que nació, sin él había vivido como un muerto, y ahora debía retornar a ese punto de nuevo. Acarició la cruz otra vez, no entendía por qué se la había dado si estaba prometido y esperaba un hijo. Se casaría con otra, y ella quedaría abandonada en el vacío. Ni siquiera tenía derecho a sentirse celosa, aun así, se creía traicionada. Ella tendría que vivir, o sobrevivir a pesar de todo. Se levantaría y se centraría en su trabajo, un trabajo que jamás le había gustado, porque su madre no era una buena persona, ella desgraciadamente era débil, tenía escrúpulos que no podía anular. Durante un instante, cuando estuvo con Arnau, creyó que le rescataría de todo eso, que le haría libre. Envidiaba a Malcolm, con su ambición buscando un salida, y ella era incapaz de traicionar a su

madre, pero no por temor a las consecuencias, que comenzaban a ser peor no hacer nada, sino por lealtad. Actualmente la relación con su madre había mejorado, casi parecía la calma que precede a la tormenta, especialmente porque había pasado mucho tiempo aislada en el círculo de su madre, y ahora que veía a otras personas averiguó que muchos creían que ella era la sustituta idónea de su madre. Jamás había imaginado que su madre tuviera tantos enemigos, apenas entendía cómo se mantenía en el poder. Era astuta, a veces daba un zarpazo y acababa con algún traidor, otras veces atraía el apoyo que requería, como lo pensaba hacer con la boda de Bram, de la que se sentía muy culpable. Su hermano se sacrificaba por ella. Nadie había movido un dedo jamás por Mina y ahora lo hacía precisamente Bram. Casi hubiera preferido que la dejara morir porque jamás podría compensarlo. Terminó de vestirse y se decidió a bajar al salón donde su madre le aguardaba para desayunar. Se miró un segundo en el espejo para comprobar que su aspecto era impecable, su madre no aceptaba ninguna imperfección, y solía pasar mucho tiempo entre peluqueros y estilistas. A veces le gustaría ponerse ropa cómoda, o estar en casa como cualquier mujer con un pijama o ropa de deporte, sin maquillar, ni peinar, o tirada en el sofá viendo alguna película, pero su madre opinaba que eso era para perdedores y gente insignificante. Cuando bajó hacia el comedor vio a la señora Wolf sentada al lado de su madre, a la derecha estaba Malcolm cogiendo una tostada. La familia Wolf siempre había sido crítica con las políticas de su madre, pero sin llegar a ser enemiga, ahora, la señora Wolf, la matriarca, había pensado que su nieto y Mina hacían una pareja encantadora, y pasaba mucho tiempo con su madre para hacerle ver su punto de vista. Quizás fuera el empujón que necesitaba para olvidarse de todo, un nuevo comienzo, un poco más alejada de su madre. Malcolm levantó los ojos del desayuno ligeramente cuando la vio llegar. Su madre le sonrió y le invitó a sentarse. Mina se sentó en el asiento que había en frente de su madre y pidió un café solo.

—Berta quiere que viajes con ella a Ámsterdam para que presidas los rituales de invierno a la Diosa —dijo su madre con una leve sonrisa—. Es hora de que tomes más responsabilidades.

—Me parece bien, si es lo que deseas —respondió Mina tomando la taza que le daba el camarero.

Malcolm se mantuvo silencioso mirando el periódico mientras las mujeres hablaban de rituales, y la de boda de Bram. Parecía absorto en sus propios pensamientos, pero Mina sabía que era una pose, a Malcolm no se le

pasaba nada por alto.

—Estoy segura de que aparecerán muertos algunos más —dijo la señora Wolf refiriéndose a los brujos que aparecieron asesinados supuestamente a manos de los purificadores.

—Es una secta que no ha dado señales de vida en siglos —dijo su madre.

—Pues han debido tener algún motivo para actuar ahora. No podemos tomar medidas, ellos son las manos ejecutoras de la Diosa, si esta desea a alguien muerto es porque le ha desagradado en algún punto.

—Yo creo que sí podemos, y debemos tomar medidas. Yo soy la reina, la representante de la Diosa en la Tierra. Todo debería estar supervisado por mí, incluso las ancianas. Si alguien quiere cuestionar mi autoridad que lo haga como se debe, con un desafío —dijo su madre con autoridad y aire de superioridad.

—Mary, no todo se resuelve con un duelo, o con la fuerza.

—En mi experiencia no hay nada que no se pueda resolver con la fuerza o castigando a quién desobedece. Antes de que yo llegara al poder el Aquelarre era un caos en el que distintas facciones estaban en guerra y el Aquelarre Blanco nos perseguía por herejes. Yo unifiqué todo, y no solo evité que el Aquelarre acabara destruido, sino que aniquilé a todos nuestros enemigos y traje un nuevo periodo de luz. Tú, por supuesto, no lo recuerdas porque no habías nacido, ya hacía generaciones que vivíamos la edad dorada de nuestro Aquelarre. Los purificadores, de ser ellos los que crean todo este jaleo, lo hacen sin el consentimiento de la representante de la Diosa, que soy yo.

—¿Y tú que opinas, Malcolm? —preguntó la abuela Wolf.

—Opino que mi bella madre es la reina indiscutible —dijo Malcolm que dejó el periódico para sonreírles de forma encantadora—. Todos deberían servirla y obedecerla diligentemente y si no lo hacen deberían morir.

—¿Eso crees? —indagó la abuela Wolf con curiosidad.

—Sí, esto no es una democracia. Mi madre es la reina indiscutible. Si otro quiere ocupar su lugar que la desafie.

—¿Y no crees que matar sin su consentimiento no es un desafío en sí?

—No, señora, eso es un acto de terrorismo, y ningún poder real negocia con terroristas, se les busca y elimina —dijo Malcolm devolviéndole a la abuela Wolf una mirada despiadada.

—Ya veo que eres un digno hijo de tu madre. Y tú, Mina, ¿qué opinas?

—Yo no opino nada —dijo Mina tras contemplar el rostro de complacida que puso su madre cuando Malcolm la defendió—. No soy la que debo decidir

lo que hacer en estas circunstancias.

—¿Y si pudieras decidir? —insistió la abuela Wolf.

—No es el caso.

—Contéstale, Mina —dijo su madre en tono amable—. Yo también quiero saber tu opinión.

—Yo investigaría a los que han muerto. El supuesto motivo por el que han sido ejecutados, porque si la reina, las ancianas y los purificadores sirven a la Diosa, todos deben ir por el mismo camino, o de lo contrario, alguno no la está sirviendo. Si los tres van por el mismo camino y los purificadores ejecutan a alguien, esa sería la voluntad de la Diosa y de la reina que es su representante.

—¿Y si la reina estuviera en desacuerdo?

—Entonces —continuó Mina—, o bien la reina, o bien los purificadores estarán equivocados y debería tratarse el tema, a menos, que una parte ya haya dejado de servir a la Diosa, en cuyo caso habría que tomar medidas.

—Por equivocados, o por dejar de servir a la Diosa supongo que te refieres a ellos, no a mí —dijo Mary fijando su profunda mirada en su hija.

—Claro, madre —dijo Mina tras pensar un poco y luego dedicarle una sonrisa amable.

—Tú hija opina que a lo mejor los purificadores han hecho un favor a la reina sesgando la mala hierba —concluyó la abuela Wolf satisfecha—. Tu hija es muy apta. Te felicito por su exquisita educación.

Malcolm le lanzó una mirada de reproche. Nunca había entendido a su hermano psicópata, el que pensaba resolverlo todo asesinando a los disidentes, pero en esta ocasión podía leer en él como un libro abierto. Quería el puesto de su madre, pero para ello necesitaba el apoyo de su única hermana y heredera legítima. Se había vuelto valiosa para él, o quizás siempre lo fue y no se dio cuenta. Lucirse delante de su madre era tan malo como parecer idiota, lo mejor solía ser mantenerse callado o apoyar cualquier idea que la engrandeciera a ella. Tuvo generaciones de hijos que había matado porque la decepcionaron, y ninguno fue tan osado como para querer ocupar su lugar, lo más parecido fue la revuelta de una hija cuando supo que Mary estaba harta de ella y la iba a ejecutar. No tenía nada que perder y sus acciones fueron desesperadas. Ahora tendría una eternidad para arrepentirse porque no la mató, la dejó en una tinaja de aceite descomponiéndose lentamente evitando que muriese. Solía mostrársela a todos sus hijos para que vieran el precio de la traición. A Mina le impactó mucho cuando siendo una niña la vio, apenas

quedaba nada que se reconociera como humano, salvo unos ojos de súplica y sufrimiento y un sofocante olor a carne muerta. Malcolm podría acabar como ella si sus planes salían mal o su madre sospechaba algo, pero era aún peor, ella podía acompañarle si tenía planeado hacerlo con su apoyo. No era raro en el pasado que una reina delegara en su hermano, si consideraba que este podía ocuparse de los temas mundanos mientras ella se dedicaba al estudio o a lo que deseara. Acarició casi inconscientemente la cruz de Arnau. No había un solo segundo que no le echara de menos.

—¿Y esa cruz? —preguntó su madre sorprendida.

—Solo es un adorno —se justificó Mina arrepentida de llevarla.

—Déjame verla.

Mina dudó unos segundos y luego se la quitó tendiéndosela a su madre con muchas dudas. Su madre la tomó entre sus mano y luego la arrojó con furia a la chimenea.

—Me has mentido —dijo Mary en un tono tan duro que ni la abuela Wolf se atrevió a replicar—. Sí te has encontrado con Arnau, reconozco esta cruz.

—Fracasé —dijo Mina tratando de salir de su situación—. Me persiguieron los cazadores y estuvieron a punto de matarme.

—¿Y Bram lo sabía? —preguntó su madre.

—No, yo le engañé —mintió Mina tratando de no perjudicar a su hermano—. Por favor madre, perdone a esta inútil hija, pero Arnau no era una presa fácil y lo subestimé.

Mina se arrodilló asustada tratando de contentar a su madre de la forma que fuera. Estaba completamente aterrada y trataba de reprimir las lágrimas por dignidad.

—Está bien, te daré otra oportunidad —dijo su madre con generosidad—. Estoy segura de que has sacado mucha información y podríamos capturarlo a pesar de tu fracaso.

Mina tenía mucha información. Sabría localizar a su prometida y secuestrarla con un simple conjuro tras verla, y de esta forma su madre hasta le daría una medalla. Podría localizarle también a él, si ahora mismo recuperaba la cruz que estaba en la chimenea y aún no se había quemado. Entregar a una mujer inocente y embarazada a su madre sería una barrera que no quería traspasar, aunque esta la hubiera intentado asesinar. Se sentía mareada, tenía que obedecer a su madre, no importaba el precio o lo detestable que fueran las acciones que realizara, pero cuando trató de hablar para asentir las palabras no salían de su boca. Esta vez no habría perdón si no



la obedecía, tenía que asentir y luego olvidar sus malas acciones, porque era su seguridad la que estaba en juego. Mina se levantó con dignidad y se acercó a su madre casi con parsimonia y cierta clase.

—Lo siento madre. Te desafío por tu corona —dijo Mina finalmente dándose cuenta en el mismo instante de que era un error.

Mary soltó una carcajada casi de burla ante las pretensiones de su hija sin moverse de su asiento.

—No digas tonterías y dime lo que te he preguntado.

—He dicho que te desafío —dijo Mina con seguridad y una mirada feroz.

Mary se quedó silenciosa y la contempló con desprecio, luego se puso de pie y asintió.

—Esta bien. Acepto el desafío. Ellos dos están de testigos —dijo su madre refiriéndose a Malcolm y a la abuela Wolf.

Su madre no esperó más. Golpeó a Mina con una sacudida de energía que la arrojó contra una pared. Las visiones de sus mayores miedos le venían a la cabeza y verse de nuevo muriendo en una pira de fuego la paralizó momentáneamente haciendo que casi gritara de miedo. El dolor la consumía como si estuviera ahí, y su piel sufría el castigo del calor. Había sufrido ese tormento desde niña, y las visiones que le llegaban por mediación de algún conjuro de su madre era más real e intenso que cualquier pesadilla que pudiera haber soportado. Tuvo que sobreponerse para, al menos, poder mirarla a los ojos antes de perder el desafío. Cuando se puso de pie apenas podía andar. La sacudida de poder la golpeaba como un huracán que la dejara clavada en el sitio donde se encontraba, incluso le hizo retroceder cediendo terreno. Su madre le lanzó una guadaña de energía que la golpeó dejándola en el suelo casi inconsciente, sangrando. Mina se sintió lastimada e inútil ante el poder de su madre, iba a morir. No podía vencerla, posiblemente nadie podría. Miró a su hermano un instante y este hizo un gesto tocándose el cuello. Mina no sabía qué le quería decir, se encontraba aturdida y abatida, le volvió a mirar y él insistió en el gesto. Mina tocó el collar que había en su bolsillo que se sentía como un calor agradable, lo sacó y se lo puso. Mina cerró los ojos y de nuevo se centró en sus pesadillas, quemada una y otra vez. A pesar del calor estaba tiritando y sofocaba gritos de miedo y dolor continuamente para no darle a su madre la satisfacción de verla tan vulnerable y débil. Sentía las manos que la arrastraban hasta la pira de leña, y aunque se oponía con todas sus fuerzas a que la llevaran hasta allí, era inútil. Olía una mezcla de madera y carne quemada que embotaba sus sentidos casi hasta dejar de

percibir más que eso. No deseaba implorar de nuevo, y más porque sabía que su madre la escucharía, se mordía los labios hasta notar la sangre en su lengua. Vio con horror cómo arrojaban la antorcha a los maderos que tenía bajo sus pies, intentaba forcejear con las manos atadas sin poder huir. Escuchó la madera crujir cuando el fuego comenzó a arder y el calor se comenzaba a notar, en un principio como una suave caricia agradable, que ella sabía que se transformaría en un dolor insoportable. El pavor se adueñó de ella hasta que el fuego dejó de hacerle daño, y lo sintió como parte de sí misma. Trascendió el miedo, ya no podía sentirlo porque había dejado de importarle la muerte, incluso el sufrimiento. Mina rozó el collar que brillaba como si la magia fluyera por todo su ser, pero no solo la suya, había otras dos con ella que le prestaban su poder para que hiciera su cometido. “Mátala escuchó en su cabeza, concluyamos esto ahora”. El collar la conectaba con algo más grande que le alimentaba otorgándole un coraje que creía no poseer. Mina observó el miedo en los ojos de su madre. No esperaba que su hija inútil pudiera sobreponerse de sus ataques. Mina comenzó a andar y conforme lo hacia el fuego la acompañaba como si fuera un vestido rojizo a su alrededor.

—Ya no te tengo miedo —dijo Mina con dureza.

—Pues deberías —dijo su madre invocando unos tentáculos oscuros que parecían provenir del infierno.

Mina observó cómo los tentáculos que le envió su madre trataban de aprisionarla. No era de oscuridad, como en un principio pensó, estaban formados por miles de insectos que trataban de atacarla con picaduras. Mina se concentró y una explosión de calor incineró a todos, luego se acercó a su madre sobreponiéndose al huracán de energía que en un principio la aprisionó contra la pared, pero ahora podía evitarlo usando su voluntad. Mina hizo un gesto y todas las células que formaban a su madre comenzaron a arder. Su madre gritó de dolor sintiendo cerca la muerte. Mina iba a desintegrarla como si fuera humo, pero entonces la escuchó llorar e implorar de miedo. Era su madre la que lloraba. Mina se sintió confundida, podía acabar con ella en ese instante y todo concluiría ahí. Una nueva etapa, muchas vidas salvadas...

—Es mi madre —susurró Mina casi evitando llorar cuando hizo un gesto para parar el daño que estaba acabando con Mary.

Mary no lo pensó mucho, comenzó a extraer energía de los cazadores para arremeter contra su hija antes de que cambiara de opinión. Mina dio un grito y cayó al suelo presa de dolor. Su hijo estaba sufriendo y lo notaba. Lo que su madre estaba haciendo a los cazadores le afectaba al bebé. Cayó casi

inconsciente y su madre la tomó del pelo y la arrastró enfadada por el suelo como si fuera un saco viejo. Mina estaba acabada, y lo sabía, había fallado dos veces, por tener compasión. Apenas notaba el dolor que sufrían sus huesos cuando su madre la arrastró por una escalera. Sabía que estaba sangrando, y que posiblemente tuviera alguna costilla rota, pero ya no podía pensar con claridad, estaba aturdida por todas las emociones que le habían embargado. Su madre, lejos de ser delicada estaba disfrutando de los golpes que se llevaba, cuando la arrojó a un suelo sucio y lleno de bichos, Mary tenía un manojo de pelos en la mano. Mina no sabía dónde estaba, ni siquiera entendía cómo continuaba viva, saltaba de un estado inconsciente a otro semiconsciente. Cuando abrió los ojos estaba en una tinaja de aceite y en frente suya estaba su anterior hermana, cuyos rasgos deformados por el aceite hacía que su rostro fuera irreconocible. Mina dio un grito de terror casi rasgando su garganta. Su madre se acercó a ella con una sonrisa cruel y sacó un papel de su bolso.

—Mira, con esto estuve orgullosa de tí —dijo su madre mostrándole un comunicado de los cazadores en el que se daba prioridad a la caza de Mina—. Pensé que si mi hija estaba entre las prioridades de los cazadores es que algo muy bueno había hecho. Vas a tener todo el tiempo del mundo para meditar en tus errores, al igual que tu hermana.

Su madre salió de la sala cerrando una puerta que chirriaba, tan solo una pizca de luz llenaba el lugar mientras notaba su cuerpo envuelto en aceite, y contemplaba el rostro sin forma de su hermana que nunca llegó a conocer porque cometió sus pecados posiblemente algún siglo antes que ella, pero ahí estaban las dos, unidas por un castigo, y ahora Mina se había dado cuenta de que había desafiado a su madre para no traicionar a Arnau y para salvar a una inocente embazada, cuando él la había puesto en búsqueda y captura en un rango prioritario, la quería muerta o cazada. Las lágrimas comenzaron a brotarle sin poder evitarlo. Había sido una estúpida e iba a sufrir un futuro inhumano por ello.

## Capítulo 17.

No tenía sentido, apenas podía entender qué le pasaba. Violeta miró de nuevo a Nidia que buscaba algunas hierbas casi como si lo suyo fuera el maletín de un médico. Violeta reprimió su opinión al respecto, nunca había creído en la homeopatía y el uso de hierbas para la magia era un paso más allá, pero ahora sabía que la magia existía. Se puso de pie, tendría que avisar a Aren. El cazador le intimidaba un poco, claro que los demás opinaban lo mismo de Ezequiel al que consideraban el más reservado, y ella estaba loca por él. Salió corriendo de la sala hasta llegar a una zona de entrenamiento. Aren llevaba mal la inactividad y no es que se adaptara bien al mundo de ocio de la sociedad moderna, así que cuando no estaba en una misión, o se dedicaba a pasar tiempo con Angélica o entrenaba, a veces cuidaba de Eva, resultó ser un padre increíble. Entró en la zona de entrenamiento y dudó unos segundos, había más hombres entrenando, pero a Aren le gustaba hacerlo solo. Lo visualizó y se acercó hacia él tratando de no parecer nerviosa. Echaba de menos a Ezequiel, pero estaba ayudando a una de las brujas, Brigit, en un asunto del que no querían hablar.

—Aren —casi gritó Violeta que no logró mostrar calma.

Aren bajó la espada y se acercó a Violeta. El cazador era realmente alto y fuerte en contraste con Angélica que parecía una flor delicada.

—Dile a Angélica que le toca a ella cuidar de Eva —dijo Aren que esperaba una treta de la bruja para que cuidara al bebé.

—No, no es eso —dijo Violeta nerviosa—. Ha pasado algo, debes venir.

—¿Qué diablos ha pasado? —dijo el hombre reflejando un tono rojizo en los ojos, señal de su temperamento indómito.

—No te inquietes —dijo Violeta tratando inútilmente de tranquilizarle.

—Si no quieres poner nervioso a alguien no empieces con “no te inquietes”. Dime qué pasa —ordenó Aren dejando la espada a un lado.

—Angélica se ha desmayado y Nidia dice que es por causas mágicas — informó Violeta sin quitar los ojos de Aren.

—¡Maldita sea! ¡Qué coño habrá hecho! —dijo Aren saliendo corriendo, dejando a Violeta con la palabra en la boca cuando iba a darle más explicaciones.

Violeta salió tras él corriendo, tratando de alcanzar al entrenado cazador que subía las escaleras de tres peldaños en tres peldaños . Violeta optó por tomar el ascensor y subir a la tercera planta donde estaban las tres en sus tareas. Cuando llegó a la sala donde se encontraban Nidia y Angélica, Aren ya había llegado y sujetaba la cabeza de su chica observando si podía despertarla de alguna forma.

—Exactamente no sabemos qué le ha pasado —explicaba Nidia cuando Violeta llegó—. Enseñaba a Violeta...

—No me interesa lo que enseñabas a Violeta, ¿qué ha pasado con Angélica? —le increpó Aren con urgencia.

—El collar se iluminó. Angélica lo rozó suavemente y cerró los ojos para concentrarse, yo diría que drenaba energía para algo.

—Yo le oí hablar. Angélica dijo “mátala y acabemos este asunto ahora”. No sé a quién se lo decía, pero parecía que otra voz que decía “no estás sola, tienes nuestro poder a tu alcance, yo te protegeré” o algo así, también intervenía. Lo recuerdo bien porque me ha impactado un poco, varias voces alrededor de ella —continuó Violeta con la explicación.

Aren lanzó una mirada de disgusto a Violeta y luego a Nidia.

—¿A qué diablos estaba jugando, por Thor? —casi maldijo Aren acariciando la mejilla de Angélica.

—No lo sé, Aren. Trató de hablar con los demás eruditos —dijo Nidia preocupada.

—¿Y te han respondido algo?

—Nidia —se oyó la voz de Goblin que salía desde los altavoces de la sala. Los eruditos habían montado un sistema informático en el que poder compartir información de una forma rápida y eficaz. A Violeta no le extrañaba ver a veces holografías de alguno paseando por la sala como si fuera un fantasma. Esos frikies incluso combinaban magia con tecnología de una forma en la que ya no sabías donde acababa la ciencia y comenzaba la magia o viceversa—. ¿Cómo está Angélica? Me ha llegado tu mensaje.

—Inconsciente —le informó Nidia muy preocupada.

—No te preocupes —trató Goblin de tranquilizarla—. Solo está agotada,

en un rato debe despertar. Prepárale una tizana energizante y procura que repose al menos un par de días.

—¿Qué coño le ha pasado? —le interrumpió Aren molesto.

—Hola Aren —le saludó Goblin en un tono amable—. Mina tiene un collar como el que lleva Angélica, es una de las cinco brujas.

—¿Qué Mina? ¿Y qué diablos tiene que ver con que mi chica esté inconsciente o agotada?

—Déjame explicar todo. Mina es la hija de la reina. Su madre le ha pedido que le de información para capturar a Arnau y esta se ha negado. La ha desafiado a un duelo por el liderazgo del Aquelarre. Pudo matarla y acabar ahí con todos nuestros problemas, y cuando la estaba desintegrando le dio un ataque de compasión y la dejó vivir... Esta conectada con Angélica mediante el collar, y también con María, la bruja blanca que tienen encerrada. Le deben haber ayudado. El combate ha sido muy duro, no me extraña que esté extenuada.

—De los pocos brujos con conciencia tiene que ser la que va a matar a esa rata uno de ellos —opinó Aren mientras Nidia le lanzaba una mirada hostil—. Da igual, la quiero matar yo.

—Lamento desilusionarte, ese es mi cometido —dijo Goblin—. Si no lo hacemos bien destruiremos el Aquelarre Oscuro por completo.

—Bueno, siempre fue nuestra labor —dijo Aren encogiéndose de hombros mientras tomaba a Angélica en brazos.

—No, vuestra labor es equilibrar la magia no destruir uno de sus aspecto como intentó la reina oscura.

—No voy a discutir contigo sobre ética. Dime cómo ha concluido todo.

—A Mina la ha encerrado en una tinaja para que pase una eternidad descomponiéndose, y sufriendo un tormento —informó Goblin ante el gesto de terror de Nidia.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó Nidia inquieta —Es una de las cinco, no puede acabar así. Lleva uno de los collares...

—Pues habrá que ir a por ella —dijo Aren que le hacía ilusión destruir algún antro de los brujos.

—Dejadme a mí, ya se me ocurrirá algo —dijo Goblin—. No le digáis nada a Arnau o entonces sí que la hemos liado.

—¿Arnau qué tiene que...? —preguntó Aren sin concluir la frase al darse cuenta del asunto —Angélica va a llevar razón. Voy a tener que escucharla cómo me lo echa en cara una eternidad. ¿La conoce?

—¿Qué si la conoce? —preguntó Goblin casi en un tono cínico —Si no la conoce no sé cómo ha podido dejarla embazada.

—¿Me tomas el pelo? —dijo Aren alarmado —¿Es que no puede hacer las cosas normales como todo el mundo? Si sintió lo que yo siento por Angélica lo que tenía que hacer cuando la vio es habérsela llevado y ponerla a salvo. No, él probablemente tuvo que complicarlo todo. No me importa lo que digas, tenemos que decírselo e ir a por ella, ya.

—Aren, no puedes. La garra de la bruja que tiene a Arnau atrapado afecta al bebé y a ella de paso. Si obligas a la reina a extraer energía a Arnau, porque se vea acorralada, acabarán Mina y el bebé muertos. Lo hizo en el combate, cuando ella la perdonó, y Mina cayó presa de dolor, sino hubiera sido por la protección que le brindó la bruja blanca protegiéndolos podría haber muerto, pero María está atrapada y le atacan constantemente. No podría repetirlo de nuevo. También está inconsciente como Angélica, y tardará bastante más en despertar. Espero que no afecta a su burbuja protectora.

—Joder, debería darle una paliza a Arnau —dijo Aren con Angélica en brazos pensativo —¿Y qué propones?

—No le digas nada a Arnau o la habremos liado peor. Déjame que me encargue yo. De momento está a salvo. Siempre se puede entrar a la fuerza si nos vemos obligados.

—No sé, tú siempre me has parecido de la cuerda de Arnau, de los que hacen planes demasiados complejos, a veces muy dependientes de la suerte, pero está bien, te daré un tiempo antes de que yo tome medidas. Por cierto, ¿tú sabías que buscaban a mi bebé porque es una bruja blanca? Porque si es así te voy a dejar la cara bonita cuando te vea, por no haberlo dicho —le amenazó Aren duramente.

—Me acabo de enterar, de haber sido de otra manera te lo habría dicho. No saco nada manteniéndote en la ignorancia. No lo sé todo.

—Vale, pues hay otra bruja blanca, esta adulta, que buscan. Quizás te toque mover el culo en eso.

—¿Salvar una bruja blanca? —preguntó Goblin con humor —Claro, siempre he querido ser un héroe. ¿Sabes algo de nuestra Brigit?

—Que si sale de esa no volverá a hacer un puñetero pacto con nada raro y que aborrecerá los viajes en barco. Espero que Ezequiel tenga éxito ayudándola, sino, en último recurso, el Inquisidor tiene un plan si todo falla. Él no se va a salir de rositas, yo no querré estar en su piel cuando Ezequiel le ajuste cuentas.

—Hubiera deseado haberle podido ayudar más, pero creo que el más apto es Ezequiel. Llévate ya a Angélica a descansar, y no te inquietes, está bien. Te ha sobrevivido a tí, eso la hace apta para cualquier prueba. Por cierto, buscan a un quinto cazador —dijo Goblin cuando ya iba a cortar la comunicación.

—Supongo que sí, porque eso nos jodería a todos muchos.

—Así que es verdad que hay un quinto —dijo Goblin mientras cortaba la conexión y desaparecía su icono.

—Odio que se vaya así —dijo Aren saliendo de la habitación con Angélica en brazos dejando allí a Nidia y a Violeta.

Volvió a comprobar los datos que tenía en la pantalla y las cintas de seguridad que había obtenido de Bram tras casi amenazarle, pero nada le indicaba dónde podía estar Mina, y su hermano no iba a colaborar más de lo que ya lo había hecho. Se echó hacia atrás en la silla un poco cansado de no obtener resultados. Quizás debía revisar las últimas novedades en la red de los cazadores, podría haber una pista sobre Mina y haberla obviado al no mirar esos datos al centrarse en las cámaras de seguridad y otras pistas. Tecleó rápidamente actualizando la información que tenía en el portátil. Apenas podía creer lo que leía, la circular que hizo tragar a Christ estaba en línea. Mina se encontraba en preferente para ser cazada Arnau casi arroja el portátil contra la pared, pero frenó en el último instante y cogió su móvil marcando con rapidez.

—¿Quién ha dado la orden de que se ponga en la circular la última entrada que hay en la red? —preguntó Arnau sin disimular el mal humor.

—Nos lo pasó Carla —dijo la voz del otro lado.

—¿Y desde cuándo Carla manda nada? Quitad eso inmediatamente. Si a Mina le ocurre algo os incineraré a todos los que la habéis metido en la red. Os lo juro —prometió Arnau con una seriedad aplastante.

Arnau cerró el portátil y se sirvió una copa. Parecía que nada había salido bien desde que supo de la existencia de Mina. Comenzaba a sentirse desesperado y ya se le agotaban las ideas. Tomó la botella de whisky, su vaso y otro más, y se dirigió hacia el sótano. Cuando pasó por la celda de Christ ignoró sus súplicas, aún no había decidido qué hacer con él. Abrió la celda donde había encerrado a su madre y cerró la puerta tras de sí, luego sirvió una



copa a su madre y rellenó su vaso sentándose en el suelo.

—¿Sabes dónde está? —preguntó Arnau sin más.

—Si me dejas salir yo podría ponerme en contacto con Mary. Podría traértela —dijo la madre de Arnau.

—No, eso creo que no va a pasar —dijo Arnau bebiendo mientras se acomodaba en el suelo—. No te voy a dejar libre, pero si te permito algunas comodidades me puedes dar datos a mí para que la encuentre.

—Está en Europa. Mary es una antigualla como yo. Nunca se ha adaptado bien a los nuevos tiempos, ni al Nuevo Mundo. Otras familias de brujos, especialmente las menores, que no tenían que bailar al son de Mary, hicieron su fortuna allí.

—¿Ya está? ¿Eso es todo lo que tienes que contarme? —preguntó Arnau tras esperar un poco a que continuara tras el silencio de la mujer —¿Al menos puedes decirme para qué me quieren a mí específicamente si ya me ha hecho la garra de la bruja? No necesita tenerme cerca para robarme energía.

—Por tu sangre. Es mágica gracias a la ascendencia de tu padre y eres inmortal. Una fuente infinita de sangre mágica que se puede usar para muchas cosas.

—¿Para eso me vendiste? ¿Para que me usara cuando era niño y no podía defenderme? —le recriminó Arnau.

—No, fue porque no quiero que tu padre te ponga las manos encima.

—Y no me dirás quién o qué es, ¿no?

—No, no te conviene saber nada de eso —negó su madre con vehemencia, ignorando el gesto de rencor de Arnau.

—No me dices nada. No me eres útil. Mientras tú estás aquí tranquila en esta celda...

—¿Qué? ¿Mina vive una vida de lujo ignorando tu presencia? Es una princesa en su aquelarre. Si Mary, su diosa no lo quiera —dijo la madre en tono cínico—, muriese hoy mismo, ella sería la reina, y tú, un cazador enemigo suyo. Ella es la dama noble y tú un mendigo en las calles de Carasona. Puedes haberte sofisticado, estudiado cuanto hubiera caído en tus manos, pero sigues siendo un niño sucio robando lo que no es tuyo.

Arnau arrojó la botella con furia contra una pared y la hizo arder, luego trató de calmarse. Sabía que su madre trataba de hacerle perder la paciencia, aniquilar su autoestima para sacar provecho de su situación, y eso no podía pasar.

—Su madre y tú también fuisteis dos niñas abandonadas que robaron y

mataron a una buena mujer que trató de ayudarlos. No veo mucha herencia noble en ser dos hijos de dos asesinas ingratas y lamentables —aseveró Arnau cansado de la conversación con su madre—. Ya pensaré qué hacer contigo.

Arnau salió del sótano sin mirar atrás. Siempre había sido una persona sensata, con planes coherentes, muy lejos de la impulsividad de Aren o el exceso de frialdad de Ezequiel. Ahora estaba cayendo en un agujero de incertidumbre, casi paralizado por la inseguridad. Solo la escuchó hablar unos segundos en el móvil de Bram para derrumbar toda su vida, y no importaba lo que le dijeran, no estaba dispuesto a renunciar a ella. Estaba harto de que le dijeran que no era posible, que él no era bueno para ella, que eran enemigos mortales. Quizás debería coger un avión e ir a hablar con Angélica que parecía la única que creía en destinos y cosas de ese estilo. Él no es que creyera mucho, pero estaba dispuesto a escuchar cualquier versión positiva de su futuro con Mina, y no algo del estilo “eso es una locura” o “estás obsesionado creyendo que es tu esposa muerta”. ¿Es que se creían que era tonto? ¿Que después de siglos de existencia no sabía reconocer lo real de la ficción? Entró al salón donde se encontraba la señora Fevre. La mujer estaba leyendo un libro al lado de la ventana, en un lugar apartado, y dejó el libro a un lado cuando le vio llegar.

—¿Tú también crees que estoy loco? —dijo Arnau sirviéndose otra copa dado que había roto la botella que bajó a las celdas.

—No, al contrario —dijo la señora Fevre—. Yo quería mucho a mi marido, y ahora, no lo veré más. Sin necesidad de ser inmortal ya es un infierno. Si tuviera la oportunidad de volverle a ver, estar con él, movería cielo y tierra.

—¿Crees que es ella? —preguntó Arnau abandonando la copa a un lado para observar a la señora Fevre.

—Sí, si lo creo, pero aunque no lo fuera no importa. Eres un guerrero y todos los guerreros necesitan un motivo para vivir que les haga mejores, y es lo que les separa de convertirse en carniceros. Creo que debes ir a por ella, sin importarte lo que digan los demás. Si ella está mejor sin tí que te lo diga ella, no los demás, y a veces no debes hacer caso a las palabras sino a los hechos.

—Lo intento —dijo Arnau sentándose en la silla que había frente a la señora Fevre—, pero ya no se me ocurre cómo encontrarla.

—El amor te vuelve idiota, Arnau —dijo la señora Fevre fijando la mirada en él—. Antes habrías trazado mil planes a cuál mejor, ahora te ves sin

salida. Su madre la mandó a por tí por alguna causa. No necesitas a Bram para que te diga dónde va a estar. No vayas a por ella, que ella vaya a por tí. Tú precisamente no eres de los que pasas desapercibido si no quieres. Incineras a tu paso. Creo que una chica lista sabrá donde encontrarte si su madre la envía a por tí, tan solo debe seguir el olor a quemado que dejas a tu paso.

—Mi pequeña Fevre, eres un genio —dijo Arnau con una sonrisa satisfecha—. Y mi madre ha confirmado lo que ya sospechaba, que la reina quiere mi sangre.

Arnau tomó la mano de la señora Fevre y la besó con delicadeza, luego salió de la sala dirigiéndose de nuevo a su ordenador para encontrar centros o lugares relacionados con los brujos. Pensaba hacer tanto ruido que no pudieran ignorarle.

## *Capítulo 18.*

Sentía frío, mucho frío. A veces le costaba mantenerse erguida en la tinaja que le dejaba bastante espacio como para poder hundirse lo suficiente como para que el aceite se infiltrara por sus fosas nasales y se incorporara con premura tosiendo y medio ahogada en el fluido. Los ojos estaban sumamente irritados, y no podía dejar de mirar a su hermana que había perdido todos los pelos del cuerpo en el proceso, desde las cejas, las pestañas, el cabello. A ella ya no le importaba tragar aceite, hacía mucho tiempo que debía estar muerta, y no sabía cómo su madre la mantenía viva, porque extender la vida era un conjuro tan complejo de realizar que solo se aplicaba a gente muy selecta del Aquelarre Oscuro.

—Me traicionó —le dijo a su hermana desconocida con más ánimo de hablar que de querer contar nada—. Ahora estará casado y esperando felizmente a su hijo. A pesar de todo pude haberme redimido entregándoselo a mamá, pero en vez de eso la desafié y la podría haber matado, la estaba destruyendo, y si lo hubiera concluido, nos habríamos salvado las dos, porque te habría sacado de donde estás. Pero era mi madre y fui incapaz. Todos me han abandonado y traicionado.

Mina reprimió de nuevo las lágrimas. No estaba bien que le contara a alguien en la situación de su hermana que era infeliz. A ella le habían arrebatado todo, incluso su cuerpo que se deshacía con el tiempo. Además, ella era su futuro. En un siglo nadie la recordaría, salvo los nuevos hermanos que bajaran a verlas como ejemplo de lo que le ocurría a los que desagradaban a su madre. A nadie le importaría cómo llegó allí, o los problemas de una tonta enamorada, ya no tendría amor que ofrecer, ni sentimientos, ni siquiera un cuerpo con el que identificarse o recordar cómo era. Arnau seguiría su vida con su familia y lamentaría no haberla cazado. Y su hijo no nonato y ella estarían ahí en la oscuridad. Sus errores ya no solo le

perjudicaban a ella, sino a otros. Debió haber sido fuerte por ellos y haber matado a su madre. Ahora su hijo estaría creciendo con libertad y su hermana estaría fuera de ese infierno. Su debilidad la trajo hasta aquí. Un rayo de luz le hizo daño en los ojos, los cerró y notó que alguien tiraba de ella, de los brazos, sacándola de ahí. Apenas podía abrir los ojos entre la luz y la irritación que tenía. Sintió que la arrastraban casi sin cuidado, pero le daba igual, ya apenas sí sentía el dolor de lo entumecida que estaba y el tiempo que llevaba colocada en la misma posición en la tinaja. Cuando los que la llevaban de los brazos se pararon la arrojaron al suelo sin contemplaciones. Mina trató de moverse como podía y llevarse las manos a los ojos para quitar el aceite, pero era inútil, porque estaba llena por todos sus poros.

—Toma —dijo la voz de Malcolm poniéndole en la mano un pañuelo mientras él mismo le ayudaba con un trapo limpio a quitarse la grasa de los ojos.

Apenas podía ver, tan solo unas figuras borrosas que se presentaban casi como espectros ante la luz que le molestaba. Se acostumbró a ver un poco cuando un dolor intenso en el vientre la sacudió violentamente quedando inmovilizada en el suelo.

—Tenías razón, Malcolm —oyó decir a su madre con diversión—. No en vano eres mi hijo preferido. Eres brillante.

—Sí, pero no abuses o no nos servirá de nada —dijo Malcolm que le acarició el rostro tratando de mejorar sus ojos con un poco de agua caliente.

Mina se quedó helada al descubrir que su madre conocía su secreto y podía hacerle daño al bebé, más incluso que lo que ya le había hecho. Se agarró casi a tientas a la camisa de Malcolm llenándola de aceite para acercarse a su oído.

—¿Qué le has contado? —preguntó Mina casi en un ligero susurro lleno de recriminaciones.

—Cállate —le ordenó Malcolm sin dejarle tiempo a replicar—. Llevadla a que se asee y buscad a un médico que le atienda. Cargadla con cuidado.

Mina se dejó caer sin ofrecer resistencia sobre los brazos de los hombres que la llevaban hasta una bañera donde la dejaron caer tras romperle la ropa con un cuchillo o algo similar. Se dejó mecer por el agua caliente durante un rato mientras una mujer le lavaba la cabeza y la enjabonaba. Ella apenas tenía que hacer nada salvo esperar. Luego la sacaron de la bañera, rodeándola con una toalla y comenzaron a vestirla y arreglarla mientras un médico le ponía unas gotas en los ojos y le mandaba unas vitaminas y unos cuantos

medicamentos. Ella apenas escuchaba nada hasta que la mujer que le atendía le dijo que su madre le esperaba en el salón, que no le hiciera esperar.

Mina bajó por las escaleras apoyándose en la barandilla con sumo cuidado. Se sentía extremadamente débil y enferma, y le costaba ver con claridad. Cuando llegó a la mesa donde estaba su madre y su hermano, ella se sentó casi con torpeza.

—Sé lo del niño, y de quién es, lo cuál lo hace susceptible a la garra de la bruja que le hice al padre —dijo su madre sin más preámbulo—. No voy a perdonarte jamás, pasarás el resto de tus días en el mismo sitio de donde te he sacado, y créeme que será una vida muy larga, pero el bebé no tiene por qué pagar tus errores. Ya has visto que no puedes huir de mí, inténtalo y te haré caer al suelo hasta matar al niño, y luego te recogeré y volverás. Traeme a Arnau y estarás viviendo cómodamente hasta que el niño nazca, luego dáselo a quién te de la gana y sométete a tu destino de traidora. Si intentas huir no lo lograrás. Dime, ¿cuál es tu decisión?

Mina miró a su madre casi como si viviera en una pesadilla de la que no podía despertar, y sencillamente asintió con la cabeza sin más deseos de luchar.

Su madre le dio algunas días para que se recuperase. Mina se pasó esos días en el dormitorio que le habían asignado porque el suyo y todas sus posesiones fueron destruidas, ya no tenía nada. Cuando se sintió suficientemente fuerte se vistió quitándose el camisón que había llevado durante ese tiempo. Pidió un móvil nuevo y se puso en contacto con Philips Wolf.

El hombre le esperaba en el jardín de una de sus mansiones. Mina se adentró con una seriedad inusual entre rosales y una gran variedad de flores que crecían en el lugar. El hombre se puso de pie y se apresuró a ir hasta ella.

—¡Maldita sea, Mina! ¿Qué te ha hecho? —dijo Philips Wolf deteniendo la mirada en los ojos enrojecidos de ella —Mi abuela me contó. No tienes que volver, te protegeremos.

—No, no puede ser, al menos de momento —dijo Mina observando todo con seriedad, casi como si la vida ya se le hubiera escapado—. Necesito tu ayuda.

—Dime qué necesitas.

—Dijiste que tu familia sabía mucho sobre los cazadores, y yo necesito atrapar a uno, a Arnau —dijo Mina sin un ápice de pasión en su voz, tan solo parecía centrada en un cometido.

—No, eso es una locura —dijo Wolf negando con la cabeza—. Él te incinerará a tí.

—No tengo otro remedio. Si no lo hago mi madre me destruirá. Tienes que ayudarme. Debe existir algo con lo que poder atrapar a un cazador.

—Me estás pidiendo que te de un tirachinas para matar a un dragón que escupe fuego, y nunca tan bien dicho, porque hay quién dice que el padre de Arnau es un dragón.

—¿Eso existe? —preguntó Mina preocupada.

—Quién sabe. Existen muchos planos que nos rodean como si la realidad fuera una cebolla, algunos más sutiles que otros.

—¿Pero existe una posibilidad por remota que sea de poderle atrapar y llevárselo a mi madre?

—Sí —dijo Philips sin mucho convencimiento—. Sígueme.

Mina siguió a Philips hacia un ascensor que descendía hasta una especie de bunker construido varios pisos bajo tierra. Philips apretó un botón y aparecieron varias vitrinas que estaban llena de armas. Tomó una y volatilizó un muro que apareció desde el techo como si fuera un ensamblaje para practicar.

—No los puedes matar, pero si le haces suficiente daño los paralizas, incluso podrías tenerlo inutilizado un tiempo, el problema es el después, y para eso hemos ingeniado esto.

Philips le dio a otro botón y desde el suelo se abrió una plataforma y se elevó una especie de cárcel metálica.

—Llevamos mucho tiempo investigando en este proyecto —continuó Philips rozando el metal de la cárcel suavemente—. Si logras encerrar a un cazador ahí dentro no podrá salir. No puede usar los poderes dentro de esa especie de jaula de Faraday para cazadores. Todos sus poderes quedan anulados, y podrías llevarte al cazador. El problema es ponerle el collar al lobo antes de que mate a todos los que están a su alrededor, para eso habría que distraerlo lo suficiente.

—Eso no será un problema, créeme —dijo Mina pensando en todo lo que tenía que gritarle mientras la jaula caía sobre él.

Mina estudió las armas, no eran normales, posiblemente mezclaban la última tecnología con recetas mágicas. Tomó una de ellas y parecía ligera, demasiado para el daño que podía hacer. Parecía que la familia Wolf llevaba mucho tiempo preparándose para algo gordo. No le extrañaba que su hermano Malcolm desconfiara de ellos, sin embargo, parecían demasiado amables con

ella. Ya habló de ese tema con Philips cuando le dijo que si necesitaba su protección podía contar con él. Si desearan un golpe de estado, el paso lógico era que su hija los apoyara en la toma del poder, y ahora sabían que ella era muy vulnerable, que estaba en una situación desesperada, por eso estaban muy dispuestos a ayudarle, lo que no entendían es que Mina ya se había despedido de todo y había aceptado que su destino era el infierno, tan solo quería salvar al pequeño sin saber en quién podía confiar para que lo cuidara y protegiera cuando ella ya no estuviera, quizás en Bram. Mina sonrió amablemente a Philips, si quería la ayuda de ellos debían creer que ella iba a revelarse de nuevo contra su madre, y los apoyaría. Lo bueno de acabar aquí su vida es que ya no tendría que soportar más mezquindades, ni más dobles juegos por el poder, ya no tendría que preocuparse por “en quién podía o no confiar”, tarde, pero había aprendido que en nadie.

—Necesito saber dónde estará Arnau —dijo Mina que comenzaba a trazar un plan en su cabeza.

—Eso no será difícil. No sé qué le ha picado precisamente a ese cazador, pero anda incinerando cuanto hay su alrededor que huelva a brujería.

—Supongo que algo le habrá hecho enfadar mucho —dijo Mina pensando que había sido ella, que no era difícil imaginar que su prometida le hubiera culpado de su caída y le hubiera convencido de que intentó asesinarla, después de todo, la había puesto en el número uno de buscados por los cazadores. Pues ahora iba a encontrarse con ella, y no iba a ser la presa fácil que podía imaginar.

—Sabemos por dónde anda, tan solo hay que dejar migajas de actividad mágica para que acuda, y de ahí a la jaula. Yo me encargaré de todo.

—No —se negó Mina con rotundidad—. Si no voy yo no funcionará la trampa. Él me quiere a mí. Yo me encargaré de todo con un equipo de confianza. Tú tan solo espera a que te avise para la extracción del sujeto.

—No me parece muy adecuado arriesgar tu vida.

—Pues soy la hija de la reina, obedece —dijo Mina en tono tan autoritario como fue capaz.



## *Capítulo 19.*

Miró el reloj del móvil de nuevo. Estaba nerviosa, era la primera vez que hacia algo así. Nadie se quedaba aguardando a un cazador, lo más sensato era huir, pero a ella no le quedaba más remedio. Mentiría si dijera no sentía miedo, estaba aterrada, pero ahora sabía que si el cazador la mataba era mejor que el futuro que le aguardaba, gentileza de su madre. Se retrasaba. Durante esos días había sido puntual y casi con una precisión digna de un reloj Suizo, había actuado siempre a la misma hora. Ella había puesto las suficientes miguitas y pistas sobre actividad mágica como para llamar su atención, tan solo esperaba que el cazador que acudiera fuera Arnau. No sabía cómo iba a reaccionar al verlo, era evidente que el miedo le acompañaba como un estorbo en la operación, pero tenía demasiados motivos para no fallar, sintiera lo que sintiera. Ojalá pudiera dejar los recuerdos atrás. Se dijo a sí misma que era un absurdo, que nadie perdía la cabeza la primera vez que conocía a una persona hasta el punto de echarse sobre ella como lo hizo, y después, dejar esa huella tan profunda. Debía estar enferma, demasiada soledad, y ahora le aguardaba una dosis eterna de eso mismo. Esta vez iba a ser distinto, ahora tenía demasiado en contra de Arnau como para sentir más que desprecio, incluido que él estaría feliz con su otro hijo y su mujer mientras ella y su pequeño languidecían en un pozo de sufrimiento, casi literalmente, por siglos.

Escuchó un ruido y se sobresaltó, su corazón se desbocaba acompañando de esa forma al resto de su cuerpo que temblaba de miedo. Lo escuchaba casi escapar de la caja torácica. Debía controlarse, no podía salir nada mal. El cazador, sin embargo, no parecía temer nada. Entró en la sala encendiendo la luz como si se sintiera en la cúspide de la pirámide, sin importarle lo que pudiera encontrar dentro. La puerta se cerró tras él y Mina lo observó, esperaba odiarle y desearle todo tipo de infortunio, pero lo que le apetecía era algo que no podía tener. Mina hizo un gesto con la mano y sus hombres,

escondidos en diversos lugares, comenzaron a disparar con la munición que mataría a un elefante. El cazador hizo un par de acrobacias casi esquivando cualquier disparo al que le sometieran y si le daba alguna bala no era algo que no pudiera manejar. Los disparos continuaron mientras el cazador parecía burlarse de todos mostrando su superioridad evidente, pocas cosas era un rival para ellos. Esto no iba a salir bien si ella no se exponía. Controló su respiración tras dar una bocanada amplia de aire e hizo una señal para que pararan. Luego salió de su escondrijo prudentemente lejos de Arnau, pero a la vista. Lo observó detenidamente mientras le miraba. Deseaba pegarle, matarle, descuartizarle y ... volver a besarle. Era lastimosa, con todo lo que le había hecho ya no debería sentir más que odio y deseos de que se pudriese en cualquier lado, pero deseaba que le diera explicaciones y le dijera que todo había sido un malentendido, que le pintara un mundo en el que ella era lo más importante para él, y que había venido para llevársela y continuar su aventura. Quería oírle decir que esa circular de su búsqueda la puso para encontrarla, porque la amaba. Era patética, y a cada paso que daba salía esa evidencia a flote. No sabía cuánto tiempo había estado forjando todas esas mentiras en su enferma mente, buscando excusas para todos sus actos, y ya no sabía si le odiaba a él o a sí misma.

—¿Me buscabas? —dijo Mina llamando su atención peligrosamente — Veo que eres la misma escoria con la que me encontré hace semanas ya. ¿Has engañado a muchas mujeres después de mí y a parte de a tu prometida?

Mina le miró deseando no sudar para no mostrar cuánto le aterraba. Su treta dio el resultado deseado, Arnau se quedó quieto, observándola. Exponerse era una buena idea, un segundo gesto hizo que sus hombres comenzaran con otra tanda de disparos, pero esta vez él no esquivó recibiendo tantos impactos que quedó suficiente aturdido como para pasar a la segunda parte del plan. Se recordó a sí misma que no estaba enjaulando a un león, sino a un dragón y debía actuar con sumo cuidado. Tembló otra vez de miedo tras hacer un tercer gesto.

—Dime, ¿esto va a ser así siempre que te enfades? —preguntó Arnau, observándola sin moverse del sitio —Estás muy guapa cuando te enfadas y me encantas con temperamento. Creo que ha sonado a un absurdo tópico, pero parece que no se puede mejorar un clásico.

Lo siguiente fue suficientemente rápido: el techo desapareció y la jaula cayó rodeando a Arnau aprisionándole dentro. Mina respiró aliviada, había cazado a Arnau sin mucho esfuerzo, sin bajas. Se acercó un poco a la prisión

de metal que envolvía al cazador y que podía visualizar gracias a un panel de cristal que le permitía ver dentro de la jaula.

—¿A esto vamos a jugar ahora? —preguntó Arnau en un tono divertido —Estoy impaciente por saber qué va a ser lo siguiente. Contigo no me voy a aburrir, pero te sugiero que me sueltes. Si te das cuenta, te estoy dejando que te desahogues.

—Ni de broma —dijo Mina acercándose casi hasta tocar el cristal—. No vas a salir de ahí. Voy a disfrutar cada segundo de tu encierro, y créeme que si pudiera descuartizarte lo haría, y me llevaría tu cabeza de trofeo para mi sala. Espera, ¿que eres inmortal? ¿Qué pasaría si me quedo con tu cabeza? ¿Tendría una cabeza irritablemente parlante? A lo mejor lo compruebo, porque no te voy a dejar salir.

—Preciosa, solo te estoy dando la oportunidad de que hagas lo correcto antes de seguir el consejo de varios amigos, dejar de lado el romanticismo y sacarte de aquí echada en mi hombro —dijo Arnau un poco molesto.

—Lo correcto, dices. Lo siento mi amor —dijo Mina colocando un papel con su circular de búsqueda de los cazadores pegado al cristal—. Ni siquiera es mi mejor foto. Me la hiciste el día que nos vimos, por la ropa.

—Vale, por eso puede que me lo haya merecido, cariño, pero yo no te puse en búsqueda y me enfadé cuando lo vi. No hice esa circular, y estás preciosa te pongas lo que te pongas, dudo que salgas mal en ninguna foto. Yo jamás te habría puesto en una circular para que te vieran todos los cazadores, habría guardado tu foto en mi cartera y habría ido a por tí sin necesidad de ayuda. Ahora sácame y hablemos como personas.

—¿Qué hablemos? ¿Si no te hubiera metido en esta jaula que anula tus poderes de cazador estarías hablando de negociar? No lo creo, me estarías matando —dijo Mina enfadada.

—Eso podemos comprobarlo cuando salga de aquí —dijo Arnau—. Estoy seguro que hay muchas cosas que quiero hacerte, pero matarte o dañarte no está en mi agenda.

—No vas a salir. Vas a darle cuentas a mi madre. No vas a volverme a engañar con palabras bonitas para que caiga en tu trampa, mientras tu prometida te espera embarazada en casa.

—Vale, eso también me lo merezco, pero ¿por qué no me sacas de aquí y me sacudes con fuerza hasta que te desahogues? ¿No es mejor que tenerme aquí dentro? Y ya no es mi prometida, ni ese hijo era mío, es una larga historia.

—¡Maldito liante! No sabes lo que he sufrido por tu culpa ni el precio que voy a pagar por tí. Me usaste, me abandonaste, enviaste a tus hombres a matarme, me pusiste en la caza para que todos los cazadores vinieran a por mí —dijo Mina sumamente enfadada.

—Eso no es como tu crees. Sácame de aquí y me dejaré pegar todo lo que quieras —dijo Arnau muy pegado al cristal.

—Ni de broma, no vas a salir de ahí dentro. Y no intentes usar tus poderes, es a prueba de cazadores esa jaula.

—Ya, pero ¿sabes qué? No hace mucho que me han hecho esa jugada que tu tratas de hacerme, secuestrarme y encerrarme, y resulta que mi fuego no es un poder de cazador, ni siquiera es un fuego normal.

Arnau encendió un fuego en la mano y comenzó a pasarlo por la jaula deritiéndola como si fuera mantequilla ante la mirada de horror de Mina.

—No puede ser —dijo Mina incrédula haciendo un gesto para que le dispararan, y se alejó prudentemente de él.

Arnau dio un giro muy rápido tomando al hombre más cercano que había y le rompió el cuello mientras sacaba sus armas de la gabardina que llevaba. Comenzó un baile de disparos y golpes. Mina no podía dejar de mirar cómo el cazador actuaba con tal pericia que apenas sí podían atinar a impactarle. Cuando había pasado unos escasos dos minutos, una buena cantidad de sus hombres ya estaban en el suelo, muertos o inconscientes. Cuando ya no quedaba ningún oponente en pie, ya fuera porque estaban en el suelo o habían huido, se acercó con calma hacia ella. Mina estaba aterrada, ahora sí que había enfadado al cazador, y estaba sola frente a él.

—Aún me queda mi magia —dijo Mina sin darse cuenta de que había invocado fuego en la mano.

—¿Y con eso, mi amor, pretendes matarme o calentarme? Si he de serte sincero, me has impresionado bastante. Nuestra segunda cita y ya me has arruinado la ropa.

Mina miró incrédula su mano asombrada ella misma de haber cometido un error tan estúpido, tratar de quemar a Arnau. Sacudió la mano para desconvocar el fuego, pero cambió de opinión y se lo arrojó al cuerpo. La ropa de Arnau comenzó a arder sin que este hiciera nada para evitarlo. Mina observaba cómo la ropa iba desapareciendo dejando un olor a quemado.

—Ahora sí que te he arruinado la ropa —dijo Mina contemplando satisfecha las cenizas que eran las telas.

—Si querías que me desnudara tan solo tenías que pedirlo —le sugirió

Arnau con una sonrisa de autosatisfacción.

—Eres un engreído —opinó Mina mirándole con fiereza.

Mina se echó un poco hacia atrás y conjuró unas dagas de energía que arrojó a una gran velocidad hacia Arnau tras mirarle con disgusto. Arnau no se movió del sitio recibiendo cada uno de los impactos que, aunque era inmortal, no era inmune al dolor.

—¿Estás satisfecha? ¿Te queda algo más en el arsenal?

—Es una lástima que no tenga sal, sino te la echaría en las heridas para borrar ese gesto de superioridad.

Mina le miró sin saber qué más hacerle y tomó un arma que llevaba para dispararle. Arnau no se lo permitió, actuó con mucha rapidez quitándole el arma y haciéndole delicadamente una presa, quedando ella pegada al cuerpo de Arnau. Ella se giró y le abofeteó con fuerza, luego le atrajo hacia sí y le besó sorprendiéndose a sí misma por la pasión que le desbordaba. Arnau colocó la mano en la barbilla de Mina devolviéndole el beso con un deseo desenfrenado. Mina no podía creer lo que estaba haciendo, había caído otra vez en las redes del cazador y esta vez no necesitaba un servicio de caballeros. Acarició el cuerpo desnudo de Arnau diciéndose a sí misma que debía frenar, que no había venido a esto, pero el cazador no parecía opinar así.

—¿Y ahora? ¿Te parece un buen momento para hablar? —dijo Arnau tan cerca de su oreja que sus palabras parecían casi un agradable masaje.

—No hay nada de lo que hablar. Mátame de una vez, pero hazlo con tu fuego, de otra forma no podrás hacerlo, mi madre no permitirá que muera tan fácilmente —dijo Mina casi con tono de súplica. Había fallado y su hijo pagaría las consecuencias, lo mejor para los dos era la muerte y probablemente Arnau era el único que se lo podía conceder en ese instante.

—¿Matarte? Si te quisiera muerta lo estarías la primera vez que te vi. Yo sabía quién y lo que eras —dijo Arnau igual de pegado a ella.

—Entonces me quieres sacar información, me dejarás en manos del Inquisidor.

—Ni de broma, en mis manos estás mucho mejor —le susurró Arnau casi en un tono seductor.

Arnau dejó de hablar y sin soltar la presa le besó el cuello suavemente. Mina sintió un leve estremecimiento y tuvo que recordarse a sí misma que no estaba a salvo, que si no volvía su madre mataría al bebé.

—Arnau, tengo que llevarte hasta mi madre —dijo Mina jugando su

última carta. Sabía que era inútil suplicar a un cazador, pero quizás tuviera remordimientos por haberle dejado embarazada y a su hijo en peligro.

—¿Por qué tienes lealtad hacia tu madre después de todo lo que ha hecho? —preguntó Arnau muy molesto con la actitud de Mina.

Mina pensó en mentirle, buscar una excusa, contarle algo como que podía cazar a su madre si iba con ella, pero en vez de eso se abrazó a Arnau y se puso a llorar con desesperación. No era capaz de articular palabra o pensar en nada coherente. La pesadilla de los días pasado le atormentaban y debía volver allí, quisiera o no.. Se apretó tan fuertemente a Arnau que las lágrimas se mezclaban con la sangre de las heridas que aún no habían sanado en el cazador. Arnau le acaricia el rostro delicadamente besándole la mejilla.

—Arnau, tienes que quemarme. No puedes dejarme vivir la pesadilla que me espera. Nunca pensé que hubiera algo peor que morir quemada, pero lo hay —dijo Mina cuando logró articular palabra—. Estoy aterrada, hazlo, por favor.

—No, cuéntame qué pasa. Si no lo sé, no podré ayudarte.

—Estoy embarazada. No tomamos medidas la vez que nos vimos, ya sabes cómo. La garra de la bruja que te hizo mi madre afecta a mi bebé, y ella lo sabe. Si no te llevo lo matará. No sé cómo está vivo, no sabes todo lo que me ha hecho, ni te imaginas lo que aún me va a hacer —dijo Mina llorando.

—¡Maldita hija de puta! —dijo Arnau muy enfadado —Me llevarás hasta ella porque la pienso matar.

—No puedes, si lo haces ella te extraerá energía y te aprisionará a tí y a nosotros nos matará.

—Tú puedes quitarme la garra de la bruja. Angélica se la quitó a Aren. De esa forma estaréis seguros los dos. Prueba, por favor.

Arnau se quitó los restos de la camisa quemada mostrando un cuerpo atlético suavemente moldeado por el ejercicio. Cogió delicadamente la mano de Mina y la colocó en la mancha negra que se extendía por su pecho. Mina colocó la mano en el pecho de Arnau y sintió el latir de su corazón. Podía sentirse conectada al cazador de una forma inexplicable. Cuando usó su poder dio un grito de dolor, estaba demasiado débil.

—Lo siento, estoy extenuada —dijo Mina con desesperación.

—Está bien, ¿crees que podrás hacerlo en un futuro?

—Sí, pero necesitaré al menos un par de días para estar más fuerte y no tengo tanto tiempo —dijo Mina angustiada.

—Entonces tendremos que ganar tiempo. ¿Puedes conseguir otra jaula

como esa, sin que nadie sospeche del destino de la primera?

—Si, hay dos jaulas —dijo Mina—. Podía fallar en enjaularte y me cubrí las espaldas con un segundo intento, pero como vi que no servía de nada porque lo convertías en mantequilla derretida no me molesté.

—Entonces aprisioname y llévame hasta tu madre. Cuando hayas recuperado tu fuerza me quitas la garra y salimos de ahí —dijo Arnau con determinación.

—No sabes todo lo que va a hacerte mi madre hasta que te pueda quitar la garra —dijo Mina angustiada.

—No me importa, no voy a permitir que os ocurra nada malo, y cuando no tenga la garra va a tener que correr si quiere vivir, porque la pienso quemar a fuego lento.

Mina negó con la cabeza confusa y Arnau no le permitió poner más objeciones, la tomó de la barbilla y la besó con ímpetu, luego le bajó los pantalones. Comenzó a descender con sus besos mientras sus manos jugaban con todos los puntos de placer que ni Mina sabía que tuviera. Arnau conseguía hacerle perder la razón cada vez que estaba cerca. Mina se agarró colocándose en los brazos del hombre para permitir que él continuara deslizándose por todo su cuerpo. Él la sujetó con fuerza y paró unos segundos.

—Todo va a salir bien. No consentiré que te pase nada malo —dijo Arnau continuando con su labor.

Mina besó apasionadamente a Arnau olvidando que tan solo una hora antes estaba aterrorizada con la idea de ese encuentro y que esperaba que él la tratara como a una bruja, pero a pesar de todo el arsenal que le había arrojado encima y su intento por atraparle, había sido sumamente delicado con ella.

—No deberíamos estar haciendo esto —expresó Mina entre beso y beso.

—¿Por qué no? —preguntó Arnau mientras tanteaba el sujetador de Mina.

—Porque no tenemos futuro. A mí todo me sale mal.

—Tenemos todo el futuro del mundo. Lo único que te ha salido mal ha sido culpa mía, permitir que tu madre te pusiera un dedo encima. No voy a dejarte jamás —dijo Arnau mientras le desabrochaba el sujetador con pericia.

—Ahora, no —dijo Mina tratando de controlarse—. No quiero meter más la pata. Cuando salgamos de este lío...

—Me has tiroteado, encerrado, incinerado la ropa —dijo Arnau suavemente mientras iba besándola y tras quitarle el sujetador lo hizo arder—. Hablando de quemar ropa...

—Pero... —cuestionó Mina dándose cuenta de que podría vengarse

quemando toda su ropa.

—No más peros —la interrumpió Arnau drásticamente—. No me vas a dejar así después de haberme calentado de todas las maneras posibles que se te han ocurrido.

—¿Crees que todo este montaje para capturarte era una treta para seducirte? —preguntó Mina sorprendida mientras acariciaba la cabeza de Arnau.

—A mí me lo ha parecido —dijo Arnau con una sonrisa generosa antes de hundir los labios en los pechos de Mina.

—Arnau...

—¡Shhh! —dijo Arnau colocando el dedo índice en los labios de ella como sellándolos para que cesara la conversación.

Mina ya no pudo hablar más, Arnau la estaba rozando como lo había hecho la vez anterior, como si conociera todo su cuerpo. Los dedos de Arnau no solo era electrizantes, siempre tenían un toque de calor que aumentaba cualquier sensación que produjeran. Mina suspiró entregándose por completo a la pasión. Un roce más de Arnau y el calor que produjo en el cuerpo de ella era tan elevado que comenzó a arder de verdad extendiéndose por toda la sala mientras el cazador daba cuenta de todas las necesidades de Mina. Sentía el fuego como si todas sus emociones reprimidas estallaran anhelando, no que lo apagaran, sino que lo encendieran más. Arnau parecía conocer la necesidad de Mina cuando aumentó el ritmo y con él, el calor.

—Ahora no pares —le susurró Mina casi sin saber si la había oído.

Las llamas aumentaban quemando la ropa y todo a su paso mientras ellos dos se entregaban como si fueran un engranaje que encajara perfectamente el uno con el otro. Cuando todo concluyó Mina se quedó un rato en silencio sobre Arnau. Arnau le acariciaba distraídamente el cabello mientras parecía pensar, luego le rozó el cuello tocando el collar que brilló con su toque.

—Este collar es... —dijo Arnau incorporándose para verlo mejor.

—No lo sé. Cuando desafié a mi madre me lo puse y canalizó mi poder.

—¿Que la desafiaste? —preguntó Arnau alarmado —¿Qué diablos has hecho?

—Me quería obligar a que te entregara y me negué. La desafié a un duelo por el poder.

—¿Has perdido el juicio? Si me quería tenías que haberme entregado, ya me encargaría yo de quienes enviara —opinó Arnau colocando los dedos en el mentón de ella para observarla.



—No iba a traicionarte.

—¡Maldita sea! Sabías que esperas un niño. Menuda locura desafiar a la arpía mayor de las brujas. Podía haberte matado —dijo Arnau como si le aterrara la situación.

—Estuve a punto de matarla y no pude, es mi madre —dijo Mina tristemente—. La desintegraba y paré. Luego ella... me metió en una tinaja de aceite en frente de una hija que tuvo quizás hace siglos, que lleva ahí desde que la enfadó deshaciéndose en el aceite. Ya no tenía rostro humano, parecía una muñeca sin gestos algunos, no podía hablar ni apenas ver. Me dijo que si te llevaba hasta ella, no me perdonaría, pero que podía tener a mi hijo y dárselo a alguien que lo criara. La pude haber matado y no fui capaz, soy débil.

Arnau tuvo que controlarse para no estallar en llamas cuando Mina le contaba lo ocurrido. La abrazó y besó dulcemente evitando mostrar su enfado.

—No eres débil, eres buena, y eso me encanta de tí. Nunca te habría dejado. Te estaba buscando. Cuando te dejé en el hotel debí haber subido y no haberme despegado de tí, pero quería hacer las cosas bien, ya sabes, ser romántico. Fui a un sitio muy peligroso a buscarte un regalo especial, y alguien de mi pasado, aunque no lo creas me inutilizó y me llevó a la fuerza. Cuando logré deshacerme de su artimaña había pasado todo este tiempo, y comencé a buscarte como un loco. Como no lo lograba quemé cuanto veía con olor a brujería para llamar tu atención, ya que me querías cazar.

—¿Y tu prometida? —preguntó Mina que al recordarla lanzó una mirada asesina a Arnau.

—Te juro que no la he tocado jamás, ni el hijo es mío. Era la esposa de uno de mis hombres, al que prometí cuando moría que me casaría con ella para protegerla, y me ha dado muchos quebraderos de cabeza desde entonces. La circular, fue cosa suya, yo la anulé en cuanto la vi. Estuve demasiado centrado en encontrarte que no me di cuenta de que estabas en el circuito de búsqueda. Lo siento mucho. Todo esto ha sido culpa mía, jamás debí haberte dejado sola. Y ahora deseo torturar a tu madre por todo lo que te ha hecho —dijo Arnau dándole un beso.

—Cuando me enteré me morí de celos y dolor. Creí que me habías utilizado, y que encima eras un...

Arnau la abrazó protectoramente mientras le acariciaba con una ternura que Mina creía que era imposible en un cazador, después de todo habían sido enemigos, y las noticias que tenía acerca de los cazadores era sobre

asesinatos de los suyos.

—Nunca, yo lo tuve claro desde el primer instante en que oí tu voz, pero pretendía hacer bien las cosas y todo se me torció. Siento mucho que hayas tenido esa experiencia. No esperaba que Carla hiciera lo que hizo, pensaba anular todo antes de aparecer por la mañana en tu hotel con flores y algún regalo espectacular, y prepararte el mejor día que pudiera imaginar. Ahora deseo meter a tu madre en esa tinaja de aceite, pero en su caso haciendo que el aceite hierva. No voy a permitir que te ocurra nada malo. Te lo juro.

—No hagas juramentos que no puedas cumplir, no sabes cómo pueden ir las cosas —dijo Mina acariciando el cabello de Arnau despeinándose más.

—Ya verás que sí. Espera aquí un instante y ve preparando lo de la jaula, yo tengo que llamar por teléfono. No vamos a retrasar más esto, quiero acabar de una vez.

Arnau se alejó de ella un instante tomando el móvil que había guardado en una bolsa y arrojado al suelo antes de comenzar la acción. Marcó el número de Aren y esperó pacientemente.

—Vaya, Arnau, qué sorpresa —dijo Aren sin una pizca de estar sorprendido.

—Necesito tu ayuda, que me sirvas de apoyo.

—¿Has perdido el juicio? ¿Yo de apoyo? Tú suéltame en medio de algún fregado que yo lo arregle, pero...

—Necesito algo muy específico que a lo mejor solo puedes hacer tú —insistió Arnau.

—Dime qué es.

—Si algo sale mal necesito que saques a alguien a la fuerza y contra cualquier peligro, y la pongas a salvo.

—Supongo que a Mina —dijo Aren—. Me parece bien, tú salvaste a Angélica cuando yo no pude.

—¿Cómo que a Mina? ¿Cómo sabes quién es Mina? —preguntó Arnau sin salir de su asombro.

—Porque cuando tu chica le hizo el duelo a muerte a la reina tumbó a Angélica. Gracias por tu preocupación, ahora está bien y dando más la lata que antes. Resulta que los collares están conectados...

—¿Y por qué diablos no me lo dijiste? —dijo Arnau sumamente enfadado.

—Iba a ir yo a por tu chica, a sacarla de donde estaba, pero Goblin me dijo que no hiciera nada por lo del bebé.

—¿También sabes lo del bebé? —dijo Arnau que ya no sabía si estaba más asombrado o enfadado.

—Sí, y que le afectaba lo de la garra. Le di un plazo de tiempo antes de que actuara, pero prometió que sacaría a Mina de ahí, también dijo que si te lo decía perderías los nervios, y creo que tenía razón. ¿Ya la tienes?

—Aren, sabes que cuando te vea lo vas a lamentar, ¿verdad? —dijo Arnau controlándose.

—Creo que no, porque me necesitas para poner a Mina a salvo si todo sale mal. ¿Cuál es el complicado plan que tienes en mente para necesitarme para eso? Que te quite la garra y la sacamos de dónde sea.

—No puede, está agotada. Ya sea por todo eso que le ha pasado y que desconocía porque no me has contado nada —dijo Arnau con acritud—, o porque su madre haya abusado de la garra, o a lo mejor fue el castigo que le infligió mientras tú te callabas.

—Para el carro, yo me enteré cuando todo había pasado, el que hizo sus planes idiotas fuiste tú. ¿Y tu plan ahora es...?

—Dejarme atrapar y darle tiempo a Mina para que se reponga. Tienes que venir a por una cosa, ha tratado de cazarme con una especie de jaula que anula los poderes de cazador, debes mandársela a Jacques para que la estudien, y tomad precauciones a partir de ahora. Afortunadamente mi fuego no se vio afectado. Entraré en una de esas jaulas y dejaré que me lleve hasta su madre.

—¿Por qué no me dejas a esa perra a mí? —dijo Aren con disgusto.

—Porque a tí solo te hizo un conjuro para seducirte, lo peor que te hizo es follarte. A mí me quitó a mi mujer y mi hijo y ahora trata de hacerlo de nuevo —dijo Arnau duramente.

—Buen punto. Creo que tus motivos exceden los míos, aun así, Goblin dice que no podemos matarla, que tiene que hacerlo él o el Aquelarre Oscuro desaparecerá y eso es muy malo, para nuestro propósito de equilibrar la magia.

—¿Y eso lo opinas tú? —preguntó Arnau sorprendido de nuevo.

—No, eso dice él. Yo digo que le echas leña a esa bruja y la quemes, de paso que la grabes en video para que todos lo disfrutemos.

—Pondré a Mina un dispositivo de seguimiento. Si algo malo pasa tú llévatela y protégela.

—Por eso no te preocupes, en mis manos estará más a salvo que en las tuyas, mis planes son más simples.

Arnau colgó el teléfono y se acercó a Mina que estaba de pie esperándole. Arnau le puso la mano en la mejilla para dedicarle una sonrisa.

—Necesito que lleves algo —Arnau tomó de la mochila que arrojó una caja pequeña y hermética y sacó un pequeño aparato que era casi como una pegatina de fino. Arnau tomó el collar de Mina, que brilló cuando lo rozó, y lo pegó tras una de las piedras de ámbar que tenía—. Es un chip, por si las cosas se tuercen siempre sabré dónde estás y el collar nadie puede tocártelo.

—¿Un chip? Eso es absurdo —dijo Mina a modo de queja.

—Me sentiré más tranquilo si lo llevas. Prométeme que no te lo vas a quitar —dijo Arnau acordándose que Aren le puso uno a Angélica sin su consentimiento tras apartar la mano de Mina del lugar donde había puesto el chip.

—Esta bien. Lo prometo —afirmó Mina tras darle un beso.

—¿Tienes preparada la jaula?

—Cuando tú digas.

—Espera que esconda los restos de la primera y ponemos en marcha el plan “cazador cazado”.

Mina asintió mientras Arnau se llevaba el resto de la primera jaula, al poco tiempo después le hizo un gesto y otra jaula cayó sobre él.

## Capítulo 20.

Arnau se acomodó en la pequeña jaula que tenía espacio suficiente como para poder sentarse pero sin estirar mucho las piernas. Observó de nuevo a Mina, había recorrido siglos sin ella, echándola de menos a cada minuto, y ahora no podía volver a perderla. Esperaba que Aren hiciera algo si los planes salían mal. Al poco tiempo de haberlo enjaulado llegaron varios hombres, uno de ellos se acercó con mucha confianza a Mina. El hombre de cabello oscuro recogido hacia la nuca al estilo hipster parecía tomarse más confianzas de las que desearía con Mina. Desafortunadamente no podía matarle, al menos no en ese momento, después de todo era un despreciable brujo.

—Vaya, al final has cazado al dragón —dijo Philips Wolf contemplando a Arnau—. Nunca había estado tan cerca de un cazador.

—No ha sido fácil, creí que me mataría —respondió Mina que estaba desnuda después de haberse quemado todo, incluida su ropa.

—Perdona —dijo Philips quitándose el abrigo para que ella se lo pusiera—. Estaba demasiado impresionado como para darme cuenta. Ha sembrado de cadáveres esto. ¿Cómo lo has logrado?

—Él y yo ya nos conocíamos —dijo Mina acercándose para mirar a Arnau desde el cristal—. Ya intenté cazarlo otra vez. Nos encontramos en un sitio público, demasiado público como para que él se atreviera a nada, y ahora le prometí mucha información, después de todo soy hija de la reina, que colabore habría estado bien, o quizás no habría aceptado, pero lo entretuve lo suficiente como para que cayera la jaula, y efectivamente, no puede usar sus poderes de cazador.

—Información, claro. Lo que me entretuvo fueron sus tetas —dijo Arnau que estaba harto de ver cómo le miraba el tipo ese—. Desnuda mejora.

—Tu cabeza va a quedar divina en mi salón —dijo Mina lanzándole una

mirada hostil después del comentario de Arnau.

—¿Y por qué no en tu dormitorio? Ahí podría verte las tetas siempre que te desnudaras. Dime, ¿duermes desnuda? ¿No quieres la cabeza de adorno en un sitio donde te pueda ver y el cuerpo encima tuya? —dijo Arnau mirando de refilón a Wolf que parecía molesto por las insinuaciones.

—Deberías callarte, ahora eres mi prisionero —dijo Mina que comenzaba a meterse en el papel.

—Suenas muy tentador. ¿No prefieres un esclavo sexual? A eso podría apuntarme contigo. ¿Sabes? Cómo te llames —dijo Arnau dirigiéndose hacia Wolf—. Esta jaula no me aprisionará por mucho tiempo, y cuando salga podrías arrepentirte.

—Si no has salido ya es que funciona —dijo Wolf sonriendo.

—¿Y te pondrán una medalla por esto o sencillamente tu reina te ignorará como hace con todos los que pueden hacerle sombra?

—Mis motivos no te importan —dijo Wolf mostrando cierta rivalidad con Arnau tras los comentarios que había hecho.

—Oh, espera. ¿Cómo no me di cuenta? Lo haces para impresionarla a ella —dijo Arnau disgustando aun más a Wolf—. Yo le habría regalado flores, una jaula no está mal, pero no es muy romántico a menos que lo quieras usar como juguete sexual. ¿Qué me dices, preciosa? ¿Entrarías aquí conmigo a estrenar el juguete sexual que tu admirador nos ha regalado?

—Si entro es para arrancarte la cabeza —sentenció Mina con más enfado del que pretendía.

—Está bien. Ya me callo. Mi ama dirá cuando tengo que hablar, después de todo me has capturado. Tómate ese derecho.

—Prepara los arneses para llevarnos la jaula —dijo Mina a Wolf.

Wolf afirmó y se alejó para dar instrucciones, cuando Mina se quedó sola se acercó al cristal a ver a Arnau.

—¿Eso qué diablos ha sido? —preguntó Mina en un tono molesto.

—No me gusta cómo te mira. Marcaba mi territorio —dijo Arnau sin moverse de donde estaba sentado.

—Un cazador celoso no va a colar como prisionero.

—No estoy celoso. Yo no soy... —mintió Arnau cambiando al instante de opinión—. Maldita sea, sí lo estoy. No me gusta cómo te mira.

—Pues contrólate. Eres mi enemigo y me quieres matar. No seré yo la que tenga que explicarte cómo tratarías a una bruja.

—¿Tratar a una bruja con las tetas como las tuyas? —dijo Arnau

levantándose del suelo para pegarse mucho al cristal —Te arrancaría toda la ropa prenda por prenda, luego me pasaría un rato contemplándote hasta que mis dedos se deslizaran por tu cuerpo rozando hasta el último trozo de piel como un preámbulo a lo que haría mi boca. Y luego, si no me sueltas, mataré a cuantos hayan participado en esto que tú llamas caza, bruja. Me daré mi tiempo para haceros sufrir.

Mina miró hacia atrás y vio a Wolf que llegó sin que le hubiera escuchado. Habría maldecido a Philips por interrumpir a Arnau cuando le prometía algunos placeres, y pasó de un estado de excitación a sentir como si le hubieran arrojado agua helada. No sabía cómo iba a lograr tener a Arnau tan cerca y en una jaula y no entrar a endulzarse con él.

—Eso también va por tí —prometió Arnau—. Me refiero a la segunda parte, la primera está reservada exclusivamente para ella. Son torturas especializadas.

—Yo iré atrás en el camión con él. Quiero asegurarme que no sale o hace algo inadecuado —dijo Mina—. No quiero desagradables sorpresas.

—¿No sabes qué hacer para quedarte a solas conmigo? ¿No te gustaría entrar en la jaula y pasar un buen viaje probando como folla un cazador? Creo que más de una bruja tiene sueños húmedos con eso, al menos antes de que las mate.

—¿Intentas provocarme?

—Es obvio que sí. Me he calentado mucho en esta misión y sabes que cuando salga ajustaré cuenta contigo por eso —dijo Arnau con doble sentido y dedicándole una sonrisa traviesa.

—Ya sé que te gusta un buen polvo, he estado en una sala absolutamente incinerada por tí y llena de cenizas, creo que no tenemos el mismo concepto de romanticismo —le contestó Mina tratando de ser sarcástica.

—Pues yo creo que sí tenemos el mismo concepto de romanticismo, o es que la bola de fuego me la lanzaste para verme desnudo al quemar mi ropa que es lo único que arde en mí, a parte de mi polla cuando una bruja se pone caliente como tú —le devolvió Arnau la ironía provocándola descaradamente.

—Te voy a... —le casi gritó Mina que comenzaba a enfadarse de verdad.

—¿Abrir la puerta y pegarme? Venga, hazlo, o ¿quieres ese polvo primero? Ya sabes lo bien que manejo el calor.

—Mina, cálmate —dijo Wolf tomándola de la mano mientras Arnau le lanzaba una mirada fulminante por su contacto con Mina—. Está tratando de hacerte perder la paciencia para escapar. Yo iré contigo en la parte de atrás

para protegerte.

—Sí, seguro que es eso lo que trato de hacer —dijo Arnau molesto porque tocara a Mina y se sentó en la prisión de nuevo—. Ella se ha ganado un polvo cuando salga de aquí, pero tú una incineración. Y si te ha impresionado la cantidad de cadáveres que he dejado ahí abajo, no quieras saber lo que hago cuando no hay una bruja desnuda provocándome para que me la tire.

—¿Que yo qué? —dijo Mina enfadada ya completamente mirando por el cristal de la celda.

Arnau le guiñó un ojo y se quedó en silencio, luego Wolf se volvió a alejar para dar indicaciones al camión y Mina volvió a mirar por el cristal.

—¿Y eso esta vez qué ha sido? —le preguntó Mina molesta.

—¿Es que alguien se cree que me ibais a llevar calladito en una jaula? Ni que yo fuera el Inquisidor Negro. ¿Y a mí por qué nunca me habéis puesto un mote cool como el de él?

—A lo mejor porque después de ver una sala llena de cenizas no te quedan ganas de llamar a ese cazador chispitas, cenicienta o incinerador —le comentó Mina mirándole con algo menos de enfado.

—Es un buen punto. Casi no me puedo creer que me tuvieras miedo, me maltratas como si fuera tu novio. Ahora tú me puedes apodar en exclusiva, cariño, mi amor y maldito cretino cuando te enfades —le dijo Arnau poniéndose de nuevo de pie para acercarse a Mina y cambió a un tono más serio—. No voy a dejar que te ocurra nada malo, Mina.

—Lo sé —dijo Mina dando un beso en la palma de su mano y pegándolo al cristal—. Sé bueno.

—¿Y me darás una recompensa cuando salga de la jaula?

—Para eso te tienes que portar muy bien —le dijo Mina guiñándole un ojo y alejándose de él para no llamar la atención.

—Seré un santo —respondió Arnau con una sonrisa pícaro.

No tardaron mucho tiempo en meter la jaula en el camión. Arnau se acomodó en ella, al menos no era un ataúd, su madre tenía menos estilo que esos brujos. Arnau se aseguró de que podía usar su poder de fuego encendiendo una llama, luego trató de repetirlo con sus poderes de cazador infructuosamente. Arnau se sentó preocupado, que tuvieran una jaula así era peligroso, especialmente si la reina llegaba a averiguar que Bram era un cazador. Los eruditos no chamuscables deberían echarle un ojo a lo que dejó de la otra jaula. Arnau elevó la mirada cuando entraron Mina y el tipo del



moñito atrás, como ya comenzaba a llamarle Arnau en su mente, dado que no lo nombraron en ningún momento. Sentía deseos de discutir con él sobre la manera apropiada de mirar a su chica, y se decía a sí mismo que nunca había sido celoso, claro que sus relaciones fueron cortas, no tanto como Aren, pero nunca pretendió extender una relación hasta el punto de ser “algo”, cuando comenzaba a tomar un matiz así lo dejaba. Centró su atención en el brujo del moñito, era una buena oportunidad de infiltrarse hasta en la sopa del Aquelarre, especialmente porque sabían que la jaula funcionaba y no imaginaban que Arnau pudiera fundirla con un fuego que no tenía nada que ver con un poder de cazador. No dejó de mirarlos mientras Mina y él se sentaban no muy lejos suya, demasiado cerca el uno del otro para su gusto, pero no podía fundir la jaula para salir y vaporizar al tipo. Comenzaba a sentarle mal esos recién descubiertos sentimientos de celos, pero era casi milagroso después de siglos sufriendo la ausencia de Isabel reencontrarla.

—Mina, deberías quedarte con mi familia —le ofreció Wolf mientras se acomodaba al lado de ella—. Sé que la desafiaste y que tu madre te castigó, no podemos imaginar cómo. No puedes quedarte con ella, es más, tu madre lleva siglos abusando de su poder y corrompiendo el Aquelarre, lo sabes. Invocar demonios o sacrificar niños no es el culto de la Madre Oscura.

—Yo ya la desafié y fracasé —dijo Mina lamentándose.

—La venciste, la estabas destruyendo y te arrepentiste. Ese acto casi te cuesta la vida. Si lo hubieras hecho ahora mismo habrías acabado con los problemas que tenemos todos, incluso soportar las actividades de los cazadores, porque nosotros mismos nos encargaríamos de destruir a los corruptos.

—¿Le echas en cara que no hubiera matado a su madre? —preguntó Arnau molesto porque le dijera eso a Mina haciéndola sentir peor —Quizás deberías desafiar tú a la reina en vez de criticar los actos de otro, o mejor, a lo mejor deberías matar a tu madre y me ahorras a mí el trabajo de hacerlo cuando salga de aquí.

—Si la hubiera matado no habría sufrido ningún castigo, podría haberla matado. Si desafías a la reina debe ser para no dudar en matarla, o de lo contrario lo lamentarás mucho —dijo Wolf respondiendo a la acusación de Arnau.

—¿No has pensando que yo podría matarla? —inquirió Arnau con curiosidad sobre hasta dónde pensaba llegar el brujo.

—Sí, podría tener esa jaula un punto débil, pero mientras tengas esa garra

en el pecho no podrás, te incapacitaría. A parte, no creo que te conformaras con la cabeza de la reina, luego tendrías la de Mina, con la que parece que ya estás picado después de haberte encerrado, y después la de todos nosotros.

—Buen punto, pero andas sumamente equivocado en todo. ¿Dónde crees que fueron los eruditos tras largarse de tu aquelarre por corrupción? Con nosotros. Angélica mangonea a Aren como si fuera su arma de destrucción masiva, y créeme que él es un ejército en sí mismo.

—Permíteme, pero tengo curiosidad. A pesar de los rumores nos cuesta creer que Aren dejara vivir a una bruja y se enamorase de ella...

—¿Entonces cómo crees que lo domesticó? —preguntó Arnau con una carcajada —Te has equivocado sobre a quién encerrar aquí si lo que quieres es acabar con tu reina. A menos que seas un elemento como ella, claro está. Además, ni siquiera lo hiciste tú. Enviaste a una bruja guapa que se me quedó desnuda cuando las llamas comenzaron a volar, y yo estaba mirándole las tetas cuando la jaula cayó. No te ofendas, pero contigo eso no hubiera pasado. Te habría matado antes de que pestañearas.

—Yo no la mandé —se defendió Wolf muy indignado—. Yo la ayudé, sencillamente.

—Sí, supongo que tú le diste la jaula —dijo Arnau divirtiéndose mientras le hacía hablar—. Preciosa, ese brujo no te conviene. ¿Qué tipo de enamorado manda a su chica a enjaular a un cazador dándole una jaula para ello mientras él aguarda a que vuelva en un lugar seguro? Tú necesitas un hombre que te diga, “amor, ¿a quién quieres que mate por tí? Si es a mi futura suegra lo acepto, ¿qué hombre no desearía deshacerse de la bruja de la suegra antes de la boda?”. No es un tópico, cariño, es que tu madre es una bruja.

—¿Y tú? ¿Lo harías si fueras ese hombre? —dijo Mina cayendo de nuevo en las redes de Arnau.

—Yo, preciosa, haría eso, no solo mataría a tu madre, también a casi todos tus amigos y conocidos, me enamorase de tí o no, y no lo haría como prueba de amor, sino por placer. Eso sí, a tí te reservaría si me enamorase, y no tendrías que mancharte las manos jamás, para eso me tendrías a mí. Pero claro, yo soy un caballero, el brujo que hay a tu lado creo que no —le respondió Arnau fijando la mirada en Wolf, que trataba de disimular que se sentía ofendido—. Ahora voy a dormir un rato y te voy a dejar pensar sobre cuánto tiempo me vas a tener en esta jaula, posiblemente salga cuando me hayáis aburrido mucho, pero antes tengo que saludar a la madre de mi futura novia porque como se me desnude de nuevo me la llevo, después de que haya

quemado todo, y la encierro yo esta vez. Y por favor, no habléis muy alto.

—Es irritante —opinó Wolf ofendido.

—Sí —mintió Mina pensando que era realmente encantador, especialmente cuando la defendía—. Realmente, no esperaba que un día llegara a estar tan cerca de uno de los cazadores, especialmente de Arnau. Aún creo que saldrá y nos incinerará a todos.

—No te preocupes, la jaula es muy segura, no podrá usar poderes de cazador ahí dentro. No será capaz salir de ahí, otra cosa es que haya que abrir. ¿Sabes qué pretende tu madre con él?

—Sacarle sangre —dijo Mina pensando que eso sí sería un espectáculo, entrar ahí para sacar sangre al cazador.

—Supongo que pensará que su sangre es mágica, por lo que cuentan de su padre. Pues que tenga suerte con eso. Nuestra misión concluye cuando se lo llevemos. ¿No fue ese tu trato?

—Sí, eso fue —asintió Mina pensativa. Una vez entregado el cazador no sabía qué haría su madre con ella, y necesitaba tiempo para reposar.

—Deberías venir conmigo, nosotros te protegeríamos. No tendrías que sufrir más a tu madre —prometió Wolf.

Mina miró hacia el cristal donde estaba Arnau y este hizo un gesto afirmativo. Por un instante, casi como si lo conociera desde siempre supo lo que estaba maquinando el cazador. Quería que se mantuviera en un lugar segura mientras recuperaba las fuerzas, ¿y luego qué? No tenía ni idea de cómo quitarle la garra de la bruja.

—Dime insolente trofeo que adornará mi salón. ¿Es verdad lo que cuentan sobre que hay dos cazadores que se han quitado la garra de la bruja? ¿Por qué tú no? —dijo Mina esperando pistas del cazador antes de meterse en un lio tremendo.

—Sí, así es. Supongo que tu madre no sabe cómo fue —contestó Arnau que era consciente de que si supiera que Mina le podía quitar la garra no la hubiera enviado tan alegremente a cazarle, claro que también iba muy agotada como para ello—. Lo hizo Angélica a Aren. La garra de la bruja es un puente entre dos puntos energéticos, lo único que tuvo que hacer es colapsar de energía de la red para destruir el puente, y que la energía del cazador fuera a donde debía ir. Yo no me lo he quitado porque me gusta tener a tu madre cerca, así, si sé dónde está en todo momento podré matarla.

Mina asintió con la cabeza entendiendo el proceso. No necesitaba estar cerca, ella podría si no estaba equivocado y era verdad que estaban

conectados.

—Está bien, Wolf. Necesito descansar, pero tendrías que negociar tú con mi madre que me permitiera ir un tiempo contigo. Yo no estoy en disposición de pedirle favores, después del desafío —dijo Mina tras dedicarle una mirada a Arnau para que entendiera que era necesario.

—No debes preocuparte por eso, yo lo haré —se ofreció Wolf con una sonrisa de satisfacción.

## *Capítulo 21.*

Bram intentó de nuevo probar con un poder de cazador que le había explicado Arnau, pero no lograba concentrarse. Desde que escuchó la voz de su hermana había pasado de ser el más sensato del grupo al que más locuras hacía. Ahora había desaparecido de nuevo y esperaba que no fuera en uno de los calabozos de su madre mientras trataba de llevarse a su hermana. Se dijo a sí mismo que no era su niñera, pero sería infinitamente más fácil si no fuera su hermana. También se sentía mal porque durante mucho tiempo tuvo a Mina por su enemiga, lo que no sabía es que estuviera sufriendo tanto ante su indiferencia, y luego, cuando se perdió Arnau estuvo predispuesto, al menos durante un corto espacio de tiempo, a pensar lo peor de ella. Al menos le estaba quitando de la cabeza el problema de su futura boda. Siempre pensó que su madre le mataría, no que le casaría con una familia americana de la que nadie sabía apenas nada. Escuchó un ruido a su espalda y sintió la leve sensación que le provocaba la cercanía de un cazador.

—Te vas sin decir nada. Tan solo esperaba que no te hubieran secuestrado de nuevo —dijo Bram con tono de indiferencia.

—¿Secuestrado de nuevo? —dijo Aren en un tono divertido, pensando que se había perdido algo muy interesante.

—Vaya, Aren. Qué agradable sorpresa —dijo Bram que tan solo conoció a Aren en una ocasión, cuando acudió a él antes de ir a por Angélica con la intención de recabar información sobre ella. Ahora no le hacía ni pizca de gracia tenerle ahí. Cuando su hermana apareció en juego y los hombres de Arnau trataron de ponerla en una circular, lo último que deseaba es a uno de los otros cazadores acusando a Mina, o tratando de ir tras ella. Comenzaba a pensar que estaba en el lugar equivocado.

—Yo también te he echado de menos, aunque solo te he visto una vez —dijo Aren observando cómo Bram trataba de hacer uso de sus poderes.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó Bram suspicaz mientras pensaba que acabaría mal con los cazadores por culpa de su hermana, o más bien a causa de ella, porque toda la culpa era de Arnau.

—¿Qué tal si me cuentas primero lo del secuestro? Suena a algo por lo que Arnau mataría porque no se contara.

—Quizás por eso es mejor que te lo cuente él —le contestó Bram con aspereza.

No dio tiempo a contestar porque venía mucho ruido del exterior de la sala donde se encontraban. Bram casi se pone la mano en la cabeza, cuando percibió que una de las voces era la de Carla, que hoy volvía a recoger el resto de sus cosas. Luego fijó su mirada en Aren, para percibir curiosidad en el rostro del cazador por lo que ocurría fuera. Lo último que necesitaba es que Carla enviara a Aren a cazar a su hermana. No empezó muy bien su relación con este cazador, cuando supo que su madre era la reina le pegó, perdió el control y tuvo que esquivarle un rato o pensar en devolverle los golpes. Afortunadamente se calmó.

—¿Y ese jaleo? —preguntó Aren abriendo la puerta mientras Bram se resignaba a que hoy se pelearían los dos en serio.

Carla entró en la sala con una agilidad admirable en una mujer en su estado casi esquivando a los hombres que pretendían acompañarla a su antigua habitación a recoger las cosas. Se alegró de ver a Aren con la esperanza de que este le prestara atención para ir tras Mina.

—Menos mal que estás aquí. Tenemos que hablar —dijo Carla en un tono casi arrogante.

—¿Y esta quién es? —preguntó Aren dedicándole una mirada dubitativa a Bram.

—La exprometida de Arnau —le informó Bram resignado a que su relación con Aren y los cazadores concluyera de manera muy violenta.

—Su prometida —puntualizó Carla acercándose con la circular de Mina, tendiéndosela a Aren—. Esta bruja trató de matarme, hechizó a Arnau, posiblemente lo secuestró...

—¿Mina secuestró a Arnau? —preguntó Aren reprimiendo una carcajada.

—La primera vez no, pero la segunda posiblemente sí, al menos esa era la pretensión de Arnau cuando salió de aquí. Uno de esos infalibles planes.

—¿Y esta qué pinta en todo esto? ¿Y por qué hay una circular de Mina? Debo mirar más la maldita web de los cazadores. ¿Ponen circulares para que te diviertas con brujos y no lo sabía, con lo que podría haberme entretenido

cuando he estado aburrido...? Ahora entiendo por qué Ezequiel tenía tanto trabajo siempre.

—Ella puso esa circular, no Arnau. Lo hizo a espaldas de todos —dijo Bram que no deseaba que encima creyera que estaba respaldada por Arnau.

—Soy su prometida, tengo derechos a...

—Que yo sepa ese hijo no es suyo, y no te ha puesto un dedo encima, lo que hizo contigo fue una tontería que parece que afortunadamente no fue a más. No sé qué hago discutiendo contigo, muchacha. Llévalos que no me cabré. Llevo muy mal las tonterías —ordenó Aren a sus propios hombres, y estos la sacaron fuera casi a rastras, luego volvió a mirar la foto de la circular—. Sí que es guapa, al menos ya sé cómo es cuando vaya a por ella. Guardaré la foto.

—No voy a permitir que vayas a por mi hermana —dijo Bram en tono hostil.

—Entiendo que quieras encargarte personalmente de tu hermana, pero tú no puedes ir a por ella porque delatarías que eres un cazador.

—No lo has entendido. No voy a permitir que tú vayas a cazar a mi hermana, no porque lo quiera hacer yo, sino porque es mi hermana —dijo Bram mostrándose dispuesto a combatir con Aren.

Aren se mantuvo unos segundos en silencio y luego estalló en carcajadas.

—Yo no voy a cazar a Mina —dijo Aren que le costaba dejar de reír—. De hecho, habría ido antes a por ella sino me hubiera dejado convencer de lo contrario por Goblin. No, yo voy a ponerla a salvo. ¿De verdad creíste que iba a cazarla? —preguntó Aren volviéndose a reír —¿Por eso no dijiste nada cuando supuestamente secuestraron por primera vez a Arnau?

—Qué querías que pensara —se defendió Bram que aún estaba molesto—. Los hombres de Arnau pretendían eso mismo, y casi se amotinaron gracias a los empeños de esa cría loca.

—Ya, pero tú eres el cazador. Mátalos si es necesario, pero que te obedezcan.

—No eran mis hombres, sino de Arnau.

—Razón de más, ni siquiera son tuyos, no les tienes cariño. Además, diste por supuesto que yo me pondría de parte de los amotinados en vez de a tu favor. Es posible que comenzáramos con mal pie, por ser hijo de quién eres, pero no te trocé, es una señal de que te aceptaba. Somos un equipo, llevamos siglos juntos y nos conocemos como la palma de nuestra mano, menos a Jacques, que tiene tantos secretos que no sabríamos ni por donde comenzar a

conocerle. Cuando yo estaba en aquel plano y Angélica sola, estúpidamente huyendo de mis hombres que la protegían, porque yo sí los tengo educados, Arnau siempre fue muy blando, pero él llegó y entendió lo que pasaba, en vez de matar a Angélica, que era una bruja, la protegió. Yo ya sabía todo lo que ocurría, pero no se me pasó por la cabeza que tuvieras un motín aquí. He venido porque Arnau me ha pedido que saque a Mina de dónde esté y la ponga a salvo, y si un cazador me pide eso, yo lo hago. Si tú me pidieras que rescatara a tu hermana, aunque fuera la bruja más mala del aquelarre, yo lo haría, las consecuencias ya serían tuyas. Si algún día yo te pido que hagas algo por mí, o pongas a salvo a mi familia, espero que lo hagas, y sin pedírtelo, claro está. Así que deja de pensar que estamos en tu contra porque eres el hijo de quién eres, o porque estos de aquí crean a esa chalada, los pones en su sitio y ya está. Maldita sea, este debe ser el discurso más largo que he dado en mi vida. Dime dónde esconde Arnau la bebida cara.

—Lo siento —dijo Bram finalmente—. Demasiado tiempo viviendo en un sitio donde tu hermano te puede clavar un puñal en la espalda. Me cuesta confiar. Te agradezco mucho que vayas a por mi hermana si lo que sea que Arnau esté haciendo se tuerce.

—¿Y, ahora? ¿Me vas a contar que es eso de su primer secuestro?

—Por lo visto fue su madre, la de Arnau. Ahora la tiene encerrada abajo, y da mucho la lata —dijo Bram que sacaba la bebida de Arnau.

—Y yo que siempre pensé que cuando me hablaba de su madre me tomaba el pelo.

—Ya, suena a chiste, pero parece que todos estamos conectados de una manera extraña —opinó Bram, llenando dos copas y tendiendo una a Aren.

—¿Y tu boda? ¿Cómo va? ¿Vas a permitir que tu madre te case o te vas a animar a escapar de una vez de sus garras?

—Os he conseguido más información del Aquelarre y de sus actividades que vosotros solos en siglos, apuraré todo el tiempo que pueda y posiblemente escape el día de mi boda. Me hubiera podido quedar más tiempo, pero tuve que prometerle eso a mi madre para salvar a Mina.

—Yo comienzo a sospechar que Angélica tiene razón, tras lo de Arnau. Tu hermana lleva uno de los collares de los que hablaba Angélica y se ha emparejado con Arnau. No descartes que a tí te pase lo mismo, pero claro, no te han hecho la garra de la bruja y no entiendes el alivio que da que te lo quiten. Acabarás idiotizado por una bruja, y que yo sepa debería ser la bruja blanca o la salvaje que va matando brujas de tu aquelarre.



—¿La que trató de matarme? —preguntó Bram esta vez ligeramente divertido —Bueno, eso no va a pasar, yo no soy de los que se enamoran.

—Menos lo era yo —dijo Aren dedicándole una sonrisa mordaz—. ¿Por qué será que no te mató?

—A lo mejor fue porque no pudo. Que me haga el blandito no quiere decir que lo sea. Siempre me ha interesado que me subestimen.

—Pues cuando veas a tu futura novia nos envías la foto para que Angélica y las demás brujas de su nuevo aquelarre, cotilleen un poco. Estuvieron varias hora, cuando se enteraron de que te buscaban novia, haciendo recuento de familias americanas para deducir quién era la candidata. Por lo visto, uno de sus brujos eruditos es experto en genealogía.

—¿Y no preferís que os invite a mi boda? He visto esa serie de dragones, podría ser una segunda Boda Roja —dijo Bram tras darle un sorbo a la bebida.

—No sé de qué serie me hablas, no veo la televisión. Cuando me aburro cazo brujos, y ahora que sé que existe una web con circulares sobre brujos no me voy a aburrir mucho.

—¿Y Angélica?

—No, a ella no puedo cazarla —le bromeó Aren, y luego se puso serio—. Ella supongo que vendrá conmigo, se ha empeñado en ayudarme en todo. Ahora va a tener trabajo, supervisar esa web de cazadores y recabar datos.

—La tienes desaprovechada, es una gran erudita. Sabe casi de todo.

—Tú no le des alas. Lo que menos necesito ahora es que se meta en líos. Ella se dedicará a buscar información pegadita a mí. Actualmente la busca todo tu Aquelarre, porque es erudita y porque es mi chica, y por ello tu madre la quiere en un potro de tortura, y no tienes ni idea de lo que yo haría si alguien le pone una mano encima. Si me voy se queda con Jacques, o con Ezequiel, no dejamos solos a los brujos.

—¿Por protegerlos o porque no os fiáis? —indagó Bram con curiosidad.

—Ambas cosas. No nos fiamos, no es lógico que todos estén en contra de su Aquelarre, o que ya no tuvieran dentro un infiltrado de la reina, y Jacques piensa que no queda bien que Ezequiel los interrogue sin una sospecha firme. Así que, los tenemos vigilados, aunque Angélica jure y perjure que son de fiar todos, o no serían eruditos.

—Siempre ha sido una secta muy rarita, hasta para el Aquelarre, de hecho, siendo la menos belicosa ha sido la única en revelarse y sin saber que los acogeríais en un primer instante. No me sorprendería que no hubiera ni un

solo traidor, pero hacéis bien manteniendo la guardia alta, nunca se sabe.

Wolf estaba hablando, pero ella había dejado de oír su voz mientras descargaban la jaula y la llevaban ante su madre. Se dijo varias veces que a Arnau no le ocurriría nada, que estaba seguro y podía salir de ahí cuando quisiera. Dedicó una mirada a su hermano Malcolm, al que consideraba un traidor por haber revelado lo de su bebé a su madre. Este le lanzó una mirada de incredulidad, a lo mejor no esperaba que saliera viva de su encuentro con Arnau. Se acercó mucho a su hermano mientras su madre estaba distraída escuchando a Wolf. Se agarró al brazo de Malcolm para susurrarle.

—Eres una escoria. ¿Cómo pudiste decirle a ella lo del bebé? —le recriminó Mina con rencor.

—Si no fuera por mi estarías aún en la tinaja con mi pequeño sobrino. Nadie te dijo que volvieras. Te di la oportunidad de escapar —le susurró Malcolm—. Y ahora voy a continuar ayudándote, así que sé lista, y no olvides que somos aliados, te guste o no.

Malcolm se distanció de su hermana acercándose aún más a su madre tras echar un vistazo a la jaula.

—Es una idea fantástica —opinó Malcolm besando la mano de su madre y le susurró algo al oído—. Manda a Mina con los Wolf. Le hace falta unas vacaciones en uno de esos yates que tienen, que le de el sol, que está muy pálida últimamente. De momento no necesitamos más rumores sobre lo mal que está Mina.

—Está bien —dijo Mary un poco dudosa—. Por el momento. Philips, llévatela. Yo tengo mucho que hacer aquí y ella tan solo me estorbaría.

Mina lanzó una última mirada angustiada a la jaula donde estaba Arnau. Nunca había sufrido tantos altibajos en su vida, y era la primera vez que estaba con alguien que le trataba realmente bien. Aún temía que todo cambiara y se convirtiera en uno tipo como todos los que había conocido: mentiroso, traidor, o de los que comenzaban regándote con flores y palabras bonitas, y acababan ignorándote como si todo el interés que sintieran por tí se centrara en sus hormonas, y concluía cuando se había acomodado y sentía que ya no tenía que esforzarse más. Ella siempre había querido un hombre auténtico, de los que no se disfrazaban detrás de una máscara para luego hacerla añicos, y aunque Arnau le dio esa sensación de seguridad y autenticidad, no dejaba de

sentir miedo, aunque ese motivo, teniendo una amenaza de cómo iba a pasar los siguientes siglos, debía parecerle una bagatela. Iba a sufrir un infierno de incertidumbre, y no tenía garantías de que no fuera una trampa y el cazador deseara que le llevara hasta su madre. Ese pensamiento le congeló el corazón, si era así la iba a destruir de verdad. Ella no podía confiar como quisiera, porque nunca antes, nadie le había demostrado quererla. Los pensamientos de “me traiciona” y “todo acabará mal” no saldrían de su cabeza hasta saber de qué iba realmente Arnau. Mina necesitaba que le demostraran que cuanto le dijo era verdad, y no su cebo para cazar a su madre, sin importarle si quiera lo que le dijera sobre su hijo. Mina se lamentó de nuevo, estaba en su espiral destructiva y tan solo le quedaba rezar a su diosa para que cuanto Arnau le hubiera contado fuera verdad, y pudiera tener la vida que siempre había deseado.

## Capítulo 22.

Cómo le estaba costando estar tan cerca de ella y no derretir la jaula para ir a matarla, pero si lo hacía haría daño a Mina y al bebé cuando tratara de secarle, robando su energía. Debía mantener el aplomo y tomárselo con filosofía. Al menos el brujo del moñito había hecho algo bien, llevarse a Mina, y si la trataba mal en lo más mínimo lo buscaría para matarle. Concentró su atención en los que quedaban en la sala: la reina, el brujo guapito que había a su lado, que parecía ser su nueva mascota sexual, y el resto de cortesanos lameculos de ella. Debía ganar tiempo para que Mina se recuperase y le quitara la garra, así que tendría que jugar con ellos de alguna forma y evitar de paso que le extrajeran sangre. Miró a la reina, estaba exactamente igual a como la recordaba, al igual que su madre, la auténtica, claro. Iba a sufrir un infierno si no quería incinerarla.

—Vaya, el hijo pródigo —dijo Mary en un tono altivo—. Se te ve muy bien desnudo. Dime, ¿ella te cazó o no pudiste evitar meterte en la jaula cuando te mintió contándote que estaba embarazada como acordamos que hiciera?

—La vieja y perra bruja de siempre —le acusó Arnau pegándose al cristal para verla mejor—. ¿Por qué no entras y lo hablamos como madre adoptiva e hijo adoptado que somos? ¿No deseas un beso “cálido” y fraternal?

—Lo que quiero de tí es más físico y menos sentimental, tu sangre, y me la vas a dar o te paralizaré, y que te robe energía podría matar a tu hijo —le amenazó Mary con una sonrisa petulante.

—¿Pero no decías que era tan solo una treta? ¿En qué quedamos? ¿Es que ya se te ha olvidado cómo se miente? Supongo que te llegó la demencia senil.

—Si es verdad o mentira, ¿qué más te da? ¿Te vas a arriesgar a que sea verdad y perder de nuevo a Isabel y a su bebé? ¿Te das cuenta de que te tengo de nuevo en mis garras? Nunca tan bien dicho —dijo Mary acercándose más a

la jaula para verle.

—Vamos “mamá”, entra en mi jaula y comprobemos si te creo o no —le desafió Arnau con una sonrisa mordaz—. Pero como no te veo por la labor, ¿qué tal si nos ponemos al día? Vi a mi otra madre, tu amiga arpía que ni ella sabe ya cómo se llama de las veces que se ha cambiado el nombre.

—A Emelina...

—Vaya, ya tengo un nombre con qué llamarla, aunque “perra” me gustaba —dijo Arnau apoyando una de las manos en el cristal—. Me invitó amablemente a su mansión, me hizo una oferta que no me convino, y, como no me gustaba la decoración pomposa y pasada de moda de su mansión que olía a rancio, la arreglé, lo quemé todo. Luego me la llevé. Una madre necesita un buen rincón donde pasar sus días cerca de su hijo. A lo mejor logro que se dedique a hacer colchas, como hacen las abuelitas, ahora que va a serlo, como tú.

—Así que a Emelina le iba bien hasta que se encontró contigo.

—Si por bien te refieres a vivir una vida triste entre terciopelo y criados tratando de imitar una versión barata de Lestat el vampiro, es posible. Pero, ¿qué madre querría vivir lejos de su hijo? —continuó Arnau que parecía divertirse.

—Veo que tu insolencia no se ha rebajado con el tiempo.

—Eso mismo dijo ella, se nota que sois casi hermanas. También me contó vuestra triste historia de huerfanitas. De cuando eras una bruja sin capacidades algunas y sin talento y lo conseguiste gracias a pactos con demonios, y luego robandonos a nosotros —Arnau miró al resto de la estancia comprobando la cara de perplejidad de los que la acompañaban —Ah, ¿pero no es voz populi? Lo siento, querida madre adoptiva, no sabía que era un secreto familiar, te pasa por no informarme de esos detalles. Supongo que lo de Aren sí lo es. Lo de que vive una ardiente historia de amor con Angélica. Según sé, no salen de la cama.

—¡Maldito! —dijo Mary haciendo ademán de usar la garra para extraerle energía.

—¡Para! —le pidió Arnau colocando una mano en plan “no lo hagas”—. Seré bueno, dejaré las insolencias.

—Madre —dijo Malcolm intercediendo—. Déjame que me encargué yo. Te llevaré la sangre.

—No podrás si no estoy cerca para hacerle la garra, por si te ataca.

—Ya sabe lo que harás si se porta mal. Si al cazador no le importa la

seguridad de Mina que estés aquí será muy peligroso. No sé cómo podría vivir si te ocurriese algo —le aseguró Malcolm besándole la mejilla casi como un amante más que como un hijo—. Por favor, no me mates de preocupación y vete. Yo me encargo de todo y no tendrás que sufrir a este idiota.

—Mi querido hijo —dijo Mary devolviéndole el beso, pero esta vez en los labios—. Debería de dejar de buscar amantes y dedicarme a tí por completo.

—No sabes cuánto me gustaría, pero ahora márchate —le dijo Malcolm acariciándole levemente la mejilla—. Nunca te he fallado, tendrás esa sangre.

Mary le sonrió casi con pasión mientras salía de la sala junto a su séquito. Arnau se fijó en el hijo y se dio cuenta de que observaba a una bruja que estuvo cerca de él todo el tiempo. Era guapa, no especialmente como su madre y su hermana, pero poseía una mirada dulce inusual en una bruja oscura. Arnau llevaba mucho tiempo fijándose en detalles. Cuando le vio herido una luz leve se iluminó durante un segundo en la mano. Arnau sonrió sacando algunas conclusiones.

Malcolm centró su mirada en él e hizo un gesto con la mano usando magia mientras fijaba los ojos en las cámaras.

—Dime, ¿qué opina la morenita de que te beses con tu madre y te quieras acostar con ella? —preguntó Arnau dejando caer que sabía lo que le gustaba realmente.

—Gracias a la Diosa aún no he tenido que acostarme con ella, pero si no me quedara más remedio lo haría —dijo Malcolm acercándose a la jaula—. He modificado las cámaras y le estarán dando una imagen y un sonido muy distinto a lo que ocurre aquí, no tenemos todo el tiempo del mundo.

—Espero que esto no sea una proposición sexual, porque ya me gusta tu hermana, acostarme además contigo sería muy raro en todos los sentidos —dijo Arnau que no sabía de qué iba el hijo de la reina.

—Joder, tú no lo sabes —maldijo Malcolm—. ¿En qué cueva te has metido este tiempo?

—Una extraña reunión familiar, pero no veo por qué tengo que contarte esto. Si entras a sacarme sangre te mataré.

—No, no lo harás, y no solo por mi hermana. Yo soy Goblin —dijo Malcolm acercándose más a la jaula y miró un segundo la cara de incredulidad de Arnau—. Sé que “Brigivampi” anda en un problema muy grave por hacer tratos que no debía y que Ezequiel ha ido a ayudarla. Eva está muy guapa y ya dice Goblin en vez de papá. Me ha costado un infierno proteger a mi hermana

y yo le dije a mi madre lo del bebé para que la enviara a cazarte, ella no sabe que Mina te puede quitar la garra de la bruja, de hecho, no tiene ni idea de cómo os la quitáis. También la llevé hasta el collar. Lo que no sé es por qué diablos no te la has llevado, y por qué sigues con la garra. Si es uno de tus retorcidos planes para matar a mi madre exponiendo a mi hermana te trocearé yo mismo. Si aún no me crees, he tratado de hackear tu sistema informático varias veces sin lograrlo, pero claro, con las protecciones antimagia que tienes no puedo usar magia tecnológica.

—Esta bien. Te creo. Entra en la maldita jaula. ¿Quién me iba a decir que el jodido Goblin era el hijo de la reina? Ha criado un grupo de hijos traidores que no se salva ni uno.

—¿Por qué? ¿Qué pasa con mi hermano Bram? —preguntó Malcolm con interés.

—No sé. Dime tú lo que pasa con la morenita.

—No se te ocurra hacerle ese comentario a mi madre o la troceará —dijo Malcolm alarmado mientras entraba en la jaula y la cerraba tras de sí—. Ni como broma.

—¿Y sabes también que es la bruja blanca que buscan?

—Por la Diosa, ¿eso es broma, no? —dijo Goblin tras entrar y sacar una jeringuilla —Es una conjetura tuya.

—Sí, pero me fío de mi instinto. Se le ha iluminado levemente la mano cuando me miró las heridas. Entiendo por qué te gusta, debe ser la única aquí que no te quiera por tu dinero y por tu posición. Claro que con esa relación tan rara con tu madre debes espantarlas a todas.

—¿La bruja blanca que buscáis delante de nuestras narices?

—Vaya, sí que te interesa el tema. ¿La supuesta blanca sabe que estás loco por ella? —preguntó Arnau tras echar una mirada—. Por cierto, no me voy a dejar sacar sangre.

—No quiero darle tu sangre a mi madre. ¿Has perdido el juicio? Te hago ganar tiempo mientras sales de aquí y te llevas a mi hermana de una puñetera vez. ¿Por qué llevas aún la garra? —dijo Malcolm que comenzó a sacarse sangre él mismo.

—Eso no va a funcionar —dijo Arnau mirando a Malcolm—. Mi sangre es distinta.

—Ya, la voy a diluir con la tuya, con lo cuál no podrán hacer nada con ella y mientras investigan ya no estarás por aquí.

—No te precipites. Tu hermana está agotada, no puede quitarme la garra.

Te recuerdo que desafió a tu madre, la maltrató, la tuvo encerrada, y luego sufrió que me extrajera energía varias veces. Si me hubiera podido quitar la garra no estaría en esta jaula —dijo Arnau.

—Pero Mina no está aquí, ¿cómo te la vas a llevar?

—Lo hará Aren. ¿Recuerdas? En el fondo somos un equipo —dijo Arnau observando como Malcolm hacía algún extraño conjuro.

—En ese caso cuando te quiten la garra no puedes irte —dijo Malcolm.

—¿Por qué? ¿Quieres que me quede a vivir con tu madre?

—No, pero arriba está el despacho de mi madre, donde no podemos entrar sin saltar todas las alarmas y delatarnos, pero a tí te da igual las alarmas. Tiene papeles, discos duros que no están conectados a ninguna red, y una caja fuerte...

—Vale, esa idea comienza a gustarme —dijo Arnau con una sonrisa—. Pero igualmente no pensaba dejar a nadie vivo por aquí cuando me fuera.

—No vas a poder tocar a mi madre ni a su séquito. Tiene cuarenta mil vías de escape, y la oficina de mi madre se autodestruirá cuando ella de la alarma. Tienes un tiempo limitado y debes ir arriba, sacar todo eso y largarte —le dijo Malcolm pensativo.

—¿Y tu bruja? ¿No quieres que me lleve a la morenita, la ponga a salvo con los cazadores? Tenemos la orden de Jacques de encontrar y proteger a la bruja blanca que buscan.

—No, ella es cosa mía. Ni se te ocurra meter la nariz ahí. Yo me encargo de esa orden —dijo Malcolm con una mirada seria.

—Como quieras. No seré yo quién se meta en el asunto ese.

—Toma este intercomunicador con el que puedes hablar conmigo. Nadie va a entrar a esta prisión a registrarte, y si lo hace, incinéralo.

—¿El comunicador o a quién entre? —preguntó Arnau mientras tomaba el pequeño comunicador para la oreja que le tendía Malcolm.

—A tu elección. Supongo que quieres que avise a Aren cuando ya no tengas la garra, así que avísame cuando eso ocurra, y luego te guiaré hacia dónde está el despacho de mi madre.

Malcolm tomó su sangre y la mezcló con un poco de la de Arnau y luego lo guardó todo en un maletín, poniéndose de pie para dirigirse a la puerta de la jaula.

—Por cierto, ¿tienes un plan para salir cuando te quite la garra o tengo que ayudarte? —preguntó Malcolm ya desde la puerta.

Arnau sonrió y mostró una llama en la mano a modo de respuesta.



Durante unos segundos observó a Malcolm salir de ahí y pensó que sin duda era el hijo más siniestro de los tres, y probablemente de todo el Aquelarre, pero Angélica y los demás eruditos “no chamuscables” confiaban plenamente en él, y lo tenían por un verdadero amigo, de hecho, ayudó a todo el clan a escapar del Aquelarre Oscuro, y ese era el único motivo que tenía para confiar en alguien que podía estar llevando un doble juego para sacar algún tipo de provecho. En fin, de momento casi tenía una deuda con él por sacar a Mina del infierno en el que le metió su madre, pero mantendría los ojos abiertos.

## *Capítulo 23.*

Mirar las estrellas hasta aburrirse tumbada en la playa. Conocía el nombre de muchas en el cielo, no llegaba a ser una erudita pero su madre se esmeró en darles una educación exquisita. Recuperar energías, se dijo a sí misma al mismo tiempo que se preguntaba cuándo había tenido unas vacaciones, la respuesta era simple, nunca. Había estado cien por cien a disposición de su madre desde que nació, solo para servirla, incluso más que sus dos hermanos juntos, que al no ser mujeres no tenían que tomar las responsabilidades de una heredera. Ahora comenzaba de nuevo con los miedos e inseguridades, pensando que quizás Arnau le había tendido una trampa para que le llevara hasta su madre y matarla. Era natural, en su vida las cosas buenas no solían pasar, ella se resignaba y fingía ser muy feliz, siempre mostraba una ligera sonrisa y los peores días, incluso bromeaba con su personal. Nadie podía saber sobre los tormentos que llevaba con ella. Sacó su tablet del bolso, no debía entretenerse en esas cosas, después de todo ya no tenía que trabajar para su madre, pero había un mensaje de Malcolm . Lo abrió y se dio cuenta de que era lo que le había pedido: la información que sacaron los cazadores de la operación de Milán. Echó la cabeza en la arena sin importarle llenarse el pelo y comenzó a mirar cuidadosamente todos los datos, incluso los del Grimorio de los Tormentos. De pronto se puso a rememorar la conversación que su madre tuvo con el secretario. Un quinto cazador, y si ese plan falla tenía un segundo plan, algo que le daría todo el poder que necesitaba para, incluso prescindir de la Diosa. Había más, pequeños detalles: notas que vio alguna vez en la mesa de su madre, conversaciones con su secretario que cambiaban de rumbo cuando ella llegaba... Revisó de nuevo toda la información y el puzzle comenzó a tomar forma. Cuando se dio cuenta era muy tarde y sentía frío. Se puso de pie y se dirigió hacia la casa de los Wolf donde su familia ya debía estar preparando la

cena. Entró en la casa tras darle el chal a uno de los sirvientes y se dirigió hacia el salón. Durante unos instantes sintió envidia de la familia, reunidos para la cena. Ella jamás cenó sin arreglarse como para salir a una fiesta y rodeada del séquito de su madre, pero aún más tristeza le causaba que esos días quedarían atrás cuando tuviera al bebé y se enfrentaría a un infierno, porque no podía contar con un cazador que acababa de conocer, aunque su intuición cuando estaba cerca suya, le gritara que era completamente de confianza, luego recuperaba la cordura y se dijo a sí misma que lo había visto dos veces para conocerlo tan bien, y después de todo era un cazador y ella una bruja. Ni siquiera sabía si la historia de quitarle la garra de la bruja era un cuento, y de ser verdad, sería una ilusa si creyera que se la podía quitar porque estaban enlazados, como Aren y Angélica. En su mundo no se sobrevivía creyendo todo lo que te contaban. Arnau podía haberla engañado para que le lleve hasta su madre, pero con la garra de la bruja no conseguiría llegar hasta ella y podría matar a su bebé si su madre le extraía energía en un plan descabellado, así que, si podía quitarle la garra, aunque lo del enlace entre ellos fuera un cuento, debía hacerlo, o su hijo correría peligro si el cazador se aventuraba a ir contra su madre. La cabeza le iba a estallar. Le gustaría hablar con su hermano Bram ahora que comenzaba a entenderse con él, pero meterle en todo este lío era impensable, ya tenía bastante con la boda acordada por su culpa. Este círculo de pensamientos le había atormentado desde que se alejó del cazador y perdió su influencia, ese aura que le hacía confiar en él casi ciegamente. Respiró hondo y se contempló en el espejo, costumbre que adquirió con su madre para que no hubiera reproches por algún defecto en su apariencia, y entró en el comedor. La familia Wolf, al menos unos pocos miembros, estaban sentados ante una mesa. Según le había contado Philips, su familia recibía visitas muy eventualmente, les gustaba cenar en familia, aunque todos estaban muy contentos de que ella estuviera ahí, y Mina no podía dejar de pensar en las segundas intenciones, porque desgraciadamente en su mundo siempre había de eso. La abuela Wolf, como solían llamarla, presidía la mesa, y al lado de ella se sentaba su sucesora, la madre de Philips. La abuela Wolf tardó bastante tiempo en tener una heredera, así que había una considerable diferencia de edad entre su hijo mayor y ella. Los Wolf, tradicionalmente, dominaban una buena parte de Europa, y tan solo ramas menores de su familia se adentraron a hacer negocios en el Nuevo Mundo, como aún llamaban en el Aquelarre a América. El verdadero juego de poder se realizaba en Europa, al menos hasta el siglo pasado, pero cada vez

más, las familias americanas aumentaban su poder, y era por eso por lo que su madre pretendía casar a Bram, que además era americano por parte de padre, como ella, dado que era mellizos. Antes de la llegada al poder de su madre, que era una don nadie sin “nobleza”, las familias mantenían un equilibrio que se rompía cuando una de ellas quería colocar a la nueva reina en el tablero, pero claro, para eso debía desafiar y matar a la anterior. Con su madre todos esos juegos acabaron, manteniéndose invictos durante siglos rompiendo todo equilibrio e imponiendo ella las normas. De eso ya hacía siglos y nadie recordaba ya un tiempo sin su madre en el poder, y salvo las familias que favorecía, las demás soñaban con el día en la que quitaran a la reina y colocaran la suya, en su defecto quitar a su madre y coronar a quién sea que pueda desafiarla y que les considere aliados, y en ese juego entraba ella, porque su madre podía delegarle poderes y sobre todo, podía retirarse dejando a ella en el poder. Mina era consciente del valor que tenía, especialmente después de que la abuela Wolf contemplara el desafío a su madre y vio que el único motivo que tuvo para no destruirla fue la compasión. La abuela Wolf supo, en ese instante, que su madre podía ser vencida, al menos por Mina, aunque desafiarla una segunda vez tan cerca de la anterior sería arriesgado y desconocía que estaba embarazada, hecho que le hacía vulnerable a los chantajes de su madre. Y también averiguó la debilidad de Mina, que era compasiva. Después de que Mina dudara cuando le había prácticamente vencido, hizo que su madre no pudiera matar a Mina, porque mostraría a todo el mundo su debilidad. Dejarla viva con un castigo ejemplar, daba a entender que ese desafío había sido un juego entre madre e hija, que la reina no había usado todo su poder, porque no quería hacer daño a su hija, y que simplemente, le dejó aprender, como la leona que le pega el zarpazo a la hija para que aprenda a cazar. La abuela Wolf, que estuvo presente, supo que eso no fue así, que Mary usó todo su arsenal, y aun así, prácticamente fue vencida por su hija. Ese conocimiento la ponía en miras de su madre, y en breve, la familia Wolf podría ser aniquilada, sencillamente porque la abuela Wolf contempló el desafío, y mañana, la abuela podría ser asesinada por un Kasisin contratado por la reina. Ellos sabían todo eso y tener a Mina ahí era un as en ese momento. Entendí, a por qué a pesar de todo, su madre le permitió ir con los Wolf, era su manera de decir que no les temía y que los aniquilaría si se atrevían a asomar la cabeza demasiado. Mina contempló al resto de la mesa, las dos hermanas de Philips se sentaban junto a su madre, el padre presidía el otro extremo de la mesa, y Philips estaba en frente de sus

hermanas, al lado, una silla vacía le aguardaba estratégicamente cerca de Philips. Mina les sonrió a todos y fue a sentarse al lado de él.

—Lo siento —se excusó Mina—. No me ha dado tiempo a vestirme convenientemente para la cena. Estuve en la playa y perdí la noción del tiempo.

—No te preocupes —dijo la abuela Wolf—. No somos tan estrictos como en la mesa de tu madre, ya ves que todos vamos vestidos de forma informal. Estás encantadora.

Philips se levantó para separar la silla de Mina para que se sentara y ayudarla a acercarse a la mesa de forma caballerosa.

—Gracias —dijo Mina con una sonrisa amable.

—Philips nos ha contado que has enjaulado a un cazador —dijo Bela, una de las dos hermanas de Philips, cuando Mina apenas concluyó de sentarse.

—Dejad que se acomode al menos —respondió Alice, la madre de los tres.

La familia Wolf eran una de esas antiguas familias que no necesitaban mostrar boato para parecer distinguidos. Las dos hijas de Alice no se parecían en nada a su hermano, el cual, se parecía más a su padre. Mina contemplaba todo con detalle tras apartar sus demonios internos de la cabeza, casi se sentía extraña en un ambiente distante, separada de su madre, no solo por el espacio, también por su relación madre hija que se rompió cuando le desafió. Debería sentir alivio, pero tan solo era un vacío y una soledad inquietante, como si ya no tuviera rumbo. Se dijo a sí misma que tan solo era un momento de transición en su vida, y sonrió a Bela antes de responder.

—Sí, lo hice —dijo Mina mientras uno de los sirvientes le servía la cena.

—¿Y no tuviste miedo? —continuó Bela ante la mirada curiosa de toda la familia que quería oír esa historia.

—Estaba aterrorizada —confesó Mina siendo honesta.

—No la creas. Cuando yo llegué estaba amenazando con cortar la cabeza al cazador para comprobar si seguía vivo —contó Philips disimulando la sonrisa y haciendo que sus hermanas se rieran.

—¿Eso hiciste? —preguntó la abuela Wolf —Estamos muy impresionados contigo. Algún día serás una gran reina.

—A mi madre le quedan muchos años de vida —dijo Mina omitiendo decir siglos, en vez de años.

—Las cosas pueden cambiar —dijo la abuela Wolf mirando fijamente a Mina, estudiándola.

—Es posible, pero no ahora, es pronto —respondió Mina que no deseaba deshacerse de un posible aliado que podía ayudarla si se torcían mucho sus asuntos.

—¿Es tan guapo Arnau como dicen? —preguntó Gina, la otra hermana de Philips.

—¡Gina! —le regañó Alice—. Claro que no se fijó en esas cosas, es un cazador. Es un monstruo asesino. Él no tendría escrúpulos en matarnos a todos nosotros.

—Bueno, realmente suelen seguir signos de magia corrupta e invocaciones a demonios. No suelen matar tan alegremente —dijo Mina sintiendo necesidad de defender a Arnau.

—Entonces, ¿es guapo? —insistió Gina con una sonrisa traviesa.

—Es... —comenzó a decir Mina tras echar un vistazo a Philips que le observaba con curiosidad—. No me fijó en esas cosas. Le estábamos disparando y luego hubo mucho fuego. Tras un tiroteo y un montón de humo nadie está en su mejor momento, pero cuando lo metí en la jaula ya solo pensé en matarle, porque usó la provocación para molestarnos y hacernos bajar la guardia continuamente.

—Es muy guapo —confesó Philips sin ningún tipo de tapujos—, y además, tiene un atractivo fuera de lo común, pero es difícil olvidar lo que es cuando lo tienes delante, porque sabes que puede incinerarte con tan solo chasquear un dedo.

—¿No intentó quemarte? —preguntó Bela alarmada.

—No solo lo intentó, sino que lo hizo, pero resultó que soy una maga elementalista —explicó Mina al mismo tiempo que hacía aparecer una llama en la mano ante la mirada de admiración de los presentes—. No lo sabía hasta que me tocó lidiar con el fuego, pero ese instante de perplejidad de Arnau me sirvió para enjaularlo. Lamentablemente la ropa no era ignífuga.

—¿Te quedaste desnuda delante de Arnau? —indagó Gina con una sonrisa traviesa.

—Sí, y él también, porque yo le arrojé una bola de fuego, absurdamente. Fue un duelo muy inútil, a ninguno nos afectaba...

—¿Maga elementalista? —le interrumpió la abuela Wolf —Eso es extremadamente interesante. Los elementalistas suelen ser muy raros y poderosos, especialmente los que manejan el fuego, que es el elemento más caprichoso de todos. ¿Has probado a invocar elementales de fuego?

—No, hace poco que lo descubrí, prácticamente a causa de Arnau. He

activado las defensas de fuego de un lugar alguna vez, que suelen ser elementales o golems.

—Deberías entrenar esa cualidad tuya. La conexión con el fuego te convierte en muy poderosa —le informó la abuela Wolf con interés.

—Y yo, ¿no podría ver a Arnau? Me muero de curiosidad —reiteró Gina.

—Está en la prisión que construimos y que funciona a la perfección, en manos de la reina. No creo que vuelva a salir de ahí — aseguró Philips mirando a su hermana—. Pasará la inmortalidad en su jaula.

—¿Y no crees que los demás cazadores no irán a por él?— le contradijo Gina.

—Esa es la gracia, si vienen los enjaularemos a todos. Ellos no saben lo de la prisión que anula sus poderes, y podemos usarle de cebo. El tiempo de los cazadores está a punto de pasar —explicó Philips que parecía llevar tiempo maquinando ese plan.

—No creo que mi madre te permita verlo —dijo Mina que comenzó a sentirse mal pensado que Arnau no pudiera salir de allí y estuviera en manos de su madre o de su hermano Malcolm, el cual era casi peor. Si eso ocurría debía ir ella misma a por él.

—Pues a mi me resultan románticos —opinó Gina—. Guapos y peligrosos, ya me gustaría encontrar a un hombre así, y no tan aburridos como son los que frecuento.

—¿Un monstruo psicópata y sin escrúpulos te parece romántico? —le regañó su madre —Ellos no son hombres en el sentido que tú entiendes, solo lo parecen. Carecen de sentimientos, tan solo viven para aniquilarnos. Ellos jamás se enamorarían, y si vas a hablar de lo de Aren, tan solo son rumores que nos venden porque todo el mundo sabe la debilidad de nuestra reina por él. ¿Te extraña que sus enemigos lancen esa mentira a su cara para que se muera de celos?

—¿Y según tú, madre, qué pasó con Angélica y los eruditos? —le contrarió Gina.

—Ni siquiera sabemos si se fueron realmente con los cazadores. Podría ser un bulo lanzado por los mismos eruditos para evitar que vayan a por ellos, y si están con los cazadores, posiblemente sea una tregua momentánea porque ambos tienen un objetivo en común —razonó Alice que no le gustaba la inclinación de su hija por los cazadores.

—¿Y tú qué opinas? —preguntó Bela a Mina tratando de apaciguar a las otras dos.

—Que lo último que desearía es enamorarme de un cazador, porque nunca sabría, de corresponderme hipotéticamente, si es real o finge para cazar a más brujos —opinó Mina exponiendo sus más oscuros temores.

—Pero si te correspondiera sería muy romántico —dijo Gina.

—Qué daño ha hecho el bulo de Aren y Angélica en las mentes de las brujas como tú —dijo Alice riñéndole—. ¿De verdad crees que el cazador más brutal y sangriento iba a acabar en las redes de una bruja? Y más aun, en las de una erudita que no le interesa lo más mínimo dedicarse a coquetear, no creo ni que sepa lo que hacer con un hombre normal y corriente, si pretendiera seducir a Aren dudo que supiera ni por donde empezar. Arnau te incineraría antes de que le guiñaras un ojo.

—Bueno, a mí me dio tiempo a quedarme sin ropa —dijo Mina sin poder evitar bromear al respecto para quitar un poco de tensión a la conversación y provocar alguna risa.

—Mi hijo no tiene nada que envidiar a ningún cazador —opinó Alice mirando a Philips con orgullo.

—Ya, mamá, pero no tengo ese tipo de interés en mi hermano —dijo Gina guiñándole un ojo.

—Ni tampoco en ningún cazador —le respondió Alice con hosquedad—. No quiero ni oírte hablar de ese tema. Los cazadores son monstruos y asesinos. Nunca te vas a acercar a uno, es menos peligroso acercarse a un tigre salvaje.

—Tranquila, madre —le calmó Gina—. Nadie se va a poder acercar a él si lo tiene la reina, tan solo pregunto por curiosidad.

—Claro, es una morbosa —aclaró su hermana con una sonrisa perversa—. Pero yo no creo que sean tan malos, Mina tiene razón en que suelen perseguir rastros de corrupción y sus víctimas son brujos que hacen daño o abusan de su poder.

—Eso es porque son los que más llaman la atención, pero no creas que tendrían reparos en matarnos a todos, incluso a los niños —opinó Alice—. Si un cazador se porta bien y no te mata es porque quiere cazar a más, o a uno más importante que tú, no lo olvides.

Mina sintió una punzada de dolor al escuchar esas últimas palabras que revivían sus temores. Arnau podría haberla engañado con el fin de matar a su madre y no le importaría que le extrajera energía con la garra en el proceso, poniendo en peligro la vida de su hijo si con ello mataba a la reina. El pensamiento le angustió excesivamente y quiso centrarse en algo positivo,



pero no pudo. Si Arnau estaba predispuesto a arriesgar la vida del niño con tal de matar a su madre, después de todo, aun siendo su hijo era un brujo más, ella tendría que quitarle la garra como fuera. Si era verdad que se la podía quitar se libraría del daño de su madre y podría pensar en escapar de ella, o pedir ayuda a los Wolf. Ya dudaba lo suficiente de Arnau como para no esperar nada de él, estaba sola de nuevo con sus problemas.

—¿Te encuentras bien? —preguntó la abuela Wolf a Mina cuando vio que se mantenía silenciosa sin prestar ya atención a la conversación.

—Estoy un poco cansada.

—Es entendible, has pasado por muchas penalidades estos días —dijo la abuela Wolf con un poco de amabilidad.

—¿Os importa que me vaya a descansar? La velada ha sido muy agradable, pero creo que no aguantaré mucho más de pie.

—Claro —respondió Philips poniéndose de pie para separarle la silla y acompañarla.

Ambos salieron del comedor alejándose del resto de la familia y se dirigieron al piso de arriba donde estaban los dormitorios. Philips la seguía de cerca, y Mina tenía la sensación de que le quería hablar de algún tema en particular, pero ella después de la conversación de la cena no sentía deseos de más, así que cuando Philips se detuvo para comenzar a hablar, ella le detuvo casi abruptamente con un gesto de la mano y una sonrisa amable.

—Mañana hablamos —le dijo Mina a modo de explicación—. Hoy ha sido bastante para mí, pero creo que a partir de mañana tenemos mucho de que hablar.

Philips le dedicó una sonrisa y asintió esperando que ella entrara en su habitación antes de irse. Mina sabía lo que la gente veía en ella, una mujer segura, sofisticada, elegante, con mucho aplomo y capacidad para resolver cualquier problema que se le presentara, pero la realidad era que la inseguridad y los miedos le atormentaban y el único momento en el que se sintió libre de todo ello, paradójicamente fue en brazos del “monstruo asesino”, y ahora sufría por su separación. La distancia atraía de nuevo sus miedos y pensaba en que si todo era un engaño, incluso lo de su exprometida, cuando matara a su madre sin importarle Mina en absoluto, porque ya había conseguido lo que pretendía, volvería a los brazos de esa prometida, y en ese instante los celos la destrozaban. Le gustaría poder confiar, ser positiva y creer en todo lo que le dijo Arnau, pero dada su experiencia eso no sería fácil, y ahora debía quitarse toda la negatividad de encima para intentar deshacer la

garra. Entró en su habitación, cerró la puerta y se echó en la cama. Si lo que le dijo Arnau en la jaula, cuando estaba en el camión, era cierto, debía saturar el vínculo con energía, lo más fácil era centrarse en una emoción. Cerró los ojos y pensó en la primera vez que le vio, la emoción tan fuerte que sintió de deseo y pasión. Cuando la miró la dejó paralizada perdiendo toda racionalidad, ya no era una bruja y un cazador, era su deseo personalizado en ese atractivo hombre, ya no pudo controlarse y se desenfrenó en una forma que jamás había imaginado, porque en un lugar público besó a un completo desconocido, que encima era uno de los cazadores. Rememoró a Arnau desnudo, con tanta precisión que el cuerpo le ardía casi como si tuviera fiebre, y entonces se dio cuenta de que estaba tan roja como si fuera una brasa ardiente, y tuvo que controlarse para no quemar la cama. Se levantó de la cama y se dirigió hacia un sitio donde no pudiera quemar sábanas y madera, y dejó salir sus emociones dirigiendo sus pensamientos a ese día de nuevo, las caricias del hombre, su forma de hacerle sentir deseada mientras le complacía en todo. Sus manos se dirigían casi automáticamente a los lugares que él explorara percatándose de que él le estaba enseñando a ella lo que le gustaba en vez de al contrario. Reprimió un grito cuando recordó todo el episodio de su encuentro. Abrió los ojos y tuvo que desconvocar una llamarada que amenazaba con quemarlo todo. Quién lo iba a decir, se dijo a sí misma, que la decorosa y estoica Mina que le aterraba el fuego, ahora estallara en llamas y pasión y le gustara. No tenía ni idea de lo que había hecho mientras se dejaba caer al suelo, aún jadeaba costándole recuperar el aliento tras el estallido de poder. No sabía si le había quitado la garra o no, pero sí sabía una cosa, que ya no era la misma persona de antes, un cervatillo que le daba miedo hasta su sombra, ahora iba a pelear por todo lo que quería y si el cazador le traicionaba, ella le arrancaría realmente su cabeza para que amenizara sus días colocado en su salón. Mina se concentró en él intensamente mientras conjuraba un hechizo que sabía, pero que hasta ahora no había podido realizar. Visualizó a Arnau en su jaula y atravesó la pared hasta mantener su visión en frente suya, luego rozó con un dedo de fuego su mejilla y le susurró al oído. “Creo que ya está, si me traicionas te cortaré la cabeza sin piedad”. Mina vio a Arnau sonreír, parecía que la había percibido y visto, antes de alejarse del lugar le oyó responder: “No te imaginas lo que me pone eso”. Mina sonrió, le había oído, quizás percibió también el dedo de fuego. Philips tenía razón, era un insolente, pero un tipo que podía incinerarlo todo a su paso podía permitirse ser como le diera la gana, y ese poder de hacer cuánto quisieras con la única

limitación de tu conciencia, era lo que envidiaba Mina. Aún ardía como una brasa y tuvo que darse una ducha antes de meterse en la cama, o más bien, un baño de vapor, porque el agua se evaporaba con el calor que emitía. Cuando se aseguró que ya no podía quemar nada se metió entre las sábanas para intentar dormir, y curiosamente lo hizo a pesar de todas las emociones que le embargaban, porque estaba exhausta. Le despertó el sonido de todas las alarmas de la casa, se asomó a la ventana y vio que la casa estaba siendo atacada. Iba a girarse para salir de la habitación para ayudar, cuando un fuerte brazo la rodeó. Iba a gritar pero otra mano le tapó la boca.

—No grites —dijo una voz a su espalda—. Voy a sacarte de aquí.

Mina trató de mirarle con los ojos muy abiertos sin saber quién era, porque además, estaba a su espalda. Apenas podía conjurar nada con los brazos inmovilizados y la boca cerrada por la mano del hombre, pero no iba a dejar que un desconocido, que bien podía haberlo enviado su propia madre, se la llevara. Mina se concentró en el calor, fue fácil, tan solo tenía que pensar en Arnau y su cuerpo se encendió de nuevo como una brasa.

—Joder —dijo el desconocido—. Vosotros sí que sois almas gemelas.

Mina notó que estaba quemando al hombre, pero este no se quejó, a pesar de que debía dolerle como el infierno. Se arrojó con ella por la ventana llegando a abajo casi de un salto. Mina intentó no sorprenderse, el hombre podía ser un kasisin que enviara su madre a por ella, y las capacidades que tenían junto a la magia que usaban era desconocida por todos salvo ellos. Cuando corría como un rayo, literalmente, alejándose de la casa percibió que el suelo tembló alrededor dándole a los Wolf otra cosa en la que pensar a parte del ataque. Otro desconocido abrió la puerta del coche permitiendo que los dos entraran y el coche se puso en marcha a toda pastilla junto a los otros que habían perpetrado el ataque. El hombre la soltó a su lado en el asiento trasero del coche.

—Vas a dejar la tapicería hecha un asco como no controles el calor —le dijo el desconocido.

—¿Quién diablos eres? —dijo Mina en tono malhumorado cuando pudo hablar.

—Me envía Arnau para ponerte a salvo —respondió el hombre sin decir quién era.

—Ya, claro. ¿Me tomas por tonta? Arnau está enjaulado en la guarida de la reina. No puede haber enviado a nadie.

—¿De verás? —preguntó el hombre sorprendido—. Esa parte del plan no

la contó. Me llamó antes de, supongo que meterse en esa jaula, dándome instrucciones. Si no me crees habla con Angélica, según sé la conoces.

El hombre marcó un número y tras hablar con alguien se lo pasó a Mina. Mina lo cogió con desconfianza.

—¿Mina? —se oyó una voz que parecía la de Angélica. No es que la conociera mucho, eran de dos mundos distintos, Angélica una estudiosa y ella una noble al servicio de su madre, pero se habían encontrado para pedirle datos para alguna misión, y podría decirse que eran amigas, en el sentido en el que Mina podía tener algo así.

—¿Angi? —respondió Mina con curiosidad —¿Eres tú realmente?

—Sí, Mina. Estamos conectadas por el collar que llevas, yo tengo uno igual y te ayudé cuando atacaste a tu madre, de hecho, hay otra conectada de momento, la bruja blanca que tenéis encerrada. Ella salvó al pequeño cuando tu madre te atacó. Estas en peligro con los tuyos, debes confiar en nosotros. Arnau ya no tiene la garra y no te pueden hacer daño.

—¿Que me fie dices? No tienes ni idea de cuantas cosas me han pasado desde que me tropecé con Arnau.

—Y no te culpo, es normal que desconfíes, pero no tienes muchas alternativas y sabes que yo no te mentiría, no solo estoy yo, todo el clan de los eruditos. ¿Por qué iba a tratar de razonar contigo si te quisiéramos hacer algún daño? Ya estás en el coche, y te llevan despierta, sin ataduras ni nada. De ser una prisionera u otra cosa estarías inconsciente en el maletero o algo peor.

—Está bien —dijo Mina con desconfianza—. Al menos de momento.

Mina le tendió el móvil al hombre. Hasta ese instante no se había fijado en él, era bastante alto, incluso más que Arnau. Llevaba el cabello muy rubio un poco largo, y no lucía barba, pero se notaba que llevaba días sin afeitarse. Era muy fuerte y ancho, y aunque no carecía de atractivo, Arnau poseía mucho más encanto que él, al menos para Mina. El hombre tomó el móvil y habló con Angélica.

—¿Angi? —se mofó el hombre mostrando diversión por primera vez — Luego te llamo. Un beso y otro a Eva. Te quiero.

—¿Aren? —preguntó Mina escandalizada cuando oyó decir lo del beso. Se escuchaba el rumor de Aren y Angélica, pero la mayoría no lo creía, y ella menos, a pesar de la reacción de su madre. No era como estar con Arnau, era otro cazador, y con este no se sentía segura en absoluto, así que casi inconscientemente invocó una llama en la mano.

—Tranquila —dijo Aren mostrando las manos vacías para calmarla—.

No destroces más la tapicería del coche. Te he traído con suma delicadeza. Sé lo que debes pensar de mí, pero conmigo estás más a salvo que con nadie. Aunque me arrojarás mil bolas de fuego y lo que quisieras hacerme, no iba a hacerte daño, de hecho, me has abrasado y te puedo jurar que duele. Tampoco iba a permitir que nadie te lo hiciera.

—¿Por qué no? —preguntó Mina.

—¿Cómo que por qué? —dijo Aren casi ofendido —A parte de porque Arnau me lo ha pedido, porque estás embazada y yo no daño a mujeres en ese estado, también porque Angélica me haría dormir en la calle durante mucho tiempo si te pasa algo malo, Jacques me deportaría a algún lado oscuro, y tu hermano me despellejaría vivo.

—¿Mi hermano? ¿Qué tiene que ver mi hermano con todo esto? —preguntó Mina tratando de controlar su irritación.

—¿Cuál de los dos? —preguntó Aren relajándose en el sillón del coche.

—¿Malcolm?

—¿Quién es Malcolm? —preguntó Aren elevando una ceja casi sin darse cuenta.

—Supongo que le conoces por Goblin.

—Sí, ese hermano tuyo —dijo Aren tratando de no responder a preguntas sobre Bram, al menos de momento.

—Pues buscas mal aval para que confíe en tí, porque yo no me fío de él, de hecho le contó a mi madre secretos que no debía.

—Lo sé, para sacarte de donde estabas, aunque no lo creas se ha arriesgado para salvarte. Si tu madre supiera lo que está haciendo... en fin.

Mina le miró levemente. La pesadilla de toda bruja era encontrarse con un cazador algún día, y allí estaba ella, sentada al lado de uno y pensando en otro que estaba lejos.

—¿Crees que estará bien? —preguntó Mina cuya preocupación era mayor que su deseo de mostrar que era inmune a ellos.

—Arnau, claro que sí. Yo me preocuparía más por los brujos que estén cerca de él, espero que no le tengas cariño a ninguno.

—¿Y mis cosas? —preguntó Mina preocupada porque alguien encontrara su tablet.

—Todo en el maletero. Lo saqué antes que a ti.

—¿Cuándo?

—Cuando dormías.

—¿Había una tablet? —preguntó Mina alarmada.

—Sí, metí todo lo que había en el cuarto en una maleta, incluida una tablet, un teléfono, y cosas diversas. Dormías como una marmota, no te diste ni cuenta.

—Dime una cosa. ¿En Milán se llegó a abrir un portal? ¿Y en donde sea que llevara el portal había una criatura de gran poder?

—Es posible —contestó Aren con suspicacia.

—¿Y sabéis que hay un quinto cazador?

—Es posible, también —respondió Aren cautelosamente.

—Pues en breve va a ser imposible frenar a mi madre en lo que se proponga —opinó Mina echándose en el sillón del coche.

—¿Y eso, por qué? —Aren no pudo escuchar la respuesta porque el coche aceleró más de la cuenta y asomó la cabeza para ver que le perseguían —Parece que a lo mejor hoy van a morir más brujos.

—Son de la familia Wolf, se han dado cuenta de que me has “secuestrado”.

—Pues espero que no sean amigos tuyos porque a lo mejor no viven para contarlo.

—Preferiría que les esquivaras y no entrar en más conflictos —opinó Mina que no deseaba que matara a nadie por su culpa.

—Lo siento, pero yo soy un cazador, y me dedico a esto.

Aren abrió la puerta dispuesto a salir del coche en cuanto estuvieran lo suficientemente cerca. Los hombres de los Wolf, aunque iban armados, no habían usado la munición, Mina imaginaba que entre otros motivos porque no querían dañarla a ella, y por no crear un jaleo enorme entre las fuerzas de seguridad, de momento habían optado por seguirles. Mina sacudió la cabeza y movió los dedos creando un muro de fuego entre ellos y los que les perseguían haciendo que se frenaran en seco y dejaran de seguirles. Sabía que explicarían la rareza aludiendo a un derrame de gasolina en la carretera. Aren cerró la puerta y la miró frustrado.

—Tienen una jaula que anula los poderes de los cazadores, supongo que no quieres ir así a ver a la reina —explicó Mina sin quitar los ojos de encima de Aren.

—Ya lo sé, Arnau nos dejó una para investigarla. Tú y yo vamos a hacer una cosa hasta que estés en manos de Arnau. No vas a usar magia, ni vas a fastidiarme mucho, porque tengo poca paciencia.

—¿Eso es una amenaza? —preguntó Mina fijando la mirada en el cazador.

—No, maldita sea, no te amenazo —dijo Aren indignado—, pero deja que yo me ocupe de todo y tú tan solo descansa, o piensa en un nombre para el bebé, lo que sea sin intervenir en nada.

—¿No se te dan bien las mujeres, verdad? —preguntó Mina con una sonrisita estudiando al cazador —Me refiero a tratar con ellas, supongo que ligar ligarías lo que quisieras, antes de Angélica.

—Tampoco me gusta que me analicen. ¿No tienes algún antojo? Puedo conseguirte chocolates, casi lo que quieras.

—Chocolate suizo traído desde Broc —pidió Mina con una sonrisa de desafío.

—¿En serio? —pregunto Aren que esperaba parar en una gasolinera a comprarle dulces o lo que sea que pidiera.

—Has dicho que podías conseguir lo que quisieras, ¿no?

—Casi lo que quisieras —corrigió Aren.

—Bueno, pensaba que ese casi se refería a algo imposible. Conseguir chocolate suizo traído desde Broc no es imposible, solo difícil.

—Joder, hasta para tener novia es complicado Arnau. Seguro que estas tonterías le vuelven loco a ese pijo. Puedo conseguirlo, pero no será inmediato, obviamente —dijo Aren que comenzaba a sentirse fastidiado.

—Bien —dijo Mina con una sonrisa de triunfo—, porque quiero de varios tipos y será mejor que lo anotes, luego te iré diciendo el resto de mis “antojos”.

—¿Aún hay más?

—Claro que sí, señor Aren. Me quieres tener entretenida para que no meta mis narices en esos asuntos que también son míos, pero prefieres tener el control. Si quieres ese control, me mantendrás entretenida en la forma que yo diga —dijo Mina de forma altiva— acomodándose con elegancia sobre el coche colocando las manos en su regazo de manera plácida.

—Lo que usted diga, princesa —dijo Aren resignado a que podía ser un infierno hasta que Arnau llegara.

Mina quedó satisfecha. No pensaba dejarse avasallar por la actitud machista del cazador, y si tenía que mostrarse arrogante hasta que la aborreciera lo haría.

—Por cierto, ¿a dónde vamos? —preguntó Mina.

—A casa de Arnau en París, y allí esperaremos a que vuelva Arnau.

## *Capítulo 24.*

Comenzaba a encontrar tedioso los encierros, quizás porque acababa de padecer uno muy recientemente y sentía que con el tiempo, lejos de ganar paciencia, la había perdido. Enjaulado, ni siquiera le visitaban para amenizar su estancia, tan solo se olvidaron de él en cuanto obtuvieron la sangre. Arnau sabía que olvidar no era la palabra, más correctamente era “miedo”. Sentían miedo y evitaban acercarse. Le hubiera gustado explicarles que en el fondo era un hombre civilizado con una amplia cultura que podría hacerle disfrutar de una agradable conversación, pero mentiría si les dijera que no tenían nada que temer, Arnau pensaba matar a todo el que se cruzara en su camino hasta llegar al despacho del que le habló Goblin. Aún no podía creerlo, Goblin era el hermano raro de Mina. No le extrañaba que su novia estuviera tan traumatizada, posiblemente era la única normal entre tantos disfuncionales, pero si ella quería invitarlos a pasar las navidades aceptaría. A pesar de todas las buenas referencias que los eruditos le daban sobre Goblin, no estaba muy seguro de si debía dejar a la bruja blanca con él. No porque no fuera hábil para protegerla, lo veía excesivamente eficiente, sino porque era el preferido de su madre. Eso decía mucho de lo que era capaz de hacer. Ahora sí que se sentía un león enjaulado, había dormido, pensado en millones de cosas, hecho unos pocos planes para cuando saliera de ese encierro, y ya no sabía qué más hacer. Se levantó de nuevo a estirarse y pensó en armar escándalo para que vinieran a verlo, como un mocoso aburrido, pero no quería arriesgarse a que le extrajeran energía mediante la garra. Se acordó del comunicador y sonrió apaciblemente, debería preguntar cómo iban las cosas a Goblin, pero seguramente esto estaba lleno de cámaras y micros. Se resignó al aburrimiento, y decidió de nuevo dedicarse a la tediosa tarea de no hacer nada. Cuando pensó de nuevo que la mejor manera de pasar el tiempo era durmiendo algo ocurrió. Una sensación agradable le inundó. Casi como un



drogadicto que hubiera consumido una toma de su adicción cerró los ojos y se dejó llevar. En ese instante tan solo le venían pensamientos acerca de Mina. Rememoró sus momentos íntimos con ella centrándose en los más calientes, obviamente, luego se deslizó por la jaula hasta sentarse en el suelo y quedarse extasiado en una explosión de energía y placer. Cuando abrió los ojos y salió del casi coma en el que le había sumido estaba como en un panel de miel endulzándose de todo tipo de emociones. Tardó un poco en darse cuenta de dónde estaba, o recuperar la percepción de lo que ocurría a su alrededor, pero podría jurar que nunca se había sentido tan bien. Se puso de nuevo de pie y estiró los músculos, tomó una bocanada de aire y sintió alivio, nada le oprimía el pecho, era como respirar de nuevo. Se llevó la mano al pecho y bajó la mirada, ya no tenía la garra, la mancha había desaparecido. Se sintió feliz, tanto que podría abrir la botella de champán más caro del mundo. Mina le había quitado la garra. Ahora ya no le importaban las cámaras o los micros así que se decidió a hablar al comunicador.

—Ya no tengo la garra—dijo Arnau en voz baja—. ¿Está Mina a salvo?

Arnau tuvo que esperar un rato hasta que Goblin se decidió a hablar.

—Está con Aren —dijo Goblin desde el comunicador—. Sal de la jaula y sube hasta la última planta, date prisa, no te pares a coger ascensores.

Arnau sonrió, ya iba siendo hora de que saliera de ahí. Puso las manos en el metal e invocó el fuego, durante unos instantes pensó que había perdido los poderes, o que sencillamente, la jaula le afectaba más de la cuenta, pero en breve suspiró aliviado, simplemente aún estaba conmocionado por la experiencia. Colocó las manos de nuevo y comenzó a fundir el metal, con un poco de suerte no se percataban hasta que fuera tarde. Debería haber sonado una alarma cuando puso el pie fuera de la jaula, pero Goblin seguramente la desactivó, porque todo se mantenía en silencio. Fijó los ojos en la puerta, posiblemente afuera de esta sala hubiera hombres armados, y se sintió disgustado porque de nuevo estaba desnudo saliendo de un encierro, no es que le importara, a estas alturas no era tímido, y con su afinidad con el fuego, no era extraño que su ropa acabara siendo cenizas más de una vez. Cuando saliera de ahí tendría un tiempo para hacer todo lo que necesitaba antes de que el lugar estallara por los aires, con o sin él en medio de la acción. La puerta era de alta seguridad y blindada, no sería un problema si no fuera porque carecía de herramientas para encargarse de ella.

—Está abierta —escuchó la voz de Goblin—. Tan solo empuja y prepárate, hay cuatro hombres armados con munición pesada.

Arnau se encogió de hombros y empujó la puerta bruscamente, y sin dar tiempo a reaccionar a ninguno, se abalanzó hacia el que tenía más cerca rompiéndole el cuello, y sin quitarle el arma, se ocupó de los demás tan rápido que no les dio tiempo a disparar. Sin alarmas ni ruido de armamento que alertaran a los brujos, la probabilidad de pasar aún desapercibido eran altas, así que le quitó la ropa al muerto que tenía la constitución más parecida a la suya, se vistió con rapidez y se armó con lo que habían dejado caer los hombres. Buscó las escaleras con la mirada y luego comenzó a correr subiéndola a una velocidad sobrehumana sin encontrarse con nadie, dado que solían usar los ascensores. Era cuestión de tiempo que le pillaran y dieran la alarma, entonces la cuenta atrás comenzaría, así que pretendía ganar todo el espacio que pudiera. Cuando iba por la séptima planta escuchó las alarmas, debieron haber encontrado los cadáveres que dejó abajo.

—Acaban de encontrar los cadáveres —confirmó Goblin a Arnau—. Mi madre está siendo evacuada junto a su grupo. Creo que ya se habrá dado cuenta de que la garra de la bruja no te afecta, y ya sabe que Mina ha sido “secuestrada”.

—¿Secuestrada? —repitió Arnau mientras continuaba subiendo.

—Es la versión oficial. Aren no se paró a pedir permiso, la cogió y se la llevó. Ahora están subiendo a un avión de los cazadores.

—¿Está bien? —se preocupó Arnau.

—Perfectamente, dirígete hacia la última planta. Yo me ocupo de la seguridad.

Arnau llegó a la última planta cuando acabó de hablar Goblin. Se dirigió hacia la única habitación que había.

—Hay una cámara de seguridad tras la mesa de mi madre, la otra caja, donde guardaba el collar ya la saqueó Mina. Tengo todos los códigos de seguridad.

Arnau se acercó a la mesa y comenzó a arrojar al suelo o quemar lo no le servía y meter en uno de los maletines que había en el despacho cuanto veía de valor. Rebuscó discos duros, destruyó mobiliario, se paró un breve instante para contemplar la foto de la reina con Mina, estaba realmente bonita ahí, así que rompió la foto por la mitad quedándose tan solo con la parte donde estaba Mina, la guardó y quemó la mitad donde estaba la reina junto al resto de las cosas que consideraba que no eran útiles. Sabía que no era necesario quemar nada si la habitación iba a volar por los aires, pero sentía placer en destruir las cosas personales de la reina que tanto sufrimiento le había causado. No se

demoró mucho, tampoco podía llevarse todo. Cuando iba a salir sintió curiosidad por la caja fuerte que Goblin decía que había sido saqueada. No se molestó en pedirle a Goblin la contraseña, no la necesitaba para una caja fuerte tan pequeña, y a menos que Arnau no quisiera llamar la atención en exceso haciendo gala de sus poderes, no solía molestarse en abrirlas de la forma convencional. Hundió la mano en la cerradura y derritiéndola con el calor la extrajo con cuidado de no quemar nada que hubiera dentro. Se quedó estupefacto cuando abrió la puerta, no sabía cómo, quizás por lo que le contó Mina, era capaz de identificar esos huesos, los de Isabel. Tomó un maletín y guardó con cuidado los restos de su mujer. Pretendía darle una buena sepultura cuando tuviera ocasión. Había concluido antes de tiempo y no pensaba irse sin intentarlo. Su nuevo objetivo era matar a la reina.

Como sabía que Goblin no iba a ayudarle en ese cometido, encendió una de los portátiles que estaban conectados a la red del edificio y lo hackeó. Tecleaba tan deprisa que apenas se podían ver sus dedos en una vorágine de movimientos. Cuando obtuvo cuanto necesitaba decidió largarse. Esta vez no le quedó otro remedio, tomó el ascensor para bajar a la última planta, tuvo que intentarlo varias veces, incluso manipular el mecanismo del ascensor para ello, no dejaba de moverse a una velocidad que excedía los límites humanos, porque el tiempo no jugaba a su favor. Cuando estaba bajando por él escuchó una explosión, la habitación de arriba había explotado sin afectar al resto del edificio, los brujos lo tenían bien montado. Cuando llegó al sótano se asombro de lo lúgubre que era todo, apenas podía ver con la escasa luz que escapaba del ascensor, dio unos cuantos pasos adentrándose hacia la oscuridad, y cuando apenas había recorrido unos metros escuchó pasos de alguien corriendo a su espalda. Se giró con agilidad y corrió hacia el ascensor, pero quién fuera que estuviera ahí acababa de subir. Arnau no pensaba darse por vencido, fuera quién fuera estaba en el ascensor, que en este momento era una ratonera, tan solo tenía que romper el mecanismo y subir por él hasta llegar a donde quedó encerrada la presa.

—No lo hagas, Arnau —escuchó una voz familiar que le hablaba desde el fondo.

—¿Angélica? —preguntó Arnau sorprendido —¿Qué diablos haces aquí?

—No estoy realmente aquí, tan solo mi mente. Este es el corazón del Aquelarre...

—Se va a escapar —le interrumpió Arnau refiriéndose a la persona que subía por el ascensor.

—No la vas a atrapar, este lugar es adimensional, ya no estás donde estabas antes, ni ella donde estás ahora. El ascensor cuando baja aquí está en ninguna parte, por decirlo de alguna forma, y ella tan solo debía poner un código para subir y llegar a un edificio de otra ciudad del Aquelarre. Ya no se encuentra ni en la misma ciudad que tú.

—Bueno, entonces dime cómo debo hacer para ir tras ella, porque supongo que es la reina.

—No puedes, no sé los códigos, ni ninguna de aquí, solo los conoce la reina. Los demás tan solo pueden usar el ascensor para bajar aquí y volver al edificio por el que entraron —explicó Angélica.

—Así que esta era la vía de escape. Maldito Goblin, me ha distraído, si me hubiera dicho esto en vez de que tenía millones de formas de escapar, ahora la hubiera incinerado de haber bajado directamente hasta aquí. Creo que le voy a despellejar cuando le vea —dijo Arnau frustrado. —¿Tú estás aquí o no? Es para saber si te tengo que escuchar.

—No, no estoy. No te preocupes por mí, sal de aquí y hazme un favor, destruye el ascensor.

—¿Por qué? —dijo Arnau con curiosidad.

—Porque estoy conectada al centro de poder que hay aquí, si alguien dañara el lugar nos dañaría a todas, incluida mí.

—Pero ese ascensor es la forma de llegar a otros edificio del Aquelarre Oscuro, y no debes temer, ahora que sabemos donde está...

—Arnau, cuando esté a salvo volará todo el edificio y no estoy segura de que no pueda afectarnos. Hay un sistema de seguridad para separar este lugar de los otros en caso de peligro, pero ella se quiere deshacer de nosotras, y no hay momento mejor que ahora que puede culpar a un cazador.

—Esta bien. Si ya he hecho caso a Goblin y me ha tomado el pelo, qué menos que dejarme manipular por tí, que ya lo haces cuando te da la gana —dijo Arnau en un tono de humor mientras llamaba al ascensor—. Quieres el ascensor bien destrozado, supongo. Ya me contarás que es todo esto, no creas que me olvido.

—Esta bien, te lo explicaré como lo hice con Aren.

—¿Se lo explicaste a Aren y a mí no? Eso duele —dijo Arnau mientras aguardaba el ascensor—. Nuestra vida era más fácil cuando no había brujas manejándonos, nos complicáis la vida. Creo que a mí eso me encanta, ahora que lo pienso.

—Sal y destruye el ascensor —le ordenó otra voz conocida.

—¿Fevre? —preguntó Arnau que no parecía en exceso sorprendido —No quería decir que ya había una bruja que me manipulaba a mí antes de que vosotras llegarais, pero veo que ya lo sabes.

Arnau entró al ascensor y le dio a la cuarta planta, quería estar lo suficientemente lejos de ellas, pero no tanto como para no poder salir a tiempo de que le cayera el edificio encima, y aunque su velocidad era asombrosa no estaba seguro del tiempo que le quedaba antes de la destrucción. Miró entre las cosas que había cogido de los muertos que encontró por el camino y eligió las granadas. Arrojó dos sin anillas cuando salía del ascensor y cuando ya había descendido una planta oyó la explosión. Con la seguridad de que el ascensor ya no existía aceleró aún más hasta encontrarse fuera del edificio. Se paró prudentemente lejos y a los pocos minutos escuchó una serie de detonaciones, y el edificio se desplomó sobre sus cimientos sin afectar a lo que había a su alrededor. Arnau se encogió de hombros. No tenía claro cómo pensaba el Aquelarre explicar lo que había pasado, porque el edificio no parecía antiguo como para echarlo abajo.

—Y este es un día más en la vida de un cazador —dijo Arnau que de nuevo iba a medio vestir con unos pantalones destrozados, una camisa sin abrochar y descalzo.

Miró el edificio y trató de hablar varias veces infructuosamente con Goblin por el comunicador. Sin saber si el aparato aún funcionaba se giró a mirar a su alrededor, al menos para averiguar en qué ciudad estaba. Cuando vio que estaba en Londres y se situó, metió la mano en los bolsillos para comprobar si el hombre al que le quitó el pantalón tenía dinero o algo de valor. Maldijo su suerte al comprobar que estaban vacíos, y la sede de los cazadores en Londres se encontraba demasiado lejos como para ir andando. Se encogió de hombros y se abrochó la camisa con intención de parecer lo más adecentado posible, luego se acercó para llamar un taxi. Afortunadamente el edificio de los brujos se encontraban en la zona pudiente de la ciudad y encontrar un taxi no debía ser difícil. No se había movido unos pocos metros cuando la calle comenzó a llenarse de policías y cortaron la calle. Las ambulancias estaban llegando y los servicios de bomberos comenzarían a buscar víctimas del “derrumbamiento” del edificio. En esa zona no iba a encontrar ningún taxi, así que se alejó tras negar a un hombre vestido de sanitario que necesitara ningún tipo de asistencia médica, después de todo, no es que hubiera escapado del edificio impoluto. Se sentía frustrado, tuvo a la reina demasiado cerca y la perdió, ahora parecía un ejecutivo que hubiera

tenido una fiesta muy loca, entre que iba medio vestido, y con un par de maletines grandes. Tenía que hablar seriamente con Angélica sobre qué diablos era el subterráneo ese y por qué su destrucción la pondría a ella en peligro

Arnau anduvo una manzana más sin encontrar ningún sistema de transporte. Tardó un rato más en encontrar un taxi y tras ofrecerle cien libras cuando llegara a la sede de los cazadores consiguió llegar a su destino.

## Capítulo 25.

No dejaba de sentirse extraña en el avión de los cazadores volando hacia la casa de Arnau, ni siquiera entendía cómo le había acogido tan fácilmente, incluso Aren, que fue a “secuestrarla”. Pidió un café, a pesar de la hora que era, necesitaba pensar, no dormir. Se tomó el café casi sorbo a sorbo mientras le daba vueltas a todo. Los cazadores nunca habían actuado tan extrañamente, y se preguntaba qué había ocurrido para que dieran ese giro en su comportamiento. ¿Qué Aren se hubiera enamorado de una bruja, como parecía ser cierto? No podía ser tan simple, una secta entera se fue del Aquelarre, y a su madre se le acababa el tiempo. Sacó su tablet y revisó rápidamente cuánto estaba ahí. Un nombre había sido obviado todo el tiempo, en notas de Benedicto, “el Devorador de Dioses”. No era difícil deducir que ese era el famoso “él” del que hablaba su madre muchas veces cuando cuchicheaba con su secretario Derek. Un quinto cazador, el tiempo se le agotaba, y luego estaba su otro gran plan. En las notas que le envió Malcolm incluía lo que recogieron los cazadores en las operaciones en Milán, pero el muy taimado no le envió nada acerca de lo que pasó allí, el por qué una secta entera abandona el Aquelarre y los cazadores cambian radicalmente su forma de operar, aceptando brujos, y dedicando su tiempo a acciones específicas. Mina pensaba pedir otro café, pero lo que necesitaba eran datos. Echó la vista hacia atrás, hacía donde Aren parecía dormir. No había comenzado con buen pie, tras su discusión sobre si debía dejar vivir a los Wolf o no, ella se volvió odiosa pidiéndole cuanta tontería se le venía a la cabeza, tan solo para demostrar que no se dejaba avasallar por nadie, motivo por el cuál tardaron en abandonar la ciudad. Mina se encogió de hombros y se puso de pie tras colocarse elegantemente un cabello que se le había soltado del recogido que llevaba, llegó hasta el cazador y se sentó a su lado con seguridad.

—¿Y ahora qué quieres? ¿Pan al vapor del Himalaya? —farfulló Aren sin

abrir los ojos.

—Suenan apetecible, pero no, al menos no aún —respondió Mina girándose hacia él—. ¿Qué pasó en Milán?

—Acuéstate y descansa. Deja de tomar café, no debe ser bueno para tí —respondió Aren ignorando la pregunta.

—¿Prefieres traerme el pan al vapor del Himalaya? —le amenazó Mina sin abandonar su empeño.

—Deberías reservar todos esos antojos para Arnau. Él lo iba a disfrutar de verdad, es tan snob que te preguntaría qué variedad quieres y de qué parte del Himalaya, antes de traerte una selección para desgustar con un cocinero experto de la zona. Pero apiádate de este humilde vikingo. Cuando yo era niño tan solo comías carne, poco hecha, muy hecha, según se quemara o no, e hidromiel o cerveza.

—Milán —dijo Mina con una sonrisa casi perversa.

—Duérmete. No más antojos, no más conversaciones...

—Escúchame, ...cazador —Mina omitió la palabra necio porque no deseaba excederse más de lo que ya lo hacía —soy la hija de la reina oscura. He oído y he visto cosas que ninguno de mis hermanos soñarían. Tengo datos en mi cabeza que os ahorraría muchas operaciones y búsquedas. He escuchado miles de conversaciones sin que nadie prestara atención en mí. Le pedí la información vuestra a Goblin y me mandó datos muy sesgados. Quiero saber sobre la criatura del otro lado.

—¿Qué criatura? —preguntó Aren abriendo los ojos de par en par y prestando toda la atención.

—En los datos que sacasteis de Milán se habla mucho de un dios, no es un dios, debe ser una mala traducción. Yo he escuchado a mi madre y sé el nombre—afirmó Mina fijando su mirada en él.

—¿Y es...? —preguntó Aren con interés.

—Quid pro quo. Milán —volvió a repetir Mina haciendo alusión a la frase que indica que ella le dará información si Aren le corresponde.

Aren suspiró y se incorporó pidiendo un café. La azafata le sonrió coquetamente y fue a por la bebida. Sintió una leve punzada de celos al pensar que hiciera lo mismo cuando Arnau viajaba en este avión. Aren parecía no darse cuenta de las intenciones de la mujer. Mina no podía negar que los cazadores poseían un carisma extraño. Proyectaban poder y seguridad en ellos mismos, y estaba segura de que hasta el más feo debía parecer muy atractivo en cuanto abriera la boca para hablar. Cuando le trajo el café esperó darle dos



sorbos antes de hablar.

—Yo fui a cazar a Angélica, por la poción que le dio a Violeta.

—¿Violeta también está con vosotros? —preguntó Mina con curiosidad.

—¿La conoces?

—Yo estaba en ese casting, me envió mi madre a buscar a la bruja que no era de los nuestros. Entablé conversación con ella varias veces —explicó Mina—. Me alegro de que siga viva, era buena chica.

—Sí, bueno. Volvió loco a Ezequiel, el Inquisidor Negro, como le llamáis vosotros.

—¿Loco?

—Enamorado hasta la médula —afirmó Aren con una sonrisa divertida. Había esperado siglos para ver a Ezequiel perturbado por algo o alguien.

—El fotógrafo...—dijo Mina omitiendo contar más. Apenas lograba recordar nada, ni el nombre que tenía el fotógrafo, pero era un don del Inquisidor. Ahora se sentía avergonzada, porque cuando estuvo en el casting trató de seducirle por orden de su madre para que la eligieran para el anuncio que iban a hacer, le llegó incluso a besar, aunque este la rechazó.

—Nos desviamos del tema. Si quieres saber el cotilleo sobre la aventura de amor entre Violeta y Ezequiel se lo preguntas a ella cuando la veas. Yo fui a por Angélica, a cazarla —continuó Aren con el tema tras tomar otro sorbo de café—. Y quedamos en un sitio público porque ella quería hablar. Me habló del sacrificio del niño y me propuso colaborar para salvarlo antes de que la matara. Nos introdujimos en Milán. Ella me presentó a Benedicto, que pretendía abrir un portal para conseguir la inmortalidad.

—Eso no creo que sea posible de esa forma—aseguró Mina pensativa.

—Da igual. Él lo creía. No logramos impedir que se abriera el portal, pero sí salvar a la niña que querían sacrificar. Brigit había hecho un conjuro que era una especie de barrera que impedía entrar a nuestro mundo a lo que fuera que hubiera allí. Aun así, había tantas criaturas, o lo que fueran aquellas cosas, que la barrera no aguantaría. Me arrojé al portal y maté todo lo que encontré. Benedicto estaba muerto. Lo mató algo que liberó. Parece ser que tenía hambre y no pudo llevarle almas, así que él fue la comida. A lo mejor es verdad que el karma existe. Jacques dijo que lo que se liberó era algo peligroso, pero no sabía quién era, el nombre. Y lo hemos estado buscando. Saber quién es, es muy importante, porque planea venir a nuestro mundo y no podemos permitirlo. El plan es ir a por él, así que si sabes el nombre, Jacques te dará una condecoración.

—¿Jacques? ¿Quién es?

—El primero de los cazadores. No actúa, al menos hasta ahora, porque tu madre le extraía energía nada más poner un pie fuera de sus protecciones, y aun así, lo tenía medio seco. Ahora los eruditos le han puesto protecciones y puede moverse con libertad, aunque sus poderes están muy reducidos por los siglos de desgaste. Debe reponerse y no sabemos cuánto deberá pasar para eso.

—El misterioso cazador. Sé quién, pero no el nombre, ahora encaja que mi madre ya no tenga el mismo poder que antes —dijo Mina pensativa—. Pude haberla matado y no lo hice. Nos habríamos ahorrado todo esto.

—No creo que eso afectara a esta situación.

—Sí, porque ella planea ir a su encuentro. Se llama el Devorador de Dioses, y parece que ya lleva tiempo comunicándose con él, le ha prometido muchas cosas. Había un mapa en el despacho de mi madre, con cinco lugares, uno era Milán. Es una estrella de poder, cinco lugares conectados. Si Milán era una puerta, los otros puntos también lo deben ser. Milán se ha abierto, pero lo tenéis controlado, según me cuentas, aunque no por mucho tiempo supongo, pero hay cuatro sitios más por donde entrar si se abren. No necesitan Milán. Es más, sé cómo funciona mi madre. Que estéis entretenidos en Italia mientras ella llega hasta esa criatura o lo que sea, el Devorador de Dioses, y cuando lo haga será imposible frenarla. Por eso, que la haya dejado viva, sí es muy malo.

—¿Y recuerdas los sitios? —preguntó Aren con mucho interés.

—No, solo Milán, porque era el punto que ella tachó, pero aunque lo recordara necesitaríamos el mapa, el lugar exacto.

Aren echó la cabeza hacia atrás frustrado. Mina no necesitaba mucho para adivinar lo que le pasaba. Su madre había estado a punto de jugársela, y no porque no fueran hábiles, estaban buscando datos a contrarreloj.

—Pero —continuó Mina—, ella teme a un acontecimiento: que aparezca un quinto cazador y a una cosa que llama el ritual de Luna de Sangre. Si eso ocurre antes, por algún motivo, se quedará sin opciones. Busca desesperadamente a ese quinto cazador.

—A los brujos os encanta el número cinco, parece —dijo Aren frustrado—. Todo esto debería saberlo Jacques. Estoy seguro de que querrá hablar contigo y tendrás que contarle todo tipo de detalles, incluso lo que no creas importante. Tu madre debe estar buscándote desesperadamente. Que estés con nosotros con todo lo que sabes debe ser un golpe para ella, porque debes tener

incluso información que ni sabes que tienes en tu cabeza. No me puedo separar de ti hasta que Arnau aparezca y sepa todo esto. Desplazarte será un problema, y que venga Jacques a hablar contigo también. No podemos movernos mucho ninguno.

—Lo que no recuerdo que sé, no os lo podré contar —dijo Mina mirando a Aren fijamente.

—Claro que sí. Ezequiel puede averiguarlo sin hacerte daño.

—No voy a permitir que nadie me traste la cabeza —dijo Mina a la defensiva.

—No vamos a obligarte a nada, tan solo habla con Ezequiel cuando vuelva y él te explicará cómo va todo. Es tu elección aceptar o no. No somos salvajes.

—¿No? ¿Y todos los brujos que el Inquisidor ha dejado en estado catatónico? —acusó Mina molesta.

—Te puedo jurar que Ezequiel, al menos, jamás ha dañado a un inocente. Es muy concienzudo con eso. Él no haría nada indebido. De mí sí podrías creerlo. Casi cualquier barbaridad que te cuenten de mí, probablemente la he hecho, y me ha gustado.

—Entonces cuando esté Ezequiel hablaremos de ese asunto —dijo Mina que aún no se fiaba de ninguno de ellos, aun así, dejar que su madre se saliera con la suya era una locura. Lo que sea que pretendiera era un acto malvado.

—Deberías dormir un rato —sugirió Aren cerrando de nuevo los ojos—. No creo que podamos resolver nada ahora. Estás completamente a salvo conmigo. Si no te he matado ya, con todo los dolores de cabeza que me has dado, no lo haré en un futuro.

—Dormir, yo no sé lo que es dormir realmente —dijo Mina con cinismo recordando que desde niña había tenido millones de pesadillas. Era torpe en la magia, ahora sabía que no, que simplemente tenía miedo a su elemento y era una bruja de fuego, pero entonces, cada día creía que sería el último, porque su madre no toleraba hijos ineptos—. Ni siquiera sé por qué sigo viva cuando he sido una bruja inútil —susurró Mina creyendo que el cazador estaba ya dormido.

—Porque tu madre sabía que algún día te utilizaría en contra de Arnau, pero ya se acabó esa pesadilla. De mis manos nadie te va a arrancar, te lo puedo asegurar —dijo Aren medio dormido ya.

—¿Crees que Arnau estará bien?

—No me vas a dejar dormir, ¿verdad? —dijo Aren abriendo los ojos.

—Me iré a dormir, pero antes responde a esa pregunta.

—Arnau es una pesadilla en todos los sentidos. Ahora mismo se estará dando una fiesta de fuego, sin invitar a nadie. Claro que estará bien.

Mina sonrió dándose por satisfecha con la respuesta y se fue al asiento donde estaba sentada en un principio, después de todo, Aren le intimidaba más de lo que le gustaría admitir. Escuchó un poco de música clásica hasta que se quedó dormida. A pesar de los comentarios de Aren acerca de su seguridad, ella despertó con una terrible pesadilla, su hermana, la que estuvo en el encierro con ella, le miraba en sueños. Abrió los ojos sobresaltada y se dio cuenta de que una manta le cubría. Buscó a Aren con la mirada hasta encontrarle. Él estaba sentado en el mismo sitio donde le dejó antes de dormirse.

—Estamos aterrizando —le informó Aren—. De ahí iremos a la casa de Arnau, y le esperaremos.

Mina le miró claramente agotada. Todos los acontecimientos le estaban pasando factura, y el hecho de traicionar y despegarse de su madre le causaba más estrés del que deseaba admitir. Tanto tiempo encerrada en la misma situación traumática que cuando escapabas tan solo eres un cervatillo asustado, pero ella no había escapado de forma normal, estaba con los cazadores, sus enemigos ancestrales. Hasta hacía unos meses Arnau era su peor pesadilla. Había huido de él como de la peste. Estaba atenta a los rumores para no coincidir en la misma ciudad. Si escuchaba que un edificio o lugar de brujos había sido incinerado por él se echaba a temblar. Cuando narrabas a los niños algún cuento, una historia de terror, siempre metías un cazador, y ahora, estaba extrañamente enlazada con su peor pesadilla, tan solo que le gustaba con una pasión desbordante que no podía controlar ni entender. Nunca se había enamorado. Le gustaron hombres, eso era algo normal, pero generalmente acababa aburriéndose de ellos en cuanto les escuchaba hablar, todos parecían cortados por el mismo patrón. Al ver a Arnau sintió una corriente eléctrica muy fuerte, no era un hombre normal, ni convencional. Desprendía un aura casi palpable a los ojos. Él poseía dominio sobre sí mismo, y supo que nunca se aburriría de él, desgraciadamente para ella. Fijó sus ojos en Aren y entendió por qué a Angélica le gustó. Tampoco era convencional, pero posiblemente no por su inmortalidad, Mina estaba segura de que a alguno de los aburridos con los que se había topado le regalabas unos siglos más y seguro que perfeccionaban su estupidez, como así ocurrió entre los brujos que había adquirido una vida que se extendía a siglos. Ambos cazadores que conocía,

debieron ser ya distintos entre los hombres de su época. Quizás por eso eran lo que eran. Durante un instante pensó en algún conocido que le recordara a un cazador, y tan solo pudo pensar en su propio hermano, Bram. Bram siempre fue muy peculiar, desde niño desafiaba a todo sin miedo, y poseía una forma particular de pensar. Quizás ella le tuvo envidia, él poseía el arrojo y la audacia de la que ella carecía, al menos hasta que decidió desafiar a su madre, y no es que le aplaudieran mucho por eso, hasta el mismo Arnau en vez de apreciar que no deseara traicionarle le dijo que debió haberlo hecho y no meterse en problemas. Su mejor hazaña, desafiar y casi matar a su madre, no lo hizo porque no pudo acallar su conciencia, y los únicos que lo apreciaron fueron los Wolf, irónicamente. Miró de nuevo a Aren antes de subirse al coche, el hombre aguardaba pacientemente a que entrara, y ella sintió que era como estar delante de un tigre que no te comía. Entró en el coche y le dejó que le hiciera un recorrido por París hasta dirigirse a las afueras, a una casa bastante grande. Aren paró el coche en un garaje muy amplio con muchos otros coches, algunos debían valer una fortuna por lo antiguos que eran, y no pudo evitar pensar que debieron conducirlos en aquellos tiempos. Aren le abrió la puerta y le ofreció el brazo para salir del coche.

—Este va a ser tu nuevo hogar, es la casa de Arnau, donde pasa tiempo cuando no está en alguna misión. Siéntete como en tu casa, y haz con ella lo que quieras, incluso pintarla de rosa, y si Arnau se queja, mándalo a dormir con los perros a la caseta del jardín —dijo Aren en un tono divertido, como si disfrutara de las penurias de su compañero.

—¿Mi hogar? —repitió Mina como si ese concepto le fuera totalmente extraño— Nunca he tenido un hogar, y das por supuesto que me quedaré aquí para siempre, con él, porque a menos que sea su prisionera que estemos juntos está aún muy lejos de ser verdad. Lo único que ha hecho desde que le conozco es meterme en líos. Con esa prometida suya embarazada que hizo que me tirotearan, casi me caigo por un balcón escapando de sus hombres.

—¿Que hicieron qué? —dijo Aren alarmado porque parecía no saber toda la historia.

—Me tuve que refugiar en la cornisa del edificio para que no me mataran, estuve a punto de caerme varias veces. Entiende que esté muy molesta, a parte, ¿qué piensa? ¿Ser bígamos?

—Si que se le ha ido la situación de las manos a Arnau, y es la mente estratégica del grupo a parte de Jacques —dijo Aren sin salir de su asombro—. Mira, Arnau es el tipo más sensato y lógico que conozco, pero parece que

ha perdido el sentido común en cuanto se enamoró de tí, situación que entiendo, tú puedes volver loco a cualquiera, doy fé de ello. Carla, a quién te refieres, no está en su vida, no debió estarlo nunca, él prometió a su marido moribundo que cuidaría de ella, y yo mismo me aseguré de que ahora esté bien lejos y no moleste a nadie. Respecto al tiroteo, si mis hombres dispararan a Angélica, aunque fuera sin querer, los despellejaba vivos, quizás por eso tenga Arnau a uno de ellos en una celda.

—Puedes tener razón, pero entiende esto. Me he pasado la vida soportando los abusos de mi madre, teniendo que competir con mis hermanos para que no me matara, y después de desafiarla, no te imaginas lo que me hizo, ni lo que vi. Me juré a mí misma que nunca más —dijo Mina en un tono enfurecido sin darse cuenta de que un aro de fuego comenzaba a rodearla—. Arnau se va a tener que esforzar mucho para que yo no piense que será mi nuevo opresor.

—Tranquila, princesa —dijo Aren en tono apaciguador—. Cuando dije cambiar la decoración de la casa no me refería a algo tan terminal, tan solo cambiar el color o los muebles.

Mina se trató de calmar y observó perpleja cómo el fuego la rodeaba, el mismo al que le tuvo toda la vida terror ahora se encendía junto a sus pasiones, fueran las que fueran. Finalmente logró apagarlo.

—Lo siento, no tengo control sobre esto —dijo Mina suavemente—. Es una cualidad mía que acabo de descubrir, quizás porque siempre le tuve miedo al fuego, y porque antes de conocer a Arnau, no había estado con las emociones tan exaltadas, ya fuera por la furia, o lo que sea —Mina sintió vergüenza en decir que la palabra era pasión desenfrenada, también se dio cuenta de que a quien estaba contando sus intimidades como si fuera un cura en una confesión era a un cazador, y no al más sensible de todos, pero era al primero con el que se podía desahogar y que entendiera el asunto—. Ni siquiera sé por qué te cuento todo esto, supongo que porque no podía decir esto entre mis conocidos, ni nunca he podido mostrar ninguna debilidad para que no la usaran en mi contra.

—Está bien —dijo Aren amablemente—. Desahógate lo que necesites, y no te preocupes mucho porque se te descontrole el fuego. Esta vivienda tiene el mejor sistema antifuegos que exista. Ya no estás en ese puto aquelarre, ni con la bruja de tu madre, aquí estás a salvo, y Arnau es el mejor tipo que existe, más que oprimirte, será arcilla en tus manos, te lo puedo prometer. Te empaparé de romanticismo hasta que creas que vives en una nube rosa, quizás

entonces sí quieras escapar muy lejos.

Mina suspiró y asintió levemente tomando el brazo de Aren tras dedicarle una sonrisa.

—Siento haberme comportado como una idiota contigo —dijo Mina mientras subían a la casa por un ascensor que había en el garaje.

—No te preocupes, quiero tener doce hijos, así me voy entrenando.

—¿Sabes que eso es un comentario muy machista? —le preguntó Mina que ya comenzaba a tener más confianza con él.

—¿Y todo lo “machista” es malo?

—Probablemente —dijo Mina alarmada.

—Pertenezco a otro tiempo. Si quieres hazme una lista de todas las cosas “machistas” que he hecho, lo pensaré —dijo Aren mientras subían.

Mina le lanzó una mirada desafiante, pero no iba a discutir con el cazador sobre las maneras que eran aceptadas hoy en día, de eso ya se encargaría Angélica, dado que las dos procedían de una institución donde las que estaban en la cúspide de la pirámide eran las mujeres, por su afinidad mayor a la magia, aunque había hombres que las superaban, como su hermano Malcolm, que era muy poderoso. Mina permitió que Aren le enseñara la casa que era enorme, con muchas habitaciones y tres plantas, hasta que le llevó a la zona privada de Arnau. Mientras Aren continuó hacia una sala de ocio, ella se quedó parada frente a una habitación cerrada. No sabía por qué le llamaba como si dentro hubiera una parte de ella que no podía ignorar. Casi dejándose llevar por su instinto derritió la cerradura dejando de esa forma la puerta abierta. Cuando entró no pudo salir de su asombro, la sala parecía un altar a ella misma. Los cuadros con su retrato adornaba la sala. Todos eran hermosos, y reflejaban distintas épocas. Habían sido pintados por verdaderos maestros de la pintura. Se preguntó qué tipo de loco obsesivo era Arnau. Ni siquiera la conocía como para dedicarle una habitación entera, por lo que debía estar muy perturbado para eso. Sintió que el aire no le llegaba a los pulmones, que le costaba respirar. Esto era más de lo que podía tolerar, debía irse lo más lejos que pudiera. Mina salió de la habitación tropezándose con Aren que le cogió de la muñeca.

—¿A dónde vas tan afectada? —le preguntó Aren sorprendido.

—Tengo que irme, muy lejos —respondió Mina con una tez pálida.

—¿Has encontrado los videos porno de Arnau? —apuntó Aren en un tono divertido.

Aren se adentró en la habitación, casi arrastrando a Mina tras él porque

no le soltó la muñeca. Cuando vio la habitación se quedó tan perplejo como ella.

—Vale, esto sí es un poco espeluznante —confesó Aren que no esperaba una habitación así—, pero estoy seguro de que hay una explicación, espero.

—Quiero irme —insistió Mina agobiada.

—Mira, esperaremos a Arnau. Si la explicación que te da no te gusta te vendrás conmigo y te llevaré a donde están los otros brujos, los eruditos. No puedes volver a tu aquelarre, no estarías a salvo. Te prometo que te voy a proteger pase lo que pase, pero dale el beneficio de la duda primero.

Mina le observó agobiada y asintió levemente. Tan solo quería llorar, había llegado a su límite y no deseaba derrumbarse. Se preguntó una y otra vez, que por qué le ocurría a ella todo lo malo. Se quitó una lágrima de los ojos simulando que le había entrado algo dentro, aunque sabía que no podría engañar al cazador. Era de locos, y se había enamorado perdidamente de alguien que estaba claramente perturbado, en el mal sentido.

—Acompáñame a la cocina. Te prepararé una valeriana. La señora Fevre ha ido a comprar, debe volver pronto y ella se encargará de que estés bien, es casi como una madre, una de las buenas, no como la tuya —puntualizó Aren mientras la guiaba hasta la cocina. No deseaba dejarla sola.

Mina se dejó arrastrar y tomó asiento en uno de los sillones de la rinconera que tenía para comer en la cocina. Cerró los ojos y trató de pensar en cualquier otra cosa, no deseaba llorar delante del cazador. Tuvo que apagar varias veces un pequeño fuego que se encendía en la palma de la mano. Aren le llevó la infusión y se sentó a su lado sin saber qué decir, así que se mantuvieron los dos callados un buen rato hasta que escucharon que la puerta de la casa se abrió



## *Capítulo 26.*

Desde que conoció a Mina no había parado de meterse en problemas. Ahora lo que deseaba era llegar a su casa, fundir toda la ropa prestada, darse una ducha caliente y verla. En Londres le informaron que Aren había llevado a Mina a su casa en París, y estaría esperándole. La idea le hacía sentir feliz, y era un sentimiento que no había tenido en siglos. Toda su vida había sido una sinfonía triste desde que Isabel murió, trataba de disimularlo con bromas y cinismo, pero al final, no podía escapar de sus tormentos. Los huesos de Isabel podrían descansar por fin en paz. Pensaba llevarlos a Carcasona y enterrarla donde estaba su padre y familia descansado en paz. Era hora de comenzar una nueva etapa y para ello debía dejar a Isabel atrás. A pesar de todas las penurias que había sufrido en este tiempo, se sentía completamente bien, sin el amargo gusto de la tristeza invadiéndole a cada instante. Había hecho bien en confiarle a Aren que sacara a Mina de donde estuviera, para eso le puso el localizador. Quitarle a Aren algo era suicidarse, nadie se acercaba a un cazador, y más a uno tan difícil de controlar como Aren, que cuando entraba en berseker perdía la noción de todo y no podía ser influenciado por ningún conjuro. Uno de los mensajes de Aren era extraño, le pedía que le llevara a Mina pan al vapor del Himalaya. Sonrió ante lo que acababa de leer. Mina debió convertirse en una pesadilla para Aren. Cuando le mandó a por ella no sabía con quién se iba a medir. Él lo averiguó bien cuando le dejó la ropa llena de agujeros, luego le intentó incinerar, finalmente le metió en una jaula especial para cazadores. Otro se habría enfadado, pero él sintió que un sin fin de emociones le embargaban. Cuando derritió la jaula tan solo deseaba besarla, pero aun así, ella se resistía, y desde entonces no paró de provocarlo. Ahora quería una revancha. Se ducharía, mandaría a Aren a cualquier lado, y después no sabía qué ocurriría, si acabarían a besos o incinerando de nuevo la casa. En cualquier caso, procuraría que las armas no estuvieran cerca de

Mina, no deseaba que se hiciera daño por nada del mundo. No esperaba más problemas, todo lo que podía haberle ido mal ya había ocurrido, y no saber si su próxima cita con su amada sería romántica, apasionada o un arrebato en el que trataba de nuevo de asesinarle, le causaba emoción. Cuando estuvo con Isabel, su vida era tranquila, llena de pasión pero tranquila, ambos sabían que su vida sería estar casados desde casi que eran niños, por eso Arnau desconocía muchas facetas de sí mismo que ahora comenzaba a descubrir. Le encantaba lo impredecible de Mina, todas sus dualidades, una dama y una salvaje. Arnau no hubiera podido estar con una mujer tranquila, necesitaba fuego en todo cuanto hacía, y sentía que Mina le podía llevar por senderos desconocidos para los dos.

Bajó del avión y permitió que uno de sus hombres condujera y le llevara a casa. Deseaba cerrar los ojos un rato y visualizar qué iba a hacer, con qué sorprendería a Mina. Estaba seguro de que ella compartía esa afinidad por las nuevas experiencias. No pensaba llevarle pan al vapor del Himalaya, pensaba llevarla al Himalaya a que lo comiera allí, y probar todo tipo de licores de la zona para acabar en una noche de pasión desbordante tras escuchar la música local. Había pasado siglos solo, y al contrario que los otros cazadores que no estuvieron casados ni habían perdido a alguien vital en sus vidas, él si necesitaba recuperar lo perdido, y vivir todas las cosas que dejó atrás. Paró un segundo en la puerta para oler el perfume de Mina, aún bailaba su fragancia como una invitación a seguirla. Abrió la puerta y encontró a Aren y Mina en la cocina. Mina se encontraba tomando algo en una taza y Aren se estaba sentado a su lado observándole. Arnau se detuvo a contemplar los ojos de Mina, estaban demasiado rojos. Se acercó a ella alarmado.

—¿Te encuentras bien? ¿Has llorado? —preguntó Arnau acercándose para tocarla con cuidado.

Mina fijó la dura mirada en él y Arnau percibió que se contenía para no tirarle el líquido de la taza a la cara.

—Ni se te ocurra tocarme —le amenazó Mina estudiando qué podía usar como arma, mientras el líquido comenzaba a hervir.

—El líquido no, el calor no me afecta —dijo Arnau levantando las manos —.¿Qué he hecho ahora?

—No quiero hablar del asunto —dijo Mina sin mirarle a la cara.

—Ha encontrado tu habitación siniestra llena de cuadros y pinturas de ella —le informó Aren sin mostrar curiosidad.

—¿Y por qué ha encontrado esa habitación? Se suponía que estaba

cerrada por algo —dijo Arnau molesto.

—A mí no me regañes, yo no la abrí. Ella derritió la cerradura, parece que tuvo una intuición. Yo, además, no pretendo juzgarte por tus rarezas, pero entiendo que ella esté inquieta.

—Ya pero es que no es ella la de las pinturas —se defendió Arnau.

—Eso lo empeora bastante —dijo Mina más molesta aún pensando que tuviera una obsesión por otra que se pareciera extraordinariamente a ella—. ¿Todo esto es porque me parezco mucho a una mujer de la que estás siniestramente obsesionado?

—No, maldita sea. No es nada siniestro ni una obsesión por otra. Esa mujer lleva muerta siglos. Era mi esposa —comenzó a explicar Arnau con una voz afectada—. Tu madre la quemó estando embarazada de mi hijo. Yo no pude hacer nada por evitarlo salvo volverme loco de dolor. Cada año, por nuestro aniversario encargaba pintar un cuadro de ella, para recordarla. No es nada siniestro, es algo que necesitaba hacer para tenerla en mi vida cuando la soledad me mataba.

—Y yo me parezco a ella y eso te...

—No, no es eso —la interrumpió Arnau que ya sabía por dónde iba—. Te pareces y no te pareces, eres mucho mejor que Isabel, en todos los sentidos. Que te parezcas tiene su explicación, fue una reencarnación tuya—. Arnau tomó uno de los maletines que llevaba y lo colocó en la mesa mostrando los huesos—. ¿Los reconoces? Estaba en la caja fuerte que tenía tu madre con el collar. Ella no podía tocar el collar y se llevó todo tirando los huesos de mala manera en esa caja de seguridad.

—Sí, el collar estaba ahí —confirmó Mina rozando el collar con los dedos.

—Lo que él dice es verdad —intervino Aren—. Angélica cree que las que llevan los collares fueron sus anteriores reencarnaciones. Hace poco estuvimos enterrando los restos de la que llevaba el collar que tiene Angélica.

—Es lo que yo pretendo hacer. Enterrar los restos de Isabel junto a su familia, que descansen en paz.

—¿Os dais cuenta de que no tengo ni idea de qué estáis hablando y de qué va lo del collar? —dijo Mina que parecía absorta mirando los huesos.

—Te lo explicaré yo, porque Arnau no ha prestado nunca atención a todo este asunto hasta que se ha dado cuenta de que teníamos razón. Existe un grupo de brujas que se llaman la Estrella de la Luna Roja. Nacen siempre que la magia se desequilibra, y son dos brujas oscuras, dos rojas y una blanca. Según

creen los eruditos, y puedo jurar que me van a volver loco sobre el tema, especialmente Angélica, son siempre las mismas que renacen, pero no vienen solas, traen con ellas un grupo de compañeros que las protegen, porque durante el ritual para equilibrar la magia se vuelven vulnerables. Ese ritual debe realizarse durante una Luna roja, aún no tienen claro cómo, dónde ni cuándo. Todas llevan un collar que las conecta, como el que llevas puesto, Angélica tiene uno igual, y el de Violeta lo estamos buscando.

Mina se tomó la infusión de un tirón incluso con lo caliente que debía estar al hacerla hervir.

—¿Y cuándo supiste de mí? —preguntó Mina.

—Cuando escuché tu voz por primera vez antes de verte en aquel sitio, donde ya sabes...

—¿Y cómo me escuchaste?

—Pues...—comenzó a explicar Arnau deteniéndose porque iba a delatar al quinto cazador, que era su hermano.

—Díselo, es parte de nuestro pequeño club ahora —dijo Aren encogiéndose de hombros—. No creo que vaya a llamar a su madre para contárselo.

—Lo sé por el contestador de Bram —dijo Arnau finalmente—. Escuché tu voz ahí, él es el quinto cazador.

—¿Qué? —casi gritó Mina en un arrebato de sorpresa—Él me dijo donde podía cazarte, me llevó hacia una trampa.

—No, a ninguna. Sabía cuales eran mis intenciones porque yo se lo conté. Quería verte y oírte, el cómo acabamos como lo hicimos no estaba programado.

—Mi propio hermano me traicionó —dijo Mina casi con furia—. ¡No sé cómo pude esperar algo mejor de él!

—¿Cómo acabasteis? —preguntó Aren sin curiosidad —No es que me interese, puedo imaginar muchas cosas, pero Angélica me bombardeará con preguntas.

—Tu hermano no te traicionó —dijo Arnau lanzando una mirada helada a Aren—. Se resistió mucho a nuestro encuentro. Creo que no me quiere de cuñado.

—¿Cuñado? ¿Cuándo nos vamos a casar? —dijo Mina mirándole con furia —Planeaste todo esto porque me parezco a tu difunta esposa. Pues malas noticias, no soy ella.

—Lo sé, no estoy tan loco. Lo único que quería era verte y hablar

contigo, no fui yo el que me lancé a tus brazos o te besó como si no hubiera mañana, sin ni siquiera decirme tu nombre.

—¿Cómo te atreves? —dijo Mina lanzando la taza hacia la pared rompiéndola —¿Me estás llamando fresca?

—No, lo que quiero decir es que no pudiste evitarlo, y sí, claro que planeo nuestra boda, desde que te oí hablar, de hecho. Mi plan era entrar a por tí a donde fuera que estuvieras, pero decidí hacerlo más fácil para tí, con la posibilidad de que me rechazaras...

—¿La posibilidad? ¿Es que en un principio no pensabas darme esa opción?

—Hoy debo de estar explicándome fatal. Mina, estamos enlazados —dijo Arnau quitándose la camisa y arrojándola al suelo un poco molesto.

—Ni se te ocurra desnudarte o te prendo fuego —dijo Mina muy disgustada.

—No, mira bien. Ya no tengo la garra, me la has quitado porque estamos enlazados.

Mina se puso de pie y trató de serenarse, respirar hondo en silencio.

—Yo no soy así, siempre soy muy controlada, hasta que te conocí a tí. Todo se me va de las manos. Me arrojé a tus brazos nada más conocerte, te acribillo a balas, trato de incinerarte....

—Por fin una mujer que te trata como mereces —dijo Aren que parecía tranquilo, escuchando todo—. No te preocupes, princesa, a todos nos pasa cuando estamos con él, queremos matarlo pero no puede ser porque es inmortal.

—¿No tienes otra cosa que hacer, Aren? ¿Leer algún libro para entretener a tu lista mujer? —le contestó Arnau lanzándole una mirada asesina.

—Yo estoy de parte de ella —dijo Aren—. Solo has metido la pata desde que la conoces. Es la primera vez que veo cómo todo te sale mal. Siempre has tenido esa manía por los planes perfectos, y encima te acompaña la suerte.

—Está bien, Mina. Aren tiene razón, desde que te conozco solo he hecho meter la pata y encima se me ha torcido todos mis planes. Llevo muy mal equivocarme. Todo ha sido culpa mía. No te pido que me perdones, tan solo que me des una oportunidad —dijo Arnau lanzándole una mirada modesta—. Quiero empezar de cero, si es posible.

—Bueno, yo ya no tengo mucho más que hacer aquí. ¿Te quedas con él o te vienes conmigo? —preguntó Aren a Mina.

—Cómo que se va contigo —farfulló Arnau.

—Es decisión de ella, lo que quiera hacer —dijo Aren encogiéndose de hombros.

—Me quedo, al menos de momento —dijo Mina observando a Arnau.

El ruido de la puerta abriéndose interrumpió la conversación. Los tres se giraron y la señora Fevre apareció con unas cuentas bolsas llenas de comida.

—Vosotros dos podéis ayudar. Estoy segura de que un hombre capaz de arrojar un coche a alguien puede llevar las bolsas llenas —increpó la señora Fevre mientras entraba.

Arnau se acercó a coger las bolsas y a llevarlas hasta la cocina donde estaban hablando. La señora Fevre se acercó fijando la mirada en Mina con una sonrisa.

—Por fin habéis traído a Mina —dijo la señora Fevre dedicando una sonrisa amable a la joven bruja.

—¿Una bruja? —dijo Mina sorprendida —¿Con un conjuro de ocultación encima?

—¿De qué está hablando? —preguntó Aren con disgusto.

La señora Fevre se quedó callada sin saber qué decir, Arnau dejó las bolsas en la mesa de la cocina y se acercó a Aren colocándose delante de la señora Fevre.

—Es culpa mía, yo no quería que nadie lo supiera —dijo Arnau dando una explicación a todo—. Ezequiel era muy cerrado antes de conocer a Violeta, y bueno, Jacques, ya sabes. Nos sorprendió a todos mucho cuando pidió a los eruditos que se unieran a nosotros.

—Dime que lo que nadie tendría que saber es que ella es una bruja y tú lo sabías y te lo has callado —dijo Aren en un tono belicoso y duro.

—Ella es una bruja —aseveró Arnau.

—¿Y Angélica no se dio cuenta como lo ha hecho Mina?

—Eso no lo sé —dijo Arnau encogiéndose de hombros.

A Aren se le tornaron, durante unos segundos, los ojos rojos como la sangre. Mina se alejó ligeramente asustada del cazador, pero este no parecía mantener su atención en ella. Dio un puñetazo a Arnau lanzándole contra la pared más distante haciendo un hueco en el tabique de la misma.

—Si tienes algún problema con este imbécil me avisas —le dijo a Mina tendiéndole una tarjeta con un número de teléfono—,y vendré a por tí en el acto.

Aren se dirigió a la puerta sin decir adiós a nadie. Arnau se sacudió los restos de escayola de encima.

—Se lo ha tomado mejor de lo que pensaba —dijo Arnau levantándose del suelo.

—Siento haberte metido en esto —se disculpó la señora Fevre.

—Supongo que no sabían lo que era...—dijo Mina que no había tenido la intención de crear problemas.

—No te preocupes, querida. Tarde o temprano acabarían averiguándolo o yo confesando —le dijo la señora Fevre—. Angélica sí sabe lo que soy, bastante bien, de hecho.

La señora Fevre no se quedó ociosa a pesar de todo, se acercó a las bolsas y comenzó a colocar la compra en la nevera mientras Arnau se acercaba a ellas.

—Arreglaré el destrozo de la pared y hablaré con Jacques —se ofreció Arnau.

—¿Por qué un conjuro de ocultación? —preguntó Mina con curiosidad.

—Porque por el tipo de bruja que soy, mi organismo está ralentizado, envejezco muy lentamente. No aparento ni treinta años a pesar de que cronológicamente ya van cerca de setenta. Simplemente, he continuado simulando mi edad y me he acostumbrado, mi rostro joven me resulta extraño. Por cierto, soy la señora Fevre —se presentó finalmente la mujer.

—Yo soy Mina, pero parece que eso ya lo sabe.

—Ella es mi ama de llaves, la que lleva todos mis asuntos domésticos —explicó Arnau—. Sus padres fueron asesinados siendo una niña porque el Aquelarre Oscuro deseaba tenerla de aprendiz. Dio muestras de poder, el Aquelarre Oscuro lo supo mandando una invitación a que se uniera a ellos y sus padres se negaron a que se marchara. Los brujos que fueron a por ella los asesinaron sin molestarse en ocultar sus huellas. Yo fui tras ellos, los maté y no podía dejar a la niña sola. Sabía que era una pequeña bruja, pero era una niña, y el Aquelarre la buscaba, así que decidí cuidar de ella hasta hoy que me cuida ella a mí. Oculté lo que era porque no sabía cómo iban a reaccionar los otros cazadores.

—O sea, es como una hija para tí —afirmó Mina que comenzaba a percatarse del significado de la inmortalidad.

—Sí, eso es —confirmó Arnau—. He pasado días sin ducharme en la jaula en la que me metiste, antes de eso no paré hasta encontrarte, y anteriormente, mi madre, sí, mi madre sigue viva, con lo cuál te puedes hacer una idea del tipo de persona que es, más siendo amiga de la infancia de la tuya, le dio por tenerme encerrado durante días en un ataúd, motivo por el que

al día siguiente no aparecí. Soy inmortal, pero no inmune al cansancio ni al dolor, porque las heridas que me infligiste aún no se han sanado y duelen como el infierno. Usaste calibre para tumbar a un elefante o un escuadrón de tanques. Necesito una ducha y un poco de tranquilidad para que mi mal humor no estalle. ¿Puedo confiar en que te quedarás con la señora Fevre mientras me aseo?

Mina se acercó a Arnau con curiosidad. Ya no tenía la garra de la bruja y podía contemplar que estaba lleno de heridas gracias a ella, amoratadas y alguna aún abierta, porque comenzaba a sangrar.

—Deberías curarte primero eso, ¿dónde tienes el maletín de los primeros auxilios?

—Con una ducha me basta —dijo Arnau que parecía de un humor muy malo.

Mina le contempló, debería sentirse culpable por sus penurias, después de todo se las hizo ella, pero en aquel momento no tenía otra elección, estaba siendo amenazada por su madre.

—¿Qué pretendes? Tú eras el cazador y yo tu presa, aunque yo ingenuamente pensé que te podía cazar a tí. Tus hombres me dejaron muy clara mi situación cuando me dispararon.

—He dicho que ahora no —repitió Arnau de manera tajante.

Arnau salió de la cocina sin mirar atrás dirigiéndose hacia el piso de arriba dejando solas a la señora Fevre y a Mina.

—No está enfadado contigo, es que está agotado y dolido —explicó la señora Fevre.

—Lamento haberte delatado —se disculpó Mina—. Mis días tampoco fueron muy buenos. Estoy... inquieta, en casa de un cazador que no sé si es parte de mi vida, o un extraño, o quizás un enemigo.

—Por inquieta quieres decir asustada —dijo la señora Fevre evidenciando los sentimientos que Mina trataba de ocultar—. Es normal, los cazadores pueden ser muy intimidantes para un brujo, pero no tienes nada que temer de Arnau. Supongo que todo esto es extraño para tí, fuera del Aquelarre, del mundo que siempre has conocido, pero tú no has salido del Aquelarre, como tampoco yo lo he hecho, tan solo esperamos nuestro momento. El Aquelarre no es de tu madre, es de la Diosa.

—Mi madre ha desvirtuado esa palabra para mí. Usaba a la Diosa para justificarse, me obligaba a creer en ella, pintándola a imagen y semejanza de sí misma. Desobedecerla a ella era un pecado contra la Diosa—dijo Mina



amargamente—. Ahora me doy cuenta de que me ha arrebatado todo, mi vida, mi libertad, me ha llenado de terror para destruir mis defensas y que no pueda escapar de ella, y finalmente, me quitó la posibilidad de recurrir a un ser superior como refugio, porque la Diosa en la que me obligó a creer, era tan cruel como ella.

—Todos los narcisistas se creen dioses, y el eje de todo. Supongo que aún no te crees que has escapado de sus redes, que aún esperas que un día te haga volver con ella y continuar esa vida que tenías, pero créeme, que esa pesadilla ha concluido.

—Y, ¿a qué precio ha concluido? Creo que me ha destruido. El infierno en el que me ha hecho vivir lo llevo dentro, vaya a donde vaya.

—No, Mina. Tú has sobrevivido a pesar de todo, no porque hayas agachado la cabeza, sino porque nunca te has convertido en tu madre, siendo tan fácil en tu situación. Sé lo que pasó con Carla, la cría tonta que fue al hotel. Vi el video de seguridad, pudiste haberla matado, es más, no tenías que mover un dedo porque ella tropezó, habría rodado por la escalera con consecuencias nefastas, y te expusiste para salvarla, a pesar de que creías que era la prometida de Arnau.

—Si lo que insinuás es que soy débil, es posible. Por otro lado, ¿es que no era su prometida?

—No, débil no. Hace falta mucha fortaleza para ser tú misma en el infierno. Guardar tu luz. Y te puedo jurar que pase lo que pase ya no estás sola. Arnau iría al mismo infierno a por tí. A Carla no la volverás a ver más. Ella fue la que te puso en la circular de los cazadores. Arnau se enfadó mucho cuando se enteró.

—¿Podemos cambiar de tema? —suplicó Mina que trataba de no dejar que las lágrimas rodaran—Nos estamos poniendo demasiado sentimentales y creo que no estoy preparada para eso, aún.

—No te preocupes. Debería buscarte unas habitaciones, pero no sé si habéis decidido compartir las de Arnau. Esta es tu casa y cuando estés acomodada me iré. No quiero interferir en vuestra vida.

—No, no quiero que te marches por mi causa, además, aún no hay nada serio entre Arnau y yo. No sé qué pensáis, pero apenas hemos estado dos ratos juntos, aquella noche, y el día que le metí en una jaula, para mí sigue siendo por un lado un completo extraño, por el otro, no sabrías explicarme.

—Ese es Arnau, puede ser abrumador —dijo la señora Fevre riéndose—. Te puedo asegurar que los sentimientos de Arnau son intensos y perdurables,

ya sea para lo bueno o lo malo. No podría ser de otra forma, lo único que separa lo real de lo que no lo es, es la intensidad con lo que lo vives, y los sentimientos profundos no son efímeros. Arnau necesita una mujer que sea capaz de sentir con la misma intensidad con la que él lo hace.

—¿Y si yo no soy capaz? Soy una persona emocionalmente muy dañada.

—A lo mejor tu sufrimiento es lo que te ha hecho auténtica. Saber discernir entre lo que vale o no vale la pena. No estás dañada, solo necesitas unas vacaciones y acostumbrarte a un nuevo entorno, y quizás darte un baño. Hay más cuartos baños en la casa a parte del que usa Arnau —le invitó la señora Fevre.

—Dime una cosa, ¿nunca has pensando en usar tu verdadera forma en vez de simular más edad de la que representas?

—Ya te he dicho que me veo extraña, además, yo estuve casada y amé a mi marido. Me resulta un insulto no aparentar la edad que tendría él si aún viviera —dijo la señora Fevre que ya había terminado de colocar toda la compra mientras hablaba con Mina.

—Debe ser muy duro perder a alguien que ha significado todo para tí —dijo Mina agachando la cabeza.

—Son muchos años de luto, ya no lo estoy, pero nunca he encontrado un hombre como él: bueno, amable, lleno de vida.

—No deberías perder la esperanza —dijo Mina levantándose para ir a darse un baño como le prometió la señora Fevre.

—Con los críos de hoy en día, no creas que me pierdo mucho. Cuando yo era joven, y ya parezco una abuela con esto, un hombre sabía lo que quería, ahora estamos en...

—Oh vamos, eso son excusas —dijo Mina—. Yo soy de esta época y la gente me dice que parezco salida de otra. En todos los tiempos hay lo mismo, solo que con distintos trajes. Me imagino a un filósofo griego con las mismas preocupaciones que un hombre actual.

—Bueno, eso tendrías que hablarlo con Arnau. Él sí que es viejo, lo mismo estaba en el pupitre de atrás en la clase con Sócrates —bromeó la señora Fevre que muchas veces decía a los cazadores que eran unas momias, y que ella los adoraba porque siempre fue una gran apasionada de la egiptología.

Mina le lanzó una mirada traviesa mientras le seguía hacia la bañera.

## Capítulo 27.

Este podría ser el primer día del resto de su vida, literalmente, o el primero desterrada de su familia. La señora Fevre tenía razón, debía dejar todo atrás y comenzar de nuevo, iba a tener un bebé, y necesitaba una madre cuerda, no una loca neurótica. Se hundió de nuevo en la bañera para quitarse la espuma de la cabeza, y comenzar a enjabonarse el cuerpo. El agua caliente la relajaba casi como un bálsamo curativo, y tan solo se concentraba en la espuma, se había prometido a sí misma no darle más vueltas a nada, acabar con los problemas que le creaban una ansiedad sofocante, al menos en su cabeza. Cuando puso más jabón en la mano sintió que estaba siendo observada, se puso a la defensiva casi automáticamente hasta que se giró y vio a Arnau mirándola desde la puerta. Suspiró y se dejó caer en la bañera. El cazador iba bastante guapo, con el pantalón oscuro y una camiseta blanca, encima llevaba una gabardina larga y negra. Mina tuvo que apartar la vista para no pensar en todo lo que podían hacer, si no estuviera aún enfadada con él.

—Lo siento no quería asustarte —dijo el hombre que la contemplaba.

—Deberías avisar —dijo Mina que se había zambullido un poco más por timidez. Mina sabía que era absurdo, él ya la había visto desnuda, y más gente tras quemar toda su ropa, aun así, sentía vergüenza, a veces era como estar con alguien muy conocido, y otras veces, Arnau era un absoluto extraño, incluso un enemigo al que le había tenido terror desde que supo que existía y que incineraba brujas.

—Lo siento, estoy acostumbrado a ser silencioso. Tengo que ausentarme unas horas, me han llamado para un asunto que debo atender. Es en París, no pienso alejarme mucho de tí.

—Sí, eso mismo dijiste cuando me dejaste en el hotel —apuntilló Mina casi sin poder evitarlo. Se sentía un poco resentida, pero no pretendía ser

mezquina, simplemente no quería quedarse sola de nuevo.

—No voy a abandonarte, si es eso lo que te preocupa.

—Tampoco tuviste esa intención cuando lo hiciste —dijo Mina agachando un poco la cabeza—. Lo siento, no pretendo echarte nada en cara, es que tengo miedo.

—No tienes nada que temer, estarás muy segura rodeada de mis hombres armados y al más pequeño problema me avisarán. Regresaré muy pronto.

—Precisamente son ellos los que me dan miedo, fueron los que me tirotearon y quisieron matarme, después pusieron una circular mía para que otros siguieran su ejemplo. Ni siquiera sé si no estoy aún en esa circular...

—No, ya no estás, porque si lo estuvieras yo mataría a más de uno, pero es entendible que tengas miedo. Puedo retrasar mi cita...

—No. Llévame contigo, puedo ser útil —le pidió Mina observándole desde la bañera.

—No, ni hablar. No sabes a donde voy —dijo Arnau negando con la cabeza.

—No confías en mí, ¿es eso?

—Claro que confío —dijo Arnau indignado por la acusación—, hasta te conté lo de tu hermano Bram.

—¿Que es un cazador? Aún no sé si me lo creo, resulta muy inverosímil.

—Está bien, te llevaré, pero nada de ponerte muy guapa o sexi.

—¿Estás siendo machista como Aren?

—No, maldita sea, es que vamos a un sitio donde si saben que eres una bruja y encima eres guapa, podrían querer subastarte y venderte...

—Qué suerte que voy con un cazador inmortal —dijo Mina saliendo de la bañera ignorando su timidez y buscando una toalla —¿Que sitio es ese que un cazador como tú y una bruja como yo no podríamos echar abajo juntos? ¿Es un departamento del infierno?

—Ojalá, allí seguro que hay mejores personas. Vístete como quieras, pero yo te pido que vayas discreta, más que nada porque pretendo que no me echen permanentemente del sitio al que vamos y quemarlo todo no me da un pase vip, precisamente.

—¿Un saco te parece adecuado? —preguntó Mina provocándole.

—No, yo creo que hasta con eso estarías sexi. Vístete como quieras, tendré problemas igualmente te pongas lo que te pongas, ya veré cómo lo arreglo sin que corra mucha sangre. Te espero en la puerta —dijo Arnau sin dirigirle una última mirada.

Mina se sintió frustrada, apenas ni la había mirado, ni cuando salió de la bañera, sin embargo, ella tuvo que contenerse para no hacer hervir el agua, lo cuál, la pondría en absoluta evidencia. Estaba demasiado serio, generalmente, hasta el momento, había coqueteado con ella todo lo que había podido y más, y de pronto se mostraba distante. Mina observó su ropa y toda era de alta costura con buenos escotes y hechas para realzar la figura. No creía que fuera lo que Arnau pretendía que llevara, miró su bolso, tan solo llevaba tarjetas de créditos que ya no podía usar si no quería que su madre la encontrara. Maldijo no tener dinero en metálico, y pensó que era el momento de vender todas sus joyas y pensar qué iba a hacer a partir de ahora. Cuando soñó que tenía una vida normal, siempre fue en su cabeza, sin contemplar los problemas a los que tendría que enfrentarse, ni siquiera tenía una educación reglada en una universidad porque los brujos tenían sus propios planes de estudio. Se sintió avergonzada de contar sus problemas a Arnau, y lo último que pretendía es que él invirtiera dinero en ella, después de todo era en exceso orgullosa, pero debía decirle, camuflado con alguna falsa excusa, que no tenía ropa apropiada. No pensaba explicarle que su madre le controlaba todo, incluso lo que vestía y lo que debía decir, eso sería muy humillante para ella. Salió con la toalla al pasillo y no vio a nadie. Bajó tímidamente la escalera y se encontró a la señora Fevre que le miraba desde abajo.

—¿Necesitas algo? —pregunto la señora Fevre con amabilidad.

—Sí —dijo Mina dubitativamente—. Arnau quiere que me vista con ropa normal, pero yo solo he traído...

—Entiendo, no te preocupes. Mando a alguien a por algo de ropa y ya hablamos luego de todos esos detalles, supongo que habrás venido con lo puesto cuando Aren te sacó casi a la fuerza de ahí, y estás necesitada de muchas cosas.

—Sí eso es, pero pretendo pagar todo, no deseo que me regalen nada —dijo Mina sonriendo con la esperanza de que no lo tomara como un insulto.

—No te preocupes ahora por eso. Quédate en las habitaciones y en un rato te llevo la ropa.

—Y, por favor, me gustaría que no se lo contaras a Arnau —dijo Mina casi tímidamente.

—No te preocupes, nunca le cuento nada. No me gusta que husmeen en mis cosas —le respondió dirigiéndole una agradable sonrisa.

Mina sonrió y volvió a su habitación para arreglarse al menos el pelo. Era otro detalle, siempre había tenido peluqueras que le hicieran todo, y

recién salida de la ducha no sabía qué hacer con el pelo mojado. Buscó y encontró un secador y comenzó a secárselo imitando cómo se lo hacían a ella, al menos siempre había sido observadora. Tras casi una hora de tratar de manejar el secador, quedó medianamente satisfecha, y se volvió a decirse a sí misma que eso es lo que siempre había deseado, una vida normal, tan solo había que tener paciencia, porque no sabía hacer nada de ese estilo, ni arreglarse sola el pelo, no sabía conducir, dónde comprar ropa que no fuera de lujo, casi parecía idiota en todos los sentidos, y eso le hizo sentir mal, tendría que disimular muchas cosas, y pensar en qué era buena para conseguir dinero, porque ahora iba a tener un hijo, y necesitaba una buena madre no una inútil. Suspiró agobiada cuando alguien llamó a su puerta.

—Soy yo, tranquila —informó la señora Fevre entrando con un montón de bolsas—. Te he comprado todo cuanto necesitarás, ropa de calle, pijamas, ropa cómoda, en resumen: un surtido, supuse que ropa para eventos importantes ya tenías.

—Sí, de eso tengo una maleta entera —dijo Mina casi con humor.

—Si quieres un consejo, yo me pondría uno de los pantalones, una camisa y una de las chaquetas que hay, y ponte las zapatillas deportivas.

—Gracias —dijo Mina con una amplia sonrisa.

Cuando la señora Fevre salió Mina sonrió ampliamente, su madre moriría si la viera así vestida, como una “persona vulgar”, apelativo que ella daba a la gente que no iba como a ella le gustaba. Eligió un conjunto y comenzó a vestirse y cuando llegó a las zapatillas deportivas se frenó, miró los cordones y supuso que era como hacer un lazo en un pañuelo de seda. Mina concluyó de vestirse tras cinco minutos tratando de que el lazo que hacía a las zapatillas quedara perfecto y colocado con estilo. Miró el bolso que le había traído la señora Fevre e hizo un traspaso del suyo a ese, luego salió de la habitación. Arnau estaba esperándola abajo de la escalera y le lanzó una leve mirada a su vestuario. Asintió aprobatoriamente como si ella necesitara su aquiescencia para vestirse, le lanzó una mirada orgullosa y le siguió hacia el garaje donde tenía los coches. Arnau eligió uno bastante normalito entre todas las piezas de museo que tenía ahí. Él le abrió la puerta amablemente y ella entró, luego puso el coche en marcha sin explicar a dónde iban. Mina le observó de refilón. No sabía mucho de el cazador, lo que le habían contado en el Aquelarre. Era de origen francés, y se le notaba en un ligero acento que el tiempo no había borrado cuando hablaba otro idioma distinto del natal, pero en París no necesitaba hablar otra cosa. Afortunadamente Mina conocía varios idiomas.

Arnau no había hablado apenas tras la discusión sobre la habitación de su esposa muerta, quizás se había pasado en insinuar que era un acosador peligroso, pero claro, ella desconocía que su esposa se pareciera tanto a ella. Debería sentirse deprimida, porque toda la situación le abrumaba, desde los sufrimientos que le hizo padecer su madre, el terror a vivir como esa hermana suya durante siglos, luego descubrir que a lo mejor todo por lo que había luchado era una quimera que se destruiría, porque el interés de Arnau en ella se debía a su parecido con su esposa muerta. Era consciente de que otra se habría derrumbado y estaría llorando esperando compasión, y que se ocuparan un poco de ella, pero Mina no era de esas, se mantenía firme en situaciones negativas, fueran las que fueran, aunque por dentro sintiera que moriría.

—¿En qué te he molestado?— dijo Mina finalmente, sin soportar más la incertidumbre.

—¿Por qué piensas que estoy enfadado? —indagó Arnau mientras conducía.

—Porque no has bromeado, ni hablado, apenas me has mirado.

—Touché. Estoy enfadado porque has planeado irte con Aren cuando has visto algo que no te ha gustado antes siquiera de darme la oportunidad de explicarme —dijo Arnau en una voz tan suave como si estuviera recitando un poema en vez de mostrarse enfadado.

—¿Y te resulta extraño? —dijo Mina también sin mostrar emoción alguna —¿Quieres que te diga que confío en tí ciegamente después de todo lo que me ha pasado? Tan solo nos hemos visto dos veces, y no han sido las conversaciones más extensas que he tenido en mi vida, sé más de la señora Fevre que de tí. Si quieres, me marchó.

—Estoy enfadado, pero si te marchas estaré hecho una furia.

Mina se quedó un rato silenciosa. Cuando en su familia se disgustaban con ella era definitivo, perdía el afecto de su madre y tenía que recuperarlo de nuevo. El amor nunca fue gratis para ella, debía ganárselo complaciéndola en todo, y si fallaba, no solo lo perdía, sino que su madre la odiaría y acabaría en un castigo desproporcionado. Cuando alguien se enfadaba con ella pensaba que había perdido el amor de esa persona y ahora le odiaría. Cualquier enfado era algo terrible para ella, y se sentía muy mal cuando eso ocurría, pero no pensaba mostrar que le importara.

—Como quieras —respondió Mina quedándose callada de nuevo.

Arnau aparcó el coche en la calle, y se movió de nuevo para abrirle la puerta.

—¿A dónde vamos? —preguntó Mina.

—A un lugar donde no debería llevarte. Pase lo que pase no hables, tan solo quédate silenciosa a mi lado. Sobre todo, no te despegues de mí.

Mina asintió y fue tras Arnau mientras este se dirigía a un barrio poco recomendable. Varios hombres estaban tirados en la calle hablando a la luz de la única farola que no estaba rota en ese lugar. Arnau sacó su billetera y les arrojó un par de billetes como si los conociera y eso lo hubiera hecho antes, y sin dirigirse la palabra con ninguno de ellos, entró en un bar que habría matado a su madre del susto si tuviera que sentarse en una de esas mesas, cosa imposible dado lo lleno del lugar. Arnau no se paró a buscar mesa, sino que giró por un pasillo por el que le permitieron entrar a un subterráneo. Para su asombro, el sótano daba a una parte de la ciudad que no sospechaba que existiera. Tras bajar la escalera, una serie de corredores con una buena iluminación llena de osarios se extendía ante ellos como si fuera un río lleno de ramificaciones. El lugar era las catacumbas de París. Mina podía jurarlo pero una zona que no era conocida por ella. El lugar era a simple vista un gran mercado donde se vendía casi de todo lo no usual. Mina miró uno de los puestos donde vendían lo que llamaban ungüentos de brujos, pero sintió que la mano de Arnau se acoplaba con la suya para tirar de ella y evitar que se detuviera o perdiera, alejándose así de él. Arnau no se paró a mirar nada, posiblemente ya conocía bien la mercancía. Mina disfrutó del calor que irradiaba la mano de Arnau, el cazador tenía una temperatura corporal más alta de lo que era usual en otro ser humano. Finalmente, Arnau se detuvo en uno de los puestos, donde parecía que se vendían todo tipo de antigüedades, como joyeros o espejos. La mujer que regentaba el lugar era exótica, de piel muy oscura, negra como el carbón y con unos rasgos finos, como los de una estatua. El cabello blanco le caía como una lluvia de rizos ligeros que ondulaban casi como si estuvieran vivos. Mina pensó que el efecto era magnético.

—¿Te gusta? —preguntó la mujer.

—No sé a qué te refieres —dijo Mina sorprendida por la pregunta.

—El efecto mágico del pelo. La forma de ondularse solo y moverse como una cascada.

—Sí, es sorprendente —dijo Mina con una sonrisa.

La mujer se quitó un pasador de plata del pelo y sonrió a Mina acercándose para colocárselo.

—No, no puedo—dijo Mina extendiendo las manos.



—Tranquila, es un regalo —dijo la mujer que le colocaba el pasador en el pelo con una ligera sonrisa, sin que Mina pudiera hacer nada por impedirlo—. Con esto ya nunca tendrás que ir a la peluquería, y si no quieres llamar la atención con la movilidad de los cabellos tan solo tienes que quitarte el pasador cuando te guste como está el pelo en ese instante. Es como un mándala.

—Berlina, deja de coquetear con mi chica —dijo Arnau sacando la cartera—¿Dime cuánto cuesta?

—Es un regalo —dijo Berlina insistentemente.

—A mí no me gustan tus regalos, acaban pasando factura muy alta en algún momento. Dime dónde está Goliat y ya hablaremos del precio.

—En el ring —dijo Berlina dedicándole una sonrisa—. Unos amigos tuyos vinieron el otro día preguntando por tí, una mujer mayor y un joven muy guapo.

—¿Y qué les dijiste?

—La verdad, que te había secuestrado una mujer —dijo Berlina con un toque de satisfacción guiñando un ojo a Mina—. ¿Otra novia quizás?

—En absoluto, mi madre —dijo Arnau dirigiendo una mirada a Mina para que no pensara que andaba con chicas guapas como insinuaba Berlina.

—¿Tan joven y guapa?

—Qué quieres que te diga, algunos rasgos me vienen de familia. Voy a hablar con Goliat, ya hablaremos en otro momento del pasador.

—Insisto en que es un regalo —dijo Berlina mientras los dos se alejaban de ella.

Mina miró a Arnau incómoda, no pretendía que le comprara nada, y más a la fuerza, sin que saliera de él hacer un regalo. Tiró de su mano un instante para que se parara a escucharla.

—Lo siento, no pretendía que tuvieras que pagar por esto. Intentaré devolverlo —dijo Mina llevando la mano hacia el pasado.

—No, quédatelo —dijo Arnau cogiendo la mano de ella para que no se lo quitara, y la beso suavemente—. Te da un aspecto feérico, aunque tú no lo necesitas para estar guapa. Berlina sabía que buscaba algo para regalarte cuando estuve aquí y mi madre interrumpió la compra, pero no lo habría adquirido delante tuya, hubiera venido otro día.

—Ya, pero no puedo aceptarlo.

—Compláceme en esto. No permitas que el secuestro a manos de mi madre sea en vano.

Mina le contempló indecisa, y finalmente afirmó con la cabeza siguiendo silenciosa a Arnau hasta un lugar donde el subterráneo se ensanchaba más. Había un ring en medio del lugar y alrededor una especie de gradas bastante comprimida dada la limitación del espacio que tendía a ser más amplio a lo largo que a lo ancho. Mina esperaba que a Arnau no se le apeteciera sentarse ahí, porque estaba tan lleno que podías darte codazos con el de al lado tan solo para girarte un poco. Arnau contemplaba el lugar como si buscara a alguien y cuando lo encontró comenzó a moverse por las gradas casi a empujones, abriéndole paso a ella. La gente parecía estar acostumbrada a ese tipo de actuación, porque a pesar de la rudeza de Arnau no se quejaron, y cuando llegó a arriba se encontró con un hombre que sobrepasaba los dos metros veinte. Arnau le indicó un lugar donde sentarse a su lado. Afortunadamente, el amigo, o lo que fuera, había guardado un espacio suficiente para que ellos tres estuvieran desahogados sin nadie alrededor.

—¿Es ella? —preguntó el hombre como si ya hubieran hablado del tema, lo cuál hacía que Mina no supiera si sentirse molesta o contenta porque hablara de ella.

—Sí, pero dime por qué me has llamado —dijo Arnau eludiendo hablar de ella, al menos delante suya.

—Observa al que va a pelear ahora. He logrado retrasar el combate hasta que llegaras. Quiero que veas esto.

Arnau se acomodó sin soltar la mano de Mina, incluso tirando un poco de ella para que se acomodara lo más cerca posible suya. Mina se sintió un poco descolocada, sin saber muy bien qué hacían ahí, o qué sitio era ese exactamente, y no se encontraba en el mejor momento con Arnau como para preguntarle, incluso de hablar de cualquier cosa. El hombre que había en el ring esperando un contrincante parecía muy fuerte y fiero. Se dedicó un rato mientras el otro llegaba a soliviantar al público, y este respondía con gritos y gestos, algunos a favor, otros en contra.

—Ese es Nick, le conozco. Tiene algunas cualidades especiales, como una fuerza inusual. Fue boxeador profesional y lo tuvo que dejar cuando tras una pelea amañada mató a su contrincante cuando debía perder.

—Sí, pero no es por él por lo que te he llamado. Fijate en su contrincante.

—No le he visto perder nunca, y no es inusual que su contrincante acabe muerto en el ring —opinó Arnau acomodándose más para contemplar el combate.

El rival de Nick tardaba en salir y mientras este interactuaba más con el público, incluso estuvo a punto de pegarle a uno porque le dijo algo que no le gustó. De pronto Nick elevó la cabeza y fijó los ojos en Mina con una sonrisa lasciva. Subió unas cuantas gradas pisoteando casi literalmente a los que estaban en medio y no pudieron apartarse hasta quedar casi en frente de ella. Mina le miró sin sentirse intimidada, si se ponía tonto le fulminaría con un conjuro. Arnau, casi leyéndole el pensamiento se acercó a su oído.

—Ni se te ocurra hacer magia o tendremos que salir incendiando el sitio. Son capaces de venderte por ser una bruja —le susurró al oído muy bajito.

Arnau centró su mirada hostil en Nick, colocándose entre él y Mina de manera protectora.

—Sabes, guapa. Cuando acabe de matar al que va a salir, tú y yo vamos a follar como leones, y luego te vendrás conmigo —dijo Nick que al estar más cerca Mina pudo fijarse mejor en sus facciones. Inicialmente no parecía feo, hubiera tenido su atractivo sino fuera por la cara demacrada que posiblemente le dejó el boxeo, como la nariz y los pómulos machacados, pero lo que más le llamó la atención a Mina fueron sus ojos, fríos y despiadados—. Te voy a quitar al marica ese de encima, y sabrás lo que es un hombre de verdad.

—Encima homófobo, lo tiene todo —dijo Mina con desprecio sin poder continuar porque Arnau le apretó ligeramente la mano para que se callara.

Arnau no le contestó, tan solo se puso de pie colocándose tan cerca que casi podía oler su aliento. Mina no le había visto nunca como en ese instante. Ya no era el hombre amable y dulce que le susurraba cosas bonitas al oído, era absolutamente intimidante. Arnau era alto, pero en ese momento lo parecía más y exudaba una mezcla de ira contenida que producía pavor. Ella se habría alejado si le hubiera mirado así.

—Puede ser que no vivas para tu siguiente combate —dijo Arnau con rudeza.

El hombre se puso nervioso y más irritante que antes, cuando su estado colérico iba a llevarle hasta realizar una acción agresiva, el público comenzó a aplaudir muy fuerte y un hombre que iba tan solo vestido con una túnica y una capa roja entró al ring. Nick perdió el interés por Arnau y bajó las gradas casi de tres en tres hasta llegar al ring.

—Es normal que tardaras en bajar, debes estar cagado de miedo y no te culpo porque vas a morir —dijo Nick al hombre.

Este no se molestó en contestarle. Su apariencia era impresionante. Llevaba la cabeza absolutamente rapada pero se podía vislumbrar una pelusa

de cabello rubio que ya amenazaba con salir mostrando una cabellera espesa. Su cuerpo estaba incluso más musculado que el de Nick y lleno de tatuajes. Su rostro, a pesar de los combates a los que se debió enfrentar, era agraciado sin ser excesivamente guapo, pero poseía una mirada feroz que le dotaba de mucha fuerza. El hombre prescindió de mirar a Nick a la cara, parecía de alguna forma despreciarle, aunque no lo reflejaba en sus gestos.

—Se llama Creonte —informó Goliat a Arnau —y está en venta, es por lo que te he llamado.

—¿Cómo que en venta? —preguntó Mina sorprendida.

—Sí, es asombroso que se quieran deshacer de él, pero creo que no es nada dócil y su dueña le ha cogido miedo. A pesar de que lleva todo lo necesario en el collar para que cumpla sus deseos, él parece resistirse. Supuse que te interesaría comprarlo.

—¿Ahora somos esclavistas? —preguntó Mina que no esperaba nada peor de lo que pudieran hacer en su Aquelarre fuera de allí.

—¿Quién lo vende? —preguntó Arnau con curiosidad tras apretar un poco la mano de Mina para que se calmara.

—¿Ves esa mujer de allí? —dijo Goliat tras señalar a una mujer ya madura, excesivamente pintada para disimular la edad y vestida como una joven —Daliana. Es la hija de uno de los jefes de las mafias de tráfico de personas. Su padre descubrió ciertas anomalías en algunas personas, y supo que la venta de ellos era un buen negocio en los círculos adecuados, como aquí. Deberías tener cuidado con ella, porque desde que sabe que eres raro te quiere poner el collar.

—No sería la primera últimamente que pretende ponerme un collar al cuello —dijo Arnau con un leve toque de cinismo tras guiñar un ojo a Mina—. Pero lo lamento por ella, ese collar a mí no me hace nada.

—Tiene también ciertos gustos sexuales. Le encanta acostarse con lo que ella llama “sus mascotas”. Parece que este casi la mata cuando le obligó a meterse en la cama con ella. Tuvo que salir corriendo para buscar el detonador del collar, porque parece que él le hizo creer en un primer instante que aceptaría gustoso, y ella se relajó dejando el detonador lejos.

—Menudo elemento—dijo Arnau tras dirigirle una última mirada.

—Ya empieza el combate. Observa —dijo Goliat acomodándose en su asiento para verlo.

Los dos contrincantes se miraron uno al otro durante un breve segundo. El primero en reaccionar fue Nick que intentó golpear sin ningún éxito a Creonte.

La respuesta de este no se hizo esperar, sin apenas dar espectáculo, su piel brilló ligeramente y luego lo agarró de un manotazo en un movimiento difícil de predecir por la rapidez del mismo y lo tumbó contra el suelo haciendo añicos la cabeza de Nick, matándolo en el acto. El golpe mostraba una fuerza inusual, casi como la que presentaría uno de los cazadores.

—Impresionante —dijo Arnau tratando de hacerse oír entre los abucheos de la gente que esperaba un espectáculo más largo y ameno, y quizás incluso estuviera amañado para que Creonte perdiera.

—¿Seguro que no es uno de los tuyos? —preguntó Goliat.

—Muy seguro—confirmó Arnau que no quitaba ojo de Creonte—. Lo habría detectado.

—Entonces no tengo ni idea de qué es. Yo creía que era como tú —dijo Goliat.

—Yo sí sé lo que es —dijo Mina sorprendiendo a ambos.

—¿Qué? —preguntaron los dos casi al unisono.

—Por el ligero brillo de la piel cuando combate, te diría que es un espartano. Yo nunca he visto uno, pero aparecen en los libros del Aquelarre, posiblemente los eruditos te cuenten mucho más sobre ellos. Eran los originarios de Esparta, los famosos guerreros que sacudieron la antigüedad y frenaron al ejército Persa junto a los atenienses. Parece ser que eran distintos a los demás. Algunos dicen que son hijos del mismo dios Ares, el dios de la guerra, y por eso tienen todas esas capacidades místicas. Hoy en día una prueba genética nos diría mucho de ellos. En algún momento de la historia decidieron “desaparecer”. Muchas de las historias que cuentan en la mitología griega sobre hombres nacidos de dioses son verdad, solo que posiblemente fueran hijos de uno de esos espartanos. Aunque no son inmortales disponen de una vida bastante más larga que la de un humano normal y como nosotros deben mantenerse en el anonimato. Invisibles para la humanidad.

—Lo quiero comprar cueste lo que cueste —dijo Arnau mirando con admiración a Mina—. Has dicho que estaba en venta, ¿no?

—Sí, así es, pero no saldrá barato. Su dueña es muy avariciosa y no va a permitir no sacarle una ganancia excesiva.

—Le pagaré lo que sea, eso no es un problema para nosotros.

—¿Nosotros?—preguntó Goliat con curiosidad.

—Ya sabes que hay más como yo. ¿Negociarás por mí una cifra? Quiero cerrar el trato ahora mismo.

—Vale. Ahora vengo —dijo Goliat levantándose de las gradas para

acercarse a la mujer.

Arnau se acercó un poco a Mina.

—Ya estoy harto de que estemos enfadados —dijo Arnau acariciando el brazo de Mina.

—Yo no era la enfadada —se defendió Mina.

—Sí, pero yo no puedo estar mucho tiempo enfadado contigo —dijo Arnau acariciándole la espalda

—¿No? —dijo Mina coquetamente —¿Mostrándome tus debilidades?

—Tú eres mi debilidad —dijo Arnau tras besar el cuello de Mina suavemente.

—¿De verdad crees la historia de las almas gemelas y que yo era la reencarnación de tu esposa muerta? —dijo Mina acariciando el cabello de Arnau.

—Dicho así suena a locura, pero dime, ¿cuántas veces te has echado en los brazos de un completo desconocido, y más cuando le tenías terror? Espero que una sola vez.

—Hay algo distinto en tí, y no solo por tu inmortalidad —dijo Mina acomodando la cabeza en el hombro de Arnau mientras este pasaba su brazo para rodearla—. Siento que te conozco. No tiene que ser un alma gemela, puede ser que seamos caracteres que encajan.

—No seré yo quién te vaya a taladrar la cabeza con relaciones místicas que sobrepasan la muerte y el tiempo, ya lo hará Angélica. Me conformo con que creas que estoy enamorado de ti, y espero que me correspondas, sino ahora, algún día.

—Después de haberme dejado de hablar en el coche, tendrás que esforzarte más que eso —dijo Mina provocándole y separándose de él.

—Vaya, quieres jugar. La última vez que lo hiciste quemaste un edificio entero —dijo Arnau con una sonrisa.

—Ya estaba quemado, lo hiciste tú, que eras el que jugabas, yo solo creí que te podía encerrar —dijo Mina con un ligero tono de humor.

—Sabías que yo no te haría daño, ¿verdad?

—No, estaba convencida de que me matarías. Cuando saliste de la jaula derritiéndola estaba muerta de miedo, quizás por eso me enfurecí tanto, la adrenalina.

—Fui delicado contigo, pero algún día tenemos que hablar de todas esas ideas erróneas que tienes en tu cabeza.

—¿Tú crees que son erróneas?

—Absolutamente, si crees que no puedes confiar en mí, o que lo que siento es efímero. Me quitaste la garra de la bruja, conoces de esto lo suficiente como para saber que si no fueras la receptora del vínculo que aprovechó tu madre para robarme energía no habrías podido.

—Sí, es cierto, pero me cuesta creer en cuentos de hadas, y esto lo parece. Demasiado perfecto en todos los sentidos, espero que en cualquier momento todo cambie —dijo Mina agachando un poco la cabeza.

—Los cuentos de hadas son como la vida, ocurre si uno quiere que ocurra y lo cuida. Quizás un hombre con sentimientos menos profundos que los míos podría cansarse o relajarse con el tiempo, pero no es mi caso. De todas formas, merece darle una oportunidad para averiguar si es tan bueno como parece, ¿no crees?

Mina se puso recta cuando vio que Goliat volvía de hablar con la mujer que vendía al espartano. Le tendió una nota con un número a Arnau y este dio un silbido. La mujer debía haber pedido un precio excesivo, luego asintió.

—De acuerdo, no voy a regatear. Pregúntale como quiere la forma de pago, pero lo quiero ya.

—Por eso no hay problema, yo te avalo, puedes llevártelo y pagarle cuando tengas el dinero listo. Sabe que esa cantidad no se reúne en media hora. Toma esto—dijo Goliat tendiéndole el detonador del cuello.

Goliat se alejó de ellos mientras Arnau miraba con interés el detonador preguntándose si había algo mágico en esto, o era todo tecnología. Luego se puso de pie.

—Vayámonos, cuánto más tiempo estemos aquí, más fácil será que nos metamos en algún lío —dijo Arnau cogiéndole de la mano.

—Si te lo ha entregado tan pronto es que estaba desesperada por deshacerse de él, podías haberle regateado mucho —opinó Mina que estaba acostumbrada a realizar ese tipo de trabajo para su madre.

Arnau sonrió ampliamente y tiró de ella para dirigirse hacia el espartano que esperaba al lado del ring, secándose el sudor con una toalla. El hombre ni los miró cuando estuvieron casi al lado suya, como si no le importara quienes fueran o lo que quisieran. Arnau no se molestó en hablarle, tan solo le mostró el detonador y le hizo un gesto para que le siguiera. Cuando llegaron al coche en absoluto silencio, Arnau le señaló el asiento de atrás tras abrir la puerta a Mina.

## Capítulo 28.

La señora Fevre echó una breve mirada al hombre medio desnudo con muchas heridas abiertas que Arnau y Mina traían a la casa. Sorprendida contempló que no llevaba zapatos y estaba llenando toda la casa con barro. Sin mediar palabra fue a por el botiquín de primeros auxilios.

—Siéntate ahí —le ordenó la señora Fevre con determinación señalando una silla de la cocina.

El hombre le miró duramente y cruzó los brazos en señal de que no pensaba hacer nada de cuanto le pidieran, a menos que usaran la fuerza.

—Estudié medicina y estuve trabajando en un hospital hasta que me jubilé, ahora me paso el día “arreglando” a jóvenes impetuosos que se creen inmortales sin serlo —dijo la señora Fevre volviendo a indicar la silla.

El hombre hizo un gesto de aceptación y se sentó esperando que la mujer hiciera su trabajo. La señora Fevre estuvo curando y cerrando heridas mientras Arnau se acercaba.

—Deberías tener cuidado —le regañó Arnau—. Ni siquiera sabes si puede ser peligroso estar tan cerca suya.

—Él es el que no sabe que la peligrosa soy yo —dijo la señora Fevre levantando levemente los ojos de una de las múltiples heridas—. ¿Quién es?

—Le llamaban Creonte, si es su verdadero nombre no tengo ni idea porque no parece muy hablador. Estaba en Coup de Chance, el lugar donde parece que viniste a buscarme, supongo que con Bram, al que mataré por llevarte.

—¿Mi hermano? —preguntó Mina interesada porque aún no se creía el cuento de que era un cazador.

—Sí, tu hermano, ya hablaremos de eso —contestó Arnau continuando la explicación—. Es un esclavo que hemos comprado por una millonada, literalmente.



—¿Un esclavo? —preguntó la señora Fevre indignada dejando caer un poco más de alcohol de la cuenta en las heridas. El hombre en vez de quejarse hizo un ligero movimiento con la comisura de los labios que mostraba diversión por algún motivo. La señora Fevre le miró duramente —No es gracioso.

—Claro que no lo es —dijo Arnau creyendo que se lo había dicho a él—. Ese collar tiene un detonador y un complicado sistema por el que se castiga al sujeto si no obedece, no sé en qué forma porque no lo he visto en acción.

—Ni lo verás. Quítaselo ahora mismo —le ordenó la señora Fevre tajantemente.

—No...

—¿Es que ahora somos esclavistas? —le regañó la señora Fevre.

—Exactamente lo que yo dije —dijo Mina sentándose en una de las sillas de la cocina.

—Quiero decir, que no sé cómo se quita eso, podría tener un mecanismo mágico, y no puedo intentarlo precipitadamente porque podría explotar. Tendrá que ser nuestro invitado hasta entonces.

—¿Es normal encontrar gente en ese estado ahí donde vas? —indagó la señora Fevre.

—Más común de lo que imaginas, pero yo no puedo comprar a todo el mundo, y lamentablemente, no puedo acabar con el tráfico de esclavos...

—¿Y en vez de eso lo toleras? ¿Vas allí sin pestañear a ver cómo esclavizan a otras personas mientras tú haces lo que sea que hagas allí? —dijo la señora Fevre que dio una puntada bruscamente en una de las heridas que estaba cerrando, provocando otra mirada divertida en el hombre que cosía.

—Aunque incendiara el lugar no iba a arreglar nada, tan solo se ocultarían mejor, así al menos puedo saber qué pasa y de vez en cuando rescatar a alguien o saber si tienen esclavizada a la bruja blanca que buscamos, por ejemplo —se defendió Arnau.

—¿Y por qué este en concreto?

—Porque es un espartano —contestó Mina provocando una mirada de sorpresa en el hombre que no esperaba que supieran nada sobre él.

—¿Un espartano? —repitió la señora Fevre sorprendida observando al hombre como el que ve una obra de arte —Entiendo tus motivaciones, entonces. ¿Estás segura, Mina, de que lo es?

—Muy segura, el sudor de la piel tenía un leve brillo.

El hombre, al escuchar que sabían lo que era, reaccionó de forma

violenta tomando de un solo movimiento a la señora Fevre del cuello mostrando que se lo podía romper. Arnau le lanzó una mirada asesina, pero se vio interrumpido por Mina que le puso la mano en el pecho para evitar un enfrentamiento.

—No necesitas atacarla a ella, y no vamos a usar el detonador para obligarte a soltarla —dijo Mina al espartano.

—¿Cómo que no?—dijo Arnau enfadado mientras Mina continuaba con la mano en el pecho de Arnau.

—No, si quieres resolver esto desafíale a él en vez de tomar a una mujer indefensa y amenazarla —dijo Mina que parecía conocer la costumbre de los espartanos.

—No, Mina, yo no necesito que otros peleen mis batallas por mí —dijo la señora Fevre colocando un bisturí, que apareció en su mano de la nada cerca de la barriga del hombre—. Jovencito, sé perfectamente donde están todos tus órganos y cómo destriparte. Si haces un movimiento que no me guste lo haré, sin dudar.

El hombre acercó la boca muy cerca del oído de la señora Fevre para hablarle en un ligero susurro.

—Veo a través de tus engaños. No eres una vieja como pretendes —dijo el hombre apretando más la presa en vez de aflojarla tras la amenaza de la señora Fevre, acto que hizo que Arnau se detuviera para no provocar que el espartano atacara a la mujer.

—Si le haces daño lo vas a lamentar y no te imaginas cómo —le amenazó Arnau que estaba muy enfadado.

—¿Y qué vas a ganar matándome? ¿No has oído que pretendemos ayudarte? —dijo la señora Fevre rozando el bisturí con la piel del hombre dejando caer un hilo de sangre—. No me obligues a usarlo, no quiero hacerte daño. Si haces esto porque sabemos tu “secreto” vas a tener que matar a mucha más gente que lo sabe, y nosotros tenemos también nuestro secreto: ella y yo somos brujas y él un inmortal. Podemos guardarnos los secretos unos a otros.

—Lo que usted diga, señora —respondió el hombre de nuevo en un leve susurro, arrojando a la señora Fevre casi de un movimiento a los brazos de Arnau que la cogió a tiempo para que no cayera.

—Lo soy a matar sin detonador —dijo Arnau, pero la señora Fevre le intentó detener con una mano, hecho que no hizo que Arnau se frenara hasta que esta le gritó —¡Para!

—Me estáis frustrando entre las dos —dijo Arnau que tenía ganas de pegar al hombre tras su actuación.

La señora Fevre se dirigió de nuevo hacia el espartano y esta vez Arnau la atrapó al vuelo en un movimiento tan rápido como el de Creonte, y este le miró impresionado.

—¿A dónde crees que vas? No te vas a acercar a ninguna de las dos.

—A curarle, le he abierto una herida —dijo la señora Fevre.

—Que se joda y no te hubiera amenazado— dijo Arnau aún muy enfadado.

—No me va a hacer daño —dijo la señora Fevre—. Tampoco me lo hubiera hecho antes.

—¿Cómo estás tan segura? —preguntó Arnau.

—Porque no mata si no es necesario y asesinarme a mí no le daría mucha gloria —dijo la señora Fevre tratando de deshacerse de la presa de Arnau sin conseguirlo—. De hecho, tú me aprisionas con mucho más fuerza de como él lo hizo.

Arnau soltó a la señora Fevre y sacó el detonador del bolsillo de la gabardina mostrándoselo al espartano.

—Una gracia como la anterior y te detono. Yo no usaré una advertencia, apretaré el botón de destrucción sin pestañear —le dijo Arnau mientras la señora Fevre se acercaba de nuevo al hombre.

El espartano hizo un gesto de asentimiento y se sentó de nuevo en la silla esperando que la señora Fevre le curase la herida. Estuvieron un rato callados mientras le curaba. Arnau no le quitaba ojo de encima y aún parecía muy enfadado.

—Y dime, ¿cómo te cazaron y te pusieron el collar? —le preguntó la señora Fevre sin esperanzas de que contestara a una sola de las preguntas.

—Buscaba a una hembra para aparearme y me pusieron una trampa apetitosa —dijo el hombre sorprendiendo a todos por su elocuencia—. Tengo ya más de sesenta años y he estado muy centrado en la guerra. Mi padre pensó que debería tener un hijo.

—¿No tenéis hemb...mujeres? —rectificó la señora Fevre que se había dejado llevar por su forma de hablar.

—No, de nosotros siempre nacen niños —dijo el hombre mientras miraba a la señora Fevre—, y tenemos una vida muy longeva, así que no solemos tener pareja porque la perderíamos, solo mujeres entre la población normal que nos aportan hijos, pero es interesante descubrir que existe alguna mujer

con el ciclo vital tan lento como el nuestro.

La señora Fevre no se lo pensó, dejó la aguja y le dio un fuerte bofetón al hombre, el cual no se inmutó, sino que hizo un leve gesto como si le gustara el desafío y lo aceptara.

—Ni se te ocurra lo que estás pensando— dijo la señora Fevre enfadada, aun así, tomó la aguja de nuevo para curar la herida.

—¿Has dicho que estás centrado en la guerra? ¿En qué forma? —preguntó Arnau con curiosidad.

El hombre ni siquiera miró a Arnau, sino que le ignoró fijando la mirada en las manos laboriosas de la señora Fevre.

—Respóndele —dijo la señora Fevre.

—No sé, ¿estás soltera? —preguntó él dando a entender que no diría nada sin algo a cambio.

—Sí, desde los veintisiete años que me quedé viuda, ahora tengo setenta y no ha habido ni un hombre más en mi vida, ni lo habrá —apuntilló la señora Fevre.

—Prácticamente de mi edad —dijo el hombre complacido ignorando la parte de que no quería más hombres en su vida—. Mi pueblo tiene una empresa de mercenarios desde hace muchos siglos, creo que casi desde siempre, nos hemos dedicado a la guerra, y vivimos de eso.

—¿Y se os puede contratar? —preguntó Arnau que ya parecía más tranquilo.

—¿Tan bueno era tu marido muerto como para vivir un luto perpetuo? —preguntó el espartano.

—Era un buen hombre, que yo no aprecié cuando estaba vivo, y no estuve ahí cuando estuvo herido y muriendo—dijo la señora Fevre tristemente—. Era gentil, bueno con los niños, entregado a su profesión médica.

—O sea, que no estabas enamorada de él, a pesar de lo bueno que era y te sientes culpable ahora que está muerto —dijo el hombre mirándola fijamente—. Sí, podemos ser contratados si tienen el suficiente dinero, y somos extremadamente caros, podemos ganar una guerra nosotros solos.

—¿Tu vida vale una rebaja? —preguntó Arnau.

—Esta respuesta es gratis. La mía no, porque habría escapado cuando me hubiera dado la gana, pero ella vale una guerra —dijo el espartano fijando los ojos en la señora Fevre.

—Ya, pero es que nosotros no traficamos con mujeres, y menos con las nuestras. Ella es como mi hija, la cuidé desde que era niña, si tú eres viejo yo

soy inmortal, no lo olvides —dijo Arnau marcando su territorio.

—No te preocupes —dijo el hombre susurrándole de nuevo al oído a la señora Fevre—. Solo te secuestraré si me das tu permiso.

Arnau volvió a enfadarse y esta vez fue Mina la que se interpuso entre los dos.

—Arnau, es la costumbre espartana, tenían que secuestrar a las novias para mostrar que son merecedoras de ellas, y ha dicho que no lo hará si ella no acepta —dijo Mina que estaba entre los dos hombres.

—Eso no va a pasar nunca. No pienso aceptar nada —dijo la señora Fevre cortando el hilo y guardando todo los materiales casi con furia, luego se dio la vuelta para alejarse.

—Eso ya lo veremos —dijo el hombre cogiéndole la muñeca ligeramente para que se parara.

La señora Fevre dio un tirón y se alejó con todas las cosas.

## Capítulo 29.

Mary Betila se paseó por el centro de los cazadores en Lyon que acababa de ser tomado. Estaba muy enfadada por la desaparición de su hija y contemplaba con desdén a los prisioneros que habían obtenido. Durante varios días estuvo intratable y tan solo deseaba venganza y recuperar a Mina para castigarla por todos sus desplantes y traiciones. Enterarse de este sitio en Lyon no fue difícil, habían interceptado varias comunicaciones desde el interior. Alguien enviaba a la red información sobre Mina desde ese lugar, así que no fue difícil llegar hasta ahí.

—Ves, te dije que debíamos contraatacar —dijo Mary a su secretario.

El secretario estuvo a punto de discutirlo, pero sabía que cualquier opinión que disgustara a su reina podía ser peligroso para su salud. Los hombres de los cazadores estaban tirados en el suelo maniatados. En ese preciso instante estaban sacando a las mujeres de las habitaciones y entre ellas había una embarazada. A Derek eso no le importaba salvo que sabía que para los cazadores sería mucho más valiosa. La mujer era joven y gritaba, mordía e insultaba a los que la traían. El mismo Derek le habría dado un golpe que la hiciera callar, pero no quería dañar la mercancía, al menos hasta saber qué tenía en sus manos.

—¡No tenéis ni idea de quién soy yo! —gritó la mujer casi escupiendo las palabras.

—No eres nadie —dijo Derek provocándola para que contara más—. Tan solo una tonta que va a morir por hablar demasiado.

—Si me tocas un pelo Arnau te matará. Soy su prometida y este su hijo— dijo la mujer amenazando a todos con una mirada de odio.

—¿El hijo de Arnau y su prometida? —repitió Derek lanzando una sonrisa de triunfo a Mary que se giró para prestar atención a la mujer.

Mary dio algunos pasos hasta llegar a ella. Le rozó la mejilla y

contempló sus facciones sin que pudiera hacer nada por evitarlo, tan solo la miraba como si estuviera hipnotizada por Mary.

—Así que la prometida de Arnau —dijo Mary suavemente —¿Y cómo te llamas?

—Mi nombre es Carla —dijo contemplando el rostro de Mary obedientemente.

—Bien ya tenemos lo que queremos. Nos la llevamos a ella y a un pequeño grupo, los menos problemáticos, los demás matadlos —ordenó Mary con una sonrisa satisfecha—. Yo tengo que irme a cumplir con algunas responsabilidades, está a punto de llegar mi futura familia política.

—Yo me encargaré de todo —dijo Derek agachando sumisamente la cabeza.

—Lo tienes todo hecho, tan solo debes cumplir con esto: pedir que me devuelvan a mi hija.

—¿La puta esa es hija suya?— preguntó Carla en un tono de desprecio casi osadamente.

Mary se acercó a Carla y la tomó de nuevo delicadamente de la barbilla, luego apareció una especie de puñal hecho de aire que comenzó a rozar la piel de Carla en la mejilla, provocándole un dolor muy agudo.

—Si vuelves a decir eso de mi hija lo lamentarás —dijo Mary ignorando los gritos de dolor y súplica de Carla a la que le acababa de hacer una fea cicatriz en la mejilla que le quedaría para toda la vida—. Derek, me marchó. Encárgate de recuperar a Mina, y no le hagáis más daño a la prometida de Arnau, ocurra lo que ocurra, es la pieza principal del intercambio.

—Sí señora. Se hará como ordena.

Derek suspiró aliviado cuando su reina se marchó. Le tenía un miedo atroz, ya que no necesitaba equivocarse para que en un arrebato de furia ella le matara. Las actuaciones de Mina le habían colocado en una fea situación, porque si no lograba traerla de vuelta podía peligrar su vida, y ni siquiera sabía si estaba con los cazadores, o si se había fugado. Los Wolf le contaron que fueron atacados y en el proceso ella desapareció, pero tenía motivos para escabullirse y perderse lo más lejos que pudiera, su madre pensaba darle un castigo ejemplar. Escapó en un coche, pero el mismo ataque pudo ser provocado por la misma Mina como una cortina de humo, o para que creyeran que estaba con los cazadores y crear confusión. Su reina estaba muy enfadada porque se había equivocado, pensó que podía controlar a Mina gracias a la garra de la bruja de Arnau, pero parecía que los cazadores disponían de un

método para quitarse la garra, no solo los que ya lo habían hecho, y saber que podía perder el poder que adquiriría de ellos le aterrizzaba. Ella jamás admitía una culpa, sus errores los pagaban los demás, y él estaba en el filo de la navaja en ese aspecto. Habría conspirado con los enemigos de la reina, pero aún tenía la garra del más poderoso de los cazadores, el que realmente hacía invencible a la reina y tan solo arañaba un fragmento de su poder. Mary le había otorgado mucha influencia en el Aquelarre, sin ella no habría ascendido tan alto, y desgraciadamente su destino estaba ligado al suyo, porque los enemigos de Mary no olvidarían su actuación. El otro plan de Mary no le gustaba, era excesivamente peligroso y estaba seguro de que se desharía de todos cuando consiguiera su objetivo. Era el momento de hacer una jugada como la de los eruditos y pasarse al enemigo, el único sitio en el que estaría seguro. Tenía mucho dinero, y la caída de Mary era cuestión de tiempo, y si conseguía su propósito moriría igualmente. A cambio de colaborar pediría desaparecer con todo su dinero, después de todo era un brujo, si quería una mujer no tenía ni por qué pagar por ello, podía poseer a quién quisiera con un simple conjuro de amor. Miró de nuevo a la prometida de Arnau y le sonrió, colocó la mano en el rostro de ella apagando el dolor con un simple toque. No podía sanar esa herida, no creía que nadie pudiera porque era un ataque que Mary aprendió de los demonios que le otorgaban dones, pero mostrar amabilidad haría que la chica hablara bien de él.

—Lo siento mucho, ¿qué tal te encuentras? —preguntó Derek con una sonrisa amable. En realidad no necesitaba un conjuro para tener una mujer, su reina solo elegía secretarios guapos, no toleraba las imperfecciones en ningún sentido, pero requería un esfuerzo que no le merecía la pena cuando con un chasquido tenía lo que deseara. En este instante eso estaba fuera de lugar.

—Cúrame, no me dejes esta fea cicatriz —imploró Carla llorando.

—Lo haré , pero no puede ser ahora, necesito ingredientes y un libro para ello. No debes preocuparte, ya no te dolerá más y no solo te quitaré la cicatriz, sino que cuando haga mi magia te verás incluso mejor que antes —mintió Derek porque no podía curar esa herida en forma alguna.

—¿De verás? —preguntó Carla ingenuamente.

—Sí, siento mucho lo que ha pasado —dijo Derek ayudándola a incorporarse y tratando de parecer sensible con su situación—. Te prometo que estás a salvo conmigo.

—¿Y qué pasará ahora? —preguntó Carla angustiada.

—Nada malo. Pediremos a los cazadores que nos den a Mina para que su



madre la castigue por todo lo que ha hecho y tú volverás con ellos, pero debo saber si realmente Mina está con los cazadores, para poder ayudarte.

—Probablemente. Aren fue a París y habló con...—Carla hizo una pausa porque su madre le lanzó una mirada reprobatoria cuando iba a nombrar a Bram—hombres de Arnau. Por lo que hablaban yo creo que iba a ir a por ella.

—Pero no estás segura —dijo Derek con delicadeza—. ¿Qué te parece si damos una vuelta tú y yo a solas? Te ves pálida y necesitas un poco de aire —dijo en tono meloso haciendo que se sintiera especial y protegida.

—De acuerdo—dijo Carla en tono dudoso tras la mirada de su madre.

Derek ofreció su brazo a Carla. Le disgustaba tener que coquetear con una persona tan vulgar que no pertenecía a su clase alta, y además, no era suficientemente bonita como para que mereciera su atención. Arnau, el hombre inmortal que podía tener cuanto quisiera enamorado de una mujer como esa, no le encajaba, ya no por su apariencia, sino porque caía fácilmente en la tentación que se le pudiera ofrecer. Si algo habían mostrado los cazadores a lo largo de su historia era integridad, pero acostarse con la mujer de uno de ellos le causaba mucho morbo y le daba un aliciente extra, aun así, no podía hacerlo si deseaba llegar a un acuerdo con ellos.

—Y dime —dijo Derek mientras paseaban solos hasta el avión en el que iban a irse antes de que los cazadores reaccionaran al ataque—, ¿con quién habló Aren?

—Ya lo dije —dijo Carla dudosa—, con los hombres de Arnau.

—Carla, eres realmente encantadora —dijo Derek con intención de subirle el ego—, pero no puedo ayudarte si no hay sinceridad entre los dos. Yo no quiero hacer daño a los cazadores, todo lo contrario, pretendo que cuando hayamos hecho el intercambio, pueda quedarme con ellos. Ya has visto cómo es la reina, una mujer difícil de contentar. Puedes confiar en mí, dime con quién estaba hablando Aren —preguntó de nuevo Derek con una voz sugerente mezclando la verdad con la mentira.

—Con el quinto cazador —dijo Carla tras dudar mucho.

—Así que ha aparecido el quinto cazador —dijo Derek pensando que esa información cambiaba bastante la situación, incluso así era un riesgo seguir jugando en el equipo de su reina—. ¿Y quién se supone que es?

—No lo sé, mantienen en secreto su identidad, ni siquiera sé su nombre, pero conoce a la zorra porque la defendió cuando yo quise destruirla. Parecía muy relacionado con ella, quizás estuviera enamorado de la bruja, o le encantó.

—Te refieres a Mina, supongo —dijo Derek observando como Carla afirmaba con la cabeza—. O sea, conoce a Mina personalmente, y podría estar enamorado de ella.

—Sí, yo creo que lo está, porque amenazó con abandonar a los cazadores si le hacíamos daño.

—Mina solo trata con gente del Aquelarre, ¿crees que pueda ser uno de los nuestros?

—Yo creo que sí, sabe demasiado de vosotros.

Derek sonrió mientras subían al avión, ahora podía jugar a dos bandas esperando quedarse en el equipo ganador. Tenía serías sospechas de quién podía ser el quinto cazador, y si lo confirmaba podía darle a su reina un dato que le valdría un buen puesto a su lado y prácticamente inmunidad, y si salía mal habría hecho un trato con los cazadores para salir de ahí lo más rápido posible, solo le faltaba un detalle, cómo contactar con ellos, pero Carla le contaría eso también.

## *Capítulo 30.*

Mina sonrió débilmente sintiéndose rodeada de tanta gente. Era la primera vez que entraba en unos grandes almacenes a comprar y le resultaba una experiencia fascinante. Siempre quiso hacer cosas como lo harían las personas normales. Ella era consciente de que su situación era contraria a la del resto de la población que lo que desearía es vivir como ella, pero ellos no sabían la soledad que traía una vida superficial rodeada de lobos. Miró a la señora Fevre que le estaba ofreciendo consejos de qué le iría bien y qué no. Hubiera deseado quedarse con Arnau, pero este estaba arreglando el asunto del espartano, hablando por teléfono y en millones de cuestiones. Le resultaba extraño tanta tarea por hacer y que ella no tuviera que hacer nada, ni resolver problemas. Cuando la señora Fevre le preguntó qué deseaba hacer, la respuesta fue simple, deseaba ir a un centro comercial y comer allí. Quería sentirse como una persona más y vivir como ellos lo hacían. Creonte iba con ellas, y no porque Arnau estuviera de acuerdo, pero la señora Fevre argumentó que Mina estaba siendo buscada, y Creonte era mejor guardaespaldas que un ejército entero, después de todo tenían el detonador y no tendría más remedio que protegerlas. Mina sabía que era una excusa, la señora Fevre jamás usaría el detonador como método de castigo con Creonte, pero el espartano no tenía motivos para hacerles daño, al menos de momento, y si había una mala situación podría colaborar si deseaba que Arnau le quitara el collar cuando averiguara cómo funciona. El espartano era muy orgulloso, deseaba solucionar su problema solo, pero él no podía llevar su propio detonador sin que explotara, y no quería recurrir a los suyos, por no mostrar debilidad, así que de momento estaba atrapado con ellos. Él iba silencioso tras ella, tratando de mostrar normalidad o aparentar que era el típico hombre obligado a ir con dos mujeres de compras. Mina, sin embargo, estaba fascinada por todo, pero al mismo tiempo asustada esperando encontrar a alguno de su aquelarre que la

buscara. Se consolaba pensando que ellos no pisaban los centros comerciales. Mina tomó asiento con la señora Fevre en una cafetería, mientras Creonte tomaba una silla y se sentaba un poco alejado de ellas en absoluto silencio.

—Aún no me creo que haya escapado de mi madre —dijo Mina que parecía haber cogido confianza con la señora Fevre—. Espero que en cualquier momento me lleve a rastras con ella o me traicionen.

—No va a pasar eso —contestó la señora Fevre—. Tú estuviste a punto de destruirla, y aún no estaba cerrado el círculo que te da poder, faltan dos brujas por unirse. Violeta no ha encontrado su collar, y la otra roja.

—¿La roja? —preguntó Mina que tan solo había recibido información sesgada de cuanto estaba ocurriendo.

—¿Has oído hablar de la Diosa Roja? Una forma coloquial de llamarla porque aparece cuando el equilibrio está roto y durante el eclipse de la Luna roja se anuncian guerras.

—Sí, de la Doncella, uno de los aspectos de la Diosa, que confiere poder a las hechiceras rojas —dijo Mina prestando atención a las palabras de la señora Fevre.

—Violeta es una de las dos rojas que deben unirse a vuestro pentagrama, la otra presuponemos saber quién es, luego Angélica y tú sois las hechiceras oscuras y la blanca que tu madre tiene en el torreón. Yo sé que es ella porque lleva su collar blanco en el cuello. La he visto en visiones. Tu madre teme que hagáis el ritual de la Luna Roja antes de que ella tenga todo el poder de los cazadores, pero para eso debe hacerle la garra de la bruja a Bram.

—¿Y no está muy expuesto, entonces?

—Según como lo veas, ¿quién va a buscar entre la familia de la reina?

Mina dejó de hablar cuando vio llegar a Arnau, este tomó una silla sentándose al lado de Mina y pidió un café a una de las camareras.

—Siento la tardanza—se disculpó Arnau—, pero tuve que ir a ver a mi madre después de llamar por teléfono.

—¿Qué vas a hacer con ella? —preguntó la señora Fevre.

—Intentó que le vendiera a mi hijo...

—¿Qué hijo? —preguntó Mina interrumpiéndole.

—El único que parece que voy a tener —dijo Arnau mirándola fijamente—. ¿Recuerdas que soy el padre? Pues mi madre no lo ha olvidado en absoluto, por eso me “secuestró”. Intentó que le concediera al niño, pero eso no iba a pasar, nunca.

—¿Y cómo sabía ella lo del bebé si apenas lo sabía ni yo? —preguntó

Mina sorprendida.

—No lo sé, preciosa, supongo que tendrá algún método de adivinación. ¿Sigue callado? —preguntó Arnau con interés refiriéndose a Creonte.

—No es muy hablador —dijo Mina.

—Pues el papel de silencioso ya lo tiene Ezequiel, debería buscarse otro —dijo Arnau en un tono de humor.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —preguntó Mina que ya le quemaba la pregunta.

—Meterte en protección de testigos de los cazadores.

—¿Bromeas? —preguntó Mina con sorpresa.

—Claro que sí. No voy a separarme de tí para enviarte con esos frikies de los eruditos, además, me debes una cita —dijo Arnau.

—Bueno, yo quiero comprarme unos zapatos y Creonte me acompaña —dijo la señora Fevre que sabía cuando debía quitarse de en medio.

—No, de eso nada. No te quedas con él a solas —dijo Arnau casi perdiendo el buen humor.

—En un centro comercial, imposible estar a solas. Además, “papá”, si quisiera acostarme con él no podrías impedirlo —le dijo la señora Fevre indignada por el exceso de protección de Arnau.

—No es por el sexo, yo también vivo en el siglo veintiuno, aunque no considero que seas mayor de edad hasta que cumplas cien años. Es porque ya te ha amenazado una vez y no me fio de que se porte bien.

—Oh, vamos, si me quisiera muerta ya me habría matado veinte veces y lo sabes. Y si no me consideras mayor de edad hasta los cien, ¿qué podría yo decir de ti con una novia con...cuántos años?

—Está bien. Piérdete con él, pero si le haces daño recuerda que tengo tu detonador —dijo Arnau a modo de amenaza.

—Sí, “papá” —dijo el espartano apenas formando una leve inclinación con los labios que dibujaban una casi sonrisa.

Arnau centró la mirada en Mina cuando los otros se alejaron y le acarició la mejilla suavemente.

—Se me ocurre que podríamos acercarnos a una de esas tiendas de lencería y regalarte algo, incluso “estrenarlo” en el probador —dijo Arnau mientras besaba el cuello de Mina sin importarle quién hubiera cerca.

—Primero el servicio de caballeros, luego un probador, creo que me gusta como piensas, pero...

—Siempre tiene que haber un pero —dijo Arnau mientras seguía

besándole.

—Pero estamos en público —cuestionó Mina que comenzaba a parecerle sugerente cuánto él le propusiera.

—Ni te imaginas lo poco que me importa a mí el público. Llevo demasiado tiempo sin tocarte, y ahora quiero algo a cambio de todo lo que me has hecho sufrir.

—¿Que yo te he hecho sufrir? —dijo Mina ligeramente indignada.

—Con tu ausencia me has atormentado durante años, siglos —respondió Arnau mientras continuaba con los besos y metía la mano entre la falda de Mina.

—¿Has perdido el juicio? Estamos en público —repitió Mina a duras penas.

—Ya te he dicho que eso me da igual.

—A mí no —insistió Mina casi cerrando los ojos mientras Arnau acercaba de nuevo los labios a su cuello.

—Entonces creo que no llegaré al coche sin tirarme de nuevo encima tuya.

Arnau dejó un billete de cincuenta euros en la mesa y tomó a Mina de la mano arrastrándola hacia afuera del centro comercial. Esta se dejó llevar sin hacer preguntas. Giró la calle y entró en un hotel que había al lado de donde estaban tomando café. Arnau paró en la recepción colocando su pasaporte en el mostrador y a Mina entre este y él. Luego comenzó a besarla tras dejar un billete de cien en la mesa.

—La propina para el botones, quiero una habitación en cuanto pueda —dijo Arnau que continuó besando a Mina justo después de dejar de hablar.

Mina se habría sentido muy avergonzada sino fuera porque había perdido la razón de nuevo con Arnau. Cualquier rasgo de timidez que pudiera tener se evaporaba con el impetuoso cazador. Apenas sí sabía si había alguien más en la recepción del hotel porque su mente estaba apagada por sus emociones, ni siquiera sabía las gestiones que realizó Arnau cuando ya estaban solos en el ascensor del hotel. Arnau no esperó mucho y la tomó en brazos. Mina se habría negado, le hubiera frenado sino fuera porque era incapaz de hacer nada más que seguir su juego. Escuchó un suave ruido, se estaba bajando la cremallera del pantalón y en ese instante sintió terror, pensaba hacerlo en el ascensor. Ella veía su imagen en el espejo, y su deseo se disparó con la idea de que iba hacerlo de nuevo con Arnau. Una casi apagada voz dentro de ella le decía que tenía que parar, alguien podría entrar en cualquier momento y

encontrarlos ahí, pero no era capaz de frenar y le beso impetuosamente casi invitándole a que continuara. Ni siquiera entendía cómo podían congeniar tan bien. Arnau era divertido, atrevido, pasional, era como estar en una montaña rusa con él, y ella, hasta hacía poco, había sido el decoro personificado: templada, sin altibajos, y carcomida por sus miedos. Arnau parecía reírse de cualquier miedo que ella pudiera poseer y transformarlo en diversión. Era capaz de hacer la cosa más indecorosa y sonreír divertido si le pillaban. Ahora se entregaba a sus deseos sin importarle lo que los demás pensarán, y lo único que le frenaba para no haberlo hecho, posiblemente en la recepción del hotel acabando ambos en comisaria y repitiendo en una celda, era que sabía que Mina se horrorizaría, especialmente si alguien colgaba ese video en internet. Pero Mina perdía la razón cuando estaba con él y mientras lo hacían en el ascensor, tan solo se preguntaba que por qué no había corrido antes a los brazos del cazador, se habría ahorrado años de creer que era fría o templada, y que el sexo no era para tanto. Estaba muy cerca del final cuando alguien llamó al ascensor. Arnau no se habría detenido, ni aunque entrara un ejército de monjas. Ella, sin embargo, le detuvo casi a la fuerza y bajó de sus brazos colocándose rápidamente la falda. Él bufó y se subió la cremallera del pantalón con disgusto.

—Estás loco —le susurró Mina al oído mientras un hombre y una mujer entraba en el ascensor.

—Perdidamente desde que te conozco —le dijo Arnau besándola.

Ellos bajaron antes del ascensor y se dirigieron a la habitación que Arnau había alquilado. Arnau no la volvió a tocar, llamó a la cafetería y pidió una botella de champán y comida, luego clavó los ojos en ella.

—Si me has detenido al menos haré las cosas bien —dijo Arnau tratando de calmarse un poco.

Mina sonrió débilmente, Arnau despertaba en ella una faceta traviesa que desconocía que la tuviera, y deseaba provocar al hombre. Se desabrochó lentamente la camisa mientras él la miraba sin poder quitar los ojos de encima, y le arrojó la camisa casi encima.

—¿Y según tú, qué es hacer las cosas bien? —dijo Mina con voz melosa.

—Supongo que procurar no volverme loco por tí para hacer cosas románticas, pero creo que ya es tarde para eso —dijo Arnau quitándose la camiseta también—. Pero creo que pasamos la fase del tonto la primera vez que nos vimos.

—¿Y cuál era tu plan? Cuando nos conocimos —preguntó Mina

echándose en la cama sugerentemente.

—Mi plan era presentarme cortésmente, y como tu consejero “teóricamente había fallado”, asesorarte sobre tecnologías y que me encontrarías encantador, después de todo debía derribar muchos prejuicios que tú tenías sobre los cazadores. Luego tenía que ingeniármelas para que vinieras conmigo a cenar en un lugar público para que no tuvieras miedo —dijo Arnau echándose en la cama al lado de Mina.

—¿Tú sabes que me enviaban para que te llevara hasta mi madre, verdad?

—Claro, yo era el cebo para una noche muy romántica. Ni te imaginas todo lo que preparé, incluso horas de discursos para que no me tuvieras miedo, confiaras en mí y quisieras que al final de la noche te diera un suave beso en la mano, que sería lo más lejos que llegaría en la primera cita. Me marqué esa meta. —dijo Arnau pensativo.

—Y al minuto de verte acabamos.... ya sabes —dijo Mina un poco avergonzada.

—Haciendo el amor desenfrenadamente sin importarnos dónde. Cuando me calmé no sabía si había metido la pata o si huirías de mí. Intenté arreglarlo y pensé que se me dio bien, por eso no subí a tu hotel, me costó mucho no hacerlo. Verte alejándote de mí —Arnau se sentó cerca de Mina apartándole el cabello para besarla y acariciarla suavemente mientras hablaban—. Pero mi oportunidad para redimirme estaba ahí, en llenarte al día siguiente de sorpresas.

—Yo esperaba que lo hicieras —dijo Mina cerrando los ojos mientras Arnau le acariciaba con manos muy hábiles haciendo que se preguntara con cuántas había practicado en los siglos que llevaba vivo—. Esperaba verte al día siguiente y cuando vi a tu ex prometida pensé que me habías tomado el pelo y era todo un truco para cazarme. Luego pretendían cazarme de verdad, acabé en la cornisa del hotel muerta de miedo llamando a mi hermano Bram, que prometió matarte por eso.

—A los que yo voy a matar es a los que te hicieron eso —dijo Arnau muy disgustado pero tratando de volver a su historia—. Fui al lugar donde te llevé anoche para recabar información sobre una bruja y buscarte un bonito regalo como el pasador que llevas, y parece ser que tengo una debilidad que mi madre conoce, porque perdí el conocimiento y desperté a los días en un ataúd, sin comer, ni beber. Cuando mi madre se cansó de tenerme encerrado me liberó y yo apenas podía mantenerme de pie. Me habló de ti, y me dijo que



podía sacarte de dónde tu madre te retenía pero que a cambio debería entregarte a mi hijo. No sabía de qué diablos me hablaba pero ella me lo explicó. Me negué y tardé un tiempo en averiguar que lo que me debilitaba era un metal que había insertado quirúrgicamente bajo mi piel, me lo quité, lo quemé todo y me la llevé porque me convenció de que podía serme útil.

—¿De verás? Creí que bromeabas cuando me decías que tu madre te secuestró. No creía ni que tuvieras madre ni que alguien pudiera secuestrarte realmente.

—Sí que tengo, mi madre era amiga de la infancia de la tuya y parece ser que ambas hicieron pactos extraños que le concedieron una vida más larga de la que merecían. Tu madre me vendió a la tuya siendo un niño para que me educara en tu Aquelarre. Supongo que su plan era tener un cazador a su disposición, pero escapé y me educó un caballero. Desde niño me enamoré de mi esposa Isabel, y durante la toma de Carasona tu madre nos encontró y quemó a Isabel sin que pudiera hacer nada.

A Mina se le encogió el corazón cuando oyó que la quemaron. Sus malos recuerdos acudían a su mente como si la mala pesadilla le atormentara en ese mismo instante.

—Toda mi vida —comenzó a contar Mina —me han atormentado las mismas pesadillas, que moría en una hoguera por bruja. Me arrastraban hacia allí, a mi alrededor había hombres atados algunos estaban siendo quemados y ese hecho me llenaba más de terror. Podía oler la piel quemada casi tan intensamente que se hacía sofocante. Por eso tú me dabas tanto miedo. Un cazador que quemaba brujas... mi peor pesadilla convertida en realidad. Ir a cazarte es lo peor que podían haberme pedido, y tenía tanto miedo cuando entré en aquella feria tecnológica a la que asistías, que creí que me desmayaría cuando llegara a tu lado. Esperaba un cazador serio, casi con una balanza en la mano pesando mi corazón para enviarme luego a una hoguera. Cuando llegué a tu lado y me miraste con esa mirada tan intensa me olvidé del miedo y de todo. No te imaginas cómo te desee en aquel instante, y era extraño, porque yo siempre que había salido con algún hombre tenía que convencerme de que me gustaba, y aun así, se tornaba todo muy aburrido, y me arrojé a besar al cazador que más miedo me daba y asombrosamente tú también lo hiciste —dijo Mina mientras reprimía una risa de circunstancia—. Era lo mejor que me había pasado en mi vida y a ratos recuperaba la razón y me decía a mí misma, estás acostándote con el cazador del fuego, el que quema brujas, pero es que yo ya estaba ardiendo.

—El cazador del fuego ya estaba enamorado de tí desde hacía siglos, y no te podías imaginar lo segura que estabas en mis brazos, aunque luego se me torciera todo —dijo Arnau besándola apasionadamente y deslizando su mano por zonas más íntimas.

Mina hizo que Arnau se girase para subirse sobre su cintura tratando de atrapar las manos del cazador.

—Debería atarte las manos, porque no me dejas que yo te toque a tí —dijo Mina en tono de broma.

—Sí que eres perversa, si quieres encargo unas esposas y me dejes hacer lo que quieras —dijo Arnau en tono de humor.

—¿Qué bruja estabas buscando en las catacumbas donde fuiste a preguntar por ella? —preguntó Mina ignorando la provocación de Arnau.

—¿Si te respondo me dejarás que compre esas esposas? —preguntó Arnau tomándole el pelo mientras Mina le lanzaba una mirada dura —Esta bien, una bruja blanca que busca tu aquelarre, pero ya la he encontrado, y me he olvidado de informarte del detalle. Gracias a tí me convierto en un descuidado, tu belleza me vuelve loco.

—¿La has encontrado? —insistió Mina sentada sobre él.

—Sí y ni te imaginarías dónde estaba. En tu propio aquelarre haciéndose pasar por una bruja oscura. Es la secretaria de tu hermano Malcolm y este está loco por ella, lo percibí cuando me tenían en la jaula.

—¿De veras? —preguntó Mina sorprendida —No sé qué me extraña más, que esté en mi aquelarre delante de todos, o que mi hermano esté enamorado. ¿Cómo sabes eso último?

—Porque me doy cuenta de esos detalles. Él no le quita ojo, como si quisiera protegerla de algo malo que pudiera suceder y cuando se lo dije se sintió incómodo y no lo negó.

—Malcolm es incapaz de enamorarse de nadie. Es un psicópata, desde niño ha matado a sus mascotas, ha hecho cosas terribles sin pestañear. Si tiene una pobre bruja blanca en sus manos, le gustará porque podrá atormentarla, y eso es lo que le pondrá —dijo Mina con repugnancia—. Él es como mi madre.

—Creo que le juzgas mal, tú y casi todos, menos los eruditos. Me fío mucho de la opinión de Brigit y Angélica. Él sacó a los eruditos del Aquelarre y los puso a buen recaudo borrando todas las huellas, incluso arriesgándose a que lo pillaran

—Eso es porque quiere ser el que mande en el Aquelarre en vez de mi madre, y está dispuesto a engañar a todos para que sigan su juego, y le ayuden

en su propósito. Si me ayudó a mí es porque soy la hija única y viva de mi madre, y me necesita para subir al poder, yo le daría legitimidad —dijo Mina con resentimiento.

—Pues yo creo que le juzgas mal, pienso que hay mucho más en Goblin que ambición solamente. Brigit dice que es su cabrón preferido y Angélica que es su hermano disfuncional adicto a las máquinas. Brigit se encuentra en un verdadero lio y cuando lo contó al grupo de eruditos porque necesitaba ayuda, Goblin se enfadó muchísimo, quería ir a matar al tipo que la metió en ese problema sin importarle las consecuencias. Fue Ezequiel quien le calmó y le convenció de que él era el más apto para ayudarla.

—Es un gran actor, estaría disimulando para que creyerais eso. Malcolm os está utilizando a todos y es tan listo que no os dais cuenta. Él es igual que mi madre, por eso ella le adora, porque es como quererse a sí misma, y algún día acabará en la cama con él, por pervertido que te parezca, y ese día Malcolm la matará y ocupará su lugar. Yo le conozco mejor que nadie, será así.

—Sí, tu madre parece tener una relación extraña con él, pero yo creo que él se deja porque no le queda más remedio, y hace todo lo que debe hacer para sobrevivir. Yo nunca he dicho que tu hermano sea un alma cándida, pero tampoco creo que sea un monstruo, pienso que es leal a sus amigos y tiene principios, quizás algo alejados de los míos, pero unas normas al fin y al cabo.

—Ya verás cuando te des cuenta de la verdad, es más listo de lo que crees.

—Estoy harto de hablar —dijo Arnau cambiando de posición para besarla—. Tengo unas cuantas cuentas pendiente contigo desde hace siglos y quiero cobrarlas, todas y cada una de ellas.

—¿Quién me iba a decir a mí que acabaría siendo la amante del cazador del fuego? —dijo Mina abrazando a Arnau.

—Mucho más que amantes —dijo Arnau mientras la besaba lentamente—. Quiero serlo todo.

## *Capítulo 31.*

Dormir feliz, apartada de las pesadillas. Es lo que hubiera pedido Mina si le concediera un deseo. Había tratado de dejar atrás lo que le hizo su madre abandonándola en aquella tinaja con esa hermana suya. Ni siquiera había contado lo que le ocurrió, al menos no extensamente, deseaba dejar todo eso atrás. Mientras se dormía sobre el pecho de Arnau se repitió a sí misma que estaba comenzando una nueva vida y todo lo demás era el pasado, enterrado, sumergido en millones de capas, que nunca tendría que vivir con su madre, ni acatar sus normas, ni siquiera la volvería a ver, pero a ratos pensaba que era demasiado bonito para ser verdad, algo saldría mal y volvería con ella. Sabía lo que haría en cuanto tuviera oportunidad, quemar toda la ropa y vender las joyas que le regaló su madre, cambiarse el color del pelo y el peinado, no deseaba conservar nada que le recordara su pasado. Debía convencerse a sí misma de que la pesadilla que había sido su vida había concluido, y lo que venía ahora era una nueva etapa. Por primera vez había dormido sin pesadillas, no podría jurar que apaciblemente, eso tan solo lo conseguiría con el tiempo, pero el calor del cuerpo de Arnau a su lado le otorgaba seguridad. Le acarició suavemente mientras dormía y se preguntó cómo sería pasar la vida con él, desligada de su pasado. Apenas había abierto los ojos cuando el móvil de Arnau comenzó a sonar. Mina se sobresaltó, pero Arnau lo cogió casi en el momento justo que comenzó a vibrar, como si el sueño no le apartara de un posible peligro. Arnau cogió la llamada sin levantar la cabeza de Mina de su pecho, incluso pasó el brazo alrededor de ella mientras hablaba. Mina no sabía quién le llamaba o qué información le estaba dando porque Arnau se limitó a hablar con monosílabos, pero percibió que el gesto le había cambiado a uno de ira.

—Tenemos que vestirnos. Tengo que ocuparme de algo muy urgente — dijo Arnau apartándola con cuidado para vestirse con rapidez.

—Quiero ir contigo —dijo Mina sin esperar una respuesta negativa.

—Lo siento, pero no puede ser. Te quedarás con la señora Fevre y un ejército de mis hombres —dijo Arnau colocándose la camiseta.

—¿Esos que trataron de matarme? —preguntó Mina con una pizca de acritud —Creo que prefiero estar contigo.

Arnau se acercó a Mina y le dio un beso cálido y le acarició la mejilla.

—Lo siento, pero no puede ser.

—¿Por qué no? Sabes que no me quedaré sentada y nadie de tus hombres, esos que no me caen bien, van a poder detenerme si quiero seguirte —amenazó Mina mientras se levantaba de la cama.

Arnau se paró unos segundos a pensar, luego se puso los pantalones sin contestar hasta coger los zapatos y sentarse en la cama para ponérselos.

—Está bien, pero prométeme que vas a seguir exactamente mis instrucciones. Nada de imponer tu criterio. Yo soy el que manda aquí, porque soy el cazador. No quiero que me hagas perder autoridad tratando de mandar tú.

—¿Me estás llamando mandona? —preguntó Mina indignada.

—No, pero eres la hija heredera. Estoy seguro de que estás acostumbrada a tomar el control de todo y ocuparte de los problemas de tu madre. Prométeme que pase lo que pase vas a seguir mis instrucciones y no me replicarás.

—Está bien. Lo prometo —dijo Mina levantando una mano a modo de tomar juramento.

—Llamaré a la señora Fevre para que traiga al espartano. No quiero que se queden a solas mucho tiempo.

—Sabes que no le va a hacer daño, ¿verdad? —dijo Mina mientras se vestía algo más lenta que Arnau porque tenía que ponerse muchas más cosas.

—No se trata de lo que yo crea, sino de que no le conocemos y es lo suficiente agresivo como para matarla de un solo movimiento si le disgusta en algo, y créeme que Fevre es capaz de cabrearle mucho. Ni siquiera sabemos si es de los que pierden la cabeza cuando se enfadan y hacen cosas “indebidas”.

—¿Como Aren?

—No —negó Arnau molesto por la comparación—. Aren se cortaría las venas antes de hacer daño a alguien que quiera, o a un inocente. Me refiero a esa falta de control que...

—¿Crees que podría ser un hombre exageradamente violento y fuera de control?

—¿Tú jurarías que no lo es? Supongo que no, pues ella es como mi hija, la crié desde que era niña.

—¿Eso la convertiría en mi hijastra si estuviéramos casados? —preguntó Mina mostrando un poco de humor.

—Muy graciosa, pero tú y yo ya estamos casados. Nos casamos en tu otra vida. No sé cómo se va a tomar que la llames “hija”.

—¿Eso quiere decir que como ya nos casamos en una dudosa existencia no vas a firmar los papeles que me harían una viuda rica si te murieses? —dijo Mina guiñándole un ojo.

—¿Me estás proponiendo matrimonio? —preguntó Arnau con una sonrisa amplia.

—No, lo que he querido decir es... —dijo Mina que se sintió avergonzada cuando Arnau le dio la vuelta a su broma.

—Acepto —dijo Arnau sin darle ocasión de desdecirse—, pero recuerda, amor, que soy inmortal, nunca serás viuda, pero tendrás todas mis tarjetas de créditos como esposa, y podrás mandarme a dormir al sofá cuando te disguste.

—Yo no te he preguntado si... —dijo Mina defendiéndose mientras la mejilla se le sonrojaba sin acabar la frase porque Arnau la besó para silenciarla y evitar que lo negara.

—Seré un novio perfecto. Estaré contigo decidiendo cada detalle de nuestra boda y soy muy bueno eligiendo vinos. Te prometo que no desearás quedarte viuda porque cada día se me ocurrirá una manera nueva de hacerte feliz —dijo Arnau que continuó besándola hasta que se alejó casi bruscamente—. Tenemos que salir de aquí ahora u olvidaré por qué tengo algo urgente de lo que ocuparme. Recuerda que prometiste ser buena y obediente, como dicta la iglesia a las esposas.

—¿En serio, acabo de pedirte matrimonio? —preguntó Mina frustrada antes de salir de la habitación —¿Me bromeas?

—En absoluto, ya lo creo que me lo has pedido y he aceptado, pero habría esperado que me lo pidieses en una cena romántica o algo así —dijo Arnau tomándole el pelo pero aprovechando la situación, luego le cogió de la mano y tiró de ella para hacerla andar más de prisa—. Tenemos que salir ya.

Mina se dejó arrastrar por Arnau casi dibujando una sonrisa. No estaba acostumbrada a seguir instrucciones de nadie salvo de su madre, pero tenía razón en esto, eran sus hombres, su responsabilidad y ella no debía entrometerse en su trabajo, salvo que quisiera matar a algún brujo que le

cayera bien. Mina arrugó la nariz ligeramente, estaba con un cazador y eso le podía crear muchos conflictos de intereses, por su pasado como heredera del Aquelarre, y a pesar de haber decepcionado a su madre, aún lo era. Tenía el derecho legítimo de suceder a su madre si le ocurría algo, y como iban sucediendo las cosas era posible que trataran de matar a su madre, incluso su hermano Malcolm, el cuál no podría estar al mando si Mina no le concedía ese poder, que actuara como senescal en su nombre. Ese era el motivo por el que era tan valiosa para su hermano. Si Mina tuviera que elegir un senescal se decantaría por Bram, pero este odiaba el Aquelarre y era extremadamente independiente, más dado a seguir su camino sin atarse a una responsabilidad tan seria. Sin embargo, Malcolm estaba muy comprometido con el Aquelarre, y si Arnau tenía razón protegía a los suyos como un león, lo cuál le hacía buen líder, pero ella seguía pensando que todo era una treta para conseguir el poder, que lo que realmente estaba haciendo es cuidar de sus “peones”. Arnau le abrió la puerta para que entrara y luego se puso al volante del coche. Mina le volvió a observar preguntándose qué había en él distinto de los demás que le volvía loca. Recordó a una de las hijas de los Wolf cuando hablaba de lo emocionante que sería tener un idilio con un cazador. Si se lo hubieran dicho hace un año se habría horrorizado, pero cuando lo confesó se sintió como si guardara un gran secreto, que ella ya lo había hecho, y le había gustado. Mina se acomodó silenciosamente en el coche y Arnau lo condujo hasta llegar cerca del Arco de La Défense, desde allí entró en el garaje de uno de los edificios de estilo vanguardistas donde dejó aparcado el coche, luego abrió la puerta a Mina y le tomó de nuevo de la mano.

—Vamos —dijo Arnau tras besarle la mano.

Subieron por un ascensor hasta la última planta. El lugar no era muy diferente que el que usarían en su Aquelarre. Plantas de oficinas, incluso un par de apartamentos donde podría quedarse alguno de los cazadores si fuera necesario. Arnau no se detuvo hasta llegar a un gran despacho con una mesa grande donde estaban sentados varios hombres, él se quedó de pie junto a Mina. Todos guardaron silencio en el instante en que le vieron llegar, como si hubieran estado tratando algún tema a espaldas de Arnau. Este les miró uno a uno inquisitivamente sin moverse de la puerta.

—¿Alguien me va a explicar lo que ocurre? —preguntó Arnau manteniendo la mano sobre la de Mina.

—Los brujos han capturado una de nuestras bases de operaciones, la de Lyon. Han matado a todos los hombres armados y han capturado a los civiles.

—¿Cómo ha podido ocurrir eso? —preguntó Arnau preocupado — Siempre hemos mantenido un extremo cuidado, seguido los protocolos...

—Sí verdad, pero justo el lugar donde estaba mi familia —dijo uno de los hombres—, y todos sabemos quién podía odiar a Carla.

—Pier, no sé a qué te refieres —dijo Arnau pensativo.

—Ella —dijo Pier refiriéndose a Mina.

—Pero eso es absurdo, ¿cómo iba a saber yo dónde estaba Carla? —se defendió Mina.

—Tú sabrás que eres bruja —le acusó Pier escupiendo la palabra bruja —. Cualquier conjuro, o maniobra.

—Si eso fuera así, la reina no necesitaría que yo le dijera donde estaba, con un conjuro lo habría resuelto ella misma —razonó Mina indignada clavando los ojos en Arnau con miedo a que le creyera.

—De cualquier forma —dijo otro de los hombres interrumpiendo las acusaciones—, nos piden que le devolvamos a Mina o torturaran a los prisioneros o algo peor que se les pueda ocurrir.

—Eso no va a pasar —dijo Arnau muy serio apretando levemente la mano de Mina.

—Eso precisamente es lo que debemos hacer, mandarle a su hija corrupta y recuperar a la mía —dijo Pier casi al borde de la ira.

—Escucha, Arnau —dijo el otro hombre que trataba de apaciguar a Arnau antes de que estallara—, le devolvemos a Mina, es su madre, a lo sumo le dará unos azotes, recuperamos a los nuestros y volveremos a por Mina.

—No —dijo Arnau con seguridad.

—¿Porque esa bruja te ha hechizado y por ella has incumplido la promesa que le hiciste a mi hija para acostarte con esa .... esa bruja?—le gritó Pier escupiendo las palabras de nuevo.

—Yo no tenía la obligación de casarme con tu hija, jamás la toqué. Mi obligación era cuidarla y mantenerla bien...—dijo Arnau observándolos a todos.

—Sí, y eso lo has hecho muy bien porque Carla está con el enemigo ahora —dijo Pier más furioso—. Entrégasela y recuperemos a mi hija.

—Tiene razón —dijo Mina en tono conciliador—, me entregaré, es mi madre solo me regañará un poco y diré que me secuestraron...

—No, eso nunca va a pasar, sé bien lo que te haría tu madre y aunque te mandara con ella no iba a liberar a los prisioneros.

—Sí, si hacemos bien la entrega —dijo el otro hombre más conciliador



—, luego la recuperaremos, le pondremos todo tipo de sistemas de rastreos y...

—Sistemas que preverán que los lleva y se lo quitarán —dijo Arnau negando de nuevo—. No va a ir. Tengo otra cosa con la que negociar, mi sangre. Ella la quiere.

—Eso no se lo puedes dar, Arnau, la harás más poderosa y ya lo es mucho —dijo Pier—. Manda a la puñetera bruja con su madre y zanjemos el asunto.

—Entiendo tu enfado, Pier, pero si vuelves a llamarla bruja en ese tono no me contendré —le amenazó Arnau sumamente enfadado.

—Ellos tienen a mi pequeña, una inocente muchacha que lo único malo que hizo fue enamorarse de tí para que la abandonaras cuando más te necesitaba porque te encaprichaste de... ella —dijo Pier evitando la palabra bruja—, y también a mi esposa y a otros buenos hombres que han servido desde siempre a los cazadores.

—Arnau —dijo Mina llamando su atención para que le escuchara.

—No, prometiste que me obedecerías, pues mantente callada —ordenó Arnau a Mina—. Jamás voy a entregar a Mina, pero eso no quiere decir que no vaya a recuperar a todos vivos. Por otro lado, me gustaría saber qué falló en la seguridad de Lyon.

—Yo te lo diré —dijo la señora Fevre entrando con Creonte tras ella y alargándole una tablet a Arnau—. Me he enterado por Angélica que han encontrado la base de Lyon debido a indiscreciones en la red. Párese ser que alguien ha estado hablando de las brujas, los cazadores y difundiendo fotos de Mina señalándola como una peligrosa bruja en un blog. He tardado en llegar porque pedí a uno de los informáticos que averiguara desde dónde se subió todo esto a la red, y parece que fue desde Lyon, concretamente desde el portátil de Carla.

—¿Carla ha estado traicionándonos exponiendo a todos con los brujos? —preguntó enfadado otro de los hombres de la sala que había permanecido en silencio hasta ese instante, y que parecía sumamente indignado.

—Solo es una niña asustada que se sintió abandonada por el hombre al que amaba —le excusó Pier acusando de nuevo a Arnau de causar el problema.

—Un hombre que no le amaba y al que estaba obligando a casarse con ella por propio capricho y cuando no lo consiguió se vengó poniendo a todos en peligro —dijo la señora Fevre que defendía a Arnau con vehemencia.

—Tiene razón, en parte la culpa es mía, no he llevado esto bien para

nadie y he perjudicado a Carla, a Mina y os he expuesto a todos —confesó Arnau—, pero ahora necesito un plan y quiero estar solo para pensar.

Mina observó cómo salían todos y durante un segundo dudó de si ella tenía que salir también, pero la mano de Arnau aprisionaba la suya sin propiciar que se alejara de él. La señora Fevre y el espartano tampoco abandonaron la sala cuando todos habían salido.

—No les caigo muy bien —dijo Mina que parecía perturbada—. Tienen razón, yo no encajo aquí, tendría que volver, mi madre no me hará nada si le suplico y reconozco mi error lo suficiente. Eso solucionaría muchos problemas.

—Eso no soluciona nada —dijo Arnau molesto—. Todos los que han hablado mal de tí no permanecerán conmigo aquí, te lo puedo asegurar.

—No es vuestra culpa. Todo esto ha sido una pataleta de la cría malcriada —dijo la señora Fevre.

—Eso no arregla nada, hay que rescatarlos, y no voy a dar a Mina de ninguna manera —dijo Arnau pensativo—. No solo es ella, es mi hijo también lo que le entregaría.

—¿Y qué harás? —preguntó la señora Fevre.

—Es hora de que mi madre haga algo por mí —dijo Arnau pensativo—. No nos van a entregar a nadie, los matarán, así que hay que ser más listos. Tengo que ir a ver a mi madre, pero no quiero dejar a Mina sola.

—No me pienso quedar con tus pseudocazadores —dijo Mina tajantemente.

—Y yo no quiero dejarte con ellos, no después de lo que ha pasado —contestó Arnau.

—Te dije que eso de darles la oportunidad de opinar cada vez que había un problema no iba a ser buena idea, que acabarían creyendo que las cosas se deciden entre todos —dijo la señora Fevre.

—Pier es el padre de Carla y su esposa está también retenida por el Aquelarre, yo habría hecho y dicho lo mismo. Los demás tan solo han dado la respuesta que creen lógica con lo poco que saben del asunto. Cuando todo esto concluya tendré una larga charla con ellos.

—¿Y con Carla qué harás? Esa mocosa es un peligro para todos, ya nos ha delatado en las redes al no pensar en las consecuencias —preguntó la señora Fevre.

—Dejaré que tú y Mina decidáis qué hacer con ella —respondió Arnau quitándose ese problema de encima—. Ahora necesito que cuides de Mina y

no te separes de ella porque no confío en que se le ocurra una estupidez.

—¿Crees que haría algo tan estúpido como entregarme a mi madre para salvar a esa tonta que me ha metido en tantos problemas? —dijo Mina con acritud.

—Eso es precisamente lo que creo que harás y yo no te puedo llevar a ver a mi madre. No quiero que le recuerdes que puede reclamarme a nuestro hijo.

—Yo me encargaré de cuidarla —se ofreció la señora Fevre—. No me moveré de su lado, ve y resuélvelo.

Arnau se acercó a Mina y le dio un beso apasionado, luego se alejó de ella sin mediar palabra dejándola junto a la señora Fevre y Creonte. Debía tener más paciencia con Mina, siempre actuaba como si fuera un extraño para ella o como si no la quisiera. Pensaba realmente que iba a poner a sus hombres o a Carla por encima de ella, pero claro, en cierta forma no era de extrañar dado que se había criado en un ambiente donde para tu madre eres menos que basura, y Mina no era como sus hermanos, ella era muy sensible y necesitaba que la quisieran. Tendría que demostrarle que su situación había cambiado para siempre, que jamás iba a permitir que la reina volviera a estar a menos de muchos kilómetros de ella y él era un cazador, se tomaba muy en serio las órdenes de alejamiento. Ahora debía controlar su enfado para tener la mente despejada para idear un plan que salvara a todos y no expusiera a Mina. Los hombres que el Aquelarre había matado fueron adiestrados por él, y sabía que estaban en una guerra sin cuartel desde hacía siglos. Había visto morir a incontable personas a manos del Aquelarre Oscuro durante todo el tiempo que llevaba vivo, desde que vio morir a Isabel, aun así no se acostumbraba, nunca lo hacía, le dolía y deseaba destruir hasta el último de los brujos, al menos hasta ahora que había comenzado a tratar con brujos que estaban tan en desacuerdo con la política de su reina como él. Casi había llegado a donde tenía encerrada a su madre, iba a verla siempre que podía, aún sentía el deseo de entenderla, y se decía a sí mismo que no había nada que comprender de ella, tan solo era una mujer egoísta que había antepuesto sus caprichos a las necesidades de los demás, y ahora tenía un propósito que desconocía, motivo por el que le secuestró. Debería sentir curiosidad por su padre, y en el fondo de su ser entendía que una parte de sí mismo deseaba saber, pero tenía que mantener los pies en la tierra, aquel que firmó un acuerdo con su madre para que él naciera a cambio de que su madre no muriese no podía ser nada bueno, y no deseaba pasarse su inmortalidad pensando que era mitad de algo maligno,

y mucho menos que sus hijos lo heredarían. Entró en la cárcel donde retenía a su madre. Esta estaba tranquilamente echada en la cama leyendo y no levantó los ojos del libro cuando comenzó a hablar.

—Dos veces en dos días consecutivos, debo ser muy afortunada —dijo la madre de Arnau.

—Esta vez necesito algo de tí —dijo Arnau sin andarse con rodeos.

—¿Y qué saco yo de lo que sea que necesites? —preguntó la madre sin dejar el libro a un lado para prestarle atención.

—¿Qué quieres? —dijo Arnau en un intento de negociar mientras buscaba una silla para sentarse cerca de su madre.

—No lo sé, porque no sé cual es tu urgencia, ni el favor que quieres de mí.

—Me localizaste a mí, debes tener un método para hacerlo.

—Así que quieres encontrar a alguien —dijo la madre mostrando interés, dejando el libro a un lado e irguiéndose para mirarle a los ojos—. Ya sabes lo que quiero, que me dejes libre.

—¿Y si lo hago cuando me hayas dado lo que quiero no volverás a meterte en mis asuntos y te alejarás de mí y mi familia?

—Por Dios Arnau, eres hijo mío, no he parido a un lerdito. ¿Quieres que te firme un papel en el que ponga esa condición que no pienso cumplir cuando me vaya? No tienes manera de obligarme a que cumpla lo que sea que te prometa.

—Eso ya responde a mi pregunta —dijo Arnau levantándose de la silla y dirigiéndose hacia la puerta.

—Espera —dijo la madre poniéndose en pie.

—No sé si te das cuenta de que la que tiene que persuadirme de que te deje libre eres tú a mí. No soy yo el que tengo que buscar una garantía de que te portarás bien, eres tú la que debes convencerme a mí de que cumplirás nuestro acuerdo.

—Mira, eres mi hijo, no puedo prometerte que saldré de tu vida, te guste o no siempre estaré en ella, lo que sí te puedo garantizar es que conscientemente no perjudicaré ni haré daño ni a tí ni a tu familia, que sería también la mía, te lo recuerdo —dijo la madre en un tono emotivo.

—¿Y cómo puedo fiarme de alguien que no hace honor a sus promesas?

—Ahora tienes muchos brujos a mano, seguro que a alguno se le ocurre algo que pueda obligarme a cumplir el pacto. ¿Qué tal si me cuentas el problema?

—El Aquelarre Oscuro han capturado una de nuestras sedes en Lyon, y no tengo tiempo para buscarlos antes de que tomen medidas drásticas contra los que han tomado prisioneros. Necesito saber si tu método para buscar a alguien es inmediato o requiere tanto tiempo que sea inviable, como sería un conjuro de los brujos.

—No, lo mío no es magia, no soy una bruja, ¿recuerdas? Mi método es inmediato, lo que tardes en decidirte si me dejas libre con mis condiciones y me traes mis cosas, las que llevaba como equipaje cuando me detuviste en mi casa.

—Esa maleta la eché en la parte de atrás del coche —dijo Arnau pensativo.

—Y a mí me metiste en el maletero. Déjame que adivine, has mirado de arriba a abajo mi equipaje sin encontrar nada extraño, ni mágico. Te queda mucho por aprender —dijo la madre a Arnau.

—Volveré en un rato. Ve preparándote —dijo Arnau saliendo de la prisión.

## Capítulo 32.

Mina escuchaba detenidamente hablar a Arnau. Había descubierto dónde se encontraban los hombres que habían sido hecho prisioneros, y necesitaba una distracción para rescatarlos, dado que no quería arriesgarse a que los mataran si veían el peligro encima. Se sentía molesta, levemente al principio, luego fue a más, porque en todas las propuestas que hizo para crear una distracción en ninguna la incluía a ella. No había contado con ninguno de sus hombres, percibía que estaba excesivamente molesto por las pegas que estaban exponiendo por haberla traído a ella a su casa separándola de su madre. Ya había oído varios planes y ninguno le complacía porque faltaba un elemento esencial para llamar la atención del Aquelarre, ella.

—¿Por qué no dejas de darle vueltas? —dijo Mina finalmente observando a la única que estaba junto a ella en el despacho, esperando su aprobación a lo que iba a decir. Creonte estaba de pie en la mesa simulando que no le importaba el asunto—. Lo único que va a ser una verdadera distracción para que puedas sacar a tus hombres de ahí soy yo.

—No, eso no va a pasar —dijo Arnau muy serio.

—¿Y entonces los dejamos morir? —preguntó Mina clavando la mirada inquisitivamente en él.

—Encontraré otra forma.

—No voy a irme con ellos solo voy a crear la distracción, aparecer, decir que me entregáis. Tú puedes venir conmigo y estaría protegida.

—Ellos no van a aceptar que vayas con un cazador, estarías sola y no voy a permitir eso —dijo Arnau tajantemente.

—Hay otra opción —dijo la señora Fevre cambiando su forma a la de Mina—. Puedo ir yo haciéndome pasar por ella y entretenerlos. No la expondríamos a ella y me llevaría a un par de hombres armados que me protegerían, no tienes que ir tú.

—Para que exponer a la señora Fevre, voy yo. No quiero que otros paguen por mi causa —se quejó Mina indignada.

—Esos hombres no van a servirte de mucho —dijo Arnau pensativo ignorando las quejas de Mina hasta detener la mirada en Creonte—. Si eres un mercenario y te dejas contratar, ¿cómo de profesional eres?

—No tienes por qué contratarme, tienes el detonador en tus manos, si no lo hago puedes castigarme o detonarlo —dijo Creonte con desinterés.

—Ya pero no soy esclavista, y pretendo que la misión salga bien, y Fevre vuelva viva y eso no me lo garantiza que te obligue con amenazas.

—Si no querías un esclavo, ¿para qué me compraste? —preguntó Creonte que no se movió de la puerta ni les dedicó una sola mirada.

—A veces me da por hacer esas cosas, pero en tu caso, pretendía tener la posibilidad de contrataros si fuera necesario. No he tenido la oportunidad de inspeccionar ese collar que llevas, pero tengo intenciones de quitártelo en cuanto pueda respirar, así que dime cuánto me cobrarías por ir con Fevre y traerla sana y salva.

Creonte dejó su postura desinteresada y se acercó al grupo, se paró muy cerca de Fevre y le susurró al oído.

—Tú sabes cuál es mi precio —dijo Creonte apenas sin dibujar una tímida sonrisa.

—¿Es que no tienes más mujeres que mirar en este mundo que a una decorosa viuda? —dijo la señora Fevre molesta.

—Como tú, no, pero te lo puedo rebajar a un beso... de momento.

—¿Cómo te atreves? —dijo la señora Fevre dándole una sonora bofetada que le dolió más a ella en la mano que a él —No sé si te has dado cuenta de que no eres mi estilo, violento, prepotente, con deseo desbordante por meterte en líos, seguramente no sientes mucha pasión por la lectura, y te recuerdo que estabas buscando una “hembra” a la que secuestrar, seducir o lo que sea para dejarla embarazada y quedarte con el niño.

—Sí, algo así pretendía hacer, pero luego te encontré a tí y creo que precisamente yo soy exactamente tu tipo, porque, ¿cómo te fue con ese hombre tan ilustre, bueno y pacífico? ¿Te lo pasaste muy bien con él en la cama?

—¿Cómo te atreves a hablar de mi marido? —grito Fevre enfadada — ¿Tú no entiendes un no por respuesta?

—Solo cuando lo dicen de verdad y tú ni has negado que sea tu tipo —dijo Creonte y luego miró a Arnau—. Lo haré gratis, iré con ella, la protegeré, y la traeré sin un rasguño.

—¿Y cómo sabré que cumplirás con esto? —preguntó Arnau que le miraba casi pensando si lo mataba ya o aceptaba la propuesta.

—¿No tienes el detonador? Pues si no cumplo puedes usarlo a tu gusto —dijo el espartano.

—No pienso ir con él a ningún sitio —dijo Fevre muy molesta—. Iré con algunos de tus hombres.

—¿Cómo sé que no le harás nada que ella no quiera? Y ya sabes a lo que me refiero.

—No soy ese tipo de hombre que obliga a una mujer a hacer lo que yo quiera, y tienes el detonador, si te disgusto me puedes hacer volar en pedazos.

—Lo siento Fevre, si no va él no lo haremos. No te voy a exponer de ninguna manera —dijo Arnau mirando a Mina para que no diera su opinión cuando iba a abrir la boca.

—Está bien —claudicó la señora Fevre—. Iré con él.

—¿Y yo? —dijo finalmente Mina.

—Tú no te separarás de mí, vendrás a rescatar a los rehenes mientras ellos crean la distracción. Voy a acordar el intercambio, preparaos mientras.

Mina observó cómo Arnau salía de la sala casi sin haberle dejado intervenir en el plan, luego contempló a la señora Fevre que parecía a punto de explotar y se mantuvo silenciosa hasta que sus ojos se encontraron con los de Mina.

—¿Me ha dejado fuera de cualquier plan descaradamente? —preguntó Mina que no estaba acostumbrada a que no contaran con ella.

—No solo es contigo, los cazadores son muy individualistas. Creo que porque ya han pasado demasiadas veces por la experiencia de perder a hombres que aprecian que prefieren actuar solos, y además, Arnau no soportaría perderte, no te va a arriesgar de ninguna forma.

—Pero no puedo permitir que tú ocupes mi lugar —dijo Mina vehementemente.

—Sí que puedes. Yo estoy más acostumbrada a trabajar con Arnau y con sus decisiones, y además, no estoy embarazada, un pequeño detalle —dijo la señora Fevre con una suave sonrisa—. Irás con Arnau, algo harás.

—¿Lo has visto alguna vez en acción? —preguntó Mina casi sabiendo la respuesta.

—No, la verdad es que no.

—Yo sí, desde el otro lado. No va a dejar ni que respire, él en sí es muy destructivo. Parece que le encante su trabajo. Me va a llevar de animadora —



dijo Mina frustrada.

—¿Es que deseas intervenir?

—No, pero sí que me tenga en cuenta. Me he sentido muy culpable cuando todos me acusaban de lo que había pasado en Lyon.

—Quizás deberías hablarlo con él —le sugirió la señora Fevre—, pero nada de esto es culpa tuya, más bien has sido víctima de las manipulaciones de Carla. El único que realmente te ha culpado ha sido el padre de la niña, pero es normal teniendo en cuenta que es su hija.

—Me va a costar sentirme cómoda aquí, y no quiero que Arnau cambie nada de su vida por mi culpa.

—Yo creo que es normal después de todo lo que has pasado. Lo que necesitas es tiempo.

El móvil de la señora Fevre comenzó a sonar justo hablaba con Mina, cogió el teléfono y se alejó un poco para hablar. Al poco tiempo regresó mientras guardaba el móvil.

—Ya sabemos donde va a ser el intercambio. Debes esperar aquí a Arnau. Dime, ¿estoy bien cómo tú irías? —preguntó la señora Fevre que llevaba la forma de Mina y casi parecía un clon de ella.

—Quizás algunas pequeñas diferencias, pero quién irá a tu encuentro no lo va a notar.

—Es en Lyon, tendremos que volar.

La señora Fevre sonrió e hizo un gesto a Creonte para que le acompañara. Este tomó un par de armas y salió tras ella. La señora Fevre le lanzó una mirada fugaz al espartano. El hombre tan solo hablaba para demostrar que era un insufrible engreído. Desde que murió su marido había estado sola, y como ocultaba la apariencia, no estaba acostumbrado a que se fijaran en ella. Se sentía molesta porque desenterrara los fantasmas del pasado, había tratado la memoria de su marido muerto como si fuera algo sagrado. Ya no recordaba los momentos difíciles que pasaron, tan solo había idealizado a su marido, porque estaba muerto, y ocurrió por su culpa, porque debió estar ahí para darle asistencia médica cuando lo hirieron, pero ella se enfadó con él antes de una misión y se negó a acompañarle, como solía hacer en aquel entonces como asistente médico. El motivo de su pelea era simple, se llevaron mal desde poco después de la boda. Arnau se lo advirtió, le dijo que él estaba obsesionado por su trabajo y no sentía pasión por ella, no como la que ella deseaba que sintieran, pero también le dijo que era recíproco, ella no sentía nada especial por él. Cuando se dio cuenta de su error ya estaban

casados y actualmente lo definía como lo mejor que le había pasado en su vida, su marido. Había intentado lavar su culpa de esa forma y se convenció a sí misma hasta que el espartano leyó tan bien en ella. No entendía por qué no la dejaba en paz, ella había enterrado esa faceta de su vida, y le costó mucho, porque al principio lloraba, no sabía si por la muerte de su marido o por la culpa, y luego la soledad le atacó de una forma despiadada. Se centró en su trabajo con los cazadores, acabó su carrera de medicina e hizo lo mejor que pudo para redimirse. Si le preguntaran si se acostaría con el espartano diría que claro, cualquier mujer en su sano juicio lo haría. Le gustaría negar esa evidencia y decirse a sí misma que le interesaban otro tipo de hombres, o que quizás el motivo era haberse criado entre los cazadores por lo que sentía fascinación por los hombres peligrosos, pero la verdad es que ella desconocía por qué, y mientras estaba detrás de su disfraz de abuelita adorable estuvo a salvo, pero Creonte era capaz de ver a través de su magia y contemplar su verdadera forma. Cuando llegaron al coche la señora Fevre se dirigió hacia la puerta del conductor, y llegó justo cuando Creonte que tenía la intención de conducir. La señora Fevre negó con la cabeza decididamente señalándole el otro asiento.

—¿Se van a tragar que la novia de tu “papi” iría conduciendo? —dijo Creonte mostrando un gesto que parecía repetir: dibujar un esbozo de sonrisa tan solo moviendo un poco la comisura de los labios.

—Tienes razón —dijo la señora Fevre dirigiéndose hacia la otra puerta del coche. Tomó asiento y tras un rato miró al silencioso espartano—. ¿Qué pretendes exactamente, exasperarme?

Creonte hizo un gesto negativo con la cabeza mientras giraba una calle dirigiéndose al lugar que señalaba el GPS.

—Lo sabes —dijo el hombre sin mirarla.

—No qué va, no tengo ni idea de tus intenciones. Si no te has dado cuenta estoy muy satisfecha con mi vida.

—¿Y no echas de menos un buen polvo? ¿Cómo el que seguramente no has tenido en tu vida?

—Eres un absoluto engreído. ¿Qué te has creído? ¿Piensas que mi marido no era suficiente para mí? —preguntó la señora Fevre casi molesta.

—Exactamente eso, pero dime, ¿cuál es tu nombre de pila? Porque señora Fevre creo que ya no sería adecuado.

—No te importa —dijo la señora Fevre con acritud—. Conduce y no me mires.

—Eres tú la que has iniciado la conversación.

—Tienes razón, explícame por qué tu anterior dueña te vendió.

—Porque quería lo que tú obtendrías con facilidad conmigo: sexo, y si no hubiera llegado hasta el detonador la habría matado ahí mismo —dijo Creonte duramente.

—Eres un hombre realmente peligroso —susurró la señora Fevre que hasta ese mismo instante no había sido consciente del peligro en el que se podía encontrar con él.

—Claro que sí, porque te crees que tu “papi” me quiere contratar. Él me vio pelear, y ¿no es eso lo que te gusta de mí, precisamente?

—No hay nada que me guste de tí, espartano. Eres engreído, peligroso, violento, insensible y encima un mercenario sin una causa real, tan solo te vendes al mejor postor aunque ese que te contrate lo haga para un fin malvado —dijo la señora Fevre pensando que seguramente se había dejado atrás otras perlas de su carácter que a lo mejor ni conocía.

—Lo que tú digas, pero te quieres meter en la cama conmigo, lo veo en tus ojos.

—¿Es esa la manera que tienes de cortejar? ¿Convencer a tu víctima de que le interesas? —dijo la señora Fevre.

—Solo a las que les intereso de verdad —dijo Creonte mientras conducía.

—¿Dejarás de molestarme si te digo mi nombre? —preguntó la señora Fevre esperanzada.

—Por un tiempo —dijo Creonte.

—Me llamo Sophie.

—Pues es un nombre más bonito que “señora Fevre” —opinó Creonte.

—Pero señora Fevre tiene más relevancia, causa más respeto que Sophie, y puestos a opinar, tu nombre, de ser Creonte, suena...

—Es un nombre griego —se defendió Creonte.

—Sí, sé de dónde viene, no tienes que explicármelo.

—Aunque no lo creas he leído un par de libros cuando me aburro, algunos clásicos en la lengua en la que fue escrita, pero tan solo un par, así que no te acostumbres.

—Me matas de decepción, pero concéntrate en la misión, no quiero que me maten por tu culpa. Te has pasado desde que llegaste sin hablar y hoy te vuelves elocuente —dijo la señora Fevre.

—A tí no te van a hacer daño, se supone que has cambiado tu forma para

parecerte a la que quieren, tu madrastra, vamos —dijo Creonte con ironía—. Sé hacer mi trabajo, no es la primera vez que me contratando de guardaespaldas y casi nunca se me ha muerto nadie.

—¿Casi nunca? —preguntó la señora Fevre.

—Es lo que ocurre cuando estás en medio de un tiroteo y tu protegido, que es imbécil, obvia lo que le dices y mientras recargas un arma se le ocurre entregarse a la mafia, pero tú, Sophie, pareces una chica lista.

—¿Qué mafia? —preguntó la señora Fevre con curiosidad.

—No doy ese tipo de detalles sobre mis trabajos, suelen ser confidenciales, o ¿a tí te gustaría que contara por ahí que eres una bruja?

—No claro que no, pero...

—La discreción es muy importante en mi trabajo, no todas las almas que me contratan están limpias.

—¿Eso soy yo? ¿Un trabajo? —preguntó la señora Fevre que se sentía molesta.

—No, tú no me has pagado nada. No te imaginas lo caro que yo soy.

—Y tú no te imaginas los recursos que tenemos nosotros, podemos contrataros, y nos sería necesario para lo que se nos viene encima —dijo la señora Fevre—. No solo a nosotros, sino al mundo en general si ocurre lo peor.

—No me tienes que convencer de que tu causa es buena. A mí me da igual mientras paguen.

—Pues debería importarte. Se llama ética —dijo la señora Fevre—. Apoyar a un gobierno opresor en alguna parte del mundo porque pagan bien no es algo que se deba hacer.

—Guapa, lista, y con principios. ¿Cuál es tu defecto? ¿Juzgar a los demás? ¿O creer que nadie es tan bueno como tu difunto marido? Además, ¿cómo pensabas que iba a acabar eso? Él viejo, y tu aparentando veinte años, luego muerto y tú viuda, casi mejor que se muriese antes de que le cogieras cariño, o te enamorases de él —dijo Creonte casi hablando de sí mismo.

—Yo no sabía en aquellos años que mi ritmo biológico era tan lento por el tipo de bruja que soy, y aun así, si volviera a nacer con lo que sé ahora haría lo mismo.

—No lo creo —dijo Creonte mirándola levemente.

—¿Y tú? ¿No te has enamorado nunca?

—He visto lo que pasa cuando uno de los míos se enamora, acaba muy mal cuando se quedan solos, es mejor centrarse en el trabajo y olvidarse de

novias con fecha de caducidad —dijo Creonte—. Una suerte que tú no te vayas a morir pronto.

—No, y no sabes lo raro que es. Tengo amigas desde hace años que creen que soy como me ven. Iré viéndolas morir a todas, y afortunadamente no tuve hijos sino...

—Sí tu hijo fuera un espartano no lo verías morir —dijo Creonte lanzándole una indirecta.

—O sí, os exponéis mucho, ¿no? Quizás no de muerte natural pero...

—Aun así, nuestra esperanza de vida es mucho más alta. No somos fáciles de matar —presumió Creonte.

Durante unos segundos la señora Fevre dudó, ella siempre quiso tener hijos, incluso después de que su marido muriese, pero cuando concluyó el luto averiguó que iba a vivir más que sus hijos y enterraría a todos ellos. Vio crecer a los hijos de sus amigas, luego a sus nietos, y si la señora Fevre se quitara el disfraz que mantenía podría irse con estos últimos a tomar unas copas y no desentonaría por la edad, pero su mente evolucionaba y ella no se sentía una mujer joven sino alguien con mucha más experiencia. Lo que le ofrecía el espartano era un deseo que enterró hacía muchos años.

—¿Y si aceptara tu propuesta? —preguntó la señora Fevre con curiosidad.

—¿Cuál de ellas?

—La de tener un hijo juntos. Podíamos ir a una clínica e fertilidad y...

—No eso no va a suceder —dijo Creonte riéndose—. Para eso escojo una mujer cualquiera.

—¿Y cómo lo hacéis? ¿Engañarla para quitarle el hijo?

—Como en todas las épocas, comprando el hijo. Antes dabas un dinero y la madre ya no tenía nada que decir y hoy en día haces un contrato. Si la madre quiere criar a su hijo no se le pone pegadas, incluso si ambos se enamoran y se casan, pero todos los espartanos tienen un adiestramiento militar desde niños, y es algo que las mujeres que se unen a nosotros y a nuestra cultura deben aceptar.

—¿Y no os surgen problemas con todos los enredos que puede dar esa situación, como que la madre se quiera retractar cuando ya está embarazada? —preguntó la señora Fevre.

—Claro, pero tenemos un ejército de buenos abogados. No podemos dejar que un hijo nuestro se críe de manera normal, que viviera tanto tiempo nos delataría a todos. Somos razonables y flexibles, pero en ese punto no

podemos transigir.

—¿Y tu madre? —preguntó la señora Fevre.

—Nunca la conocí —dijo Creonte mostrando que le daba igual ese hecho.

—¿Y no te habría gustado?

—Quizás. Estamos llegando al aeropuerto.

La señora Fevre miró disgustada el aeropuerto. Habían llegado demasiado pronto y quería saber más sobre los espartanos ahora que Creonte estaba dispuesto a compartir información, en un futuro podría no darse esa condición.

—No quiero que me protejas gratis —dijo la señora Fevre antes de salir del coche.

—Creo que esa negociación ya concluyó y no fue contigo.

Creonte salió del coche y se dirigió con la señora Fevre hacia el avión privado donde le esperaban. Sabía que Arnau cogería otro avión, no quería que llegaran juntos por si había espías que no sospecharan que uno de los cazadores iba también de camino. A la señora Fevre le costaba desligarse de su vida. Afortunadamente para ella tenía a los cazadores que eran inmunes al paso del tiempo, pero conforme sus amigas y conocidos muriesen se sentiría como si ella misma hubiera muerto. El vacío y la soledad la estrangularían. Su vida, todo lo que ella era se desplomaría. A veces no entendía cómo podía Arnau sobrellevar todos esos siglos. Tener un hijo con su longevidad y apartarlo de su entorno no era buena idea, porque acabaría como ella, en un extraño vacío existencial. Si deseaba llevar a cabo ese plan tendría que ser con las condiciones de los espartanos, permitiendo que su hijo se criara en ese ambiente. Cuando iba a subir las escaleras seguida por Creonte se paró un instante colocando las manos en el hombre del espartano para que se frenara y le escuchara.

—¿Y si fuera una niña? ¿Qué hacéis con las niñas? —pregunto la señora Fevre.

—Desgraciadamente si es una niña acaba en aborto. Nuestro genes deben tener algo que no congenia con el sexo femenino. En otros tiempo decían que era una maldición y hoy en día tratamos de averiguar qué es mediante la ciencia, pero aún no hemos descubierto gran cosa.

—Pero yo soy una bruja, puedo tener una hija que nazca con tu longevidad. Incluso mitad espartana y mitad bruja.

—Si eso es como dices será mejor que no lo comentes si alguna vez te

encuentras con otro espartano. No todos son tan respetuosos como yo y tener hijas es demasiado tentador para una raza de hombres como la nuestra, que dependemos de otros para nuestra supervivencia, pero si eso es una propuesta sabes que voy a aceptar. ¿Qué pretendes diciéndome eso?

—Para mí también es tentador —confesó la señora Fevre—. Me habría gustado tener hijos pero el hecho de verlos morir me disuade de ello.

—Creo que ninguno de los dos va a morir en breve, así que puedes pensarlo bien —dijo Creonte que había dejado los juegos atrás.

La señora Fevre subió al avión y se sentó en un asiento distante de Creonte para poder pensar. Pronto no le quedarían muchos lazos que le ligaran a la vida, salvo los cazadores, pero ellos ya iban formando sus vidas propias, y sí, seguramente había más brujos como ella, con un metabolismo como el suyo o que sencillamente lo alarguen mediante magia, pero ella no estaba muy ligada a ese mundo, sino fuera porque la Diosa la llamó para ser una anciana no habría sabido mucho de la brujería criándose con los cazadores. Tenía una oportunidad de una vida nueva, pero no podía tomar esa decisión a la ligera. Debía meditarlo, y quizás ahora no, porque había muchas cosas que resolver con el Aquelarre Oscuro, pero cuando ya no le quedara nada podía ser una opción. Miró a Creonte disimuladamente, definitivamente no era su tipo. La señora Fevre se había pasado años gestionando asuntos de los cazadores, con muchas responsabilidades encima, a parte de su vida como médico y cirujana cuando aún estaba en trabajando, y él, a pesar de tener su misma edad, parecía un crío en comparación con ella, igualmente no era necesario una relación, tan solo tener un hijo y convencerle de que no tenían ni por qué tocarse para eso. Debía tener en cuenta lo que Creonte le comentó, que no todos los espartanos eran tan “amables” como él, debía ser cauta contando lo que pensaba, o sus secretos.

Bajó del avión cuando aterrizó y aguardó en el coche junto a Creonte a que Arnau le diera la señal para ir al punto de encuentro. Debía estar nerviosa, pero a la señora Fevre le encantaba la acción, y llevaba demasiado tiempo arropada por Arnau dedicándose a labores administrativas. Sacó del bolso un arma para comprobar que estuviera bien cargada y contar los cargadores que llevaba. Creonte la contempló con curiosidad.

—No necesitas armas, vienes conmigo —dijo Creonte determinado.

—Eres muy arrogante, desconoces lo letal que es la combinación de magia con armas —dijo la señora Fevre exhibiendo una sonrisa de autosuficiencia.

—Y tú desconoces lo letal que soy yo —dijo Creonte con calma.

—Si nuestro posible hijo hereda tu letalidad y mi inteligencia va a ser tremendo —dijo Fevre en tono de humor burlándose de Creonte.

—Eres muy graciosa, pero más te vale que te concentres y hagas lo que te diga. Quiero que sobrevivas para ese encuentro sexual del que hablas, así que ni se te ocurra sacar el arma a menos que sea estrictamente necesario, o te veas en peligro.

—Yo no he hablado de ningún encuentro sexual, deliras —dijo la señora Fevre observando el mensaje que llegaba a su teléfono—. Ponte en marcha, Arnau ya está cerca de los rehenes, tenemos que crear la distracción.

Creonte condujo hacia el lugar del encuentro, un sitio distanciado de todo a las afueras de la ciudad. La señora Fevre era consciente de que se dirigían hacia una trampa, los rehenes no estarían para el intercambio y usarían la fuerza para llevársela, pero ella debía tenerlos entretenidos, al menos el tiempo suficiente. Miró por la ventana y contempló el coche negro aparcado cerca del solar abandonado, debía recordar que era Mina y actuar como ella, esas clases de interpretación que dio cuando descubrió que podía disfrazar su aspecto le vendrían de perlas ahora.

—Ábreme la puerta —dijo la señora Fevre a Creonte—. Es lo que haría uno de los hombres que me acompañaran.

Creonte se dirigió hacia la puerta de la señora Fevre y se la abrió permitiendo que ella saliera del coche mostrando la gracias que tendría Mina en todos sus movimientos. La señora Fevre la había observado bien, Mina parecía una bailarina en una sala de danza, se movía con ligereza mostrando distinción en cada paso, era imposible no fijarse en ella tan solo por esos pequeños detalles. Su madre debía sentir envidia por ella, conseguía de manera natural y con gracia lo que ella ni lograba imitar, y sabía por Angélica que la adoraban, era la princesa que todos deseaban que reinara en vez de su madre, así que cuando a la reina le llegaban alabanzas de su hija la maltrataba por celos. La señora Fevre sonrió, ella podía imitar a una anciana adorable, una mujer mayor determinada, o tímida, y cómo no, podía andar con distinción. La señora Fevre esperó unos instantes a que los hombres salieran del coche, sabía quienes eran por Mina, uno de ellos el secretario de la reina, Derek. Tan solo había dos personas con Derek, pero la señora Fevre sabía que habría más escondidos, aguardando una señal del secretario para actuar de una manera u otra.

—¿Y los rehenes? —preguntó Creonte como habían acordado.



—Queremos ver mejor a la princesa, primero, y saber que está perfectamente bien —dijo Derek casi a gritos por la distancia.

—Pues acércate —dijo Creonte observándole detenidamente.

Derek dudó unos instantes y luego pareció asentir comenzando a andar hacia ellos, quedándose a una distancia prudencial de ambos.

—¿Te encuentras bien, Mina? —preguntó Derek contemplándola de arriba a abajo buscando alguna marca de malos tratos.

—Sí, estoy bien —dijo la señora Fevre segura de que Mina no diría que estaba mal aunque se estuviera muriendo—. ¿Y mi madre?

—No ha podido estar aquí —dijo Derek. La señora Fevre pensó que Arnau se sentiría decepcionado al no poder tener un cara a cara con la reina.

—Bien, ¿y cuál es el plan? —preguntó la señora Fevre que sabía que el juego terminaba cuando se destapara que no estaban ahí los rehenes—. ¿Me encontraré con ella en algún lado?

—Sí, tu madre está ansiosa por verte. Todos hemos estado muy preocupados.

—¿Y los Wolf? —preguntó la señora Fevre echando mano a la información que Mina le había dado y haciendo una pregunta abierta para no evidenciar que desconocía detalles.

—Ellos están muy preocupados porque su residencia fue asaltada y no pudieron prestarte atención. Se sienten culpables por tu secuestro —dijo Derek haciendo pensar a la señora Fevre que esa era la versión oficial.

—Bueno, ya ves que estoy bien. Nadie debe preocuparse por nada.

—Vamos al coche y cuando llegemos soltamos a los rehenes.

La señora Fevre miró su bolso de soslayo. Si Arnau hubiera soltado ya a los rehenes habría sonado o vibrado, pero ahí se mantenía en silencio y no se le ocurría cómo ganar más tiempo, así que lanzó una mirada a Creonte para ver si el hombre era hábil. Creonte hizo un leve gesto con los labios mostrando una sonrisa a medio formar, y de un movimiento rápido sacó un cuchillo, tomó a la señora Fevre del cuello con delicadeza y lo colocó en su garganta.

—De eso nada. Quiero ver a los hombres primero, o mato a esta bruja —exigió Creonte dedicándole una fiera mirada a Derek.

—Vamos a calmarnos —dijo Derek con las manos en alto en señal de que no tenía nada que temer de él.

—Quiero verlos ahora —insistió Creonte aprisionando a la señora Fevre colocando el brazo rodeando sus costillas.

—Si deseas verlos tendrás que bajar ese arma y no hacer nada. Si Mina sufre el más mínimo daño, comenzaremos a matar a los rehenes —le amenazó Derek en un tono frío.

—Pues enséñame a uno de ellos. Haz un gesto de buena voluntad y suelta a uno de ellos para que yo sepa que no me tomas el pelo —dijo Creonte aumentando la apuesta.

—Primero, nos relajamos. Dejas de amenazar a Mina o no te vas a llevar nada. La reina quiere a su hija viva preferentemente, pero si muere, es mejor así que en manos de los cazadores, y la situación en la que acaben los rehenes muertos y Mina, no la deseamos ninguno de los dos, ¿verdad?

—La madre del año —dijo Creonte con cinismo—. ¿Cuál es tu oferta?

—Dejas de amenazar a Mina y soltamos a uno de los rehenes.

La señora Fevre estaba nerviosa observando a Derek, esperaba esa llamada que no sucedía mientras la situación se tornaba cada vez más peligrosa. Miró hacia abajo, donde estaba su móvil, el brazo del espartano estaba demasiado cerca de la base de sus pechos, y no sabía si el muy desgraciado lo hacía a propósito o no se daba cuenta. Cuando Creonte iba a responder el teléfono sonó con el tono de Arnau, una llamada que solo tendría que hacer cuando tuvieran que salir de ahí. Creonte actuó apenas sonó, giró el cuerpo dio una patada a Derek que lo envió demasiado lejos, y corrió con la señora Fevre tras cogerla en brazos hasta llegar al coche sin dar tiempo a nadie a reaccionar. Una vez dentro del coche, una ráfaga de disparos comenzó a llover de todos lados, pero Creonte ya estaba poniendo el coche en marcha y era uno de los que estaban blindados, así que la señora Fevre se sentía fuera de peligro, de momento. Creonte puso el coche a todo gas mientras los brujos comenzaron a poner los suyos en marcha, pero la rapidez del espartano había sido un factor a la hora de coger una delantera significativa, y excedió el límite de velocidad hasta entrar en la ciudad. La señora Fevre miraba por el cristal a los coches que le seguían, y se calmó cuando se dio cuenta de que los habían dejado muy atrás. Creonte frenó en una calle, y dedicó una mirada a la señora Fevre, tomó el collar que lo esclavizaban, tiró de él y lo arrojó por la ventana.

—¿Te lo has quitado? —dijo la señora Fevre sorprendida e intranquila por la situación, ya nada frenaba al espartano, y posiblemente hacia tiempo que había averiguado como quitárselo.

No dio tiempo a Creonte para contestar, algo pesado saltó al techo del coche y Creonte lo puso en marcha con intención de arrojar al suelo lo que

fuera que estuviera arriba.

## Capítulo 33.

Mina dormitaba en el avión que les llevaba a Lyon mientras Arnau estaba en una mesa con el portátil tratando de estudiar el mapa de Lyon y todas las posibles vías de escape de la ciudad. Aún estaba molesta, Arnau permitió que otra persona tomara su lugar y se arriesgara por ella. Era demasiado orgullosa para tolerar algo así, además, no quería que nadie sufriera daños por su culpa. Se levantó del sillón y se acercó a donde estaba Arnau, colocándose en frente suya. Le contempló mientras tecleaba, lo de que no se despejaría de ella se lo había tomado muy en serio. Se medio echó sobre la mesa de manera lánguida mirándole desde ahí. Arnau tan solo le dedicó una cálida sonrisa mientras continuaba con su tarea.

—¿Es verdad que tu padre es un dragón? —preguntó Mina tratando de no sacar el tema que le enfadaba.

—Qué tontería, los dragones no existen. Es un mito.

—Como las brujas, y aquí estamos, ¿cómo estás tan seguro? —insistió Mina.

—Si lo dices por el fuego, también podría ser un elemental de fuego, un fénix, incluso un demon...—Arnau se frenó antes de decir eso último.

—¿Demonio? —preguntó Mina casi asustada —Tendría mucho sentido. ¿Con qué sino iba a hacer un pacto tu madre?

—Mina, no me interesa saber quién es mi padre, o qué es, pero si fuera algo tan simple como un demonio ya me lo habría arrojado a la cara con satisfacción.

—¿Y los eruditos no han querido investigarlo? Suelen ser muy curiosos.

—Muy poca gente sabe cosas íntimas de mí. Ni siquiera yo sé si mi padre no sería un hombre normal y mi madre cuenta historias raras —dijo Arnau cerrando el portátil—. Vamos a aterrizar en breve. No te separes de mí.

Arnau se levantó del asiento y se sentó al lado de Mina mientras el avión

aterribaba, colocó la mano en el mentón de ella y la besó suavemente.

—Espero que la señora Fevre no tenga problemas por mi causa —dijo Mina preocupada.

—¿Eso crees? Todo va a salir bien, aunque me hayas visto muchas meteduras de pata en este tiempo que nos conocemos, generalmente mis planes son buenos.

Cuando el avión aterrizó, Arnau salió tomando a Mina de la mano y al salir del aeropuerto, se dirigió hacia un coche que le trajo un chófer, abrió el maletero cogiendo un par de bolsas de deporte que abrió dejando ver armamento dentro.

—¿Crees que eso será necesario? —preguntó Mina sorprendida. Aunque ya le había visto en acción y sabía lo destructivo que podía llegar a ser, nunca le había dejado de intimidar las armas.

—No, yo no necesito armas si las cosas se tuercen, pero no puedo incinerar todo cuanto veo o llamaría demasiado la atención. Hay que dejar que los brujos expandan noticias creativas, como algún grupo terrorista, o lo que quieran.

—¿Sabes que muchas de esas noticias las supervisaba yo? Generalmente, lo mejor era que la prensa te ignorase. Tenemos conjuros para ellos, pero cuando hay demasiada gente en el lugar o es muy céntrico es imposible, y había que manipular los medios de comunicación —explicó Mina entrando en el coche después de que Arnau le abriera la puerta.

—A veces desaparecían periodistas. El que “el fin justifique los medios”, tu Aquelarre lo ha llevado a un nuevo nivel en todos los sentidos —le reprochó Arnau a Mina.

—Bueno, yo nunca intervine ni permití que algo así ocurriese.

—Tú no tienes la culpa. No pretendía hacerte sentir mal, pero no en vano deseamos acabar con tu madre —dijo Arnau tratando de sacar un tema delicado—. ¿Cómo te tomarías su muerte?

—No muy bien, pero entiendo que es necesario. Me hubiera gustado que fuera de otra manera, una mejor madre, pero es lo que tengo.

—Bueno, ahora me tienes a mí —dijo Arnau mientras conducía.

—¿Te arrepientes de haberme conocido? —preguntó Mina con timidez.

—¿Bromeas? Me siento vivo tras años de sentirme apagado o muerto. Es lo mejor que me pasó, oír tu voz en el móvil de Bram. Ojalá lo hubiera hecho antes.

—Habría sido difícil que te tropezaras conmigo. Yo estaba informada de

todos tus movimientos porque me aterraba morir quemada. Qué irónico.

—Si te hubiera encontrado en una misión habría dejado todo y habría ido a por tí. Habría usado el fuego para quemarte la ropa. Aunque, creo que eso lo hiciste tú sola cuando trataste de atraparme— dijo Arnau con una sonrisa traviesa —Tengo mucho arsenal que contarle a nuestros nietos.

—Espero que no cuentes a nadie esa parte —dijo Mina sonrojada provocando que Arnau soltara una carcajada.

—Vas a tener que convencerme —dijo Arnau con una sonrisa.

Arnau llegó cerca de una casa a las afueras y paró el coche más arriba para que no vieran las luces del mismo. Miró a Mina y le rozó la mano.

—Mi madre los localizó por aquí cerca, en una de las casas de la nueva urbanización que está aún por concluir.

—Sí, el Aquelarre a veces hace ese tipo de construcciones, barrios enteros donde algún brujo compra una casa. No todas las casas, tan solo un par de ellas, no ponen los huevos en el mismo cesto. Si los cazadores llegaran a uno de esos barrios y estuviera lleno de brujos se darían un festín, pero si hay un par de casas o tres ocupadas e intercaladas con la de gente normal, minimizan las pérdidas y que haya “inocentes” hace que os lo penséis — explicó Mina que conocía bien todas las técnicas del Aquelarre.

—Sí, pero esta urbanización está vacía aún, no querrían arriesgarse a que esos “inocentes” se dieran cuenta de que tienen secuestrados a un grupo de personas, después de todo, los accidentes ocurren.

—Sabes que va a estar muy vigilada la zona —dijo Mina observando a Arnau.

—No han tenido tiempo para montar un buen espectáculo, y no creen que podemos haber llegado hasta aquí, piensan que estaremos concentrados en la zona donde está la señora Fevre y Creonte. Quédate en el coche, yo entraré — dijo Arnau abriendo la puerta del coche.

—Pero... —dijo Mina que no deseaba quedarse ahí.

Arnau tomó las dos bolsas de deporte con el armamento, y luego se paró cerca de la puerta de Mina abriéndola.

—He cambiado de opinión, vienes conmigo. Con la suerte que tengo últimamente te dejó en el coche y cuando vuelvo no estás ni tú ni el coche, pero no te preocupes cariño —dijo Arnau besando a Mina—, me dolería más perderte a tí que al coche.

Mina le dedico una mirada de fingida indignación reprimiendo una sonrisa.

—¿Cuál es tu plan? —preguntó Mina cuando salió del coche.

—Tenemos que ser medianamente sigilosos, así que hay que evitar las cámaras, las protecciones mágicas y entrar.

—Yo puedo desactivar las protecciones —dijo Mina que se concentró un poco haciendo que una serie de hilos de luz que bordeaban el perímetro aparecieran—. Esos son los límites de las protecciones.

—Esas nunca las hemos detectado. Ya decía yo que las ratas abandonaban el lugar demasiado rápido cuando tomábamos un sitio, quiero decir los brujos —dijo Arnau, rectificando ante la mirada recriminadora de Mina.

—Generalmente tienen una palabra de comando que las inutiliza, pero no sé si la han cambiado desde que me fui. Si mi madre espera recuperarme no creo que las hayan cambiado, requeriría un gran esfuerzo y apenas hace un par de días que desaparecí.

—Inténtalo, no perdemos nada —dijo Arnau observando a Mina.

Mina cerró los ojos y colocó las manos en el límite que marcaba el hilo de luz, luego abrió la boca para dejar escapar un leve murmullo. La mano de Mina resplandeció en una luz dorada que transmitió al hilo de luz que tomó el mismo color y poco a poco, el hilo comenzó a disolverse. Mina sonrió y miró a Arnau.

—Tenemos un tiempo antes de que se den cuenta, porque voy a reactivarla en cuanto entremos

Ambos traspasaron el límite, luego Mina colocó las manos en el sitio donde estuvo la protección, y comenzó a susurrar de nuevo haciendo que la luz dorada formara un hilo del mismo brillo y cuando perdió la luminiscencia Mina se dio por satisfecha.

—Ya está —dijo Mina con una sonrisa—. Tendrían que haber estado muy atentos para darse cuenta de que las barreras fueron echadas abajo y repuestas en tan breve tiempo, y aun así, creerán que fue un error al ver las protecciones activas, después de todo no me esperan a mí aquí. ¿Estás seguro de que están ahí? ¿No te habrá engañado tu madre?

—No se atrevería, y no gana nada con ello. Están ahí en algún lado —dijo Arnau mientras sacaba de una de las bolsas unos prismáticos que eran casi unas gafas—. Además, las protecciones los delata.

—¿Qué es eso? Percibo magia en ellos —preguntó Mina con curiosidad, refiriéndose a los prismáticos.

—Un artefacto creado por un alquimista. Vosotros, los brujos, siempre

habéis menospreciado la magia de otros porque la consideráis inferior, pero como verás, es muy útil. Con esto podemos localizar dónde están los prisioneros, porque se puede ver el calor corporal obviando las paredes.

—¿Y tienes muchos cacharros de esos?

—Una buena colección, solemos comprarles a menudo, o hacer encargos. A veces nos hacen una buena rebaja porque odian a los brujos, generalmente porque los menosprecian, les humillan y a veces, cuando interfieren en sus cosas, los matan —dijo Arnau mientras observaba la casa con los prismáticos.

—¿No son un poco anticuados? —dijo Mina que observaba la forma de anteojos salidos del siglo XIX.

—Les suele gustar los diseños retro, pero además, es trabajo artesanal, no tienen maquinaria para hacer algo como salido de una fábrica. Creo que ya sé dónde están, en el sótano —dijo Arnau tomando a Mina de la mano para que no se separase de él mucho—. Nos moveremos evitando las cámaras. No es muy complicado, como siempre confían demasiado en la magia, y no están acostumbrado a que haya brujos con nosotros en una operación. Si alguna nos molesta, freiré los circuitos, pero se acabarán dando cuenta si falla más de una.

—Nunca imaginé que colaboraría con un cazador contra mi Aquelarre, y menos contigo. Me refiero voluntariamente.

—Somos más agradables que los brujos ariscos de tu Aquelarre, era cuestión de tiempo que te enamorasas de mí —dijo Arnau guiñándole un ojo—. Vamos.

Arnau tomó de nuevo a Mina de la mano acercándose con cautela hacia la puerta del sótano donde había dos hombres armados.

—Quédate aquí sin moverte —dijo Arnau lanzándole una mirada seria.

Arnau se separó de Mina y se movió como un felino en medio de la espesura de la noche, casi sin ser visto y con una rapidez que envidiaría un guepardo se abalanzó sobre el primer hombre que no le dio tiempo a reaccionar y le rompió el cuello, dejándole caer, luego tapó la boca del segundo hombre que estaba preparando el arma para disparar, para evitar que gritara y le redujo igualmente. Tras inspeccionar la puerta se acercó a Mina y le tendió de nuevo la mano para que fuera con él.

—¿Me vas a llevar de la mano como si fuera una niña por todos lados? —preguntó Mina en un suave susurro.

—No te quejes, si pudiera llevarte colgada como la mochila no te cogería de la mano, pero hay límites para todo. Si no fuera por las circunstancias no



estarías aquí.

—Ya hablaremos de todo eso cuando acabemos esto —dijo Mina siguiendo de nuevo a Arnau.

Arnau se acercó de nuevo a la puerta y tomó varias herramientas de su mochila para abrirla, cuando lo logró encendió la luz, porque el lugar estaba completamente a oscuras. Observó a los prisioneros, eran bastante menos de los que esperaba, apenas una docena cuando en la sede de Lyon había unas cuarenta personas. Arnau sintió deseos de quemarlo todo y matar a cuantos brujos se encontrara por eso, pero debía actuar con frialdad, porque había que sacarlos a todos de ahí. Bajó las escaleras tras hacer un gesto de silencio a los de dentro y fue a quitarles las presillas que tenían puestas en las manos. Se detuvo un segundo antes de liberar a Carla, estaba excesivamente enfadado y no quería saber nada de ella, pero debía llevársela al padre sin ningún rasguño, así que la desató con cuidado.

—Sabía que vendrías a rescatarme, porque me quieres —dijo Carla con entusiasmo tratando de abrazar a Arnau que la apartó con desprecio.

—Dile a tu hija que no se acerque a mí o no me responsabilizo de llevarla de una sola pieza —dijo Arnau a la madre.

—No es culpa de ella lo que ha ocurrido, fue culpa de esa bruja tuya con la que le eres infiel a mi hija —dijo la madre con acritud mientras se ponía de pie.

—Ha estado enviando a la red datos sobre Mina que hizo que encontraran la sede de Lyon, así que no quiero ni un reproche por causa de Mina, y ya hablaremos de tu hija. Salid en silencio, no tengo ganas de llevar más cadáveres a París de los que ya tenemos.

—¿Has hecho eso? —preguntó la madre de Carla con asombro a su hija.

—Yo pretendía que todos supieran lo que era, no que nos ocurriera nada malo —dijo Carla medio llorando.

Arnau se dirigió hacia la salida cuando ya había quitado a todos las presillas, y esperó a que salieran de uno en uno.

—Arnau, se han dado cuenta —dijo Mina acercándose a él —.Han activado las defensas de la guardia.

Arnau se fijó en la línea dorada que hizo aparecer Mina que ahora se veía roja.

—Toma mi móvil y llama al último número que marqué, que manden un vehículo para que recojan a todos. Ponlos a salvo junto al coche, ninguno de ellos sabe de armas y estarían indefensos si algo se acercara a ellos, y a mí me

consta, que tú sí sabes manejar armas y magia —Arnau le dio un beso a Mina y esta asintió alejando al grupo.

Arnau se quedó allí aguardando a lo que protegiera el lugar para evitar que dañara a alguno de ellos. Casi instantáneamente aparecieron tres elementales de fuego.

—Qué conveniente —dijo Arnau casi a la nada—. Con la suerte que gasto estos días seguro que uno de ellos es mi padre, y no sé qué me dice que el fuego no les va a hacer ni cosquillas.

Arnau sacó de las bolsas uno de las armas de fuego que llevaba. Ahora echaba de menos una espada que era más apropiado para matar a un elemental del fuego inmune a su poder estrella. Arnau comenzó a disparar un cargador entero sobre uno de los elementales sin que sufriera ningún daño. El elemental cogió a Arnau del cuello antes de que este pudiera reaccionar mientras trataba de cambiar de arma. El fuego tampoco hizo mella en Arnau, pero el elemental lo arrojó contra la pared de la casa causando una explosión en el proceso, provocando que parte del tejado de la casa cayera sobre él. Arnau rodó por el suelo para evitar las partes mayores del derrumbe mientras se tapaba la cabeza con los brazos, cuando otro elemental ya estaba encima suya, y lo arrastró por el suelo tras cogerlo de la pierna, luego comenzó a girar con Arnau y lo volvió a arrojar. El tercer elemental lo cazó al vuelo antes de que saliera del perímetro de la casa y lo volvió a arrojar contra otra pared de la casa. Esta vez no pudo esquivar los bloques que caían sobre él con el derrumbe. Arnau golpeó los escombros para poder salir de ahí, luego miró sus bolsas de deporte con las armas en el otro extremo y comenzó a correr. El primer elemental de fuego vio las intenciones de Arnau y quemó las bolsas de deporte. Arnau se paró en seco contemplando la escena.

—Venga ya, ¿esto qué es, karma? —se quejó Arnau suponiendo que con el calor al que estaba sometiendo el elemental de fuego a las bolsas en breve solo quedaría metal derretido.

El segundo elemental se acercó a él, pero esta vez Arnau esquivo con agilidad.

—No vais a jugar de nuevo al rugby conmigo de pelota —dijo Arnau que comenzaba a sentirse enfadado.

Arnau esquivo durante un rato más a los tres elementales, buscando una manera de acabar con ellos, pero sin sus armas no sería fácil. Finalmente, uno de ellos logró atraparlo de nuevo del cuello para volver a golpearle.

—¡Basta! —gritó Arnau enfadado haciendo que toda su piel estallara en

llamas.

El elemental al ver a Arnau en esa forma, lo dejó caer con cuidado al suelo y dio varios pasos hacia atrás. Arnau se rozó la casa, algo había distinto en él pero no podía averiguar qué era sin verse a sí mismo. Los tres elementales se reagruparon casi como si esperasen la respuesta de Arnau.

—¡Desapareced de una puta vez! —ordenó Arnau cansado del juego al que lo habían sometido.

Los tres elementales comenzaron a desaparecer en la oscuridad hasta quedar tan solo un leve destello de luz que delataba que habían estado ahí tan solo hacía un instante. Arnau se tocó de nuevo el rostro y se dio cuenta de que lo que sea que le hubiera pasado estaba volviendo a la normalidad.

—¡Que me jodan! ¿Y esto que diablos ha sido? —dijo mientras veía a los elementales desaparecer.

Arnau se dirigió hacia el coche y llegó a la altura donde estaba Mina.

—¿Has visto lo que ha pasado? —preguntó Arnau esperando una respuesta.

—No, estaba llamando como me dijiste —dijo Mina observando detenidamente a Arnau —¿Otra vez desnudo?

—Unos elementales de fuego que se creían gato pensaron que yo era el ratón —dijo Arnau quitándole el móvil a Mina de las manos para marcar el número de la señora Fevre y darle la señal de que ya no necesitaba la distracción—. Espero no haber tardado mucho.

Arnau pasó el brazo alrededor de Mina atraiéndola hacia sí, y se acomodó cerca del coche a esperar sin dirigir una sola palabra a ninguno de los que estaban ahí.

—Arnau —dijo uno de ellos finalmente—. Ninguno de nosotros sabía sobre las actividades de Carla.

—Tú, precisamente eras el encargado de la seguridad. A Fevre no le costó ni quince minutos averiguar cómo os habían encontrado, pero no tengo ganas de hablar ahora de ese tema, aún no he acabado de resolver todo esto, y supongo que lo habéis pasado bastante mal, sin contar con los que han matado. Creo que ya tendrás bastante lidiando con eso —dijo Arnau duramente.

—Precisamente tú no deberías culpar a nadie —dijo Carla llorando—. Si no por...

—Será mejor que te calles —dijo su madre tras ver la cara enfado de Arnau.

Arnau se mantuvo en silencio y los demás siguieron su ejemplo hasta que

llegó una furgoneta de los cazadores y un par de coches. Todos se fueron dejando solos a Arnau y a Mina.

—¿Estás muy enfadado? —preguntó Mina tras entrar en el coche.

—Bastante, y no es por lo que hizo Carla, que fue en parte culpa mía por haberle dado tantas alas. Cuando esto acabe les daré la oportunidad de expresarse.

—No te han desobedecido, simplemente creía que estabas embrujado por mí, y han actuado en consecuencia, a regañadientes.

—¿Después de todo lo que han dicho de tí aún los defiendes? —preguntó Arnau asombrado—. ¡Maldita sea!

—¿Qué ocurre?

—El espartano se ha quitado el collar no sé cómo —dijo Arnau mirando el detonador que aparecía sin luz de conectado.

Arnau puso el coche en marcha y se dirigió al lugar donde marcaba el GPS de la señora Fevre. No tardaron mucho en llegar porque no estaban tan lejos del lugar donde era el encuentro. Giró una calle que era más tranquila donde se perdía la señal. Arnau se bajó del coche y rebuscó por el lugar hasta que encontró el collar de Creonte tirado al suelo y un móvil hecho añicos. Recogió los restos y tomó su teléfono.

—Búscame las imágenes de las cámaras de tráfico que dieran a este lugar, o cualquier cámara: bancos, establecimientos...y mándamelas ya —dijo Arnau concluyendo la llamada y entrando en el coche.

—¿Qué pasa? —preguntó Mina preocupada.

—No lo sé. Creonte se ha quitado el collar y esto de aquí son los restos del móvil de Fevre.

—¿Ninguna pista más?

—Ahora veremos cuando me lleguen las imágenes —dijo Arnau que cada vez estaba de peor humor—. Si ese idiota le ha tocado un pelo a mi niña, va a morir.

Arnau espero impacientemente mirando cada minuto el correo, cuando llegó lo abrió permitiendo a Mina que viera el video. Arnau adelantó hasta el momento en que estuvieron en esa misma calle. El coche que llevaba Creonte se paró ahí mismo, el espartano se quitó el collar y lo arrojó. De pronto, una oscuridad se formó encima del coche. Creonte puso el coche en marcha acelerando con la intención de arrojar lo que fuera que estuviera en el techo, y la señal se volvió negra durante un rato. Arnau tomó el teléfono de nuevo.

—¿Ya está? ¿Esto es todo? —preguntó Arnau frustrado.

—Si, no hay más, es como si las cámaras no estuvieran bien.

Arnau apagó el móvil y casi lo arroja contra algo, furioso. Luego trató de calmarse y pensar.

—Yo sé lo que es —dijo Mina tras meditar un instante.

—¿Qué? —preguntó Arnau.

—El velo de oscuridad de los kasisines —dijo Mina tras retroceder el video para verlo de nuevo.

—¿Qué es eso? —preguntó Arnau de mal humor.

—Los kasisines son asesinos que usan la magia y actúan por dinero. Alguien ha debido contratar uno para que mate a la señora Fevre, o a mí, porque iba con mi cara. Si quieres saber más deberías hablar con mi hermano Bram, él es uno de ellos.

—¿Tu jodido hermano es un asesino a sueldo? —preguntó Arnau.

—Sí, mi madre lo mandó con los kasisines siendo un niño, porque quería un asesino que actuara por ella, pero resulta que esa secta no se casa ni con su madre. Ese velo de oscuridad es un conjuro que ellos usan cuando siguen a su víctima.

Arnau asintió con la cabeza mientras marcaba otro número con rapidez, poniendo el altavoz del móvil para que Mina también lo oyera.

—Angélica —dijo Arnau antes de que le contestarán al teléfono—. Necesito que me digas si la señora Fevre se encuentra bien.

—Sabes que si le hubiera pasado algo malo lo sabría —respondió Angélica—. Está perfectamente. ¿Por qué?.

—Te estoy pasando un video a tu móvil. Ese es el coche en el que iba la señora Fevre. Dime qué opinas cuando lo hayas visto.

—Ese es un kasisín —dijo Angélica tras un rato en silencio—. No la ha matado, eso quiere decir que lo han esquivado. Los kasisines solo se dejan ver para eliminar a alguien cuando usan ese poder. Si te encuentras con uno ten mucho cuidado, son expertos en la muerte. Podría incluso conocer algún conjuro o forma de inutilizarte a tí, aún siendo inmortal, o algo peor.

—¿Puedes comunicarte con ella?

—Sí, pero me llevará un rato. De momento está bien, si hubiera sufrido daños lo sabría por nuestra conexión. Ve a comer algo mientras yo me encargo de esto —sugirió Angélica concluyendo la llamada.

Arnau volvió a marcar otro número antes de que Mina pudiera dar ninguna opinión sobre la conversación, sin quitar el altavoz del Móvil.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bram.

—He mandado un video a tu móvil. Dime a quién tengo que matar por esto —dijo Arnau esta vez con absoluta aspereza—. Porque la que iba ahí dentro era la señora Fevre.

—¿Por qué querría nadie asesinarla a ella? —preguntó Bram tras mirar el video.

—Iba disfrazada de tu hermana.

—¿Cómo que iba disfrazada de mi hermana?

—La señora Fevre es una bruja, como tu hermana, y usaba un conjuro de ocultación para tomar su forma para algo demasiado largo como para contarlo ahora mismo —dijo Arnau que comenzaban a ponerle de peor humor tantas preguntas.

—No, ese asesino no buscaba a mi hermana. Un conjuro como ese no le habría engañado. Quien sea va a por la señora Fevre o a por quien estuviera en ese coche.

—¿Y a tí? ¿Se te olvidó comentarnos que eras asesino a sueldo de los brujos? —le reprochó Arnau con acritud.

—Conmigo no lo pagues. No es algo como para contártelo en nuestra primera cita. Además, tampoco sabía yo que la señora Fevre era una bruja. ¿Sabes si sigue viva?

—Angélica dice que sí.

—Bien, le conseguiré un indulto temporal mientras me entero de qué pasa con ella, o quién ha contratado a ese para matarla. Que se esconda mientras y no vuelva a los sitios que suele ir. Ya sabrá todos sus hábitos si ha decidido atracar en ese instante. Y tú tómate una tila. Si no la ha matado ya se habrá escondido para analizar qué ha fallado, eso me da margen para el indulto temporal. Si eso no funciona, yo mismo mataré a ese asesino antes de que se acerque a ella.

—¿Y no tenéis un número de contactos, o un grupo de whatsapp de colegas de trabajo para estas situaciones? —preguntó Arnau.

—Eso no funciona así. Es raro que nos tratemos entre nosotros, y hay un código que se cumple o estás fuera, y solo hay una manera de salir, muerto.

—Siempre quise pertenecer a un grupo secreto, cuyos sectarios no se conocen entre ellos ni se tragan, y cuyo único beneficio es salir en un ataúd de ahí. Yo soy inmortal, apúntame a eso, pero solo si te dan un traje bonito negro de ninja —dijo Arnau con cinismo.

—¿Qué diablos ha pasado con mi hermana? Cambiando de tema.

—Está aquí conmigo a salvo. Concluye la llamada y ve a buscar ese

indulto para la señora Fevre, luego hablamos de todos los detalles y me explicas a quién mato por esto —dijo Arnau acabando él mismo la llamada.

Arnau suspiró casi agotado cuando dejó el móvil a un lado y se echó en el respaldo del sillón del coche.

—¿Tienes hambre? —preguntó Arnau a Mina.

—Yo no. Me siento culpable por todo esto. Nada hubiera ocurrido si no fuera por mi culpa. Entiendo que te arrepientas de todo.

—Tú no eres culpable de nada, salvo de ser encantadora —dijo Arnau dejando a un lado el mal humor para acariciar la mejilla de Mina—. Y ya has escuchado a tu hermano, no iban a por tí.

—Pero solo he hecho meterte en problemas.

—No, en esos líos me he metido yo solo, y te he arrastrado a tí. La señora Fevre está bien, es muy dura, y si no está muerta es que el espartano vale cada centavo que presume valer, y parece que a pesar de quitarse el collar, ha decidido cuidarla.

—Pero ya sabes sus intenciones...

—La señora Fevre lo tendrá en este instante a su servicio. Ni sabrá cómo estará haciendo lo que ella diga sin rechistar creyendo que las ideas son suyas y tiene libertad. Deberías preocuparte por él, no por ella —dijo Arnau con una sonrisa.

—¿Qué vamos a hacer?

—Esperar —dijo Arnau—, y mandar el informe de lo que ocurre a Jacques. Poner en una circular que la señora Fevre anda perdida por si alguno obtiene información al respecto. No quiero moverme mucho de esta zona por si aún están en la ciudad o cerca, podemos ir a tomar café a alguna cafetería de la cercanía. Estoy seguro que jamás has tomado nada en un sitio así.

—No, la verdad es que no —dijo Mina con una sonrisa.

Arnau aparcó el coche cerca de una cafetería que había en la zona y se sentaron en un sitio apartado. Era tarde y tan solo había un par de personas molestando a la camarera. Pidieron café y Arnau sacó el portátil para escribir mientras Mina mantenía en sus manos el café humeante. Observó detenidamente el lugar, casi como si hubiera descubierto un mundo nuevo. Detalles, como que los asientos en los que estaban sentados tenían roturas, o la mesa parecía mellada en algunos lados, le resultaba absolutamente fascinante. Su madre hubiera puesto una demanda al establecimiento si tuviera que sentarse en un sitio así. Se encontraba muy nerviosa e inquieta, y no solo por lo ocurrido, también porque se sentía impotente. En su Aquelarre, ella

habría sido la encargada de gestionar todo y resolver los problemas, pero aquí, tan solo era una invitada a la que sobremimaban, al menos Arnau, el resto la despreciaba por ser hija de quien era y eso le dolía. La carga de su madre le perseguía allí donde fuera sin poder ser juzgada por quién ella era, y no por los actos de su progenitora. Arnau estuvo un rato más escribiendo hasta que el móvil comenzó a sonar y cogió la llamada. No dio muchas pistas acerca de la conversación al hablar con monosílabos porque se encontraba en un lugar público. Cuando colgó la llamada miró a Mina.

—Angélica ha contactado con ella. Está en un avión con Creonte y van a ver a la familia del espartano.

—Si es un avión lleno de personas no actuará ahí. No se dejan ver en público —opinó Mina.

—Eso imaginaba. No tenemos ni idea ni a donde se dirige, así que..— se interrumpió Arnau porque volvía a sonar su móvil. Cogió de nuevo la llamada y al rato colgó con cara excesivamente seria—. Christ, el que estaba en una celda hasta que decidiera qué hacer con él porque fue el responsable de lo que te pasó en el hotel, ha aparecido muerto, asesinado de manera extraña. París está comprometida. Vamos a evacuar —dijo Arnau levantándose de la mesa y dejando un billete sin esperar la cuenta.



## Capítulo 34.

Era la décima vez que le preguntaban lo mismo, y Bram había sabido responder mejor a la pregunta que él. Había ocultado que la señora Fevre era una bruja, y posiblemente fue la manera que tuvo el asesino de saber dónde estaban, rastreando la magia de Fevre. Ella era muy hábil, pero no se había criado en el Aquelarre Oscuro como Mina, o Angélica, que sabían cómo ocultar los resquicios de su magia porque sabían que los kasisines lo podían rastrear. Bram no había podido averiguar por qué la querían muerta, tan solo le consiguió tiempo, porque el que la buscaba tenía una posición demasiado alta en esa secta. Se atusó de nuevo el cabello. Ya habían desalojado todos los lugares que poseían en París, y dio gracias de que los kasisines servían más al dinero que a la reina, sino habría sido un golpe tremendo si hubieran sido atacados por orden de esta. Elevó la mirada y se centró en lo que Bram contaba.

—Si eliminó a Christ antes de ir a por la señora Fevre, o bien sabía algo que le comprometía o era su confidente —dijo Bram mientras Jacques mantenía la mirada fija en Arnau—. Yo apuesto que su confidente, quizás no voluntariamente, podía estar amenazado con algo.

—Nos ocultas lo de la señora Fevre, luego lo de Lyon... —dijo Jacques extrañamente tranquilo, lo cuál a Arnau le resultaba incluso peor.

—Ya sabes que no habríais aceptado que me quedara con una bruja bajo mi custodia, y lo de Mina...

—Lo de Mina me da igual, ¿o es que he puesto pegas a lo de Ezequiel o Aren? No debiste haberte comprometido con Carla, en un primer momento. Te lo advertimos todos, pero tú tenías que cumplir una absurda promesa que ni siquiera llegaste a hacerlo. Y ahora, Sophie anda perdida. Te recuerdo que se ha criado entre nosotros, no solo contigo. Los demás también tenemos algo que decir en esta cuestión. Quizás en un principio, cuando no la conocíamos era

justificable que nos ocultaras que era una bruja, pero de eso hace ya más de sesenta años, ¿no crees? —dijo Jacques molesto.

—Ya, pero estas cosas no se piensa. Tuve un impulso, me compadecí de la niña, me la llevé porque sino habría caído en manos del Aquelarre Oscuro, luego no podía contarle o me habríais dicho que me deshiciera de ella, la mandara a un orfanato o lo que sea, y eso era igual que regalársela a los brujos. Con el tiempo ya no sabes como confesar estas cosas —se defendió Arnau.

—Pues soltándolo —dijo Aren que estuvo silencioso apoyado en la pared—. Durante una comida, una reunión, una borrachera, dices “Sophie es una bruja”, y todos nos reímos un rato hasta que nos damos cuenta de que vas en serio, y claro que te partimos la cara por haberlo ocultado, pero cuanto más tiempo pasa, peor es la situación. ¿Y qué pensabas? ¿Simular su muerte cuando cumpliera noventa años?

—No sé qué pensaba hacer. Es que nunca era el mejor momento para confesarlo.

—Yo le entiendo —le defendió Bram—. Apenas puedo decir que tengo una relación con el Aquelarre Oscuro. Vosotros quizás lo aceptéis, pero mi hermana ha pasado un infierno y no por culpa de Arnau, sino por los prejuicios de sus hombres. Lo más bonito que he oído llamar a mi hermana es “bruja del demonio”, y ese ya no tiene dientes para repetirlo con claridad. Han aceptado a los eruditos porque son pintorescos, esos frikies que se han ido del Aquelarre Oscuro porque no están de acuerdo con la reina, casi unos héroes simpáticos, pero mi hermana es otra cosa, es la hija de la reina y es la culpable de todo. Y esto es ahora, cuando ya están algo acostumbrados a los eruditos, no me imagino lo que hubiera pasado con Fevre si hubieran sabido que era una bruja.

—Venga ya, Bram —se quejó Aren—. Tampoco tenía que contárselo a todo el mundo, pero a nosotros...

—¿Vosotros? ¿El Inquisidor que le hizo un juicio a una chica inocente tan solo porque era una bruja? O tú, que te ordenaron asesinar a Angélica, y tras saber que pretendía salvar a un bebé en peligro todavía insistías en que la matarías, y no lo hiciste porque te enamoraste, sino estaría muerta.

—Eso no es del todo como lo cuentas —se defendió Aren—, además, ¿cuándo pasó esto de juzgar las acciones de Arnau a recriminarnos a todos cosas?

—Quizás desde que argumentas que hizo mal en no contártelo porque

siempre fuiste una persona flexible —dijo Bram mirándole fijamente a los ojos—. Yo tampoco te lo habría contado, ni siquiera tú te lo habrías contado a tí mismo. Y dejad el cuento de que hay que compartir todos los secretos, porque en eso creo que nadie está libre de culpa en esta sala. ¿O sí?

—Tiene razón —dijo Jacques agachando un poco la cabeza—. Tampoco sirve de nada reclinar. Hay que recuperar a Sophie.

—Yo iré a por ella —dijo Arnau que había estado en silencio aceptando los reproches.

—No, tú no —dijo Jacques rotundamente.

—Entonces, ¿quién? Ezequiel aún no ha vuelto, sigue con Brigit intentando salvarla, Bram tiene que conocer a su “prometida” y volver con su madre, Aren resolvería el asunto matando a todos los espartanos si hacen un gesto negativo a Sophie...

—No te pases, solo a los que me caigan mal, que podrían ser todos —dijo Aren asintiendo con la cabeza.

—Yo me encargaré de buscarla y protegerla —dijo Jacques inesperadamente—. Vosotros cuidad de Violeta mientras Ezequiel no esté, y de los eruditos.

—¿Tú? ¿Cómo vas a salir? —dijo Arnau sorprendido.

—Gracias a las protecciones de los eruditos tengo más autonomía, además, tengo un asunto urgente que resolver.

—¿Y podemos preguntar de qué se trata? —preguntó Aren.

—No, ya hemos dejado claro que todos tenemos derecho a nuestros secretos —dijo Jacques aprovechando la resolución de la discusión anterior.

—Quizás deberías pensar en recuperar a la bruja blanca que tienen encerrada, algún día —le sugirió Aren.

—Es mi prioridad, pero ahora no es posible. No lo lograríamos y quizás la expusiéramos a un peligro grave. Si ocurriese algo, Goblin nos avisaría.

—¿Goblin? —preguntó Bram.

—Vaya, el no lo sabe —suspiró Arnau levantando la cabeza—. Goblin, el simpático erudito, como los has denominado, al que adoran todos los demás, es tu hermano Malcolm, del que Mina opina que pretende quitarse a su madre de en medio para hacerse con el poder usándonos a todos.

—¿En serio? —dijo Bram molesto —¿Y os quejáis de que no contemos este tipo de cosas, precisamente?

—No era algo para contarlo en un email o con una llamada —respondió Jacques.

—Yo opino como Mina, no te puedes fiar de Malcolm —concluyó Bram.

—¿Y quién dice que nos fiemos? Nadie le ha contado quién es el quinto cazador, o que estés con nosotros —dijo Aren—, pero tú sí sabes quién es él, ahora. Te puede ser útil si se ponen las cosas feas en tu casa, con tu madre, después de todo, si quiere quitar a tu madre de en medio no puede permitir que te haga la garra de la bruja, porque eso la convertiría en imparable.

—Creo que voy a hablar con mi hermana, dado que ya hemos acabado de hablar, a menos que tengáis más que decir, o confesar algo de última hora.

—Yo, no sé quién es mi padre —dijo Arnau sorprendiendo a todos—. Te lo digo porque vamos a ser familia y deberías saberlo, por tu futuro sobrino.

—Muy gracioso, Arnau.

—No, hablo en serio. Quizás lo he expresado mal, no sé qué es mi padre. Solo soy medio humano, la otra mitad no tengo ni idea, pero tengo una debilidad, el hierro frío. Un hierro forjado de una manera especial, por lo visto. Es lo que usó mi madre para debilitarme, me lo introdujo quirúrgicamente en la espalda. Mi fuego, aunque es el elemento con el que tengo afinidad, no es un poder de cazador, sino un don heredado. Lo supe cuando entré en la jaula que anulaba los poderes de cazador, ese seguía activo, y... cuando me enfrenté a los elementales de fuego, me enfadé y algo cambió en mí, pero no podía mirarme a mí mismo, así que no tengo ni idea de qué era, y los elementales siguieron mis órdenes.

—Estupendo, ¿y mi hermana lo sabe? —preguntó Bram.

—Sí, claro que lo sabe —dijo Arnau mirando a Bram.

Arnau observó cómo Bram se marchaba de la sala y cuando se fue miró a los otros dos.

—¿Algo más? —preguntó Arnau.

—Sí, quiero hablar con Mina a solas —dijo Jacques tras levantarse para mirar por la ventana. Varias de las heridas que ya eran casi permanente en él se habían curado, y estaba algo diferente. Arnau pensó que había mejorado mucho gracias a los eruditos, hasta el punto de atreverse a ir a una misión y alejarse de los refugios seguros.

Arnau se levantó y salió junto a Aren. Mina estaba sentada en uno de los sillones de la sala de espera junto a su hermano. Parecían hablar tranquilamente, casi como dos hermanos. A Arnau la situación le agradaba, sabía que Mina necesitaba a su familia, que la apoyaran, y le gustaría equivocarse con Goblin, y que realmente este fuera leal a sus amigos y familia. Se acercó a Mina y le dio un beso.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Mina que se le veía algo nerviosa.

—No tan malo. Jacques quiere hablar contigo. No te pongas nerviosa, no te va a comer ni a juzgar —dijo Arnau ayudándola a levantarse para luego tomar él mismo asiento en frente de Bram.

Mina miró nerviosa a Arnau y luego entró decidida en la sala. Había pasado muchas veces por esa situación, siempre que se acercaba a su madre no sabía si habría un castigo por algún cambio de humor de ella. El líder de los cazadores, el cazador misterioso le ponía nerviosa. Mina se fijó en el hombre que estaba de espalda a ella, mirando por la ventana. Tenía cierto resplandor místico, eso era indudable, y entendía por qué era el plato fuerte de su madre, exudaba poder mágico por todos lados. Cuando se giró hacia ella mostró un rostro sereno, parecía que todo en él era más brillante, sus ojos, sus gestos, era imposible no calificarlo como hermoso tan solo por la leve luz que se perfilaba a su alrededor.

—Hola, yo soy Mina. Me han dicho que deseabas hablar conmigo —dijo Mina con unos perfectos modales.

—Sí, siéntate —dijo Jacques — Aren me dijo que tenías unas teoría muy interesantes sobre que tu madre quiere hacer un trato con algo que llamarías “el Devorador de Dioses. ¿Estás segura de que ese es el nombre?

—Muy segura —afirmó Mina.

## *Epílogo.*

“La vida es una flor efímera que...” No eso no va bien, lo intento de nuevo “La vida es una suave luz que se apaga cuando la noche cae”, Brigit negó de nuevo arrojando otro de los papeles negros perfectamente perfumados con los que pensaba dejarle unas palabras escritas a sus amigos. Cómo podía ser tan inútil, pensó para sí misma levantándose del asiento para dar vueltas por la habitación, pero qué iba a decir, ¿que se había comprado un yate estilo gótico para surcar océanos inexplorados? ¿Qué tenía un nuevo trabajo muy bien remunerado monetariamente? Ni siquiera sabía las condiciones del “nuevo trabajo forzoso”, o si podría llevarse entretenimiento, o una mascota que no estuviera muerta. Porque si la mascota debía estar muerta sabía muy bien a quién se llevaría, a Bigotitos, su primer gato. Sí, el nombre era una mierda, pero se lo puso su madre cuando ella le quiso llamar Azrael, como el Ángel de la muerte. Dijo que ese nombre era siniestro, y se quedó en Bigotitos. No tenía sentido que se llevara el péndulo o su ouija, hablar con los muertos ya no sería un problema nunca más, lo sería hablar con los vivos. ¡Madre mía! ¿A quién quería engañar? Estaba asustada. Quizás en vez de escribir tantas cartas absurdas, sí debería dejar la ouija a los amigos, para que se comunicaran con ella. Podían hacer una de esas promesas que hacen los pijos universitarios, de reunirse todos un día concreto al año para ponerse al día. Ellos llevarían bebidas y porros, después de todo van a hablar con alguien de ultratumba, deberían ir muy colocados para eso.. Tiró un nuevo papel al suelo y miró a Ezequiel. Apenas decía una palabra la mayor parte del tiempo y ella estaba demasiado nerviosa como para dejar de hablar, así que soltaba grandes monólogos, casi comenzaba a creerse un político, o un abogado hablando sola.

—No se me ocurre nada que escribir, por si las cosas salen mal —dijo Brigit—. No es que sea pesimista, ni esté insinuando que no vamos a lograr

nada, ni siquiera sé a quien legarle todas las veces que me toca hacer de canguro con Eva, y supongo que tú no te ofrecerás. No, claro que no.

—Tenemos que irnos —dijo Ezequiel sin mostrar prisa.

—Lo sé. Pensé en dejarles varios poemas de Keats, o de Byron, pero está muy feo plagiar en una carta de despedida definitiva, y no se me ocurre nada.

—¿Despedida definitiva?

—Sí, ya sabes. Hay muchos tipos de despedidas, la de “hasta luego”, la de “ya nos veremos”, que dices cuando no quieres volver a ver a alguien en tu vida, y luego está la despedida definitiva, que es cuando una estúpida se mete en un lío muy gordo sin posibilidad de salir de él, y no sabe cómo decirle a los amigos que la ha jodido porque es idiota. También puedo contarles que voy a realizar el sueño de mi vida, saber qué hay en el inframundo, pero no sé a quién voy a engañar, porque me mareo en los barcos, y esto encima ni llega a barco. Les falta clase, podía ser un yate magnífico, después de todo, ganas dinero suficiente como para mejorar las herramientas de trabajo.

—Ya se te ocurrirá algo, pero no pienso fracasar —dijo Ezequiel, abriendo la puerta invitándola a salir.

—Sí, sé que hablo demasiado, pero es que me pasa cuando me pongo nerviosa. Cuando te raye demasiado dame un caramelo, los chicles me mantienen callada al menos media hora, también los bombones, pero no quiero hundir mi futura casa en ese río tan acogedor. ¿Cuál es el siguiente paso?

—Recabar información, y créeme que en eso soy experto.

—¿Nos haremos pasar por agentes del FBI, como en esas series de investigadores paranormales?

—No necesito una placa para que la gente hable, pero si quieres dar algo de autoridad al interrogatorio, puedo decirles que soy un inquisidor al servicio de la Iglesia.

—Eso da muy mal rollo. Es como decir que eres Jack el destripador que viene a por sus vísceras, pero que tienes permiso de la Iglesia para ello.

—Esa es la ideá: “dar mal rollo”.

—Pues tú ese papel lo bordas, lo puedo jurar. ¿Vamos en coche? Porque yo generalmente cojo el autobús, ya sabes por eso de ser amiga de lo ecológico. Una vez...

—Sube al coche —dijo Ezequiel evitando que contara otra anécdota, apretando el botón del mando a distancia para que abriera los cierres del vehículo—. Primero vamos a un sitio donde puede que haya alguien que sepa sobre tu problema, luego ya nos plantearemos buscar a los que no van a hablar

voluntariamente.